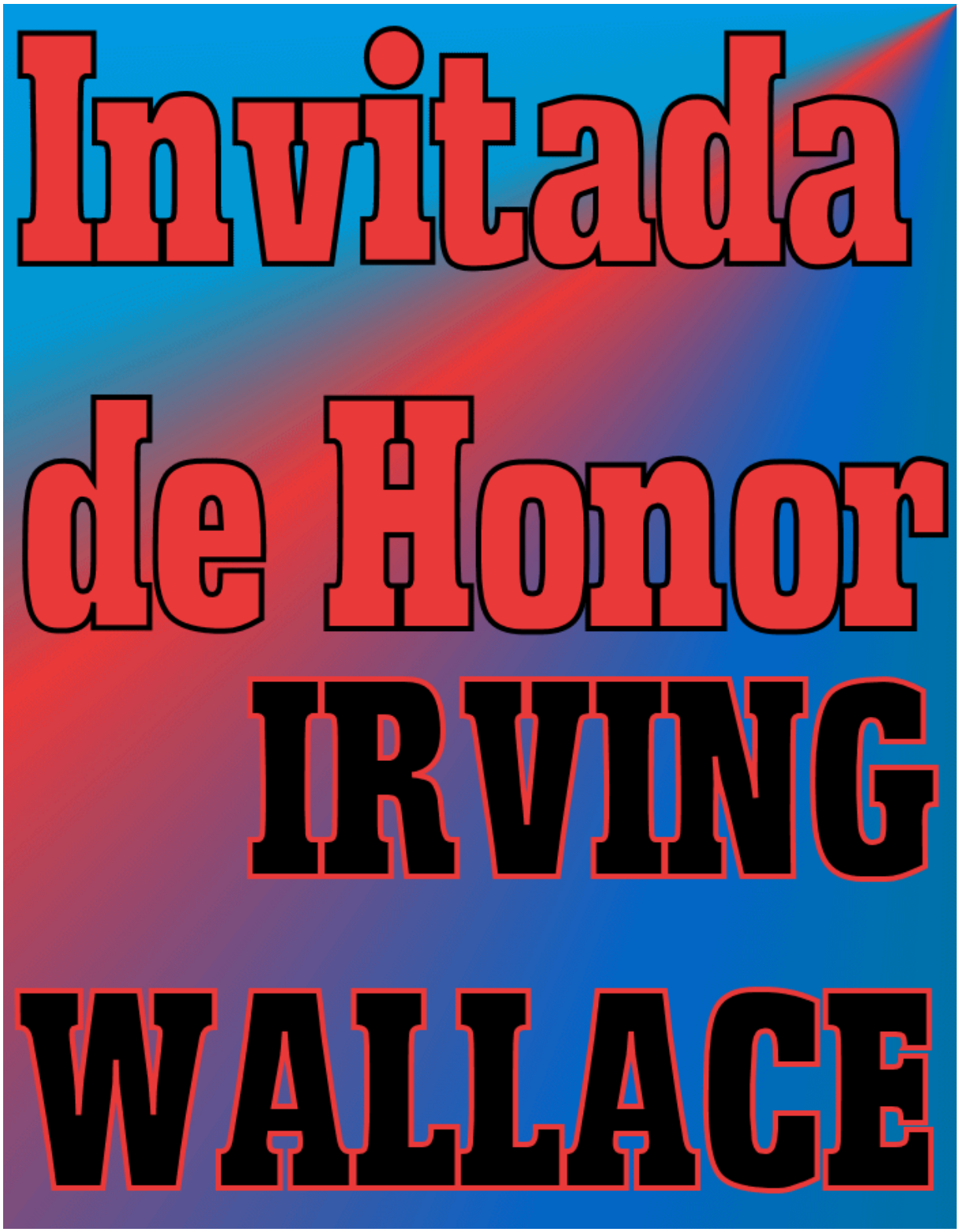


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Uno

Protegiéndose del frío de la tarde con sus ligeras gabardinas, el coronel y el mayor dejaron coche y chófer entre el templo del Buda Esmeralda y la iglesia de la Inmaculada Concepción y siguieron a pié por el camino de cemento que conducía al palacio de Chamadin. Llegados a la puerta de hierro que franqueaba la entrada, en la tapia de tres metros erizada de púas, del palacio colonial español y del conjunto presidencial, el más alto de los dos -el coronel-pulsó el timbre sin titubeos.

Habían ensayado la operación tantas veces que no quedaba ningún detalle imprevisto. Conocían todos los pasos y estaban convencidos de no fallar.

En respuesta a la llamada, un capitán del comando de seguridad presidencial y tres soldados, todos perfectamente armados, salieron de la caseta de guardia y fueron al encuentro de la pareja.

El coronel entregó a través de la reja los documentos de identificación. El capitán de seguridad les echó un vistazo y levantó la vista.

-El mayor y yo somos emisarios del general Nakorn -dijo el coronel desde el otro lado de la verja-y se nos ha encomendado entregar en mano un documento confidencial al presidente Prem Sang. No es necesario que nos anuncie. Como puede ver por los papeles, el presidente nos espera.

-Lo siento, señor -respondió el capitán moviendo la cabeza-, pero tenemos que anunciar su llegada. Pasen mientras se lo comunico a la secretaria del presidente -añadió abriendo la puerta.

El coronel no hizo ningún gesto de contrariedad; se lo esperaba. Entró en el patio, con el mayor siguiéndole los pasos, y ambos aguardaron de pie junto a los somnolientos soldados, mientras el capitán entraba en la caseta para usar el teléfono.

-Señorita Kraisri, han llegado el coronel y el mayor con un mensaje confidencial del general Nakorn para el presidente. ¿Los esperaba?

Se hizo un silencio mientras el capitán de la guardia escuchaba al teléfono.

-¿Que ha llamado la oficina del general? -dijo volviendo a escuchar y asintiendo con la cabeza-. Muy bien, se lo diré y los haré pasar -dijo finalmente colgando el aparato y saliendo de la garita-. Sí, mi coronel, la secretaria de entrevistas del presidente los estaba esperando. Lamenta comunicarle que el presidente no tiene tiempo para recibirlos, pero le ruega que le entreguen a ella el documento.

-Gracias -replicó el coronel.

-Crucen el patio hasta la puerta del palacio y muestren los papeles de identificación a los guardias del interior. Uno de ellos los conducirá al despacho de la señorita Kraisri.

El coronel y el mayor hicieron una leve inclinación de asentimiento, recogieron los papeles de identificación y se encaminaron a la entrada del palacio.

Llegados a ella, se abrió una puerta y los hicieron pasar. Un guardia examinó los papeles y después les señaló una escalera de mármol, cuyos dos tramos estaban interrumpidos por un amplio rellano.

-Por esa escalera, señores. Luego tuerzan a la derecha y verán la guardia ante la puerta del despacho del presidente. Su secretaria los recibirá.

-Gracias, sargento.

El coronel se adelantó al mayor y cruzó el dintel de mármol que daba paso a la reluciente escalera, se detuvo para que su compañero estuviera a su altura y, los dos al paso, comenzaron a subir los escalones.

Avanzaban los dos, incómodos, inquietos por lo que ocultaban bajo la gabardina.

Al llegar a la consola dorada del descansillo, giraron y ascendieron más aprisa el segundo tramo.

Al final de la escalera vieron a un teniente uniformado, con el fusil colgado al hombro,

que los esperaba ante la sala de recepción, y a él se dirigieron sin más.

-Nos han encomendado entregar a la señora Kraisri un documento confidencial del general Nakorn para el presidente Sang -dijo el coronel.

-Si -contestó el teniente-, pueden pasar -dijo abriendo la puerta de la antesala del presidente. Lo principal del cuarto era un escritorio verde metálico y un ordenador, pero no había nadie.

-La señorita Kraisri debe de estar dentro con el presidente -dijo el teniente-. Entréguenme el documento y yo me encargaré de pasárselo al presidente o a su secretaria.

-Bien, se lo daré a usted -replicó el coronel comenzando a desabrocharse la gabardina, situándose a la izquierda del guardián y metiendo la mano entre su ropa para sacar el documento.

El teniente se volvió hacia la izquierda, de cara al coronel, para recoger el documento, y, mientras alargaba la mano para recibirlo, el mayor se situó a sus espaldas.

Al tiempo que el guardia esperaba el documento, detrás de él, el mayor metía la mano en su gabardina, sacaba de la vaina una larga daga y la levantaba en el aire para dirigirla a la espalda de aquél. En una fracción de segundo, la daga se abatió con gran fuerza, mientras el mayor tapaba la boca del teniente con la otra mano para sofocar el grito.

En el interior del amplio despacho presidencial, Prem Sang, presidente de la nación de Lampang, después de haber enviado a su secretaria a que subiera a leer a su esposa el último borrador del proyecto de reforma agraria, se inclinaba de nuevo sobre un montón de papeles de su vasto escritorio.

Era un hombre pequeño, cuarentón, de cabello castaño, ojos marrones hundidos y rostro prematuramente arrugado, desgastado por el cansancio de sus tres años de difícil presidencia. Acentuaba su corta estatura aquella postura inclinada sobre el amplio escritorio.

Le dolía la espalda y decidió que era hora de levantarse y estirarse. Mientras lo hacía, recorrió con la vista el elegante despacho de suelo de parqué cubierto con alfombras persas y con paredes forradas de caoba, interrumpidas por espejos dorados y un mural de campesinos trabajando la tierra, amén de los apliques dorados y las arañas de cristal tallado. Por las ventanas laterales, junto al emblema presidencial colgado en la pared, veía la terraza cubierta a prueba de balas que rodeaba el edificio. Había tres puertas; una que daba a la sala de espera, otra al comedor de la planta baja y una tercera que daba paso a la escalera que conducía a la vivienda de la planta superior, que compartía con su esposa. Había una cuarta puerta disimulada y oculta por el recubrimiento de caoba; una puerta de acero que comunicaba con un corredor que conducía al jardín en el que se hallaba el edificio del comando de la guardia de seguridad presidencial.

Sentándose en la poltrona giratoria de cuero, Prem Sang dirigió la vista al único objeto que había en el escritorio junto al montón de papeles: una fotografía con marco de plata de su esposa Noy y su hijo Den. Luego volvió a enfrascarse en los papeles y en el trabajo.

Desde hacía meses, el presidente Prem Sang se enfrentaba a un dilema. Su país lo constituían tres islas en el sur del mar de China, frente a Tailandia, Camboya y el extremo de Vietnam. La isla principal, la de mayor extensión con gran diferencia respecto a las otras, era el propio Lampang, con su capital Visaka, residencia presidencial. Las otras dos, Lampang Lop y Lampang Thon, eran mucho más pequeñas, de accidentadas colinas y junglas casi impenetrables, y en ellas se ocultaban los rebeldes comunistas en número preocupante.

El problema más acuciarte del presidente Sang era satisfacer a los dos sectores enfrentados de la población. En Lampang, la isla principal, cuyos habitantes -demócratas, católicos y de habla inglesa-le habían elegido en apoyo a su programa de un equitativo reparto de la tierra y de la riqueza, Sang se mantenía por un estrecho margen de popularidad, pero en las islas de Lampang Lop y Lampang Thon mandaban los guerrilleros comunistas dirigidos por Opas Lunakul, epígono de los comunistas vietnamitas que se infiltraban constantemente.

Los comunistas habían difundido eficazmente la propaganda de que el presidente Sang y Lampang eran títeres de Estados Unidos, de donde les llegaba una importante ayuda

económica, y que la independencia del país se veía hipotecada por esa subordinación, y aseguraban que sólo bajo el comunismo podría Lampang alcanzar su auténtica libertad y bienestar.

Pero no eran los comunistas el único problema de Prem Sang. Existía también uno interno: el jefe del ejército, su buen amigo el general Sumak Nakorn, no estaba de acuerdo con él respecto al comunismo.

El general quería que todo el dinero que llegase de Estados Unidos se empleara en un ejército capaz de erradicar el comunismo, mientras que el presidente quería destinarlo a impulsar la economía del país, por ser esto en su opinión el mejor medio de dar al traste con la amenaza comunista.

El presidente Sang revisaba una vez más, sentado en su escritorio, aquellas columnas de notas. La tasa de desempleo de Lampang era del dieciocho por ciento y una familia con una media de cinco miembros tenía unos ingresos mensuales de 110 dólares. Era descorazonador. Si se pudiese mejorar esa situación y repartir la tierra, se podría derrotar pacíficamente a los comunistas.

Oyó que llamaban a la puerta.

Recordó vagamente que el general Nakorn había enviado un mensaje para entregar a su secretaria o a la guardia. Como la secretaria estaba arriba, el presidente dijo:

-Pase, teniente.

Se abrió la puerta. El presidente esperaba ver al teniente, pero no vio a nadie. Aunque, sí... El teniente yacía desmadejado en tierra con un puñal clavado en la espalda.

En aquel preciso momento, dos hombres uniformados que él no conocía, armados con fusiles, pasaron por encima del cadáver del teniente, mientras alzaban aquellas armas que Sang reconoció: eran Kalashnikov automáticos, el fusil reglamentario soviético de asalto. Y le apuntaban a él.

Perplejo, el presidente se puso en pie de un salto, gritando:

-Pero ¿qué es esto? ¿Qué demonios...?

La respuesta fue el siniestro tableteo de las dos armas.

La velocidad y el impacto de los proyectiles voló parte del rostro de Sang, atravesándole el corazón y hundiéndose en su estómago.

La descarga le hizo elevarse imperceptiblemente del suelo y le arrojó sobre la poltrona, en la que se derrumbó, resbalando hasta el suelo y desmadejándose muerto en la alfombra. Mientras comenzaba a formarse un charco de sangre, los dos asesinos cerraron suavemente la puerta y desaparecieron.

En el piso de arriba, en el vestidor, la esposa del presidente estaba dándose crema en la cara mientras escuchaba a la secretaria de su marido, cuando de pronto tuvo un sobresalto al oír las detonaciones.

Se quedó quieta, escuchando.

Unos petardos, pensó. O quizá otra cosa. Cogió precipitadamente la bata de seda de una percha, se la enfundó y se dirigió a la escalera, que bajó apresuradamente, aturdida y con un presentimiento, entran-do en tromba en el despacho presidencial.

No vio a nadie; pero al acercarse al escritorio y mirar detrás descubrió el cadáver desplomado de su esposo. En seguida se dio cuenta de que estaba cosido a balazos y de que aquel charco oscuro debía de ser sangre.

Su primera reacción fue contener un grito, pero después se puso a gritar desesperadamente.

A continuación se produjo un caleidoscopio de gente entrando en el despacho. Llegaron la señorita Kraisri y la servidumbre a la carrera. Luego, la guardia de palacio con el capitán. Y poco después, la policía, los médicos y los enfermeros de la ambulancia.

Alguien la había conducido hasta una silla y en ella permanecía sentada Noy Sang, paralizada por la impresión.

Allí se había quedado un largo rato hasta que llegó el general Samak Nakorn con sus

oficiales.

El fornido Nakorn vestía el uniforme cuajado de medallas y condecoraciones. Mientras sacaban el cadáver en una camilla, Nakorn dirigía preguntas a los médicos, para acto seguido interrogar al capitán de la guardia.

-¿Dice que eran dos? ¿Que la secretaria del presidente le dijo que yo había dado instrucciones para que los dejase pasar para entregar un mensaje? ¡Es mentira! Yo nunca hablé con el presidente de ningún mensaje. Es una conjura comunista. Cuando el forense extraiga las balas, ya verá como son de fabricación rusa. Es horroroso, increíble, ¡qué horror!

Sólo al cabo de un rato se dio cuenta Noy Sang de que el general Nakorn estaba de pie ante ella hablándole.

Él, que era generalmente un hombre brusco y rudo, hablaba ahora casi en voz baja, tratando de darle el pésame.

-Lo siento, señora presidenta, lo siento mucho -decía, y sólo en aquel momento se percató Noy Sang de que era viuda y,. por su condición de vicepresidenta, desde aquel momento presidenta de Lampang.

En el cuarto de control acristalado de la TNTN -la red de Televisión Nacional- en su sede de la M Street, Hy Hasken sentó su larguirucha humanidad en un sillón anexo al que ocupaba el director del programa Sam Whitlaw.

La visita a Washington DC de Whitlaw, que acababa de llegar de Nueva York, sería breve. Uno de los principales objetivos de su viaje era hablar con Hy Hasken, corresponsal de la red en la Casa Blanca.

Una vez concluido el turno de emisión de Hasken, Whitlaw le había telefoneado a la sala de prensa de la Casa Blanca.

-Hy, quiero que vengas a ver conmigo el telediario de las siete.

Hasken había llegado poco antes de que comenzasen las noticias, dispuesto a verse a sí mismo en el televisor.

Mientras esperaba la aparición de su propio segmento, Hasken trató de entablar una conversación intrascendente con su superior, pero Whitlaw estaba absorto en las noticias, que para él eran como el aire que se respira, así que Hasken aguardó en silencio. Finalmente, en la pantalla apareció su figura con el micrófono en la mano, de pie en Lafayette Square, con la fachada de la Casa Blanca en último plano.

Hasken trató de verse tal como lo veían millones de telespectadores cuando realizaba su tarea informativa; en realidad, se veía igual que su audiencia -amigos de siempre- debía de verle desde su sala de estar: un hombre delgado con pelo color arena peinado hacia un lado, frente despejada deslustrada por el maquillaje televisivo, ojos azules vivaces, nariz larga y boca pequeña y una voz aguda y resonante con reminiscencias de fiscal.

Contemplando su propia imagen, Hy Hasken prestó atención al texto de la emisión.

«La noticia más importante que nos llega hoy de la Casa Blanca es que el presidente Matt Underwood va a recibir a madame Noy Sang, presidenta de la isla de Lampang, nación de crucial interés para Esta-dos Unidos.

»Esta semana hará un año que Prem Sang, el presidente de ese país asiático, caía asesinado por unos desconocidos, que se cree asesinos a sueldo de los rebeldes comunistas que han ido creciendo en importancia en dos islas vecinas de la jurisdicción de Lampang. El asesinato de Prem Sang hizo que la presidencia fuese asumida por la vicepresidenta, que no era otra que Noy Sang, la joven esposa del mandatario. Si la circunstancia resulta chocante para los americanos, debemos señalar que en Lampang la política se asienta sobre una estructura social denominada la familia ampliada, y que el presidente tiene siempre como ayudante y sucesor a su esposa, su hijo u otro familiar próximo. Circunstancia que en cierto modo es lógica, puesto que así ningún extraño accede al cargo y la sustitución recae siempre en alguien próximo al presidente, alguien cuya manera de pensar se supone afín a la del

propio presidente.

»Esto ha dado buen resultado en Lampang, donde al morir hace un año Prem Sang, su viuda Noy Sang pudo asumir sin dificultad alguna el cargo al estar perfectamente identificada con las intenciones e ideas de su esposo. Noy Sang desempeña la presidencia desde hace un año, un período de luto durante el que no ha salido de Lampang para así familiarizarse plenamente con los asuntos internos del país.

»En este último año, madame Noy Sang ha podido hacerse cargo de la dependencia de Lampang respecto a Estados Unidos, y ahora, concluido el período de luto, efectúa su primer viaje al extranjero de visita a Estados Unidos. La presidenta llega esta tarde; se alojará en Blair House y mañana acudirá a la Casa Blanca para celebrar un almuerzo de trabajo con el presidente Underwood.

»La reunión de mañana es de suma importancia para ambas partes. En lo que respecta a Lampang, no cabe duda de que madame Noy Sang aspira a un empréstito de varios millones, imprescindible para el país, que le permita dar un fuerte impulso a la economía de aquella nación, tan necesitada de ayuda social, en el programa de distribución agraria que actualmente se lleva a cabo. Estados Unidos, por su parte, necesita algo más importante y costoso. Estados Unidos necesita una gran base aérea moderna en la isla de Lampang.

»Para comprender la importancia de esta base aérea hay que visualizar la situación geográfica de Lampang. Muchos de ustedes habrán oído hablar de Lampang en diversas ocasiones y puede que haya quien olvide su importancia estratégica para nuestro país, una importancia que, dentro de aquella zona asiática, ostenta el segundo puesto inmediatamente después de Filipinas.

»Lampang está situada al oeste de las islas Filipinas, bordeando el sur del mar de China y próxima al golfo de Tailandia. La isla principal, equivalente en extensión a dos tercios de la isla filipina de Luzón, se halla al sur de Camboya y Vietnam y no lejos de la República Popular China. Lampang se halla frente a tres países comunistas, dos de los cuales reciben abiertamente armas y ayuda de la Unión Soviética. Para completar el anillo anticomunista de islas en el océano Pacífico, Estados Unidos necesita una buena base aérea en Lampang.

»Obtener esta crucial base aérea será el principal objetivo del presidente Underwood en su entrevista de mañana con madame Noy Sang. ¿Lo conseguirá? Existen obstáculos: madame Noy Sang, igual que su finado esposo, se halla bajo creciente presión para mantener libre a su país de la dependencia de Estados Unidos, con las consiguientes exigencias e influencias, y gran parte de esta presión procede de los rebeldes comunistas que quieren hacerse con el poder.

»Al mismo tiempo, madame Noy Sang es un político moderado de declarada simpatía por Estados Unidos y el sistema de vida americano, simpatía cuyo origen se remonta a su época de estudiante en nuestro país en la universidad de Wellesley. Pero lo cierto es que la presidenta necesita algo de inmenso valor por parte de Estados Unidos: un amplio crédito para relanzar la economía, y sabe muy bien que para obtenerlo debe estar dispuesta a dar.

»Por consiguiente, el almuerzo de mañana entre el presidente Underwood y madame Noy Sang no es una simple reunión social. Es una entrevista en la que se discutirá un trato. ¿Se cerrará este trato? Esperamos contarles mañana el resultado. Les ha informado Hy Hasken, corresponsal de la TNTN en la Casa Blanca.»

Sam Whitlaw se levantó de un salto y apagó el televisor, para volver a sentarse en el sillón y encararse con Hasken.

-Hy, he visto tu intervención dos veces. Antes en directo y ahora en vídeo, y de ello quiero hablarte. Mi pregunta es: ¿por qué?

-¿Cómo que por qué? -replicó perplejo Hasken.

-¿Por qué todo un espacio preferente sobre Lampang? ¿A quién diablos le importa Lampang?

-Acabas de oírlo -contestó Hasken, a la defensiva-. Estratégicamente importante. Cierra una importante brecha en nuestro perímetro defensivo. Las Filipinas son importantes, ¿no? Y

están de nuestro lado. Pues Lampang es de igual importancia; sólo que no están de nuestro lado.

-Te apuesto diez contra uno a que la mitad de tu audiencia no tiene la menor idea de dónde se halla situado -replicó Whitlaw moviendo la cabeza.

-Quizá no -admitió Hasken-, pero es un tema.

-De poca entidad. Y la presidenta Noy Sang, que viene para hablar con Underwood, debe de ser uno de los jefes de Estado menos conocidos.

-Sólo lleva un año en el cargo -replicó Hasken-. Dale tiempo: ya verás como a partir de mañana es más conocida.

-Lo dudo, Hy.

-Además, es de por sí un personaje con garra. Hace un año que asesinaron a su marido, cuando era vicepresidenta (algo poco corriente), y tuvo que jurar el cargo sobre la marcha. Por otra parte -añadió Hasken vacilante- ... es fotogénica. Seguro que hace impacto.

-Puede, pero es improbable -dijo Whitlaw-. Otra mujer de buen aspecto en la Casa Blanca no va a ser nada del otro mundo cuando la primera dama es una ex Miss América -añadió con un bostezo-. Podías haber encontrado un tema mejor.

-No había ningún tema mejor -replicó Hasken alzando las manos- Al menos que llegara a mi conocimiento. La dificultad está, sigue estando, en el presidente Underwood. Como he dicho muchas veces por las ondas, es un presidente perezoso, que no genera noticias.

Hasken pensó en la época en que había conocido a Underwood, cuando él era un principiante en la TNTN y el presidente había alcanzado ya el cenit de popularidad como presentador televisivo. El pelo entrecano de Underwood, sus finos rasgos, como cincelados y algo canallescos pero atractivos, y su voz cálida le habían ganado la popularidad. Y lo que más aura le había conferido era el hecho de haberse casado con una ex Miss América, Alice Reynolds, que hacía crónicas femeninas para la red. En la época en que Hasken acababa de graduarse en la universidad neoyorquina de Columbia y de conseguir un pequeño contrato en la cadena, Matt Underwood estaba en la cumbre.

Desde el primer momento, Hasken se había sentido acobardado a la sombra de la fama del popular presentador, pero luego, poco a poco, su admiración por Underwood había ido en descenso. Periodista curioso y tenaz, su desdén por Underwood siguió creciendo por el hecho de que éste no tenía curiosidad. Underwood era lo que Hasken denominaba un «lector», una persona que sabía dar relevancia a los datos importantes de una noticia, extranjera o nacional, leyéndolos para los espectadores como si los hubiese inventado. Su fuerza no estaba en la originalidad, sino en su absoluta sinceridad.

Para Hasken era un falsario, un actor. Nada tonto, desde luego, sino bastante listo, y con una amplia gama de conocimientos sobre muchas cosas, pero su verdadera fuerza radicaba en su capacidad para con-vencer a los millones de personas que componían la audiencia de que lo que decía era cosa suya y la verdad. La gente creía en él igual que los hijos en los padres.

Luego, Underwood había dejado la TNTN para dedicarse a la política. Había fallecido un senador neoyorquino en pleno desempeño de su cargo, y el gobernador, admirador de Underwood y consciente de su tremenda popularidad, tuvo la audaz idea de elegir al carismático personaje como sustituto del difunto para completar el término de su mandato.

Por su experiencia como periodista, Hasken sabía que entrar en las filas de los congresistas era un paso que muchas veces apocaba al protagonista, hombre o mujer. Pero en el caso de Matt Underwood fue distinto, porque él sencillamente traspasó su popularidad televisiva al ámbito del Senado y siguió siendo más que nunca el mimado de los medios de difusión. Al llegar el momento de buscar candidatos a la nominación presidencial, el partido no dudó en proponer a Underwood. En las primarias sacó ventaja en Iowa y New Hampshire y en la definitiva arrasó frente a su contrincante.

Y así la Casa Blanca tuvo por inquilinos a un ex presentador de televisión y a una antigua Miss América.

Entretanto, Hy Hasken, gracias a su iniciativa, había ascendido rápidamente y desde

hacía dos años actuaba de corresponsal de la TNTN en la Casa Blanca.

A Hasken no le había gustado desde el principio el presidente Underwood. Era un presidente vago, como Calvin Coolidge, y Hasken había comenzado a difundirlo en los noticiarios. Aquello le había granjeado la animosidad del presidente y de su asesor Paul Blake, pero Hasken no había cejado en sus críticas de un presidente que casi no convocaba conferencias de prensa y raras veces recibía a dignatarios extranjeros.

Hasken no acababa de entender cómo los consejeros presidenciales habían conseguido sentarle a almorzar con la presidenta de Lampang, pero él lo había creído noticiable y por eso le había reservado el principal espacio en el telediario.

Y su productor Sam Whitlaw le planteaba ahora la objeción de que no era una noticia relevante.

Hasken recuperó con dificultad el hilo de la conversación con Whitlaw.

-Vamos a ver -dijo a modo de resumen-; este presidente no genera noticias. Tenía que recurrir a algo; así que utilicé lo único que tenía.

-¿Y no pudiste encontrar otra noticia de importancia? -insistió Whitlaw.

-Ninguna, Sam, de verdad. La única posibilidad de noticia que se me ocurre es que Matt Underwood ha decidido presentarse a la reelección para un segundo mandato. Eso es lo único. Me he enterado de que la primera dama quiere que vuelva a presentar la candidatura, igual que su ayudante Blake; así los dos seguirían en el poder, pero sospecho que Underwood no quiere volver a presentarse y no va a hacerlo. Te lo repito: es demasiado perezoso para el cargo y le aburre.

-¿Y Alice Underwood quiere que se presente?

-Claro. A ella le encanta estar en el candelero y salir en las fotos.

-¿Y por qué no has dado esa noticia?

-Me habría gustado, Sam -replicó Hasken con cara de pena-, pero no puedo demostrarlo. Soy un buen periodista de investigación, quizá el mejor, pero lo que investigo debe ser demostrable. Creo que su esposa quiere que se presente a la reelección, pero no cuento con la más mínima prueba.

-Pues, entonces, vete allá, fisga todo lo que puedas y obtén esa prueba -dijo finalmente Whitlaw en tono entusiasta-. La primera dama quiere que se presente y el presidente no quiere. El conflicto es la esencia de cualquier historia que valga la pena. No me importa si Underwood se presenta o no a la reelección. El asunto está en el dilema de qué es lo que hará. Eso sí que es una buena noticia y no esa porquería sobre Lampang.

-Haré todo lo que pueda por conseguirla -respondió Hasken con la mayor seriedad.

-Para estar seguros de que la consigues -añadió Whitlaw-, voy a darte un nuevo trabajo. Ya no eres Hy Hasken, corresponsal en la Casa Blanca. A partir de ahora eres Hy Hasken, corresponsal presidencial. ¿Te consideras capaz?

-Lo intentaré.

-A partir de mañana serás la sombra del presidente Underwood. Síguele como si fueses su mala conciencia.

Dormían en habitaciones separadas en el segundo piso de la Casa Blanca, cosa que llevaban haciendo durante el último año.

Eran dobles los motivos de tal separación. En primer lugar, Alice Underwood padecía insomnio y dormía mal; cada veinte minutos antes de acostarse tomaba una píldora de dosis reducida, y cuando Matt Underwood se metía en la cama, poco después de haberse acostado ella, siempre la despertaba. Y eso la irritaba y la hacía maniática. En segundo lugar, Matt Underwood tomaba dos o tres -generalmente tres- copas de coñac antes de acostarse; y cuando despertaba a su esposa, ella notaba el olor a coñac de su aliento y eso la irritaba más aún. «Maldita sea -solía decir-, ¿es que no puedes acostarte sin oler a coñac?» Él tiraba de la manta y replicaba: «No, esas copas son mi píldora para dormir. Si yo aguanto las tuyas,

aguanta tú las mías.»

La situación había desembocado en una agria diatriba de resentimientos, y a continuación los dos experimentaban dificultades para dormir.

Fue Alice quien tomó la iniciativa. Abandonó el dormitorio de la Primera Familia y se instaló en la planta baja, en el lecho con dosel del dormitorio de la Reina.

Aquella mañana, a las siete y media, Horace, el animoso mayordomo negro del presidente, llamó varias veces a la puerta y entró en la habitación. No necesitó despertar al presidente. Underwood estaba en la cama, todavía adormilado, pero ya despierto.

-Señor presidente, le preparo el traje azul claro de rayitas -dijo Horace dirigiéndose al vestidor-. Creo que tiene una visita extranjera para el almuerzo.

-Uf, mierda -barbotó el presidente-. Bien; cualquier cosa.

Tras lo cual, bajó desmadejado del amplio lecho y fue hacia el cuarto de baño.

Se duchó, se lavó los dientes, se secó el pelo con la toalla, se lo cepilló por atrás y se echó un poco de colonia en el pecho.

Cuando regresó al dormitorio, en batín, ya tenía preparada la ropa, cuidadosamente dispuesta sobre la cama recién hecha.

Mientras se vestía despacio fue mejorando su humor. Le encantaba aquel alegre dormitorio, próximo al despacho de la segunda planta. El papel chino pintado a mano de las paredes con motivos de pájaros volando, suave y plácidamente, le agradaba; entre las ventanas había un paisaje de Willard Metcalf que le sosegaba, e incluso la repisa de mármol de la chimenea de 1818 era confortante.

Tras anudarse la corbata, Underwood se puso el traje y se dispuso a iniciar la jornada.

Salió al pasillo y decidió hacer un nuevo esfuerzo con su cónyuge. Hacía semanas que no desayunaba con Alice, pero aquella mañana pensaba hacerlo. Bajó a la otra planta y se dirigió al dormitorio de la Reina, tratando de recordar -cosa que hacía a menudo- cómo se había producido aquel distanciamiento con Alice.

La había conocido poco después de su triunfo en el concurso de Miss América, aunque ya la había visto antes, pero no en carne y hueso, sino en la tele, en el desfile del concurso, siguiendo sus progresos en la eliminatoria y considerando acertado que la eligieran vencedora. Recordaba su cuerpo en el bañador blanco: impecable, hermoso rostro griego, cuello largo, hombros anchos, magnífico busto, cintura estrecha, caderas curvilíneas y unas largas piernas perfectamente torneadas.

Al llegar a su trabajo en la TNTN se la presentaron y fue allí donde la conoció.

Alice estaba atractiva a rabiar en blusa y falda de color rosa, igual que la había visto en el concurso de belleza de Miss América. Por entonces ella era famosa y el propio Underwood era una estrella nacional de primera magnitud. La joven, por supuesto, estuvo atenta y le dedicó tiempo, y él había quedado hipnotizado por su impresionante belleza.

Luego fueron a almorzar y se conocieron mejor en un discreto rincón de un restaurante italiano próximo a la calle Cincuenta y Nueve y la avenida de las Américas. Después del almuerzo fueron al apartamento de él y allí hicieron el amor. El acto íntimo le reveló a Underwood más cosas, pues no había sido cálida y dulce, sino experta y atrevida. Pero por encima de todo era increíblemente hermosa.

Alice Reynolds resultó irresistible para Underwood; consciente de que jamás encontraría otra mujer más perfecta, la quiso para sí y se casó muy feliz con ella.

Sólo tuvieron una hija, Dianne, en su segundo año de matrimonio. En los años que siguieron, Underwood se consideró satisfecho manteniéndose como el presentador de televisión más popular de Estados Unidos; no obstante, notó cierta inquietud en Alice en su papel de madre, apartada de él por su trabajo en la TNTN.

Algo que sirvió para reanimarla y que momentáneamente estabilizó el matrimonio fue el nombramiento de Underwood para sustituir al senador fallecido. Él lo había aceptado como una oportunidad que hay que aprovechar, y más teniendo una mujer que deseaba aquel cargo

y un cambio.

Después vino el período de política en Washington; Underwood en su nuevo papel ganó aún mayor popularidad y Alice recibió mayores atenciones.

Luego, las votaciones para la nominación presidencial comenzaron a revelar algo sorprendente: aunque había otros candidatos a la nominación, auténticos políticos con experiencia, bien dotados para el cargo de presidente de Estados Unidos, Matt Underwood resultó ser el más conocido y el más popular.

Se presentó a las primarias casi en broma, sin pensar que fuese a tener la más mínima posibilidad de ser nominado, pero su carácter afable, sus declaraciones informales, aquel rostro familiar que parecía formar parte de todas las familias del país, fueron decisivos. Tras resonantes victorias en Iowa, New Hampshire y en el Sur, se convirtió en el favorito del partido para la nominación.

Una vez obtenida la nominación e iniciada la campaña, Underwood comenzó a sentirse cansado por las repetidas apariciones en público. No obstante, se le daba bien leer correcta y eficazmente los discursos y caló hondo en el público. Y con Alice sucedió igual, porque era como si hubiese recobrado la vida ante la idea de convertirse en la primera dama de Estados Unidos.

La elección se dirimió apenas en un día. Faltaban aún los votos de Illinois, pero Matt Underwood era ya presidente de Estados Unidos, y Alice Underwood iba a ser la primera dama.

Eran la pareja más rutilante de la Casa Blanca desde los días de John F. Kennedy y Jacqueline.

Alice no cabía en sí de gozo en su posición. Le encantaba lo de vestirse y arreglarse para recibir a diplomáticos y ser, con su marido, el centro de interés de los medios de comunicación.

La contrariedad surgió por Matt Underwood. A él no le gustaba aquella rutina de horarios interminables, los detalles, las tediosas reuniones con los consejeros, y detestaba alternar con gente que no le interesaba.

Y lo que más le desagradaba eran aquellas diferencias con su esposa. Siempre estaban riñendo; lo que a ella le gustaba, él lo encontraba aburrido. Había habido momentos en que la presidencia le parecía fantástica por disponer de aquella cascada de información de primera mano que llegaba a su despacho, con el consiguiente conocimiento y poder que procuraban, pero lo que más echaba de menos eran la intimidad y la ocasión de entregarse a la lectura de un buen libro.

Su discrepancia más seria se produjo al adoptar él la decisión de que ya estaba bien con cuatro años.

Hacía un año de aquello. Recordaba la escena como si hubiera sido ayer.

Él estaba enfrascado en la preparación de una comparecencia en televisión en el momento en que Alice irrumpió para plantearle la cuestión.

-Quiero hablar seriamente contigo.

Él, molesto, no había contestado.

-He intentado decírtelo varias veces, pero siempre te muestras evasivo. Y quiero que quede claro de una vez por todas.

-Adelante -había dicho él, imaginándose lo que le iba a decir.

-Se trata de tus planes y los míos. Quiero saber si vas a presentarte a la reelección. ¿Qué me dices?

-Bueno, en realidad no me he decidido...

-Claro que lo has decidido -le había interrumpido ella-. Decidido lo tienes, pero yo también quiero saberlo. ¿Vas a presentarte a un segundo mandato?

-No -había contestado él a quemarropa, sorprendido de la facilidad con que le había salido-. No -había repetido-. Estoy harto.

-No puedo creerlo -había replicado Alice, estupefacta-. ¿Lo dices en serio? Pero, Matt,

¿a qué piensas dedicarte?

-Tengo infinidad de cosas en perspectiva, y tú conoces la mayoría de ellas; y sobre todo quiero dedicarme a mi programa del Plan de Paz Popular Antinuclear; de sobra me has oído hablar de eso.

-Intentar convencer a los jefes de Estado de nueve países con armas nucleares, o con capacidad para fabricarlas, de que prescindan de ellas. Matt, eso lo puedes hacer con mayor eficacia siendo presidente.

-No puedo. Siendo presidente de Estados Unidos es imposible, porque mis intereses resultarían sospechosos. Mientras que como ex presidente...

Pero no hubo manera de convencerla.

No es que Underwood no hubiera tratado de entender a su esposa. Alice no se contentaba con cuatro años: ella quería ocho. Era como volver a ser Miss América por segunda vez, pero mejor. Le encantaban las candilejas y le habría gustado que aquello durase toda la vida.

Además, Underwood sabía que trataba de competir con las anteriores primeras damas. Alice había visto que Jacqueline Kennedy y lady Bird Johnson habían tenido cuarenta personas a su servicio en el secretariado de prensa y asuntos sociales, y Alice quería más. Pat Nixon había sido durante dos mandatos anfitriona en sesenta y cuatro banquetes oficiales, y Alice quería igualar aquel récord... o mejorarlo. Ella quería disponer de un mayordomo a cargo de setenta y cinco sirvientes en las ciento treinta y dos habitaciones de la Casa Blanca; y no cedía un ápice.

Por eso su disentimiento sobre el segundo mandato seguía constituyendo el principal motivo de discordia. Él procuraba retraerse y evitar hablar del tema, pero ella se mostraba más agresiva que nunca y no dejaba escapar la ocasión de zaherirle por su decisión de no continuar.

Cuando llegó al dormitorio de la Reina, Underwood estaba decidido a arreglar las cosas, entenderse con Alice y subsanar sus diferencias. Abrió la puerta sin llamar.

Alice, en un salto de cama blanco transparente, se hallaba recostada en la cama estilo Sheraton americano con dosel, que habían utilizado cinco reinas en su visita oficial a la Casa Blanca.

-Buenos días -dijo Underwood-. He pensado que te gustaría desayunar conmigo.

Después de haberlo dicho advirtió que ella tenía en el regazo una bandeja ya cumplida.

-Llegas tarde -respondió Alice, animada-. La próxima vez me avisas de antemano. He estado ocupada con Monica...

Desviando la vista, vio que Monica Glass, la secretaria social de Alice, estaba también en el dormitorio junto al ventanal. Monica, que rebuscaba algo en su cartera de ejecutivo, le miró fríamente.

Underwood hizo caso omiso de la secretaria; a él le resultaba demasiado fea para mirarla. Era inteligente y eficiente, pero su rostro regordete era el antieros.

-Lástima -farfulló Underwood, decepcionado.

-¿Tienes mucho que hacer hoy? -inquirió Alice, haciendo un cortés esfuerzo por mostrarse amigable ante un tercero.

-Ya lo creo -respondió él-. Ya nos veremos. Underwood salió de la habitación, cerrando la puerta sin mucho cuidado.

Se dirigió al ángulo noroeste del pasillo y entró en el comedor presidencial, un cuarto pequeño amueblado con ejemplares de la colección de la Casa Blanca. A Underwood le gustaba aquel ambiente historicista, en particular un aparador que llenaba la pared oeste y que conservaba las iniciales taraceadas D W de Daniel Webster.

En la mesa de caoba del centro, su secretario de reuniones, un joven muy atildado llamado John Zadrick, estaba ya sentado, papeles en mano y a la espera, mientras Babcock, el camarero, le servía café cargado; a continuación, el camarero fue al carrito de servicio para poner en la mesa el desayuno del presidente. Un desayuno, como de costumbre, austero: zumo

de naranja, un cuenco pequeño de cereales y tostada con mantequilla.

Una vez que Babcock hubo salido del comedor con el carrito, Underwood dio un sorbo al zumo y levantó la vista hacia el secretario de reuniones.

-¿Cómo está la cosa?

-Una mañana suave -respondió Zadrick-. Tiene la reunión habitual a las nueve con el consejero Blake y el secretario de Estado Morrison.

-¿Ezra Morrison? -inquirió Underwood con ojos de sorpresa-. ¿Qué hace aquí Morrison?

-Como secretario de Estado, supongo que querrá hablarle a propósito de su almuerzo.

-¿Mi almuerzo? Ah, sí, un diplomático... -añadió recordándolo vagamente.

-No exactamente un diplomático -le interrumpió Zadrick-. Su invitado, invitado de honor, es presidenta de una nación.

-¿Qué nación?

-Lampang, señor presidente.

-¿ Lamp... qué?

-La isla próxima a Filipinas. A las doce y media tiene que almorzar con madame Noy Sang.

Underwood apuró el zumo de naranja y empezó a remover el cereal con la cuchara.

-¿Noy Sang? Pero ¿qué nombre es ése?

-Un nombre indígena, señor presidente. La señora Sang lleva un año de presidenta desde la muerte de su marido. Le hemos asignado dos horas con usted. Almorzarán también el señor Blake y el secretario de Estado Morrison. Tengo entendido que es importante.

Underwood devoró el cuenco de cereal y cogió la tostada y el café.

-¿Qué importancia puede tener un asunto de Lampang?

-Bueno, señor...

-Es igual -espetó Underwood interrumpiéndole-. Ahora lo recuerdo... Lampang y la mujer que rige sus destinos -añadió con sorna-. ¿Qué más tenemos antes de eso?

A causa del tráfico de primera hora de la mañana, el secretario de Estado Ezra Morrison llegaba con ocho minutos de retraso.

Normalmente era un viaje relativamente corto desde el Departamento de Estado a la central de la CIA, en Langley, Virginia. Concretamente, un trayecto de apenas quince kilómetros entre el centro de Washington y Langley. Pero aunque el chófer hacía todo lo posible, el tráfico se intensificaba kilómetro tras kilómetro.

Finalmente la limusina enfiló la entrada Dolley Madison del cuartel general de la CIA y un vigilante anotó rutinariamente el nombre de Morrison en la lista de visitas.

Cuando el coche se detuvo ante el bloque de vidrio y cemento, Morrison se apeó, se estiró el traje gris -aunque era un hombre fornido siempre se mostraba pulcro- y luego se alisó las pobladas e hirsutas cejas, se rascó su nariz de patata y entró en el vestíbulo. Paredes y columnas de mármol presentaban el imponente aspecto de siempre, un mármol en el que se veían grabadas cincuenta y dos pequeñas estrellas en memoria de los agentes caídos en acto de servicio.

La divisa de la CIA -DEBES CONOCER LA VERDAD, Y LA VERDAD TE HARÁ LIBRE-, inscrita en una de las paredes, causó una inexplicable molestia a Morrison.

Conforme cruzaba el vestíbulo, reparó una vez más en el emblema de la CIA: el círculo con la estrella y las gruesas letras de CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY OF UNITED STATES OF AMERICA.

Al fondo del vestíbulo, dos guardias le señalaron el tramo de escalera que conducía a la sala de salvoconductos, en la que, a regañadientes, se veía obligado a recoger su placa de identificación.

Había cinco ascensores, uno privado para Alan Ramage, director de la CIA, y cuatro más. Morrison entró en el que le llevaría directamente al despacho del director en la séptima y

última planta.

Una vez dentro del amplio despacho, con litografías de Giacometi en las paredes, una serie de retratos de cuatro presidentes de Estados Unidos, dedicados a Ramage, y ventanas por las que se veía la mayor parte de los 219 acres arbolados del Potomac, Morrison advirtió que los demás ya estaban esperando. Dirigió una inclinación de cabeza al jefe de los asesores presidenciales, que estaba cómodamente sentado frente al escritorio de Ramage y su director delegado de operaciones. Morrison dirigió una breve sonrisa al director de operaciones, que era Mary Jane O'Neil, una guapa joven de poca estatura con la que el secretario de Estado llevaba acostándose hacía más de un año. Sí, tenía mujer e hijos, pero eso no era problema, dado que su familia comprendía que en su cargo no había una hora fija de salida del trabajo. El año anterior, la primera vez que había cenado con Mary Jane, aparte de subyugarle, le había encantado la amistosa actitud de la joven, y dos semanas después Morrison estaba felizmente instalado en su espaciosa cama.

-Siento llegar tarde -dijo Morrison al director de la CIA, dejando su sombrero de fieltro y su cartera-. Es increíble la caravana de coches que hay esta mañana.

-Llegas a tiempo -replicó Ramage, cambiándose unos largos mechones de pelo de un lado a otro del cráneo en un fútil intento de taparse la calva. Ramage estaba sentado muy erguido, como correspondía a su condición de ex almirante, y, como era un tejano alto, podía contemplar desde arriba a su ayudante y a las visitas, Era un hombre cortés al que sus gafas de montura de oro conferían un aire optimista y digno.

-Lampang -dijo como distraído removiendo unos papeles y anunciando el inicio de la reunión-. Tengo entendido, Ezra, que tú y Paul entraréis en detalles con el presidente dentro de una hora -añadió consultando el reloj de pulsera-. ¿Tiene idea Underwood de lo que está en juego?

-Estoy seguro de que sí -intervino Blake-, pero no me parece que le interese mucho.

-Pues tiene que interesarle -replicó con énfasis Ramage-. Hay que hacérselo entender.

-No te preocupes, Alan -dijo Morrison con un gesto destinado a disipar la preocupación del director de la CIA-. Hay una reunión del gabinete antes de su almuerzo con madame Noy Sang. Ya le meteremos en la cabeza los hechos y nuestro objetivo.

-El presidente se acordará -añadió Blake para tranquilizar a Ramage-. Aunque sea tan despreocupado, se acordará. En la televisión abordó muy bien el tema y en la Casa Blanca tampoco decepciona cuando tiene que cumplir.

-Eso espero -dijo el director de la CIA.

-No te preocupes -volvió a decirle Blake.

-De acuerdo -apostilló Ramage-, vamos a repasarlo punto por punto antes de exponérselo. Mary Jane -añadió volviéndose hacia su ayudante-, tú tienes copias del memorándum sobre Lampang. Distribúyelas, por favor.

Mary Jane O'Neil se puso en pie. Era una mujercita de uno cincuenta y cinco -Morrison tenía constancia-, con un par de tetazas enormes para su corta estatura. El secretario de Estado se la imaginó como a él más le gustaba: desnuda, haciendo piruetas.

Entregó copia de la memoria a Ramage y luego dio otra a Blake y dejó a Morrison para la última: al dársela, le rozó a propósito la mano. Morrison la miró excitado y ella le dirigió una sonrisa prometedora.

Mientras volvía a su silla, Morrison fijó la mirada en su ondulante trasero. Inolvidables almohadillas eróticas -pensó él- cuando tienes una nalga en cada mano. Estaba empezando a empalmarse, cosa que no lograba muy a menudo con su esposa y que nunca le fallaba con Mary Jane, cuando la voz del director de la CIA le devolvió a la realidad de la reunión.

-Lampang -decía Ramage-. Vamos a ello.

-Preparados -dijo Morrison.

-¿Sabe algo al respecto el presidente? --comenzó a decir Ramage arrellanándose por un instante,

-Un poco -dijo Blake inclinándose hacia adelante-. Sabe de todo un poco.

-Entonces -replicó Ramage asintiendo con la cabeza- tenéis que ponerle al corriente a fondo; a grandes rasgos, pero a fondo.

-Tenemos dos posibilidades -dijo Blake-. Yo voy a verle dentro de poco en el despacho oval, y luego otra vez para la reunión del gabinete.

-Y él se reúne con madame Noy Sang a mediodía.

-A las doce y media -puntualizó Blake- para almorzar y hablar. El secretario de Estado y yo estaremos con él.

-Muy bien -dijo Ramage-. Hay que comenzar a prepararle la escenografía. Decidle dónde está Lampang.

-Creo que sabe la localización -dijo Blake.

-Aseguraos -replicó Ramage-. Sed lo más precisos posible. Tiene que darse cuenta de su relación con Camboya y Vietnam del Sur, y hay que hacerle comprender que con Lampang completamos nuestro perímetro defensivo.

-Yo me encargo de ello -dijo Morrison.

Ramage no parecía muy convencido.

-Lo que consiga de madame Sang es vital para nuestros intereses -dijo, comenzando a hojear el montón de papeles que tenía delante-. Y al mismo tiempo tiene que saber la clase de resistencia que cabe esperarse por parte de madame Noy Sang.

-¿Esperas que sea mucha? -inquirió Blake.

-No lo sé -contestó Ramage, tras encontrar la hoja que buscaba-. Percy Siebert, el jefe de nuestro destacamento en Lampang, me ha enviado un resumen sobre madame Noy Sang. Os lo voy a sintetizar -añadió poniendo la vista en el comunicado-. Procede de una buena familia; son dueños de plantaciones de arroz y son ricos. La mandaron a Estados Unidos a que cursara estudios universitarios, así que conoce bien nuestro país. Se casó con un liberal de izquierdas llamado Prem Sang, un intelectual de cuarenta y dos años y diez mayor que ella. Han tenido un solo hijo llamado Den, que tiene ahora seis años. Cuando Prem fue elegido presidente de Lampang gracias a un programa de reforma agraria, su esposa fue nombrada vicepresidenta. Para nosotros es algo raro, pero en ese país selvático es una costumbre. Yo no diría que Prem fuese precisamente amigo de Estados Unidos, pero tampoco era enemigo. En realidad era un nacionalista que quería para Lampang libertad e independencia.

-¿Y cómo es su mujer, políticamente? -inquirió Blake.

-No lo sé en realidad -respondió Ramage-. Por lo que me ha contado Siebert, está bastante de acuerdo con las ideas de su marido. Aunque ahora, tras un año en el cargo de presidenta, enfrentándose a los problemas de su país, debe haber cedido en su actitud de independencia frente a Estados Unidos. Hay dos datos seguros: nuestro único amigo con poder en la isla es el general Samak Nakorn, comandante del ejército, y su ayudante el coronel Peere Chavalit. El único enemigo poderoso de Estados Unidos en la isla, o islas, es el capitán Opas Lunakul, jefe de los rebeldes comunistas que dominan las otras dos islas de Lampang, Lop y Thon. Madame Noy Sang se sitúa entre esas dos posiciones.

-Pero tendrá que optar por una u otra -terció Blake.

-Claro -añadió Ramage-. Según la información que hemos obtenido, necesita nuestra ayuda para seguir adelante con su política de reforma agraria, y al mismo tiempo no desea que los comunistas organicen una campaña propagandística diciendo que se vende a un país capitalista que va a explotar a Lampang. Madame Noy Sang cuenta con el apoyo del pueblo, en su mayoría campesinos que no ven con muy buenos ojos el comunismo. Lo que quieren es el reparto de tierras, que mejore la economía, y para ello necesitan implantar una democracia al estilo americano.

-Si -dijo Blake-. Con eso, todos contentos. La cuestión está en cómo conseguirlo. Eso corresponde a tu departamento, Ezra -añadió mirando al secretario de Estado.

Morrison aceptó con una inclinación de cabeza su responsabilidad, se puso en pie, abrió la cartera y sacó una carpeta. Después volvió a sentarse y pasó unas hojas del expediente. Finalmente halló lo que buscaba y extrajo un papel.

-Es cuestión de negociar -dijo-. En resumen, se trata de llegar a un acuerdo. Le damos a madame Noy Sang algo que quiere a cambio de lo que queremos nosotros.

-Quiere un empréstito -dijo Blake-. Buenos dólares.

-Exacto -asintió Morrison-. Y, a cambio, nosotros queremos una gran base aérea en Lampang.

-Para ella eso será una ardua decisión -terció Ramage poniéndose en pie-. Teniendo en cuenta su posición política, permitir la construcción de una base aérea para nuestros aviones y bombarderos, aceptar el estacionamiento de miles de soldados americanos en la isla va a suscitar fuertes objeciones, no sólo por parte de los rebeldes comunistas, sino del propio Partido Popular de madame Noy. Si opta por ello, querrá mucho dinero a cambio.

-Si no opta por ello -comentó Morrison-, no obtiene un céntimo.

-No creo que eso suceda -dijo Blake-. Nos necesita.

-Y nosotros la necesitamos -apostilló Morrison-. Por eso he dicho que hay que negociar un trato.

-Bien, empecemos por nosotros -dijo Blake-. ¿Cuánto autorizamos al presidente que le ofrezca?

-Empezamos por poco y vamos aumentando paulatinamente -respondió Morrison-. En gran parte, depende de la cifra que ella nos plantee. Entretanto, yo hablaré con el secretario de Defensa Cannon a ver qué opina sobre lo que podemos ofrecer por lo que queremos. Nos pondremos de acuerdo en una cifra máxima y se la comunicaremos a Underwood en la reunión del Gabinete. ¿Podrías exponer al presidente esta perspectiva global, con los datos esenciales, nada de cifras, antes de la reunión del Gabinete? -añadió volviéndose hacia Blake-. Primero quiero hablar con Defensa.

-Bien -contestó Blake.

-Recuérdalo: nada de cifras hasta la reunión del Gabinete, así el presidente las recordará bien para el almuerzo. De todos modos le haré unas notas recordatorias, y si se le olvidan, estaré yo para echarle una mano. Creo que eso es todo -dijo Morrison mirando a los demás-. Listos para habérnoslas con Noy Sang.

-Eso espero -añadió Blake con cierto nerviosismo.

-Bien, asegurémonos de que el presidente esté al tanto -añadió Morrison-. Ese almuerzo es importante. Underwood tiene que imponerse, y un poco de encanto vendría bien.

-La cuestión estriba -dijo Blake encogiéndose de hombros- en quién desplegará mayor encanto... Matt Underwood o Noy Sang.

Tras abandonar el edificio de la CIA en la limusina negra con chófer, Paul Blake llegó a la Casa Blanca y entró por el sótano oeste. Respondiendo con una inclinación de cabeza a los buenos días de varios oficiales de la Seguridad Nacional, subió apresuradamente por una estrecha escalera hasta su despacho, dos puertas más allá del despacho oval del presidente.

En el despacho, tres de sus ayudantes, con atuendo informal, discutían tranquilamente el texto de un discurso sobre gastos internos que tenía que pronunciar Underwood. Tras contestar a su saludo, Blake los despidió, posponiendo la reunión sobre el discurso para más tarde. Tenía que acudir al despacho oval para dar al jefe del ejecutivo una perspectiva global del almuerzo con madame Noy Sang.

Sentado frente al presidente, Blake se sentía cómodo. Hacía tiempo que conocía a Underwood. Graduado en leyes por la universidad de Harvard, Blake había acabado siendo socio de un prestigioso bufete de Nueva York que contaba entre sus clientes a Matt Underwood, y desde el principio le habían encomendado la gestión de los asuntos de éste. Blake era un hombre regordete, más bien pequeño, con rostro infantil. Bien afeitado, agradable y de sempiterna expresión benigna, su afabilidad casaba bien con Underwood; y lo mismo sucedía con su inteligencia y su capacidad organizativa.

En esta ocasión su cometido era poner a Under-wood en antecedentes sobre la situación

de Lampang, pero el presidente sólo parecía escuchar a medias, y paulatinamente logró hacer derivar la conversación hacia el tema del combate de boxeo por el título de los pesos pesados de aquella tarde en Las Vegas. ¿Quién creía Blake que sería el vencedor?

Blake no estaba muy seguro y respondió con evasivas, seguro sólo de quién perdería si no lograba reencauzar la conversación hacia el asunto de Lampang.

El presidente se mostraba impaciente.

-Mira, Paul, dejemos Lampang para más tarde. ¿Es que me lo vas a repetir todo dos veces? Ya lo hablaremos en la reunión del Gabinete y así lo tendré todo bien fresco antes de sentarme a almorzar con madame Sang.

-Como quiera, señor presidente.

-Si, es mejor, Paul

En diez minutos llegaron a la conclusión de que el aspirante arrebataría el título al campeón y el presidente mostró cierto entusiasmo por primera vez aquel día.

Cuando Paul Blake regresó a su despacho, fastidiado por no haber llegado a nada concreto con el presidente, pensó en telefonear a sus ayudantes para seguir con el discurso de la reducción del gasto. Echó una ojeada al despacho y le hizo gracia que hubiera que intentar una reducción de gastos; podrían empezar por los que él había hecho allí, que no era más que un modesto chiribitil de paneles blancos con un escritorio de roble corriente.

Se acercó al escritorio, hojeó los cablegramas de la noche anterior y decidió que no había ninguno que requiriese la inmediata atención del presidente. Estaba a punto de telefonear a sus ayudantes, cuando advirtió que no había acabado la lista de las reuniones de Underwood para aquel día.

Tomó un bloc y un bolígrafo y se dispuso a anotar los compromisos:

10.00 h: Reunión del Gabinete.

11.30 h: Firma de documentos.

12.30 a 2.30 h: Almuerzo en el comedor presidencial con la presidenta Noy Sang de Lampang, al que asisten el secretario de Estado Morrison y el asesor presidencial Blake. Tras el almuerzo se proseguirá la conversación en el despacho oval amarillo.

3.15 h: Sesión de fotos en la Rosaleda. Premios a los boy-scouts norteamericanos.

5.00 h: Ver el combate del campeonato de pesos pesados en el salón rojo de la tercera planta.

Una vez concluida la lista, y tras repasarla para asegurarse de no haber omitido nada, llamó a la secretaria y le ordenó que la pasara a máquina y la distribuyera sin demora.

Apenas había salido la secretaria cuando sonó el intercomunicador azul de la Casa Blanca.

Como generalmente era el presidente quien llamaba, Blake lo cogió sin demora.

Pero no era el presidente, sino la mismísima primera dama.

-Buenos días, Paul, ¿estás muy ocupado?

-Nunca estoy ocupado si se trata de hablar contigo, Alice -respondió Blake con su habitual cortesía.

-Muy amable. Querría hablarte de una cosa. ¿Tienes lista la agenda del presidente para hoy?

-Casi. La están pasando a máquina.

-Es que quería verla, Paul.

-Ahora mismo la distribuirán.

-Me gustaría verla antes, si me haces el favor.

Blake se imaginaba a Alice Underwood haciendo un mohín ante el teléfono. Le encantó aquella demanda porque agradecía la más mínima oportunidad de ver a la primera dama.

-Inmediatamente. Yo mismo te la llevaré.

-No quiero interrumpir tu trabajo...

-En absoluto. Tardo cinco minutos. ¿Dónde estarás?

-En mi despacho.

-Al momento estoy contigo

Hubo una pausa.

-¿Aún no se ha distribuido, verdad?

-Todavía no. ¿Quieres que la retenga por algún motivo?

-Posiblemente. Ya veremos. Primero quiero verla.

Pasaron diez minutos antes de que Blake, recién peinado y con la corbata bien puesta, entrase lista en mano en el despacho de la primera dama.

Ella estaba tras el brillante escritorio en una poltrona giratoria, mirando por la ventana hacia Lafayette Square.

Al oírle entrar, se puso en pie y cruzó la pieza hacia el sofá tapizado en algodón a rayas que había bajo los grabados de flores silvestres.

Mientras le señalaba el sillón contiguo al sofá, Blake se detuvo un instante para verla andar.

Era una perfección. En su vida había visto una mujer mejor hecha. Alice vestía una blusa blanca de seda natural, que dejaba transparentar el sujetador de encaje, y una falda corta de chang-tung. Sus esbeltas piernas, embutidas en medias color carne, quitaban el hipo.

Su mujer, que tenía buenas piernas y era guapa, comparada con ella resultaba insulsa y poco atractiva.

Alice Underwood estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas, y Blake apenas recordaba a qué había ido allí; luego consiguió acordarse y cruzó el cuarto como un autómata para tomar asiento en el sillón junto a ella.

-Paul -dijo Alice-, ¿has traído el programa presidencial?

Blake lo sacó del bolsillo de la chaqueta y lo desdobló.

-¿Me lo dejas ver? -inquirió ella impaciente alargando la mano.

Él se lo entregó y Alice lo repasó ávidamente.

-Lo que me interesa -dijo pausadamente- son los actos de después del almuerzo; ya veo que almuerza con esa mujer de Lampang.

-Si, con madame Noy Sang.

-Qué nombre tan raro -comentó ella distraídamente-. ¿Es una especie de almuerzo social...? Me refiero a si es algo protocolario.

Blake no sabía a dónde quería ir a parar, pero optó por hablar sin rodeos.

-Es algo más importante, por eso estaremos presentes Ezra Morrison y yo.

-Veo que habéis asignado un par de horas. ¿No es excesivo para un almuerzo?

-Ese tiempo no se ha asignado únicamente para almorzar -respondió Blake-. Primero se hablará de cosas intrascendentes, el proceso normal para irse conociendo. Lo importante de la reunión vendrá después de almorzar, en el despacho oval amarillo.

-¿Y os hacen falta dos horas?

-Bueno, no necesariamente -respondió Blake prudentemente-. Se podrían reducir a hora y media.

Alice se inclinó hacia él, con el consiguiente zangoloteo de los pechos, lo que dejó momentáneamente desconcertado a Blake.

-¿Podéis reducirlo a hora y media? -inquirió ella.

-No lo sé, Alice. ¿Por qué lo dices?

-¿Te acuerdas de cuando llegamos a la Casa Blanca y tú querías que hiciese algo de provecho? -dijo Alice muy seria-. Vimos que las actividades anti droga, anti alcoholismo y de ayuda a los niños retrasa-dos mentales eran campos que ya habían trillado las anteriores primeras damas, y tú fuiste quien me sugirió lo del arte y los estudios.

-Y sigo pensando que es una opción idónea -apostilló Blake.

-De acuerdo, tú sabes que entre otras cosas dediqué bastantes esfuerzos a lo del nuevo Museo Contemporáneo. Bien, pues vamos a dar un té por todo lo alto para recaudar fondos;

más que nada, patrocinadores. Me han pedido que pronuncie unas palabras y lo haré, pero en cuestión de discursos soy mucho menos eficaz que Matt. Así que quiero que él venga conmigo al museo y diga también unas palabras. Estoy segura de que eso es tan importante como lo de Lampang. Vamos, que le dará tiempo a charlar con esa señora y dedicar un rato al museo. ¿Te parece posible?

Paul Blake dudada. Cuando animó a Alice a que se dedicase a las artes y la formación, lo había hecho pensando concretamente en que dirigiera sus esfuerzos en pro de los necesitados y desfavorecidos, y los patrocinadores y mecenas del Museo Contemporáneo no pertenecían precisamente a ese grupo social; no se trataba de personas desvalidas. El té y la presencia del presidente sería simplemente la guinda de un pastel ya de por sí bastante rico.

-No... no lo sé, Alice... -comenzó a decir.

Alice se puso rápidamente en pie. Había iniciado una trayectoria y no estaba dispuesta a abandonarla.

-Vamos, querido Paul, tu puedes hacerme ese favorcito -dijo inclinándose para darle un beso en la mejilla y rozándole sin querer con un seno en la mano alzada.

-Bueno... -adujo Blake conmovido, retirando la mano.

-Vamos -añadió insistente, y le dio tan achuchón que le hizo entrar en contacto con aquellos dos senos inenarrables-. Hazlo por mí, por mi causa.

Ante aquello, Blake depuso toda resistencia y trato de recuperar la compostura frente a aquel rostro inclinado sobre su persona.

-Bien, supongo que será posible -dijo.

-¡Eres un cielo! -exclamó Alice, dándole un besito en la boca-. Gracias.

-Ya... ya cambiaré el programa.

-Es fácil -prosiguió Alice enérgica, irguiéndose-. Matt aún no ha visto el horario definitivo. Pon de doce y media a dos con la mujer de Lampang y luego a las dos y media le asignas el desplazamiento en coche conmigo al Museo Contemporáneo -añadió devolviéndole el papel-. ¿Lo harás en seguida?

-Inmediatamente -respondió él levantándose tambaleante del sillón.

-Espero que Matt me recoja a las dos y media -concluyó ella cogiéndole del brazo y llevándole hasta la puerta.

Allí estaba, en el pasillo; Alice había cerrado la puerta tras él. Le había manipulado.

Aquellos labios cálidos... Aquellos suaves senos... Había valido la pena.

Mientras se alejaba pasillo adelante, Blake iba diciéndose que en realidad importancia tenía poca. ¿Qué más daba hora y media más o menos con una mujer del mar de la China meridional?

Pensó que incluso era muy posible que el presiden-te le agradeciese aquella reducción de media hora.

Cuarenta minutos antes Blake habla efectuado otro cambio en el programa presidencial y habia enviado, para ser entregado en mano, un memorandum a los interesados: quedaba aplazada la reunión del Gabinete en pleno.

Estaba preocupado por no haber podido aleccionar al presidente a propósito de Lampang y se había dicho que la reunión ministerial debía girar enteramente en torno al asunto de Lampang para que el presidente pudiera negociar como era debido, pero dada la concentración en un solo tema de importancia, era innecesario recargar la reunión con los secretarios de Agricultura, de Comercio, de Transportes, de Justicia y los demás miembros del Gabinete.

Al entrar en el salón de reuniones, Blake vio en seguida que los funcionarios imprescindibles habían recibido aviso y esperaban ya. Saludó al secretario de Estado, al director de la CIA, al secretario de Defensa, a los tres miembros del Consejo Nacional de Seguridad, y se acomodó en la poltrona de cuero que había junto a la vacía del presidente.

-¿Qué tal la reunión informativa previa con el presidente? -inquirió Morrison.

-Un desastre -respondió Blake con un gesto de desagrado.

-¿Qué quieres decir? -insistió Morrison.

-Pues un desastre -replicó Blake-. Al presidente le importaba un bledo Lampang y únicamente quería hablar del combate de esta tarde en Las Vegas para el título de los pesos pesados.

-Entonces nos corresponde a nosotros la tarea -dijo Ramage, el director de la CIA.

-Y que lo digas -apostilló Blake-. No hablaremos más que de Lampang. Por eso he cancelado la asistencia de los demás, porque quiero que nos concentremos en el tema que le espera al presidente durante el almuerzo.

Habían comenzado a estructurar su informe cuando la puerta se abrió y apareció el presidente Underwood en persona.

Alto y erguido, parecía estar de buen humor. Se pasó la mano hacia atrás por el pelo, sonrió a los reunidos y dijo sin dirigirse a nadie en concreto:

-¿Qué habéis estado haciendo a mis espaldas?

Tras lo cual se dirigió a su silla y saludó a todos los presentes por su nombre.

-Hemos estado hablando de su almuerzo con madame Noy Sang -le contestó Blake una vez que se hubo sentado.

-¿Va a ser un almuerzo largo? -inquirió Underwood.

-No tiene por qué serlo -dijo Morrison-. Tras una charla de cortesía con madame Noy podemos concluir el almuerzo y trasladarnos al despacho oval amarillo para hablar estrictamente de negocios.

-Sólo quería saberlo porque no quiero perderme el combate -añadió Underwood.

-Tendrá tiempo de sobra -aclaró Blake-. El almuerzo y la reunión con madame Noy Sang será cuestión de hora y media. Luego, la primera dama le espera para que la acompañe a inaugurar el Museo Contemporáneo y pronuncie unas palabras, cosa de cinco minutos, para la recaudación de fondos. Tendrá tiempo de sobra para regresar y ver el combate.

-Veo que faltan muchos de nuestros amigos -dijo el presidente dando una ojeada a la sala- y que sólo están los peces gordos.

-Se ha hecho expresamente -dijo Blake, tajante-. Como tendrá que regatear con madame Noy Sang, hemos querido concentrarnos de lleno en el tratado con Lampang.

-Entiendo -dijo Underwood-. Esa señora con la que voy a almorzar... ¿puede alguien decirme cómo es?

-No lo sabemos con certeza -dijo el secretario de Estado Morrison inclinándose hacia adelante-. Ninguno de nosotros la conoce. Recordará usted que su marido era presidente de la isla cuando lo asesinaron. Y ella era vicepresidenta, como es costumbre en aquellas tierras. Así que ha heredado el cargo.

-Si. -respondió Underwood asintiendo con la cabeza-, lo recuerdo. Incluso he visto su foto en el periódico. No parece muy de temer.

-No lo es, señor presidente -dijo Ramage terciando en la conversación-. El jefe de nuestro destacamento en Lampang, Percy Siebert, dice que es una señora pequeña y amable, a quien afectó enormemente la muerte de su esposo y estuvo bastante tiempo retirada. De hecho, guardó un año entero de luto, que dedicó a ponerse al corriente de las obligaciones de su cargo.

-Y ahora, transcurrido el año -añadió Morrison-, ha salido de su reclusión. Éste es su primer viaje al extranjero. Supongo que, fundamentalmente, porque necesita a Estados Unidos.

-Seguro que es cuestión de dinero -comentó Underwood.

-Puede que sea algo más -dijo Blake-, quizá de índole sentimental. Ha vivido antes aquí. Hace tiempo, pero pasó cuatro años estudiando en Wellesley.

-Allí estudia Dianne -dijo Underwood como reanimado y con orgullo-. Cursa el último año.

Se suponía que todos sabían -y la sabían- que Dianne Underwood era su hija de veintiún años.

Librodot

-Así tendrán algo en común de que hablar antes de abordar el tema importante -dijo Blake.

-De acuerdo, ¿.y cuál es el tema importante? -replicó Underwood.

Morrison se había dedicado a dibujar un mapa en la página de un bloc amarillo alargado. La arrancó y se acercó al presidente.

-Curtis -dijo dirigiéndose al secretario de Defensa Curtis Cannon-, siéntate en mi sitio y déjame el tuyo. Así me será más fácil explicar este mapa que he esbozado del Pacífico sur y aledaños.

Intercambiaron los asientos y Morrison arrimó su poltrona a la del presidente y puso ante él la hoja amarilla.

-¿Qué es esto? -inquirió Underwood.

-Un esquema a grandes rasgos del Lejano Oriente en el que he marcado nuestras principales bases aéreas, que contribuyen a frenar cualquier exceso de entusiasmo por parte de Corea del Norte, China, Vietnam y Camboya. Como puede ver, señor presidente -añadió Morrison sirviéndose del bolígrafo a modo de puntero-, nuestras fuerzas aéreas en el Pacífico disponen de tres alas principales. Sin contar Hawai, que es el cuartel general de la XV Fuerza Aérea, tenemos tres grandes bases aéreas: una en Japón, para la V Fuerza Aérea; otra en Corea del Sur, para la VII Fuerza Aérea, y una tercera en Filipinas, para la XIII Fuerza Aérea. ¿No observa algo raro en el mapa?

-Pues no -respondió Underwood moviendo la cabeza.

-Bien, mire aquí abajo. ¿Qué ve?

-Una isla, una isla grande y dos pequeñas -respondió el presidente con los ojos fijos en el mapa.

-Lampang -dijo Morrison-, donde no tenemos base aérea.

-¿Y queremos una?

-No sólo queremos una -respondió Morrison alzando la cabeza y mirando de hito en hito a Underwood-, sino que debernos tener una. Así estaríamos a tiro de piedra de Camboya, Vietnam y China, todos países comunistas.

-Entiendo. ¿Y cómo lo lograremos?

-Depende de su poder de persuasión e innegable encanto para reducir a madame Noy Sang a la condición de perrillo complaciente -respondió Morrison-. Vamos a esbozar lo que le pediremos y lo que pensamos darle a cambio.

-Adelante -dijo el presidente.

-Curtis -dijo Morrison al secretario de Defensa bajando la vista hacia la mesa-, cambiemos otra vez de asiento.

Una vez hecho, sentado de nuevo junto al presidente, Cannon dijo:

-Señor presidente, voy a decirle lo que queremos exactamente de madame Noy Sang. No tiene que recordarlo todo de memoria; le daré unas tarjetas escritas a máquina con nuestras demandas y podrá consultarlas cuando empiece a ir al grano con madame Sang -añadió sacándose del bolsillo unas fichas que entregó al presidente, quien, a su vez, se las guardó en el bolsillo.

-Adelante, continúe -dijo Underwood.

-Lo que queremos en Lampang es una base aérea de unas cincuenta mil hectáreas. Unas cuatro mil hectáreas destinadas a edificaciones y otros servicios, capaces para un contingente de personal de las fuerzas aéreas de unas diez mil personas, más unos quince mil empleados civiles indígenas.

-¿Y las pistas? -inquirió Underwood.

-Hay terreno suficiente para dos pistas principales -respondió el secretario de Defensa-. Una larga para unos cincuenta aparatos de caza... F-5, F-4E, F-4G y quizá doce F-5E.

-¿Tenemos que comprar todo ese terreno?

-Yo no me atrevería a plantearlo, aunque fuese posible -contestó Cannon-. La base propiamente dicha, salvo los aviones y los edificios, será propiedad de Lampang. Lo que yo

preveo, y que indudablemente exigirá madame Noy Sang, es un acuerdo mutuo entre Lampang y nosotros. Un arrendamiento a largo plazo de la base, digamos noventa años, si puede usted arrancárselo, a cambio de una importante ayuda a Lampang en dólares.

-¿Qué se entiende por importante ayuda? -inquirió el presidente.

-¿Tienes una cifra, Ezra? -dijo Cannon dirigiendo la vista hacia el otro lado de la mesa a Morrison.

-Tengo dos -respondió Morrison-.Basadas en datos obtenidos por los expertos en temas del Lejano Oriente. Alan Ramage también me ha ayudado cediéndome datos de la CIA. La primera cifra es la baja. Puede funcionar, porque Noy Sang está muy desesperada. Tantee usted con esa cifra, señor presidente.

-¿A cuánto asciende? -inquirió Underwood.

-A ciento veinticinco millones de dólares.

-A mí me parece bastante importante -comentó Underwood.

-A usted, señor, pero quizá no a la presidenta de Lampang -replicó Morrison-. Aunque no sea una lumbrera, lleva un año en el cargo y sabe lo que necesitamos. Su gran baza es la base aérea. Así que puede mostrarse un tanto irreductible y pedir más -añadió, pensando en lo que iba a añadir-. La realidad es, señor presidente, que puede ofrecer más. Aparente ser magnánimo y ofrezca la otra cifra.

-¿De cuánto?

-Podernos concederles un empréstito de ciento cincuenta millones.., pero ni un céntimo más. Porque si no sale muy caro, considerando el monto total de préstamos a otros países. Claro, puede que madame Sang pida más. Siempre lo hacen. Esos pequeños países son muy pobres y piensan que el Tío Sam tiene bolsillos sin fondos, pero no tenemos tanto como para irlo repartiendo por ahí, sobre todo en un lugar tan irrelevante como es Lampang. Puede hacerse el generoso y subir hasta ciento cincuenta millones, pero no pase de ahí.

-¿Y si dice que no?

-En ese caso la despide con buenos modales y ya buscaremos otro lugar para la base con un negociador más razonable.

-Yo creía que habían dicho que realmente nos era necesaria esa base en Lampang -replicó Underwood frunciendo el entrecejo.

-Sí, desde luego que la queremos -respondió Morrison-, pero hay un limite a lo que podemos dar a cambio. No podemos aceptar chantajes -añadió sonriendo-. Usted puede lograrlo, señor presidente; una buena dosis de su encanto. Es una suerte que el jefe del Estado de Lampang sea una mujer. Unas palabritas de usted, una buena sonrisa y se derretirá. Muchas veces la diplomacia se reduce a eso.

-Esperemos -dijo Underwood, no muy convencido.

-Seguro que lo consigue -dijo Morrison-. No me cabe la menor duda. Triunfará usted.

-Haré todo lo que pueda -añadió el presidente dando por concluida la reunión ministerial.

En el centro de Visaka, la capital de la isla de Lampang, Noy Sang estaba sentada en el despacho de su marido en el palacio de Chamadin, tras el gigantesco escritorio, firmando decretos antes de su marcha a Estados Unidos.

Despacho y escritorio seguían siendo, aun después de un año de ocupar el cargo, el despacho y el escritorio de su esposo. Allí le habían asesinado brutalmente; se le había hecho un entierro con gran ceremonial, pero, para Noy Sang, su esposo Prem no estaba totalmente muerto. Era, sencillamente, como si hubiese emprendido un largo viaje sin decir adiós. Algunos recuerdos de él se habían desvanecido, detalles en su mayoría, y en los últimos meses se había sentido menos sola porque el trabajo la desbordaba.

Pero el despacho y el escritorio eran de Prem. No podía serle infiel. Todo lo que ella sabía -bueno, casi todo- se lo debía a Prem, y no acababa de convencerse de que ella fuese

enteramente ella.

Le habían venido aquellos pensamientos mientras firmaba los papeles porque había terminado el período de luto y estaba a punto de dejar Lampang para emprender su primer viaje oficial.

Cierto que ahora era -sería- la presidenta Noy Sang de Lampang.

Miró la esfera de su reloj de oro. Era la hora en que el pequeño Den salía para el colegio. Se preguntó dónde estaría. Y en aquel momento se dio cuenta de que faltaba media hora escasa para su salida del aeropuerto para volar a Estados Unidos con el ministro de Asuntos Exteriores Marsop Panyawan y tenía que acabar la firma.

Continuó rubricando papeles, y acababa de formalizar el último cuando oyó pasos en la escalera que comunicaba con la vivienda familiar, arriba.

El pequeño Den entró corriendo en el despacho, seguido por Thida, la hermana de Noy. Den tenía el cabello y los ojos negros y era chatillo y pequeño (aun para su edad). Su tía Thida era tres años más joven que su hermana, más alta y delgada y de rasgos más angulosos. Ahora estaba libre tras la anulación del primer matrimonio y ejercía el cargo de vicepresidenta de Lampang muy loablemente, puesto que entendía de política tanto como Noy y sentía gran simpatía por los pobres.

Noy dejó la estilográfica, se levantó de la poltrona y se arrodilló para besar y abrazar a su hijito.

-Ve ahora mismo al coche o llegarás tarde al colegio -le dijo-. Mi viaje será corto. Tres o cuatro días tan sólo. Hoy te acompañará Thida al colegio.

Habían decidido como cosa extraordinaria que fuese Thida quien le llevase para que el pequeño Den no pensara en el viaje. Normalmente era Chalie, un fiel chófer, quien conducía al pequeño al colegio público -Noy no consentía que fuese a un colegio privado-, para después volverlo a traer a palacio al concluir las clases.

-Mientras yo esté fuera tú me sustituyes -musitó Noy levantándose y abrazando a su hermana-. Sé fuerte y no permitas que el general Nakorn ponga en marcha alguna de sus ideas anticomunistas. Quiero mantener a Lunakul y a los insurgentes en disposición de parlamentar hasta que podamos llegar a algún acuerdo.

-No te preocupes -dijo Thida sonriente, dando una palmadita a su hermana en la mano-, dejas Lampang en buenas manos. Quizá no sepa gobernarla como tú, pero puedo hacer buen papel siguiendo tu ejemplo. En cuanto al general Nakorn, no le quitaré ojo de encima.

-Gracias, Thida... Den, adiós. Te quiero. No tardaré mucho en volver.

Se quedó mirando cómo Thida cogía al niño de la mano y lo sacaba del despacho.

Estaba a punto de volver al escritorio de su marido cuando vio que Marsop Panyawan entraba apresuradamente en el despacho. Era un hombre esquelético, nervioso, de aspecto solemne. Marsop, aparte de ser el ministro de Asuntos Exteriores, había sido el mejor amigo de su esposo y, actualmente, era su más fiel aliado.

Era un hombre ligeramente más alto que sus compatriotas, de aproximadamente un metro sesenta y seis, de pelo castaño peinado de lado, ojos hundidos y rasgos adustos. Saludó a Noy, se acercó al escritorio y se sentó frente a ella.

-Bien, listos para marchar a Washington -indicó Noy.

-Un viaje crucial para nuestros intereses -apostilló Marsop-. Me alegra que almuerces con el presidente Underwood.

-Bueno, no se trata de un almuerzo de cortesía -replicó ella.

-Eso mismo opino yo. Sabemos que necesitamos su dinero y sé claramente lo que quieren de nosotros; aunque no en detalle, sí globalmente.

-Nos conceden un crédito -apostilló lacónicamente Noy- y les damos una base aérea.

-Estoy convencido de que ése será el acuerdo. -El crédito... -añadió Noy pensativa-. ¿Cuánto pedimos a Estados Unidos?

-Lo más que podamos, Noy -gruñó Marsop.

-Pero, en concreto... Tú ya has sondeado al embajador americano y sabes qué cifra

tienen pensada.

-En realidad no lo sé -contestó Marsop meneando la cabeza-. Sé lo que nos hace falta. De la reunión con los ministros he sacado una idea bastante clara.

-¿Y cuánto necesitamos?

Marsop sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete de cigarrillos, sacó uno y se lo estuvo mirando antes de encenderlo.

-Nos hacen falta doscientos millones de dólares -dijo finalmente.

-¿Pueden dárnoslos?

-Pueden, pero no lo harán -contestó Marsop aspirando el humo.

-¿Lo encontrarán excesivo?

-Unicamente en el contexto de que tienen importantes créditos pendientes con México, Brasil, Argentina y otros doce países. El Congreso ha estado presionando al presidente para que reduzca e interrumpa las ayudas económicas.

-Bien -añadió Noy, preocupada-, yo pido doscientos millones, ¿y si se niegan?

-Difícilmente sacaremos adelante nuestro programa.

-¿Los amenazo con recurrir a la Unión Soviética? -dijo Noy pensando en esa posible alternativa.

-No, por nada del mundo. Ni siquiera como factor de regateo. Los abrumaría pensar que consideras la posibilidad de dejar entrar aquí a los rusos, y más teniendo en cuenta la difícil situación americana en el Pacífico y el hecho de que quieren negociar con nosotros. Ellos quieren una base aérea precisamente como resorte anticomunista.

-Bien, ¿qué hago si se niegan a dar doscientos millones?

-No hay que permitírselo -contestó Marsop sin vacilar-. Tienes que pedir los doscientos millones y pedirlos resueltamente.

-Me estás poniendo muy nerviosa, Marsop -respondió Noy con un suspiro.

-Es lo que pretendo -replicó él sonriendo-. Pero en realidad no tienes por qué estarlo. No olvides que el presidente Underwood quiere que le des algo; algo que necesita.

-Se lo vamos a dar. Eso lo acordamos.

-No exactamente -replicó Marsop-, porque quieren una base aérea enorme y no creo que a tus partidarios les agrade esa especie de ganga. Resultaría contraproducente. Tienes que ser tacaña en eso de la base aérea. Ya hablaremos con más detalle durante el vuelo a Washington. En realidad, te queda otro recurso para negociar y es en el que yo más confío.

-¿Cuál?

-Tu encanto, Noy.

-Marsop, por favor, eso es imposible, Para un americano no puedo hacer de femme fatale.

-No tienes por qué -respondió Marsop con una amplia sonrisa-. Basta con que actúes como lo haces normalmente. Créeme, seguro que le causas sensación.

-Ojalá pudiera creerte, ¿Cómo será él?

-¿El presidente Underwood? Tengo un informe completo; te lo daré en el avión. Ahora más vale que nos movamos y nos pongamos en camino.

Tres

A gran altura sobre el océano Pacífico, Noy Sang y el ministro Marsop Panyawan, sentados en un sofá de terciopelo en el avión presidencial de Lampang, acababan su tardío almuerzo. Una vez concluido, y después de que una azafata de piel oscura, con chaqueta y pantalones, retirara las bandejas, Noy se volvió hacia la derecha para mirar por la ventanilla.

-Creo que ahí está la costa de California -dijo.

-Aún no -contestó Marsop-. El horizonte engaña. Hasta dentro de una hora no alcanzaremos Estados Unidos.

-Y luego... a Washington.

-Sí, otras cinco horas aproximadamente.

-Todavía falta mucho -dijo Noy con un escalofrío, dejando de mirar por la ventanilla-. Tal vez podría dormir algo.

-Descansar te vendría bien.

-Marsop, necesito algo más que descansar: un anestésico. Temo no estar lo bastante preparada para mi primera entrevista diplomática.

-Seguro que te entiendes perfectamente con el presidente Underwood.

-Me gustaría tener la mitad de confianza que tú -dijo ella alargando la mano para coger el bolso, que no abrió-. Es mucho tiempo el que queda para estar sin fumar. Marsop, ¿me das un cigarrillo?

El ministro se buscó el paquete en el bolsillo, lo abrió, se lo ofreció y le dio fuego con el encendedor.

Noy aspiró profundamente, expulsó el humo y miró a través de la nube al ministro de Asuntos Exteriores.

-En realidad no me atemoriza tratar con el presidente Underwood -dijo pausadamente-. Lo que me da miedo es verme cara a cara con él durante dos horas. ¿Con quién voy a tratar? ¿Con Abraham Lincoln? ¿Con Theodore Roosevelt? ¿Con Richard Nixon?

-Difícilmente -replicó Marsop con una breve carcajada-. No es nada de eso, como sabes perfectamente. Anoche en el vídeo pudiste comprobar que no es nada temible.

-¿Y qué se puede saber por esas escenas de discursos y entrevistas...? Con eso no se sabe la clase de persona que es. Yo procuro verlo como un ser humano e imaginar cómo es realmente, con quién voy a tener que hablar.

-Con una persona no muy distinta a ti, con sus propias ambiciones, frustraciones, agravantes, preferencias. Piensa en que te acompaña Prem. Mañana, relájate; siéntete segura.

-Mi querido Prem no estará conmigo -replicó ella moviendo apesadumbrada la cabeza-. Está muerto. Ese juego se acabó. A partir de ahora estoy sola -añadió agarrando con fuerza la mano de Mar-sop, para luego soltarla-. Claro que tú me apoyarás.

-Sí, pero, en el fondo estarás sola. Lo mismo que el presidente de Estados Unidos estará con su asesor personal y el secretario de Estado; pero, en definitiva, los dos estaréis solos.

-¿Cómo es, Marsop? -dijo ella de pronto-. ¿Cómo será en realidad?

-Tengo bastantes datos sobre él -respondió Mar-sop-. ¿De verdad quieres saberlo? Voy a mirar el expediente y te lo leo -añadió abriendo la cartera de cuero que tenía junto al sofá y sacando una carpeta azul-. Te voy a leer algo más a propósito del presidente Matthew Underwood, Matt, como todos le llaman. Espero que con estos datos te sea más fácil.

-Cualquier detalle será esclarecedor.

-De acuerdo -dijo Marsop abriendo la carpeta-, veamos lo que podemos encontrar y esperemos que sea fidedigno.

-Dímelo todo -comentó Noy.

-Todo, Noy. Matt Underwood tiene cincuenta y dos años -dijo él levantando la cabeza, después de repasar la primera página del informe.

-Creí que era mayor.

-Es por su actitud -replicó Marsop, sonriente-. Por ese gesto de solemnidad de cuando era presentador de televisión, que le da un aire paternal.

-¿Es cierto que ha sido estrella de televisión?

-Ya lo creo, y muy importante en su época.

-Resulta difícil entender que un actor de televisión se convierta en presidente de Estados Unidos.

-Todo el mundo tiene que ser algo, incluso una estrella de televisión -dijo Marsop-. Antes de él tuvieron a un actor de Hollywood, y antes a un cultivador de cacahuetes; y mucho

antes un modelo publicitario. Es muy difícil nacer político y mantenerse en ello.

-Continúa.

Marsop consultó las notas, las asimiló y se arrimó a Noy.

-Según nuestros servicios de información, Matthew Underwood estudió en la universidad de Columbia...

-Ah, sí, en Nueva York.

-Exacto. Ya de joven tenía una magnífica voz y una imagen de gran naturalidad. Estudió oratoria y periodismo y se convirtió en capitán del equipo de debates; aquel año la universidad de Columbia fue primera en todo. Underwood impresionó tanto a uno de sus profesores que, después de graduarse, éste le recomendó a un amigo que era directivo de The National Television Network, la mayor red de televisión por cable de Estados Unidos, que emite desde Nueva York y desde Washington. El directivo quedó también muy impresionado y le contrató para hacer reportajes por todo el país, en Pittsburgh, Chicago, Nueva Orleans y Los Angeles. Fue uno de esos raros casos en que el carisma de un individuo llega a todos los telespectadores, y dos años después Underwood era presentador del telediario nacional de la noche. Con su personalidad y valía dio cohesión a todo un equipo de reporteros. El presentador es quien inicia el noticiario todas las noches y su persona y su estilo se hacen tan patentes para millones de hogares americanos que en seguida se hace famoso. Antes de Underwood ha habido otros en la CBS como Edward Murrow y Walter Cronkite. Underwood se hizo aún más conocido que ellos y se convirtió en leyenda. Su palabra era ley y todos creían en las noticias que daba. Y así fue como su nombre comenzó a subir puestos en las encuestas de popularidad.

-¿Es así como los americanos eligen a los líderes? -inquirió Noy, maravillada.

-Se computó el nombre de Underwood con el de los principales políticos, actores de cine y deportistas y siempre los superaba por cuanto era el nombre más fácil de recordar y la persona a quien todos otorgaban su confianza. Eso fue lo que le llevó a la política. ¿Recuerdas que en Estados Unidos hay dos senadores por estado?

-Si, no olvides que he estudiado el sistema político americano y sé que, en Washington, cada estado está representado por dos senadores.

-Muy bien -apostilló Marsop-. Uno de los dos representantes de Nueva York murió en pleno mandato de seis años y el gobernador de Nueva York tiene derecho a elegir un sustituto del senador fallecido para cubrir el resto del período.

-Y eligió al presentador Matthew Underwood, ¿verdad? Y Underwood aceptó.

-Si; dejó la cadena de televisión y fue a Washington a prestar juramento como senador Matthew Underwood. En su nuevo cargo adquirió instantánea popularidad y era más conocido que cualquier otro político porque era noticia constante en los medios de información, un personaje sobre el que se escribía y se daban noticias, tanto más cuanto que su esposa era también famosa.

-Alice Underwood -dijo Nov asintiendo con la cabeza-. La mujer con la cual se casó y que había sido Miss América.

-Ah, ¿sabes lo de Miss América? -inquirió Marsop.

-Lo he leído -respondió Noy-. Y he visto muchas fotos de ella. Aún es muy guapa. ¿No es poco frecuente que un presidente americano se case con una mujer sólo por su belleza?

-Estás mal informada, Noy. Underwood no era presidente cuando la conoció y se casó con ella; todavía era presentador y Alice había sido contratada por la TNTN como reportera. Por supuesto, a Underwood le impresionó su belleza; eso qué duda cabe, pero... -Marsop volvió a bajar la vista hacia el informe-Alice Underwood es conocida por algo más que su belleza: porque también es inteligente, y es célebre por ser agresiva, en fin, decidida, resuelta a mejorar y hacer que su marido siga en cabeza.

-Marsop, ¿cómo es que sabes cosas tan íntimas y personales como ésas?

-Para eso tenernos un servicio de inteligencia de primera. Nuestro país será pequeño, tan pequeño como Israel, pero nuestro servicio de información es estupendo, del mismo modo

que el de Israel no tiene rival.

-Así que -añadió Noy- la primera dama americana es ambiciosa. Pero ¿hasta dónde quiere llegar, si ya es la primera dama?

-Y no quiere perder el puesto -contestó Marsop sin inmutarse-. Quiere que Matthew Underwood siga siendo presidente. En resumen, que quiere que se presente a la reelección para un segundo mandato.

-¿Y él tiene intención...?

-No.

-Qué raro -dijo Noy-. ¿Por qué no querrá repetir? Es el cargo más importante del mundo, mucho más que el de secretario general del Partido Comunista en la Unión Soviética.

-Pero no es el cargo más interesante, al menos eso es lo que nos dice nuestra fuente informativa respecto al criterio de Matthew Underwood sobre la presidencia. Underwood es un hombre inteligente que se interesa por muchas cosas, pese a su fachada de genialidad insulsa. La presidencia de Estados Unidos no es un cargo a conservar cuando uno quiere dedicarse a asuntos intelectuales; es un simple puesto en el que se reciben consejos y se sopesan para adoptar decisiones. Yo diría que Underwood lo encuentra pesado.

-Entonces ¿por qué fue candidato a la elección? -inquirió Noy-. Sabemos cómo se convirtió en presidente, eso no tiene vuelta de hoja. Pero podía elegir.

-No tanto -replicó Marsop-. No tanto; él era un senador enormemente popular y su partido necesitaba un candidato oficial a la presidencia. Era difícil negarse. Además, estaba su esposa Alice.

-¿Ella quería que fuera presidente?

-Ella quería ser primera dama -replicó Marsop con una sonrisa de reproche por la pregunta.

-Y lo consiguió.

-Victoria aplastante para los dos -contestó Marsop-. Y volvería a ganar del mismo modo si se presentase a la reelección, porque es muy popular.

-¿Es tan firme anticomunista como dicen?

-Casi todos los presidentes americanos lo son. Forma parte del juego: defender la patria del comunismo que propugna la destrucción del capitalismo y de la democracia. Por eso te han invitado a la Casa Blanca, porque quieren integrarte, bueno, a Lampang, en su círculo defensivo asiático frente al comunismo.

-Me da la impresión de que voy a ser manipulada.

-En realidad, no -replicó Marsop-. Al fin y al cabo también para ti constituye un problema el comunismo interno.

-Cierto. Sin embargo, estoy dispuesta a llegar a un compromiso.

-Me temo que Estados Unidos no se fíen tanto,

-¿Confiarán en nosotros? ¿Pensarán que soy blanda con el comunismo?

-Él lo que querrá saber es si deseas consolidar la democracia mundial.

-Claro que quiero -replicó Noy con énfasis.

-Pues díselo,

-¿Y cómo lograré que me crea?

-Siendo tú misma, Noy -respondió Marsop sonriente-. Digan lo que digan Underwood y los demás, no te pliegues a sus deseos simplemente por complacerlos -añadió haciendo una pausa-. Sé tú misma, Noy; desde el primer hasta el último minuto que pases con el presidente Matthew Underwood.

El presidente y su asesor Blake estaban junto al aparador de caoba del comedor presidencial de la segunda planta, cuando se abrió la puerta y el secretario de Estado Morrison hizo pasar a Noy Sang.

Underwood levantó inmediatamente la vista de su vaso de whisky con soda, que dejó

sobre el mueble, mientras observaba a Noy Sang avanzar por la alfombra hacia él.

Había algo en ella que le sorprendía. Trató de averiguar qué era: probablemente su inesperado atractivo y donosura. Estaba acostumbrado a ver mujeres guapas. Al fin y al cabo estaba casado con Miss América; pero la belleza de Alice era técnica y más profesional. Aquella mujer de Lampang era muy distinta.

Underwood no le quitaba ojo. Se esperaba un tipo de mujercita indígena. Y, sí, era pequeña, realmente delicada. Su cutis del color del café con leche era impecable; tenía el cabello largo, negro (recogido sobre la nuca en una trenza), frente alta sin maquillaje, penetrantes ojos verdes rasgados, naricilla ancha y unos labios carnosos y rojos con una sonrisa natural. En la aproximación, los andares eran fluidos y airosos.

Lucía un vestido de gasa amarilla. Imaginó que se lo habría puesto por el calor que hacía. El vestido le desconcertó un instante. Se pegaba a su anatomía y ponía de relieve todas las protuberancias del cuerpo: los senos cumplidos que se balanceaban cadenciosamente y las anchas caderas que remataban sus esbeltas piernas.

Por la cabeza de Underwood cruzó como una exhalación una palabra, una palabra que no había surgido durante años: erótica. Aquella mujer exhalaba un erotismo natural.

No sabía por qué, pero era evidente.

Noy estaba ante él, con el secretario de Estado Morrison detrás.

-El honorable Matthew Underwood, presidente de Estados Unidos -dijo Morrison a guisa de presentación-, su excelencia Noy Sang, presidenta de la República de Lampang.

Para su propia sorpresa y la de ella, Underwood le cogió la mano, hizo una inclinación y se la besó.

-Es un placer, señor presidente -saludó Noy.

-El placer es mío, señora presidenta -replicó Underwood y, luego, soltándole la mano, se echó a reír-. Me temo que no vamos a dejar de presidentearnos si no encontramos otra fórmula.

Ahora fue Noy quien se echó a reír.

-Todos me llaman Noy -dijo.

-A mí, los que me conocen bien me llaman Matt -replicó Underwood-. Y espero que hoy los dos nos conozcamos bien.

Con el rabillo del ojo, Underwood reparó en la expresión apenada del secretario de Estado por la ruptura del protocolo.

Sin hacerle caso, volvió a mirar a Noy.

-Sé que llegó anoche. ¿Ha tenido un vuelo agradable?

-Suave, pero no pude dormir. Aunque me he desquitado en Blair House -dijo con entusiasmo-. Es una residencia maravillosa. Nunca había visto nada tan exquisito.

-En su origen eran dos casas contiguas edificadas antes de la guerra civil, que el presidente Franklin D. Roosevelt adquirió en mil novecientos cuarenta y dos para el gobierno; desde entonces se han añadido otras dos casas al conjunto.

-Me han alojado en el dormitorio para invitados del segundo piso. Ese lecho de columnas con dosel... es como estar entre nubes. Ya sé que todo estaba preparado expresamente para ablandarme para esta reunión -dijo mirando hacia atrás, haciendo seña a Marsop para que se acercase y presentándole a continuación como ministro de Asuntos Exteriores.

Luego giró sobre sus talones y observó en detalle todo el comedor.

-Es muy acogedor y agradable -comentó.

Underwood, en rápido gesto, la tomó del codo y se lo fue mostrando todo desde más de cerca. Le indicó que los muebles eran de estilo federal, la mesita era Hepplewhite, el papel de las paredes Scenic America, y la mesa de pedestal Sheraton.

El asesor presidencial Blake aprovechó la circunstancia para intervenir.

-¿Y si nos sentásemos a almorzar? -dijo dirigiéndose a la mesa en cuestión.

-No, antes quisiera decirle a madame Noy...

Librodot

-Noy -corrigió ella resueltamente.

-... sí, Noy, si desea que le prepare una copa.

-No, muchas gracias. Puedo decir en nombre de Marsop que estamos muertos de hambre.

En el momento en que el presidente se acercaba a la mesa y apartaba la silla para ofrecerle asiento, le señaló una inscripción en la pared.

-¿Lee usted eso? Hemos dado con el enemigo y es nuestro.

Noy entornó los ojos y asintió con la cabeza.

-Sí, una frase del comodoro Oliver Perry tras la batalla del lago Erie.

-¿Había estado usted antes en la Casa Blanca? -inquirió Underwood, impresionado.

-Una vez, en visita turística, cuando estudiaba en Estados Unidos.

Ahora estaban todos sentados: el presidente en la cabecera de la mesa, Noy a su derecha, Blake a la derecha de ella, Marsop a la izquierda de Underwood y Morrison a la izquierda de Marsop. Una vez que los camareros dieron los retoques de rigor, se dirigieron hacia el chef de gorro blanco, situado junto a otro aparador, para servir las ensaladas.

-Así que estudió usted en Estados Unidos -dijo Underwood para proseguir la conversación.

-En la universidad de Wellesley, cerca de Boston, en Massachusetts.

-¡En Wellesley! -exclamó Underwood-. Será posible... Qué coincidencia. Mi hija Dianne estudia también allí; su especialidad es ciencia política. ¿Qué estudió usted?

-Me gradué también en ciencia política -respondió Noy, complacida-. Estudié de todo, desde política comparativa hasta política y leyes americanas y relaciones internacionales. Figúrese, señor pres... Matt -añadió corrigiéndose-, que, aunque no tengo su experiencia, fui una empedernida estudiante de historia y teoría. Incluso asistí de oyente a un curso sobre Karl Marx.

-Karl Marx -repitió Underwood con los ojos fijos en Noy mientras comía la ensalada-. ¿Sabía que Marx trabajó de corresponsal londinense para un periódico de Nueva York?

-Sí, claro.

-Le diré algo que me causó asombro. Me dijeron que a Lenin nunca le gustó la obra de Marx y que personalmente tampoco lo soportaba.

-¿Es cierto? Nunca lo había oído.

-Creo que es cierto. En la vida de Marx había muchas cosas aparte de su obra. ¿Aprendió cosas de su vida privada?

-Algo.

-Creo que fue en Londres donde tuvo una aventura con su patrona y le hizo un hijo.

-Si, lo sabía -respondió Noy con maliciosa sonrisa-. Matt, me está haciendo un examen. Ahora me toca a mí. ¿Sabía que después de que Marx y Engels escribiesen el Manifiesto comunista, Marx escribió El Capital con la esperanza de que sus ideas se afianzaran en Alemania, y que jamás soñó siquiera que Rusia se convertiría en el primer país comunista?

-No lo sabía -confesó Underwood.

Al acabar la ensalada, Noy dijo:

-Me imagino que eso a él le habría sorprendido, igual que el hecho de que sus ideas fueran a afianzarse en Nicaragua y hasta cierto punto en Lampang, en el mar de la China meridional.

El secretario de Estado Morrison terció en la conversación dirigiéndose a Noy Sang.

-Algo sabemos del problema con el comunismo en su país. ¿Es tan grave como señalan nuestros servicios de inteligencia?

-Los comunistas se han constituido en guerrilla -respondió Sang asintiendo con la cabeza- y nos molestan desde las otras dos islas, donde se hallan atrincherados con ayuda militar y tropas de Vietnam. Yo trato de contrarrestar la difusión promoviendo enérgicamente una reforma agraria, dividiendo las fincas de los ricos para dar tierra e independencia a los pobres. Ni la finca de mis padres se salvará de la reforma.

-¿Y qué dice a eso su padre? -inquirió Blake. -Él piensa que he sucumbido a las tesis comunistas -respondió Sang riendo discretamente.

-¿Es así? -inquirió Underwood sin pensárselo dos veces.

-Claro que no -replicó Sang, enfática, mirándole con severidad-. Negociaré con los comunistas y es posible que lleguemos a un acuerdo, pero nunca me doblegaré a sus deseos. No consentiré que el comunismo acabe con la democracia en Lampang. Sol ferviente partidaria de Jefferson y de Lincoln.

Se hizo un breve silencio mientras los camareros servían las rodajas de ternera con espárragos.

-Jefferson y Lincoln -dijo Matt Underwood con la mirada fija en Noy Sang-. ¿Los considera los dos americanos más grandes de nuestra historia?

-No -contestó Noy sin vacilar.

-¿No? -repitió Underwood, sorprendido-. Entonces, ¿a quién considera más grande que ellos? -A Thomas Paine -respondió Noy, taxativa. -¿Más que Jefferson y Lincoln?

-Fueron dos grandes hombres. Jefferson fue el presidente más destacado de todos los que antes que usted ocuparon esta Casa Blanca y Lincoln supo mantener la unión en un momento difícil de la historia americana, pero fue Thomas Paine quien dio la independencia al país...

Underwood torció el gesto, pensativo.

-Siempre he considerado a Thomas Paine un veleidoso, un fabricante de corsés arruinado que llegó de Inglaterra...

-Pues fue algo más, mucho más -insistió Noy Sang, volviéndose hacia Marsop para aleccionarle-. Ningún colono americano pensaba en independizarse de Inglaterra hasta que entra en escena Thomas Paine. Fue él quien escribió, corriendo con los gastos de edición, Common sense, una obra leída por uno de cada veinte norteamericanos, aunque él nunca obtuviera un mísero chelín por sus esfuerzos; la mitad de las ganancias las entregó al impresor y guardó la otra mitad para adquirir manoplas para los soldados del ejército continental. Seis meses después de que Paine lanzara su grito de libertad se firmaba la declaración de Independencia.

Ya estaban acabando el postre de helado, cuando Morrison apartó inquieto su silla de la mesa.

-Podríamos pasar al salón oval -dijo, poniéndose en pie-. Que nos sirvan allí el café y podemos empezar a hablar de negocios.

Matt Underwood apartó la silla de Noy Sang y, tocándole levemente el brazo, dirigió la comitiva hacia el pasillo camino del salón oval amarillo.

Al entrar en el luminoso y formalista salón, Noy Sang se detuvo un instante a contemplarlo.

-Aún es más bonito que el comedor -comentó.

Underwood volvió a tomarla del brazo para llevarla por delante del escritorio con superficie de cuero hasta el sofá amarillo que había frente a la mesa de mármol contigua a la chimenea con repisa, también de mármol; le indicó un lugar entre los cojines y él se acomodó a unos centímetros de ella. Aguardó a que Morrison, Blake y Marsop estuviesen sentados y al ver que entraban los camareros con el carrito del café, hizo otra pausa.

Una vez servido el café y cuando los camareros hubieron salido, Morrison se inclinó hacia adelante: en su sillón marrón de dibujos.

-Tal vez sea el momento de hablar de los temas previstos por madame Noy Sang para esta entrevista -dijo, enérgico.

Underwood estaba tomando el café y dejó la taza en la mesa.

-No hay prisa, Ezra. Tenemos tiempo. Me apetece más seguir escuchando a Noy contar anécdotas de nuestra historia y de la democracia.

-La constitución que tienen ustedes -comento diciendo ella- me parece el mejor documento que existe. En realidad, mi marido y yo trabajamos en mejorar nuestra

constitución a la luz de la americana. No es que la de ustedes sea perfecta, pues hay muchos aspectos en que podría mejorarse.

-¿Ah, sí? ¿Cuáles? -dijo Underwood arqueando una ceja.

Noy Sang se lanzó inmediatamente sin prurito alguno a hablar de la constitución americana.

-Al copiar nuestra constitución de la de ustedes, incluimos algunos cambios, ya hace tiempo, más que evidentes. Eliminamos la disposición sobre el colegio electoral por considerarla obsoleta y añadimos una disposición sobre igualdad de derechos, que aquí no prosperó como enmienda. En principio, nuestra asamblea quedó configurada con arreglo a la institución que ustedes llaman Cámara de Representantes, y sus miembros se elegían cada dos años, como siguen haciendo ustedes, pero nos dimos cuenta de que era un error y lo cambiamos. Un nuevo representante, en dos años apenas ha tenido tiempo de hacerse al cargo cuando ya tiene que prepararse para la campaña de reelección. Nosotros fijamos un plazo de cuatro años. Y lo que es más importante, el gran fallo en su constitución es la presidencia -dijo sonriendo-. Debería eliminarse en Estados Unidos, del mismo modo que queremos nosotros eliminarla y cambiarla en Lampang.

-¿Quiere deshacerse de mí? -inquirió Underwood riendo.

-No es eso. Queremos deshacernos de las primarias y las elecciones públicas. Como he leído no recuerdo dónde, sería más prudente que el jefe del Estado fuese elegido por las dos cámaras del Congreso y el partido mayoritario en ambas cámaras. Los senadores tendrían dos votos y los representantes uno. El presidente elegido permanecería en el cargo hasta que su partido perdiera en el Congreso una moción de confianza. Se definiría el voto de confianza y, una vez derrotado, el presidente dimitiría y tendría lugar una nueva elección nacional de las dos cámaras; una vez constituidas, procederían a la elección de otro presidente más sensible al pueblo. No habría vicepresidencia. ¿Qué le parece?

-Empiezo a sentirme molesto -dijo Underwood sonriendo-. Es usted una radical, Noy.

-Sólo intento mejorar la democracia -contestó ella.

Underwood siguió tirándole de la lengua y quedó impresionado por su originalidad y su talento. No se perdía palabra.

Así prosiguió el diálogo mientras transcurría el tiempo.

A la primera pausa, el asesor presidencial Blake alzó ostensiblemente la mano y miró su reloj de pulsera.

-Ejem, señor presidente, me permito recordarle su horario... Dentro de diez minutos tiene que ir a recoger a la primera dama para acompañarla a la inauguración del Museo Contemporáneo. Recuerde que está previsto que usted pronuncie unas palabras.

-Retírese, si lo desea, señor presidente -dijo el secretario de Estado Morrison rebulléndose en su asiento-. Yo puedo quedarme algo más con madame Noy Sang y tratar los asuntos políticos que teníamos en cartera.

-No es necesario, Ezra -replicó Underwood con el entrecejo fruncido-. Prefiero tratar personalmente los asuntos de política exterior. Puede ir usted -dijo volviéndose hacia Blake-, recoja a Alice y acompáñela al museo. Dígale que estoy demasiado atareado con los asuntos del país para perder mi tiempo con mecenas del arte.

-Matt -dijo Noy Sang tocando al presidente en el brazo-, si tiene que irse, no quiero entretenerle. Puedo seguir tratando con el secretario Morrison.

-No, prefiero seguir haciéndolo yo. Que se retire Ezra Morrison a su despacho del departamento de Estado con el ministro Marsop para esbozarle nuestros criterios sobre Lampang, y mientras nosotros dos seguimos charlando. Haga el favor, Ezra, y exponga globalmente al ministro nuestras necesidades.

-Si es su deseo, señor presidente... -contestó Morrison poniéndose en pie a regañadientes.

-Es mi deseo -respondió Underwood, decidido.

Cuando el secretario de Estado y Marsop se disponían a marcharse, el presidente se

dirigió de nuevo a Blake.

-Paul, haga lo que le he dicho; recoja a Alice y sustitúyame en ese acto del museo. Quiero continuar a solas con Noy.

Contempló a Morrison salir con Marsop y esperó a que también saliera Blake.

-Por fin a solas -dijo volviéndose hacia Noy Sang-. Prefiero las reuniones privadas.

-Es un privilegio -dijo Noy Sang sonriendo.

Underwood la contempló en silencio un instante. Estaba deslumbrado por aquella naturalidad y su facilidad para expresar todo lo que le pasaba por la cabeza. Le cautivaban sus amplios conocimientos y aquella audaz costumbre de contradecir las opiniones rutinarias, la de él incluida.

-Noy, hay otra cosa que me gustaría hablar con usted a propósito de Estados Unidos -dijo con solemnidad Underwood- antes de entrar en materia. -Lo que quiera -respondió ella-. Usted dirá.

-¿Le gustan las películas americanas?

-¿Las películas americanas? -inquirió ella, estupefacta-. ¿Lo dice en serio? -añadió soltando una carcajada.

-Claro que sí. Se aprende más de un extranjero sabiendo las películas que le gustan y los libros que lee, que por cualquier otro tema más serio. Y yo quiero saber más cosas de usted.

-Me encantan las películas americanas -respondió ella muy seria, al percatarse de por dónde iba-. A su modo, constituyen una manifestación singular del arte americano. Hace poco estuve viendo por televisión de nuevo películas antiguas, y la mayoría eran realmente estupendas.

-¿Como cuáles?

-Hace unas semanas -contestó ella- vi una de las mejores películas americanas que conozco.

-¿Cuál?

-Se titulaba El bosque petrificado, con Leslie Howard y Humphrey Bogart...

-Ah, sí, donde hacía de Duke Mantee y Bette Davis. Para mí fue una película muy interesante: la tesis de cómo a muchos los atrapa la vida.

-Recuerdo haberla visto tres veces -dijo Underwood asintiendo con la cabeza.

-¿Y a usted? -inquirió ella-. ¿Qué otras le gustan?

-Aún recuerdo una de mis preferidas -contestó Underwood-, una comedia con Claudette Colbert y Clark Gable titulada Sucedió una noche. Me fascinó tanto Gable fumando en pipa, que al salir me compré una -dijo metiendo la mano en el bolsillo superior de la chaqueta-. Todavía la conservo, o una parecida -añadió sacando una oscura muy gastada-. ¿Ve?

-A mí me gusta el olor a tabaco de pipa.

-En ese caso, voy a fumar -dijo buscando la petaca, llenando la cazoleta y encendiéndola con el mechero-. ¿Qué le parece?

-Es un olor dulzón y suave.

-Otra película que me gustó -añadió aspirando- fue Ciudadano Kane, de Orson Welles.

-Yo no la entendí muy bien porque no sabía mucho del personaje americano en la que se basaba. Sucedió una noche me resultó más fácil porque era la historia de un hombre y una mujer, y simple di-versión.

Siguieron hablando de hombres y mujeres y Underwood se sintió cada vez más fascinado por su vivacidad y sentido del humor.

Continuaron charlando sin parar y cuando Underwood se levantó para servir dos whiskies se dio cuenta de que habían transcurrido dos horas y media desde el almuerzo. Llevaba cuatro horas y media con Noy y le parecía que hubieran sido diez minutos.

Al darle el vaso comprendió que estaba en deuda con ella. Había venido desde Lampang para hablar de negocios con él y ni siquiera habían tocado el tema.

Le apetecía hablar más de ella, pero también quería ser constructivo y que ella se sintiese a gusto con su cargo.

-Bien, me alegro de que haya venido, Noy -dijo-. Ha sido un placer conocerla.

-Para mí también, Matt -respondió ella.

-Aunque me encantaría seguir charlando, comprendo que no debe ser así -añadió Underwood-. Sé que ha venido aquí para hablar de negocios.

-Casi lo había olvidado -dijo ella, un tanto sorprendida.

-Y yo también -replicó Underwood mirándola fijamente-. ¿Quiere que hablemos de lo que teníamos que hablar?

-Supongo que es preciso -respondió ella asintiendo no muy insistentemente con la cabeza-. Ya casi se ha acabado la tarde y mañana tengo que tomar el avión para regresar a Lampang. Tengo que justificar este viaje hablando de algo serio.

-Vamos a tratarlo rápidamente -añadió él con una inclinación de cabeza- y volvemos a charlar de cosas agradables. Seguro que Marsop le ha dicho, igual que a mí me lo ha dicho Morrison, que se espera de nosotros que lleguemos a un acuerdo que satisfaga a nuestros dos países.

-Si., un acuerdo.

-Yo le doy algo que quiere -dijo Underwood-y, a cambio, usted me da algo que necesito.

-Eso es lo que me indicaron.

-¿Qué es lo que quiere, Noy? -inquirió Underwood sin quitar ojo del serio rostro de ella.

-Un crédito generoso para una buena causa. Necesito dinero americano para relanzar la economía del país.

-Ya había previsto concederle un crédito. Dígame una cifra equilibrada.

-¿Una cifra equilibrada? -replicó ella, sorprendida.

-Es un dicho americano que significa que estamos en un mismo campo de béisbol, no muy alejados para llegar a un acuerdo. ¿Cuánto le hace falta?

-Comprenda que es el mínimo -dijo ella-. El mínimo para salir del paso; le diré la suma que necesito para contrarrestar dos presiones: de los rebeldes comunistas de extrema izquierda y de la extrema derecha del ejército.

-¿Cuál es la suma? -insistió Underwood.

-Me dijeron que usted podría asumir una cifra más alta, pero que no bajara de doscientos millones de dólares.

-Lo dice en serio, ¿verdad? -inquirió Underwood conteniendo a duras penas su asombro.

-Yo no soy un político -respondió ella-, y tengo que hablar con toda sinceridad. Lo demás sería perder el tiempo. ¿Merece su aprobación esa suma?

-Es algo exagerada -respondió Underwood-. Yo también le hablaré con sinceridad. Mis consejeros me indicaron que le ofreciera ciento veinticinco millones y no pasara de ciento cincuenta. ¿Se las puede arreglar con eso, Noy?

-Me temo que no, Matt.

-Bien -respondió él, dejando a un lado la bebida y cruzando las manos en el regazo-. ¿Lo discutimos los dos sinceramente?

A Underwood le molestaban habitualmente los detalles técnicos y los regateos que implicaban los asuntos de política exterior, y siempre que podía los evitaba, pero ahora casi le apetecía prolongar la conversación con Noy. Hablándole y escuchándola comprendió que estaba tratando con una mujer extraordinaria. Nunca se había sentido tan a gusto.

Hablaron una y otra vez del préstamo y él escuchó sus explicaciones sobre Lampang y los problemas a que se enfrentaba como sucesora de su marido.

Finalmente, Underwood adoptó una decisión y la mantuvo. Noy quedó encantada y, espontáneamente, alargó la mano para tocar la del presidente en un gesto de gratitud.

-Pero se trata de un trueque -dijo- y ahora tiene usted que exponer su demanda.

-Se trata de la cesión de una base aérea -dijo él.

-Lo sé, Matt, pero necesito saber los detalles.

Él le expuso minuciosamente los detalles, consultando las fichas que le habían entregado para asegurarse de que se ajustaba a lo previsto. Le dijo todo lo que le habían

encarecido el secretario de Estado Morrison y el secretario de Defensa Cannon.

Noy Sang le escuchaba atenta, haciéndose cargo de los requerimientos, exponiendo en ocasiones su punto de vista. Era tan lógica, que a Underwood le costaba plegarse a su voluntad, pero siguió exponiéndole lo que necesitaba Estados Unidos.

Al cabo de media hora llegaron a un compromiso.

-Bien, ya está -dijo Noy Sang-. ¿Está satisfecho?

-Si a usted le satisface, me considero satisfecho.

-Ya le he robado demasiado tiempo -añadió ella cogiendo el bolso-. Es hora de que recoja a Marsop para regresar a Blair House a ayudar a la doncella a hacer las maletas.

Se dispuso a ponerse en pie pero él la retuvo. -Noy, ¿tiene que regresar a Lampang mañana?

-Era lo previsto. No es que sea urgente, pero tengo que estar allí.

-Es que... -dijo Underwood indeciso- me gustaría que se quedara; un día más al menos.

-Pero ¿por qué, Matt? Ya hemos concluido -replicó ella mirándole a los ojos.

-Si, el asunto político -replicó él-, pero no he concluido mi asunto personal.

-¿Qué quiere decir? -inquirió ella frunciendo levemente su liso entrecejo.

-Lo he pasado tan bien con usted que me fastidia que se acabe. En primer lugar, me gustaría enseñarle mejor Washington, acompañarla en una excursión turística. Ya sé que estuvo una vez. ¿ Vio mucho de la ciudad?

-Muy poco, a excepción de la visita turística a la Casa Blanca.

-Tiene que ver más cosas -añadió Underwood, tajante-. Daremos un paseo en coche por la ciudad; luego almorzamos, los dos solos, y hablamos de cosas personales.

-¿Qué cosas personales?

-De usted -respondió Underwood-. Quiero saber más de usted. Y quiero que sepa más cosas de mí. Debemos conocernos; no como jefes de Estado, sino como seres humanos.

Ella ladeó la cabeza y le brindó una sonrisa. -Me atrae esa idea. Me resulta casi imposible negarme.

-Pues no lo haga.

-¿Es que no tiene usted un día muy ocupado mañana?

-Si -respondió él sonriendo-. Con usted. La recogeré en Blair House a las once y veinte y daremos una vuelta por ahí. Luego podemos almorzar a la una. Y la dejo a última hora de la tarde en su residencia, a tiempo para que al día siguiente a primera hora regrese a Lampang. ¿Qué le parece? No sería cortés vetar al presidente en un asunto así.

-¿Quién ha dicho que vaya a vetarle? -replicó Noy Sang riendo-. Me apetece la propuesta y doy mi consentimiento. Hasta mañana por la mañana.

Cuando Noy Sang se hubo marchado, Underwood vio que aún tenía tiempo de ir a su despacho por si había algo en el escritorio que requiriera su inmediata atención.

Mientras se dirigía al ascensor se sintió de muy buen humor, mejor de lo que había estado los últimos meses. Desde que era presidente, nunca había disfrutado tanto en compañía de una mujer. Trató de razonar por qué le había causado tan buena impresión, porque no podía ser sólo por su belleza; él tenía una esposa con fama de ser más guapa. Volvió a pensar en Noy y en sus modales y su estilo tan sencillos, su sinceridad, su inteligencia y su naturalidad.

Desde luego era excepcional, y estaba pletórico por saber que iba a pasar casi todo el día siguiente con ella. Sería una jornada memorable.

Cuando estaba a punto de llegar al despacho, su alegría se vio ensombrecida. Tenía que convocar a Blake y al secretario de Estado para informarles de la conversación mantenida con Noy. Tenía que prepararse para el enfrentamiento.

Al entrar en el despacho oval vio que no tenía que convocarlos. Allí estaban los dos, Blake y Morrison, repantigados en sendos sillones frente al escritorio de Rutherford B. Hayes,

esperándole. Dio la vuelta al escritorio, saludándolos vagamente, y se sentó en la poltrona de cuero, entre la bandera presidencial y la de barras y estrellas.

Dirigió la vista a la bandera presidencial, como recordándose quién mandaba allí; removió unos papeles y finalmente habló.

-Bien, ya está -dijo.

Blake procuró que no se le notara un tono de reproche.

-Si que ha tardado, Matt. Estaban previstas dos horas con ella y ha estado más de cinco. Menos mal que hoy no tenía una agenda muy apretada, salvo lo de la visita al Museo Contemporáneo. A la primera dama la molestó mucho que no asistiera, pero en fin...

-Lo que cuenta es el resultado que haya obtenido -terció Morrison.

-¿Cinco horas han sido? -inquirió Underwood-. A mí me han parecido dos. Pues sí que hemos hablado...

-¿Qué tal ha ido la cosa, Matt? -insistió Morrison-. ¿Ha hecho un buen trato?

-Oh, sí. Toma y daca.

-¿Qué ha ofrecido, Matt? -inquirió el secretario de Estado.

-Lampang pasa por grandes apuros -respondió evasivamente Underwood.

-Todo el planeta -apostilló Morrison-. ¿Hasta cuánto ha llegado? ¿Ha tenido que subir hasta ciento cincuenta millones?

-No -contestó Underwood-. Eso no le habría servido a ella ni a nosotros -añadió irguiéndose-. Acordé que le prestaríamos doscientos millones; la mitad inmediatamente.

-¿Cómo dice? -exclamó Morrison sin acabar de creérselo.

-Allí necesitan dinero, y nosotros los necesitamos a ellos.

-Pero doscientos millones... Es una cifra de ayuda pensada más para un país importante y no una simple isla.

-Ya verá como está bien empleado.

-Si se lo hubiera concedido al general Nakorn, lo entendería -rebatió Morrison-. Él, por lo menos, está totalmente de nuestro lado.

-Al general no le interesa la democracia ni le importa un bledo el pueblo. Si él estuviera en el poder barrería a los comunistas y habría un baño de sangre.

-Pero está de nuestro lado -insistió Morrison, casi implorante-. Es el tipo de dictador que nos conviene; no Noy Sang, que es demasiado débil para fiarnos de ella.

-Yo considero que es perfectamente digna de confianza -replicó Underwood irreductible-. Cuando tenga el dinero implantará una auténtica democracia en Lampang. Y entonces cooperaremos con una democracia.

-Matt... -terció de pronto Blake.

-Dime, Paul -respondió Underwood mirándole. Blake vacilaba; era como si fuese a plantear una pregunta cuya respuesta no quería oír.

-Bueno, ya sabemos lo que ha dado, pero... ¿qué ha obtenido?

-Una base aérea, como queríamos.

-Como queríamos... -repitió Blake dubitativo-. ¿Quiere decir el terreno exacto que queríamos?

-Bueno, no exactamente. Casi, pero no exactamente -respondió Underwood ausente, jugando con un bolígrafo.

-Por exactamente se entendía cincuenta y dos mil hectáreas -dijo Morrison inclinándose hacia adelante-. ¿En qué ha quedado la diferencia?

-Noy tiene que vencer obstáculos. No podía entregar cincuenta y dos mil hectáreas sin atentar contra la independencia de Lampang. Tuve que ser razonable.

-Razonable ¿hasta qué extremo? -inquirió Morrison.

-Llegamos al acuerdo de una base aérea de treinta y seis mil hectáreas.

Morrison permaneció mudo unos segundos.

-Con eso no tenemos ni para empezar -dijo finalmente-. Para los reactores de nuestra fuerza aérea no es suficiente.

-Nos las arreglaremos -replicó Underwood poniéndose en pie-. Bueno, tendré que subir a hablar con Alice. Debe de estar furiosa por lo de esta tarde.

Cuando Underwood llegaba a la puerta para dirigirse a la columnata de la rosaleda, le llegó la voz de Blake.

-Matt, se perdió el combate de Las Vegas.

-Se me olvidó.

-Ganó su favorito. Se llevó el título por k.o. técnico.

-Estupendo -dijo Underwood con voz neutra mientras abría la puerta.

Pero no la cruzó, sino que se dirigió a su asesor.

-Paul, ¿qué programa tengo para mañana?

-Ya lo sabe -respondió Blake-. Con Alice, almuerzo de invitación a las esposas de los senadores. Después, una conferencia de prensa; y por la noche, cena de gala con los gobernadores y sus señoras.

-Excelente -comentó Underwood-. Lo de la noche sigue en pie, pero anula lo de la tarde, salvo la conferencia de prensa. Alice y tú podéis encargaros perfectamente de esas damas.

-¿Anulo todo lo anterior a la conferencia de prensa? -inquirió Blake-. ¿Qué estará haciendo, entonces?

-He convencido a Noy Sang para que se quede un día más y voy a llevarla a hacer turismo por la ciudad; luego almorzaremos los dos en algún restaurante -hizo una pausa-. Así seguiremos hablando de la base aérea.

Y, sin más, salió del despacho oval.

Una vez a solas, Blake y Morrison permanecieron sentados en silencio.

Al cabo de un rato, sus miradas se cruzaron.

-Pero ¿qué está pasando? -dijo Morrison como hablando consigo mismo-. Cinco horas en vez de dos con la presidenta de una cosa que se llama Lam pang. Un arriesgado crédito, mayor de lo acordado, a cambio de una base aérea recortada. Y mañana otra jornada con esa mujer. ¿Qué le sucede al presidente Matt Underwood?

-Está claro -replicó Blake- y tiene nombre.

-¿Nombre?

-En el varón corriente se denomina síndrome de la edad madura. ¿Por qué no va a afectar a un presidente?

Cuatro

A la mañana siguiente, Matt Underwood se hallaba decidido a tomarse el día para él, o mejor dicho, para Noy y él.

La Casa Blanca era como una pecera y no fue fácil escaparse. Había comenzado la jornada con una serie de mentiras. Llamó a Paul Blake y le dijo que comunicase a la primera dama que el presidente estaría ocupado toda la tarde -en serias consultas con la Agencia Nacional Espacial- y que, lamentablemente, no podría acudir al té para las senadoras; rogaba a Alice y a Blake que le sustituyeran. Sí estaría disponible para la conferencia de prensa a las cuatro y media. Ordenó a Blake que no dijese una palabra a nadie de su ausencia de la Casa Blanca. Después mintió a su secretario de prensa Jack Bartlett a propósito de sus actividades vespertinas y le dijo que tenía que recluirse a solas para adoptar una importante decisión política, y esperaba que Bartlett inventase alguna mentira plausible para la prensa.

Su primera intención había sido mentir también a Frank Lucas, jefe del servicio secreto, pero luego se lo pensó mejor. No le importaba poner en peligro su propia vida despistando al servicio secreto, pero consideró que no podía arriesgar la de Noy.

Llamó a Lucas y le dijo la verdad. Le explicó que tenía que acudir a una reunión confidencial con la presidenta Noy de Lampang, que quería protección para madame Sang más que para él mismo y que, por consiguiente, pensaba que era su deber comunicárselo.

-Hace usted muy bien -dijo Lucas, un fornido ex policía de nariz aplastada, antiguo recuerdo de algún combate.

-Pero lo que quiero es una discreta protección mínima -añadió Underwood-. A lo sumo dos o tres agentes para no llamar la atención.

-Imposible -respondió Lucas-. Necesito un retén de doce y otros pocos para peinar el restaurante que elija, para vigilarlo y controlar la preparación de la comida en la cocina. Entiéndalo, señor presidente, tenemos un ordenador con la lista de los individuos que constituyen amenaza para su persona, que son unos cuarenta mil, y de ellos trescientos cincuenta están catalogados como amenaza grave. A pesar de las medidas de protección, se han producido ataques, algunos mortales, contra diez presidentes y dos candidatos y hemos perdido ocho agentes en acto de servicio.

-De acuerdo, pero no quiero una caravana de automóviles. ¿No puede reducir la escolta a seis?

-Depende. Seis son pocos -respondió Lucas, pensándoselo y dispuesto a cumplir con su obligación, pero decidido también a complacer al presidente-. ¿Cuál es su horario y el itinerario?

-Quiero un coche con chófer en el pórtico Sur antes de las once y cuarto para ir a Blair House a recoger a madame Noy. Luego, pongamos una o dos horas de turismo: los sitios habituales de la ciudad. Después quiero que busquen un restaurante sencillo en Georgetown, pero no uno de gran concurrencia, sino un sitio en que pase inadvertido; apalabre un reservado para madame Noy y para mí.

-En Georgetown no hay restaurantes sencillos -replicó Lucas moviendo la cabeza-. Le reconocerán en donde vaya. A menos... -añadió pensando una posibilidad.

-¿A menos qué?

-A menos que encuentre uno que pueda cerrarse por la tarde, por obras, y pongan un letrero bien visible. Así podría disponer de él exclusivamente para usted y madame Noy.

-¿Es factible?

-Todo es factible con los contactos adecuados -respondió Lucas-. En realidad, puede que tenga la solución. En Georgetown hay un pequeño restaurante, el Club 1776, con clientela de almuerzo ligero y que a la hora de la comida está casi vacío; en él es bastante fácil el dispositivo de seguridad. Conozco al dueño y podría hablar con él. Por supuesto que tendríamos que correr con los gastos que le suponga la pérdida de clientes. Creo que podría proponérselo.

-Hágalo. Almuerzo para la una. Estaremos unas tres horas, quizá un poco más.

-De acuerdo -añadió Lucas-. Comprenda que en la limusina tiene que acompañarle un agente.

-Bien -respondió Underwood-. La conversación privada tendrá lugar durante el almuerzo.

-Necesito como mínimo dos coches con agentes, uno delante y otro detrás, porque no existe garantía de que alguien no le reconozca.

-Eso no me preocupa. Los vidrios ahumados de la limusina no dejan ver el interior.

-Pero en las casas contiguas al restaurante no hay vidrios ahumados.

-Me arriesgaré, Frank. Ocúpese de que pongan el cartel de Cerrado por obras.

-Pierda cuidado, lo pondrán.

-Una cosa, Frank. Nadie conoce esta reunión salvo usted, mi asesor y el secretario de Estado. Ellos no dirán una palabra. La prensa no lo sabe y mi esposa tampoco. La única filtración podría venir de usted o de sus agentes.

-Tiene mi palabra de que no habrá filtraciones -replicó Lucas poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta-. Hasta las once y cuarto.

La limusina con chófer y el servicio secreto llegaron a la hora y el presidente salió de la Casa Blanca por la puerta trasera, prácticamente sin ser visto.

Iba elegantísimo, con un traje gris de verano, camisa de un gris más oscuro y corbata

roja con puntitos.

En Blair House se apeó del coche para recoger a Noy. A él le pareció un sueño. Vestía una blusa azul Chanel y una falda blanca de chifón plisada; le dio un efusivo apretón de manos.

Una vez acomodados en la limusina, Underwood le explicó adónde iban a ir, como había hecho poco antes con el chófer.

Se detenían brevemente en todos los puntos turísticos y Underwood estaba como pez en el agua recreándolo todo con vívidas descripciones en el mejor de su antiguo estilo televisivo.

-Una extraña ciudad americana -le decía-. La proyectó un francés. La mayoría de la población es negra y dos tercios de los que aquí trabajan viven en Virginia y en Maryland... Ese es el Capitolio, copia en hierro fundido de la cúpula de San Pablo de Londres. El interior de la cúpula está decorado con hojas de tabaco modeladas, sin ningún rótulo que advierta que el tabaco es perjudicial para la salud... El monumento a Washington, un obelisco de ciento sesenta y seis metros y un peso de noventa mil ochocientas cincuenta y cuatro toneladas. Al principio se inclinaba, como la torre de Pisa, pero en mil ochocientos ochenta lo enderezaron. No está permitido subir los ochocientos noventa y siete escalones, se sube en ascensor en setenta segundos, pero se puede bajar a pie y ver las ciento ochenta y ocho placas conmemorativas de diversos estados, países, del pueblo cheroqui y del mormón Birgham Young, a quien se le permitió la poligamia. El monumento se erigió en conmemoración de nuestro primer presidente, que nos llevó a libertad, a pesar de que ganó muchos millones de dólares con mano de obra de esclavos... Esos cerezos en flor japoneses son maravillosos, ¿verdad? El primer envío de Tokio tenía una epidemia de hongos y hubo que quemarlo. Esos que vemos ahora fueron plantados en mil novecientos doce... Están frente al monumento del revolucionario que mencionó usted ayer, Thomas Jefferson. Se armó un gran revuelo cuando tuvieron que talar o trasplantar setenta y un árboles para hacer sitio al monumento... Allí está el dedicado a Abraham Lincoln. Figúrese, un rústico de Illinois, criado en una cabaña de madera, y ahora en un templo griego de mármol parecido al Partenón... Ése es el edificio J. Edgar Hoover, sede del Federal Bureau of Investigation. En él se guardan doscientos cincuenta millones de huellas dactilares que sirven para identificar a homicidas o a gente que padece amnesia.

Hacia el final de la gira, Noy se volvió hacia él. -Es usted realmente irreverente, señor presidente.

El señor presidente nunca es irreverente. Únicamente Matt Underwood. Esta jornada la pasa usted con Matt Underwood -añadió poniendo su mano sobre la de ella.

La limusina había reducido velocidad.

-El Club 1776 -dijo el chófer.

Underwood se anticipó a despedir con un gesto al servicio secreto.

-Ahora un buen almuerzo tranquilo. No irreverente, pero sí íntimo.

-¿Por qué hace esto, Matt?

-Porque quería conocerla mejor sin necesidad de hablar de créditos y de bases aéreas.

-¿Conocerme mejor? ¿Por qué?

-Porque espero descubrir más cosas de usted, muchas más -respondió él ayudándola a bajar del coche-. ¿Alguna objeción, Noy?

-Me siento halagada y me complace -replicó ella, sonriéndole al apearse.

Ambos descendieron la escalinata que conducía al discreto y cerrado restaurante.

Frank Lucas, que se había ocupado personalmente del dispositivo de seguridad, los esperaba en la entrada junto al letrero de Cerrado por obras y los condujo a través de las mesas vacías hacia un reservado en la parte trasera.

Al sentarse uno al lado del otro, Underwood dijo:

-Me he tomado la libertad de preguntar a Marsop lo que suele usted comer en su país. Y me dijo que le gustaba el pescado.

-Lo como por costumbre -respondió Nov Sang-. Vivimos en una isla y el pescado es

nuestro principal alimento.

-Pues almorzaremos eso, si no le importa: bulla-besa, salmón al horno con patatas fritas, ensalada y el postre que usted elija. ¿Empezamos con una copa?

-Estupendo: un whisky con soda.

-Dos whiskies con soda -dijo Underwood al camarero.

Cuando éste se hubo retirado, Noy miró a Underwood.

-Siento curiosidad por algo...

-¿El qué?

-Matt, ayer, cuando nos separamos, ¿volvió a su despacho?

-Efectivamente.

-¿Y los otros le esperaban?

-Si, el primer ministro y el secretario de Estado.

-Me lo imaginaba -añadió Noy Sang humedeciéndose el labio-. Querrían saber qué tal había ido la entrevista...

-Por supuesto -respondió Underwood sonriente, mirándola a los ojos-. Y se lo dije, claro.

-¿Un crédito mayor y una base aérea más pequeña?

-Claro.

-¿Y cómo se lo tomaron?

-Como era de esperar -respondió Underwood conteniendo la risa-Me echaron la bronca.

-Lo siento -dijo Noy Sang, súbitamente seria y con gesto de vacilación-. Si quiere, podemos renegociarlo.

-Es muy amable, Noy -replicó Underwood negando con la cabeza- pero he dado mi palabra y la mantengo.

-¿A pesar de tener en contra a los ministros? Tiene usted muchos... ¿cómo dicen ustedes, los americanos?... muchos riñones, ya lo creo.

-No es eso, sino que yo nunca falto a mi palabra con nadie, bueno, casi nunca; y menos con usted.

-Le agradezco su amabilidad.

-No hay de qué -respondió Underwood-. Hablemos lo mínimo de los asuntos de estado. Hablemos de nosotros. Después de morir su marido, le quedó su familia, ¿verdad?

-No muy numerosa, pero es un consuelo -respondió ella-. Tengo un hijo de seis años, Den, que va al colegio, como usted sabe; y una hermana soltera, Thida, más lista que yo. Los tres estamos muy unidos. Y también me llevo muy bien con mis padres, que viven en un pueblo en las afueras de Visaka. De hecho, mi padre es el amo del pueblo y de todas las tierras. Con mi padre no me entiendo tan bien como con mi madre. Yo le adoro, pero sé que muchas cosas de las que hago no le gustan. En mi país suelen concertarse los matrimonios, cosa a la que yo me negué y elegí por mí misma. A él no le gustó, y lo que es más, consideraba que Prem era demasiado liberal. También le molesta que quiera mantener la promesa de mi marido de repartir las grandes fincas entre los pobres. A mi padre eso no le gusta nada, porque sabe que su finca será afectada por la reforma y eso a él le parece comunismo. Él sabe que no soy comunista, pero me considera demasiado izquierdista. Yo le digo que gracias a la reforma agraria, repartiendo las tierras, disipamos el único atractivo popular del comunismo y en cierto modo defendemos lo que a él le complace, la democracia capitalista, pero a él le cuesta entenderlo.

Les habían servido la bebida y Underwood alzó su copa en un brindis.

-Por la democracia capitalista.

-Sí -dijo ella alzando la suya y chocándola con la de él-, y por los dirigentes demócratas, como nosotros, que creen en el pueblo.

-Bien dicho -replicó Underwood, y dio un trago.

-Tengo dos tíos y una tía en el campo -dijo Noy Sang dando un sorbo-. También estamos muy unidos y siempre nos juntamos en vacaciones, sobre todo en Navidad y Año

Nuevo. Hay otra persona a la que considero de mi familia aunque no lo sea; me refiero a Marsop. Marsop habría dado la vida por mi marido, igual que estoy segura que lo haría por mí.

-¿Ha habido otros hombres en su vida antes de su marido? -inquirió Underwood.

-Afectos infantiles de poca monta y luego cuando estudié en Wellesley.

-¿Tuvieron importancia?

-¿Qué quiere decir? -inquirió Noy Sang, sorprendida.

-Si fueron cosas íntimas. Si hubo sexo...

-¿Lo pregunta en serio? -replicó ella extrañada.

-Bueno, es que quiero saberlo todo de usted, sin perderme detalle.

Ella calló por un instante.

-Muy bien. No me importa decírselo.

-No se considere obligada a contestarme -se apresuró a decir Underwood.

-No, si quiero hacerlo -replicó ella-. En mi clase social, de solteras, eso no lo hacemos. No lo hice antes de casarme con Prem y no he vuelto a tener esa clase de relación desde que él murió.

-No quiero inmiscuirme en su intimidad...

-No, Matt, es bueno airear esas cosas.

-Hay algo más que quiero saber -añadió Underwood-. Me ha hablado de las personas que quiere en Lampang. ¿A quién no quiere tanto?

-No sé si le entiendo...

-La oposición, sus enemigos -respondió Underwood-. ¿Quién de ellos le desagrada más? Supongo que será Lunakul, el cabecilla de los rebeldes comunistas -añadió contestándose él mismo.

-Se equivoca. Lunakul no es un comunista estereotipado como ustedes lo ven. Es un hombre culto, amable, en modo alguno partidario de la violencia. Recurre a ella, naturalmente, por considerarlo el único medio para que el pueblo alcance la igualdad, del mismo modo que recurre a lo que recibe de Camboya y Vietnam para el mismo fin, pero en el fondo es una persona decente y estoy convencida de que puedo entenderme con él pacíficamente sin que Lampang se convierta en un país comunista.

Les retiraron los vasos y ella no quiso otra copa, así que esperaron a que les sirviesen la bullabesa.

La probaron y Noy Sang emitió unos deliciosos sonidos de aprobación.

Underwood estaba encantado y atacó sin demora la sopa. Había dado cuenta de medio plato, cuando volvió a hablar.

-No ha contestado a mi pregunta.

-¿Quién me desagrada más de Lampang? En realidad, no hay nadie que me desagrade. Sin embargo, hay alguien en quien no confío. Eso es otro asunto, nada personal, sino político. Es alguien que no juzgo conveniente para el país.

-¿De quién se trata?

-Del general Samak Nakorn -respondió ella-, el jefe del ejército. Es la persona más respetada por el Pentágono.

-¿Ah, sí? ¿Por qué?

-Porque es un ferviente anticomunista. Los únicos buenos comunistas son los que están muertos, dice él. Cree que nuestras dificultades se solucionan matando a todos los comunistas y salvaguardando Lampang con un aliado como Estados Unidos.

Underwood reflexionó un instante.

-Pero la presidenta es usted, Noy. En último extremo, el Ministerio de Defensa debe consultar con usted.

-No es cierto, Matt -hizo una pausa-. ¿El de usted le consulta en todo?

-Creo que sí, pero no puedo afirmarlo.

Guardaron silencio mientras el camarero retiraba el servicio para servirles el segundo

plato, y fue Noy Sang quien reanudó la conversación al marcharse el camarero.

-¿En qué persona de su gobierno confía plenamente, Matt?

-La pregunta se las trae...

-Le haré una fácil. Ha querido saber a qué personas de mi país tengo por más allegadas; y se lo he dicho. Yo ahora quiero saber lo propio.

-Evidente -respondió Underwood saboreando un trozo de salmón y probando la ensalada-. Tengo esposa, como sabe, y una hija crecida.

-Háble me de su esposa.

-No hay mucho que decir. Ganó el concurso de la mujer más bonita del país, Miss América...

-Lo sé, lo sé -replicó Noy Sang-, pero cuénteme más cosas.

-¿Y qué quiere que le cuente? -inquirió Underwood, risueño.

-Me han dicho que es ambiciosa -dijo Noy Sang inclinándose sobre el plato.

-No sé... ¿Qué más puede ser, por encima de primera dama?

-Pretender serlo por segunda vez.

-Si, es verdad -replicó Underwood tras una pausa-. A Alice le gustaría que me presentase a la reelección.

-¿Y usted quiere?

-No mucho. He hecho lo que he podido, propugnando y promoviendo programas contra la pobreza, el paro y la delincuencia, y hay otras muchas cosas por hacer, como implantar un servicio nacional de salud, fomentar un programa de becas para estudio, poner coto a los grandes contratistas de Defensa, reducir el imperialismo de nuestra política exterior... Pero sé que no puedo conseguirlo en un solo mandato, ni siquiera en dos. Hay fuerte oposición. Estoy harto de la televisión -añadió tras una pausa- y creo que harto de la Casa Blanca. No me gusta tener que levantarme diariamente con el deber de adoptar decisiones. Muchas veces cualquier tema tiene dos versiones igual de defendibles, y no me gusta tener que contentar a todos teniendo constantemente encima al Congreso, al gabinete y a la prensa. ¿A usted no le cuesta?

-No es mi caso. Cuando concluya mi mandato quiero retirarme de la política. Que quede entre nosotros, pero no pienso presentarme a la reelección.

-¿Pese al general Nakorn?

-A pesar de él o de cualquier otro o de lo que sea -replicó Noy Sang asintiendo con la cabeza-. Mire, no puedo seguir impulsando eternamente mi política. Alguien tendrá que sustituirme más tarde o más temprano y hacer cosas con las que yo no estaría de acuerdo.

-Eso mismo opino yo -asintió Underwood-. Yo me he volcado, y ahora lo que quiero es mantenerme en forma leyendo libros que nunca he tenido tiempo de leer y jugar un poco al golf; y dedicarme a una cosa que llamo Plan de Paz Nuclear Popular.

-¿Eso qué es, Matt?

Underwood se lo explicó.

-Será estupendo si lo consigue, Matt.

-Voy a intentarlo. Todo eso me tendrá ocupado. Y, luego, quiero conocer mejor a mi hija.

-No dice nada de su esposa...

-A mi mujer la conozco de sobra. Una vez que dejemos la Casa Blanca estará descontenta y querrá algo que la mantenga en el candelero. Seguramente volverá a la televisión, aunque sé que preferiría hacerlo tras otros cuatro años en la Casa Blanca. Pero yo no me veo cediendo, por mucho que ella lo desee. Me resisto a la simple idea de tener que tratar con más dirigentes extranjeros. No siendo presidente, es otra cosa.

-Sin embargo, aquí estamos -dijo Noy Sang sonriendo-. Me ha dedicado dos días.

-Usted es distinta -replicó él sin levantar la vista.

-¿En qué? -replicó ella mirándole-. Ah, a lo mejor no me ve como jefe de Estado -añadió risueña.

-Oh, ya lo creo que sí -replicó Underwood mirándola a los ojos-. Eso nadie puede

negarlo. La forma en que ha sabido convencerme en cuanto al crédito y la base aérea... Consideré a fondo las diferencias porque quería estar más tiempo con usted. Me gusta estar con usted porque puedo hablar de un modo que seguramente con Alice me sería imposible. Ella está muy pagada de sí misma, de su cuerpo, mientras que usted se interesa por otras cosas, por todo. Además, es usted muy agradable; una persona sincera que además es agradable.

-Tal vez sea sólo una apariencia -replicó ella.

-No se puede fingir lo que realmente se es. En el caso de usted me fío de mi instinto.

-¿Cuáles son sus instintos respecto a los que le rodean, el gobierno? -dijo Noy Sang apartando el plato y cambiando de tema.

-Bueno, por supuesto que son personas a las que elegí con arreglo a recomendaciones de otras.

-Pero ¿en quién confía más y en quién confía menos?

-No lo sé -respondió Underwood picando su ensalada-. Confío en mi asesor personal, Paul Blake. Es muy organizado y eficiente, y un hombre bastante simpático. En cuanto a confiar totalmente en él... no del todo. Está colado por mi mujer.

-¿Colado?

-Es una palabra coloquial; quiero decir que le gusta ella, porque yo le observo cuando la mira y no quita ojo de las nalgas y las piernas de Alice. A él le gusta bastante su propia esposa, pero está loco por Alice. Una mirada de ella y se lo mete en el bolsillo. ¿Cómo voy a confiar plenamente en él?

-¿Y los demás?

-En general son de fiar, aunque no había pensado mucho en eso. Morrison, el secretario de Estado, es honrado. El secretario de Defensa, Cannon, no sé. Puede que sea partidario de Nakorn; es muy anticomunista, pero por el bien de Estados Unidos. En eso es irreprochable. El director de la CIA, Alan Ramage... ¿quién diablos sabe lo que se cuece en la CIA? Se supone que yo debo estar informado de todo, y quizá lo esté, pero no pondría la mano en el fuego. En cualquier caso, es idóneo para ese cargo.

Pidieron tarta de frutas de postre, la comieron despacio y siguieron charlando.

Underwood echó una ojeada al reloj y se dijo que ya habría acabado el té con las esposas de los senadores, a Dios gracias. Alice y Blake se habrían encargado de aquello. A Alice le habría molestado su ausencia, pero aun así habría disfrutado con la reunión; a ella aquellas cosas se le daban bien.

Luego recordó sus otros compromisos. Estaba la tan diferida conferencia nacional de prensa, a las cuatro y media, y luego, tras un breve descanso, la cena con los gobernadores y sus señoras. Más le valía apresurarse a acudir a la conferencia de prensa, por reacio que se sintiese a prescindir de la compañía de Noy. Eran las cuatro menos cuarto cuando Underwood la dejó en Blair House.

Aunque tuviera prisa, la despedida era más importante que nada. Ordenó al chófer que permaneciese al volante, a pesar de que los agentes del dispositivo de seguridad, de su propio coche y de los otros dos, ya estaban en la acera, y él mismo abrió la portezuela del coche para ayudarla a bajar.

Cogiéndola de la mano, la condujo hasta la verja que daba acceso a la residencia oficial y que dos agentes secretos abrieron. Entraron los dos juntos y subieron la empinada escalinata hasta el porche de columnas de la entrada principal. Otros dos agentes del servicio secreto habían anunciado su llegada, y un criado filipino les abrió la puerta.

Noy se detuvo y apretó levemente la mano de Underwood, quien instintivamente se inclinó para despedirla con un beso en la mejilla, pero ella giró la cabeza y le dio un beso en la boca.

-Gracias por todo, Matt -dijo jadeante-. Ha sido usted más que maravilloso.

-Usted también -replicó él tragando saliva-. Espero que no tardemos en volver a vernos.

-Eso espero -respondió ella dándole la espalda.

Librodot

-Así será, Noy -añadió él, decidido.

Y allí se quedó, viéndola cruzar la puerta de Blair House; y por primera vez se dio cuenta de que tenía unas nalgas tan redondas como Alice y seguramente más suaves.

En el umbral, ella se volvió airosa para decirle adiós con la mano, y Underwood pudo contemplar su terso rostro una vez más antes de responder al saludo.

No es un simple rostro de mujer lista, sino sensual, se dijo con un sentimiento de culpabilidad, pero complacido.

Un tanto aturdido, volvió a montar en la limusina y ordenó al chófer que le llevase a la Casa Blanca.

Estuvo veinte minutos con Blake en el despacho oval preparando la rueda de prensa y curtiéndose para el combate. Sentado frente a las tarjetas de preguntas y respuestas que el eficiente Blake le había preparado, las apartó a un lado y fue él quien planteó una pregunta.

-¿Qué tal el té de Alice con las senadoras?

-Se molestó un poco porque usted no asistiera, pero comprendió la prioridad de la reunión urgente con la Agencia Nacional Espacial. Además, le recordé que esta noche en la cena saludaría personalmente a los senadores.

-Gracias, Paul. Bueno, vamos a ver -añadió mirando las tarjetas.

-No son muy comprometidas -dijo Blake-. He pensado que querría incluir el anuncio de una nueva lanzadera espacial, su discurso en las Naciones Unidas y el fructífero resultado del acuerdo con Lampang para la instalación de una base aérea vital.

-¿Cuánto va a durar la conferencia?

-La delegada de la United Press ha prometido decir «Gracias, señor presidente» al cabo de una hora.

Underwood miró el reloj y se enfrascó en la revisión de las preguntas y respuestas de las tarjetas. Él tenía buena memoria para aquel tipo de cosas; lo había hecho durante años en la televisión, mucho antes de llegar a la Casa Blanca, y sabría hacerlo perfectamente, aunque surgiera algo imprevisto.

Agrupó las tarjetas como si fuese una baraja y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta como para darse seguridad.

-Bien, Paul, estoy listo. Vamos allá.

En el Salón Este le aguardaban los periodistas, en varias filas, cual olas amenazadoras a punto de tragarle.

Underwood les hizo seña de que se sentasen.

Habían acordado de antemano que no habría anuncio de medidas de gobierno; iría haciendo los anuncios conforme surgiesen las preguntas. Había insistido en ello porque de lo contrario tardaría más de una hora y para conservar un ambiente informal de espontaneidad. Además, frente a la opinión de algunos columnistas de que no era un presidente que estuviera al tanto, sus respuestas demostrarían lo contrario.

Doce manos se alzaron y Underwood señaló al corresponsal de The Miami Herald en la Casa Blanca.

-Señor presidente, tenemos entendido que la nueva lanzadera espacial, perfectamente sometida a prueba, estará lista en breve para su despegue de Cabo Kennedy. Díganos, por favor, cuáles son sus características de mejora en cuanto a seguridad y la fecha de lanzamiento prevista.

Con gran soltura, recurriendo a los datos técnicos que había retenido, Underwood explicó a grandes rasgos las últimas mejoras técnicas incorporadas a la nueva astronave. Hizo referencia a los objetivos de aquel lanzamiento y anunció que tendría lugar en un plazo de cuatro meses exactos a partir del día siguiente.

Underwood señaló a una reportera de la CBS para la siguiente pregunta.

-Señor presidente, se ha dicho que va a pronunciar un discurso ante las Naciones Unidas próximamente ¿Es cierto?, y, en caso de que lo sea, ¿podría indicarnos con qué propósito?

-Efectivamente. Quiero hablar ante las Naciones Unidas próximamente, tal vez dentro de mes y medio. La fecha exacta de esta comparecencia se está considerando; depende de la fecha en que pronuncie su discurso el secretario general de la Unión Soviética. Mi discurso tendrá lugar una hora después y su contenido dependerá de su respuesta a nuestras acusaciones sobre acumulación de armamento soviético en los países del Tercer Mundo, ya que cualquier escalada armamentística en esa zona se considerará una violación del Acuerdo en la Cumbre sobre desarme.

Underwood esperaba que la pregunta que le hicieran a continuación fuese a propósito de Lampang, pero la interpelación sobre ese tema no se produjo de inmediato; hubo una serie de preguntas sobre la situación económica, enmiendas al presupuesto del Estado a presentar al Congreso, aumento del paro y un nuevo programa de defensa civil.

Finalmente tuvo lugar la esperada pregunta, planteada por el corresponsal de The New York Times en la Casa Blanca.

-Señor presidente, ayer almorzó usted con la presidenta Noy Sang de Lampang. ¿Puede revelarnos el resultado del acuerdo?

Underwood lo tenía todo bien preparado.

-Sí, tuve una fructífera entrevista con la presidenta Noy Sang y puedo revelar los resultados de la misma.

La promesa de explicar los resultados se traducía en noticias, y el presidente vio que la mayoría de los cuatrocientos periodistas reunidos preparaban bolígrafo y bloc de notas.

-Como saben ustedes -comenzó diciendo- la isla de Lampang, en el mar de la China meridional, es vital para la estrategia de Estados Unidos. Hasta ahora, Lampang ha mantenido una política retraída respecto a otras naciones, pero la presidenta Noy Sang, que accedió al cargo de jefe del ejecutivo tras el asesinato de su esposo, ha juzgado útil para su país optar por una alianza amistosa con Estados Unidos. Dado que la economía de Lampang se halla en una situación grave y bajo constante presión desde el continente para plegarla al comunismo, nosotros consideramos que en nuestra condición de aliados podríamos reforzar su independencia concediéndoles un crédito. He informado a madame Noy Sang que haría cuanto estuviera en mi mano para que Estados Unidos conceda a Lampang un crédito de doscientos millones y...

De la sala brotó un murmullo al oír la cuantía del crédito.

-... y, como gesto de agradecimiento por su parte y deseo de afianzar la alianza, Lampang ha accedido a concedernos treinta y seis mil hectáreas para que construyamos la segunda base aérea en importancia del Pacífico.

-Señor presidente, quisiera ampliar mi pregunta...

-Adelante.

-¿Qué longitud va a tener la pista principal? Underwood se quedó momentáneamente aturdido, pero le vino a la cabeza una cifra que había oído.

-Creo que dos mil seiscientos metros.

-¿No es un poco corta para los F-4, F-5 y T-33? Nueva vacilación del presidente.

-No estoy seguro. Aún no disponemos de todas las cifras definitivas. A su debido tiempo, bueno, muy pronto, consultaremos con las fuerzas aéreas al respecto. Si la pista es inadecuada, estoy seguro de que el secretario de Estado Morrison y yo podremos volverlo a negociar con la presidenta Noy Sang a entera satisfacción.

Volvieron a alzarse muchas manos y una de ellas era la del corresponsal de la TNTN, Hy Hasken, que estaba en primera fila. Underwood sabía que era regla primordial no desestimar la pregunta de una cadena de televisión importante. Ya había contestado a preguntas de la CBS, la NBC y la ABC y no podía omitir a la TNTN. Estuvo tentado de no hacer caso de Hasken, porque aquel reportero siempre le atacaba -o al menos le ponía en

aprietos- y en aquel momento no le apetecía discutir con él, pero comprendió que no le quedaba otro remedio.

-Señor Hasken -dijo señalando al corresponsal televisivo.

-Señor presidente -replicó éste poniéndose en pie-, hoy ha anulado una reunión con las esposas de los senadores a causa de una reunión urgente con la Agencia Nacional Espacial. La urgencia suscitó mi curiosidad y en ese mismo organismo telefoneé a un contacto mío, quien me respondió estupefacto que la Agencia Espacial no había celebrado ninguna reunión con usted. Así que imaginé que estaría usted ocupado en otra cosa. -Escuchando la interpelación, a Underwood le dio un vuelco el corazón. Ya estaba el lío-. Interesado por saber de qué se trataba, no he quitado ojo en toda la mañana del director Frank Lucas y del servicio secreto. Le vi a usted abandonar la Casa Blanca a última hora de la mañana y seguí su limusina con mi coche hasta Blair House, en donde recogió usted a Noy Sang, la presidenta de Lampang, y la acompañó en una visita turística por Washington. Después se dirigieron en coche a un restaurante poco conocido de Georgetown, el Club 1776, en el que permanecieron juntos casi tres horas. Lo sé seguro porque estuve aparcado en la acera de enfrente y miré la hora. Mi pregunta es ésta: ¿por qué la llevó usted en secreto a ese recorrido turístico y a tan prolongado almuerzo? ¿Qué pretendía usted y por qué ha tenido que verse con ella tanto tiempo un segundo día, y sobre todo sin comunicarlo a nadie?

Hasken aguardaba la respuesta del presidente.

Durante unos segundos, Underwood quedó paralizado. Aquel cabrón le había descubierto y le había seguido. Le tenía cogido. Estuvo tentado de salir del paso con una mentira, pero recordó lo que le había dicho uno de los presidentes que le habían precedido: no mentir nunca en persona a la prensa. Es aceptable que el secretario de prensa u otro portavoz mienta por ti, pero jamás lo hagas personalmente, porque no hay escapatoria, ya que los periodistas averiguan la verdad y te hunden.

Así que optó por no mentir. Hasken le tenía acorralado y había que escabullirse de la mejor manera posible.

-Muy eficaz, señor Hasken -le replicó con sonrisa forzada-. No le niego que traté de despistar a todo el mundo porque era necesaria una entrevista privada con la presidenta Noy Sang para puntualizar detalles de la alianza y el proyecto de la base aérea.

-¿Con una gira turística previa, señor presidente? -insistió el reportero.

-Una cosa bastante lógica -replicó Underwood midiendo sus palabras-, pues, aunque la presidenta Noy Sang conocía Estados Unidos de hace tiempo, no sabía gran cosa del Capitolio, y puesto que desea fervientemente fomentar en Lampang nuestro estilo de democracia, pensé que era fundamental para nuestras relaciones facilitarle una perspectiva del funcionamiento de la democracia en nuestro país. -Hizo una pausa-. En esa breve gira cumplí mi objetivo y ella quedó sumamente impresionada -nueva pausa-. En cuanto a la esencia del prolongado almuerzo...

-Tres horas, señor presidente.

-Fácilmente lo hubiera prolongado una hora más -añadió Underwood, despacio-, pero me constaba que esta conferencia ya estaba programada y anunciada. En realidad logré convencer a la presidenta Noy Sang para que se quedara un día más para poder perfilar ciertos detalles clave del acuerdo. Para justificar ante el Congreso el crédito a Lampang, tenía que saber en qué quería invertir la suma madame Noy Sang y si lo haría lo más acorde posible con los intereses de Estados Unidos. Además, tenía que saber con mayor precisión las prioridades de la nueva base aérea y las garantías que iba a obtener de madame Sang.

Con el rabillo del ojo, Underwood vio que Blake señalaba a la corresponsal de United Press. Apartó la vista de Hasken e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a la mujer.

-Gracias, señor presidente -dijo ésta poniéndose en pie.

Cinco

Librodot

Encontró a Alice en el vestidor de la primera dama de la segunda planta.

Estaba ante el televisor escuchando las noticias vespertinas y viendo cómo Hy Hasken de la TNTN informaba de su largo interrogatorio al presidente y la respuesta poco convincente de éste.

En el momento en que ella le vio entrar se puso en pie, apagó el televisor y se le plantó delante.

-Me sorprende que hayas tenido valor para venir aquí -le dijo enfadada.

Él no contestó; y entonces fue cuando Alice estalló.

-¡Eres un mentiroso cabrón! ¡Me dejas plantada, fastidiándome el día, para llevar a escondidas a una calentona asiática de turismo por la ciudad! Pero ¿quién te has creído que eres...? ¡Desde luego, no el presidente de Estados Unidos!... quién es esa bailarina de hula-hula o lo que sea para estar por encima de tu esposa? ¡Cuando tengas la contestación, me lo dices; y no vuelvas a hablarme hasta que no estés dispuesto a dejar de mentirme y a entrar en razón!

Todos se acomodaban en el pequeño auditorio dorado del palacio de Chamadin, en Visaka, capital de Lampang. Eran aproximadamente veinte periodistas de prensa y radio que asistían a la primera conferencia de la presidenta Noy Sang desde su regreso de Estados Unidos.

Destacaban en primera fila reporteros del Visaka Journal, del Lampang News y del Red Banner, el periódico comunista que, tras estar mucho tiempo prohibido, había sido autorizado por el presidente Prem antes de su asesinato. El Red Banner se publicaba también en Camboya, Vietnam y China.

En filas posteriores había periodistas de Tailandia, Filipinas, Taiwan y Japón.

La noticia de los resultados obtenidos por Noy en Estados Unidos había llegado rápidamente a Lampang, pero la prensa deseaba escuchar directamente su informe del viaje a Washington.

Marsop se había situado en la tribuna y la conferencia estaba a punto de empezar.

Mirando a la concurrencia, el ministro tomó la palabra.

-Señoras y caballeros de la prensa y medios de comunicación: como saben, la presidenta Noy Sang regresó ayer de Washington y en vez de descansar completamente para recuperar el desfase horario del vuelo ha preferido informarlos sobre los resultados de su entrevista con el presidente de Estados Unidos. Tras una introducción previa, la presidenta responderá a sus preguntas.

Marsop se desplazó hacia la derecha para que Noy Sang subiera al estrado y se situara ante el podio.

Daba prestancia a su pequeña figura su erguida actitud y cuando comenzó a hablar su voz era fuerte y segura.

-Todos ustedes han difundido ampliamente la noticia de mis dos entrevistas con el presidente Underwood. En la Casa Blanca y en un almuerzo privado en un suburbio de Washington llamado Georgetown. Como es frecuente en las entrevistas entre representantes de dos países independientes, se supone que ambas partes hacen solicitudes recíprocamente y a su vez están dispuestas a conceder algo a cambio.

Noy Sang hizo una pausa y miró a los periodistas.

-Era vital para los intereses de Lampang que obtuviera un importante crédito de Estados Unidos. Se me advirtió previamente que no sería un asunto fácil, dado que la deuda externa de aquel país alcanza niveles astronómicos y, aunque Estados Unidos estaban dispuestos a prestarnos el dinero, su criterio de lo que iban a darnos y mi concepto de lo que necesitábamos discrepaban notablemente. El presidente Underwood estaba decidido a aprobar

un crédito de ciento cincuenta millones de dólares, pero yo le dije sin rodeos que si bien su oferta era generosa, no lo era lo bastante para solventar nuestros problemas económicos. Así, estuvimos discutiendo ampliamente lo que pensaban concedernos y lo que yo quería obtener.

Noy Sang hizo otra pausa y observó a la audiencia.

-Finalmente pude convencer al presidente Underwood de que un importante crédito de Estados Unidos contribuiría enormemente a la consolidación de un Lampang independiente que fuese un fiel aliado de Estados Unidos, y el crédito que se acordó en último término fue el doble del que el presidente Underwood estaba dispuesto a conceder. Estados Unidos nos ha prestado doscientos cincuenta millones de dólares y la firma del protocolo oficial tendrá lugar dentro de uno o dos meses.

Los periodistas prorrumpieron en aplausos que sorprendieron a Noy Sang, que pestañeó halagada.

-Bien -añadió-, veamos qué es lo que Lampang tiene que dar a Estados Unidos a cambio. En realidad, muy poco. Hace tiempo que Estados Unidos deseaba contar con una base aérea en Lampang, y era inevitable que se la concediéramos. El único inconveniente de salida era el tamaño de la base aérea pensada por Estados Unidos. En pocas palabras: querían una base enorme y formidable para sus cazas y aviones de transporte, y nosotros pretendíamos cederles una mucho más pequeña que no nos privara de excesivo terreno y que no fuese en detrimento de nuestra independencia.

Noy Sang recorrió la sala con una mirada.

-También nos salimos con la nuestra en este punto, y hemos logrado un compromiso aceptable para Lampang y para Estados Unidos. Construirán una base aérea que no ocupe más de treinta y seis mil hectáreas y dentro del recinto habrá un polígono estrictamente americano de tres mil seiscientas hectáreas rodeado por una valla de seguridad. Esta ciudad dentro de una ciudad, con dos mil quinientos edificios, albergará a treinta y cinco mil personas, veinte mil de las cuales serán ciudadanos de Lampang. Esta base contribuirá anualmente a la economía de nuestro país con cien millones de dólares repartidos entre mercancías, servicios, suministros y sueldos y otros cincuenta millones de dólares del alquiler a las fuerzas aéreas de Estados Unidos. La cesión de Lampang de la base por parte afectará muy poco a nuestra soberanía y en contrapartida nos aportará mucho, incluido un dispositivo de defensa para refuerzo de nuestro ejército en caso de crisis.

Noy Sang volvió a mirar a la concurrencia.

-Sinceramente, creo que hemos conseguido más de lo que podíamos imaginar en esta alianza con una democracia a la que respetamos y admiramos.

Volvió a hacer una pausa.

-Bien, si tienen alguna pregunta haré todo lo posible por contestarla.

El periodista largo y delgado de Red Banner se puso inmediatamente en pie con el brazo levantado. -Señora presidenta...

-Dígame, por favor.

-Nos ha dicho que se reunió en dos ocasiones con el presidente Matt Underwood para discutir y regatear este acuerdo. ¿Le pareció a usted radicalmente anticomunista?

-En absoluto -respondió ella sin vacilar.

-Bien, independientemente de como él se presentase, es bien sabido que se halla rodeado de belicistas decididos a invadir territorios para sus planes imperialistas. Si le mostró una de sus caras para engañarla, no cabe duda de que tendrá otra que no le ha enseñado. ¿Quiere decirnos qué es lo que advirtió de esa otra cara, que hasta el momento ha mirado con nula simpatía a otras naciones pobres que batallan por su supervivencia? Díganos con toda sinceridad lo que pueda de esa otra cara.

De pie ante el podio, Noy Sang reflexionó sobre la respuesta que podía dar a aquel periodista de Lam-pang adscrito al comunismo.

Había que ser prudente, porque todo lo que dijera lo leería o lo vería Matt Underwood o se lo mostraría Blake, Morrison o sus otros asesores.

Pies de plomo, se dijo; pero a la vez recordó que era más importante ser sincera y decir lo que se siente.

-En poco tiempo he podido conocer bastante bien al presidente Matt Underwood -comenzó a decir-, y puedo decir con toda sinceridad que es una buena persona; un hombre auténticamente demócrata en el más amplio sentido de la palabra, en el sentido en que demócrata y democracia engloban los mejores aspectos tanto del capitalismo como del comunismo. Por supuesto que Estados Unidos están vinculados a la política de contrarrestar las intenciones de la Unión Soviética, pero, a pesar de ello, el presidente Underwood no es personalmente anticomunista ni antirrojo. Quiere al pueblo y le gusta que tenga libertad y seguridad. Es exactamente lo que dije al principio: una buena persona, y muy amable. Salvo mi pobre marido, no he conocido a un hombre mejor.

-Tan segura puede estar después de dos entrevistas? -dijo el reportero de Red Banner sin ocultar su escepticismo.

-Estoy segura.

-Señora presidenta... -terció el fornido representante del Journal poniéndose de pie con la mano alzada.

-Sí, diga -contestó Noy Sang.

-Nos dice usted que confiemos en su impresión, pero ¿confía también en ella el general Samak Nakorn?

-Creo que sí. No puedo asegurarlo, porque no me he reunido con él después de mi regreso. Esta noche tendré más datos cuando acuda al ministerio invitada a una cena que da para celebrar mi vuelta.

-Tal vez yo pueda facilitarle cierta información útil para esta noche -dijo el representante del Journal mirándola de hito en hito.

-¿Cuál?

-He desayunado esta mañana con el general antes de esta conferencia de prensa y le pregunté a fondo a propósito de la entrevista de usted con el presidente Underwood. Pues bien, el general Nakorn no parecía tan confiado como usted en los resultados.

Ella misma se había metido en un atolladero, lo sabía, quizá en una trampa, pero ahora no quedaba más remedio que dejar saber la opinión de Nakorn.

-Me gustaría saber qué es lo que le ha dicho el general Nakorn -dijo Noy Sang con voz débil, molesta por revelar en público la opinión del militar-. Expliquese.

-El general opina que es imprudente conceder a los americanos menor terreno del exigido para la base aérea. Según él, sería mejor conceder a los americanos la base más grande, como querían, no sólo para nuestra propia protección en el futuro, sino para consolidar una relación con un aliado que puede sernos indispensable. En cuanto al crédito, el general se mostró satisfecho y dijo que el dinero sería muy útil para modernizar nuestro ejército y reforzarlo con armas convencionales para cuando llegue el momento de aplastar a la oposición comunista.

Noy Sang se ruborizó al oír lo último.

-No tengo intención de aplastar a los comunistas -dijo taxativa- y estoy decidida a invertir parte del crédito en la modernización de la fuerza aérea como dispositivo de defensa contra enemigos externos, pero la mayor parte pienso destinarla a la instrucción de los jóvenes y en ayuda para la salud e independencia de los ancianos.

-Creo que eso sorprenderá al general Nakorn.

-Pues no debería -replicó Noy Sang-, porque sabe perfectamente que he dispuesto que el ministro Marsop se entreviste con los comunistas, con Opas Lunakul en concreto, para tratar de llegar a la unidad y la paz en el país.

-El general opina que eso es imposible -contestó el periodista del Journal moviendo la cabeza-. Él cree que unas negociaciones prolongadas con los comunistas pueden sernos perjudiciales y enemistarnos con nuestros aliados americanos.

-Yo creo que las negociaciones pueden dar buen resultado -replicó Noy Sang inflexible-

y que al presidente Underwood le complacería.

-¿Se lo dirá así al general Nakorn?

-Esta noche. Así mismo se lo diré esta noche. ¿Alguna pregunta más? -añadió mirando a los presentes.

A Noy Sang no le gustaba el comedor del general Nakorn en el Ministerio de Defensa de Lampang. Salvo el retrato de tamaño natural de Nakorn en uniforme y cargado de condecoraciones y un pequeño retrato de la presidenta, los objetos de las paredes lo hacían parecer un museo o una armería. En dos de sus paredes pendían viejas espadas cruzadas y relucientes y en una tercera había fusiles del siglo pasado.

Un ayudante del general había conducido a los invitados hasta sus respectivos sitios en la larga mesa. La encabezaba Noy Sang, en su condición de presidenta del país, y enfrente de ella se sentaba el general Nakorn, corno jefe del ejército y anfitrión. Noy Sang tenía a un lado a su hermana Thida; al lado de ésta se sentaba Marsop, a partir del cual tomaban asiento diversos ministros.

Junto a Nakorn estaban el coronel Peere Chavalit y una serie de subordinados en uniforme de gala.

Nakorn se dirigió a Noy Sang, mientras tamborileaba en la copa.

-Nos complace que haya regresado a Lampang, señora presidenta. Según me consta ha sido un éxito su viaje a Estados Unidos; Marsop me ha informado personalmente de las gestiones que llevó usted a cabo con el presidente Underwood.

-Gestiones con las que, según tengo entendido, usted no está totalmente de acuerdo -replicó ella.

-¿Por qué lo dice? -contestó Nakorn fingiendo sorpresa.

-Porque he sabido su opinión a propósito de nuestra actividad diplomática. Esta tarde celebré una conferencia de prensa y el representante del Journal me dijo claramente que durante el desayuno usted le había expuesto sin rodeos su desfavorable opinión respecto a nuestras gestiones diplomáticas.

-Sin duda debe de haber algún malentendido -dijo Nakorn frunciendo el ceño.

-Pues aclarémoslo -replicó Noy Sang, sonriente-. En primer lugar me dijeron que usted opinaba que debía haber sido aún más generosa en relación con el terreno cedido a Estados Unidos para la base aérea.

-No creo haber dicho eso -replicó el general frunciendo aún más el entrecejo-, pero puedo opinar ahora, a menos que prefiera esperar a después de la cena.

-No, hablémoslo ahora.

-Muy bien -dijo Nakorn-. Estados Unidos necesitan una base aérea mayor como cuestión vital de defensa propia y nosotros necesitamos a Estados Unidos coma poderoso aliado para nuestra propia defensa. ¿Por qué negarles lo que necesitan?

-No les he negado lo que necesitan -replicó Noy Sang-. El presidente de Estados Unidos ha quedado satisfecho con el acuerdo y entendió perfectamente mi planteamiento de que era absolutamente esencial que Lampang siguiera siendo un Estado independiente, y no sólo en apariencia, y que excesivas concesiones a una potencia extranjera, aunque sea un fiel aliado, debilitarían nuestra posición interna a los ojos del pueblo. Si damos pie a que la oposición a nuestros ideales democráticos, en este caso los comunistas, pueda demostrar que concedemos demasiado terreno de nuestra preciada tierra a los extranjeros, en lugar de al pueblo, nos perjudicaría enormemente, y es necesario que mantengamos el control. Lo comprende, ¿verdad?

-En realidad no es la base aérea lo que más me preocupa -replicó el general Nakorn-. Unos miles de hectáreas más o menos no afectará a nuestro futuro. Un futuro basado en el crédito que ha obtenido de Estados Unidos.

-Eso parece -replicó Noy Sang, irónica.

Librodot

-Quiero felicitarla por la cuantía del préstamo que ha obtenido del presidente Underwood. Es más de lo que esperaba.

-Gracias, general.

-Es algo que soñaba y esperaba -prosiguió Nakorn-. Con ese dinero podemos modernizar el ejército y adquirir nuevo armamento convencional que nos permita ser la fuerza más importante de esta zona mundial. No cabe duda de que una vez efectuadas las compras imprescindibles dispondremos de la fuerza ideal para aplastar a los rebeldes comunistas en una ofensiva coordinada.

-Usted quiere el préstamo para erradicar el comunismo -dijo pausadamente Noy Sang.

-Exactamente. Otra opción no puede haber.

-General, sabe usted que no estoy de acuerdo.

-¿Que no está de acuerdo?

-En el destino del préstamo. Lo he hablado a fondo con el ministro Marsop y no vamos a dedicar el dinero a asesinar comunistas. Lo gastaremos en programas de salud, instrucción y bienestar para el pueblo de Lampang.

-Pero la amenaza comunista...

-No habrá amenaza. Marsop va a entrevistarse con Lunakul para llegar a un acuerdo pacífico por el que los rojos se reinserten en la sociedad.

-Imposible -replicó Nakorn casi dando un salto en el asiento-. No se puede confiar en ellos. Marsop es demasiado blando a ese respecto... Perdone, señor ministro, pero usted no es militar y carece de mi experiencia en esos asuntos. Lunakul y su pandilla sólo razonan por la fuerza, la suya propia y la nuestra. Si la presidenta se empeña en que se entreviste con ellos, Marsop...

-Insisto en ello -terció Noy Sang interrumpiéndole.

-... en ese caso acompañaré a Marsop; los comunistas saben que conmigo no se juega.

-No puede ser, general -replicó Noy Sang moviendo firmemente la cabeza-. Lunakul conoce perfectamente su historial y sus intenciones, y su presencia sería contraproducente. Marsop -añadió tras una pausa- es el único que puede reconciliar las dos posturas.

-Como usted quiera... -dijo Nakorn encogiéndose de hombros-. Parece que la cena está lista, así que se impone un brindis. Coronel Chavalit, encárguese de que sirvan el champán.

El coronel hizo sonar una campanilla y acudió un camarero con dos botellas de champán frío en un reluciente cubo de plata con hielo. Conforme servían el primer plato, el camarero fue escanciando despacio el champán a todos los comensales, y una vez que todos tuvieron la copa llena de champán, el general Nakorn se levantó enarbolando la suya.

-Brindo por la presidenta Noy Sang y su notable éxito en Estados Unidos.

Noy Sang miró fijamente al general mientras levantaba su copa correspondiendo al brindis, al tiempo que los demás hacían lo propio y se unían a ellos.

Instantes después, Noy Sang oyó como un grito ahogado y se volvió en la dirección de donde procedía; vio que provenía de Thida y observó que palidecía, tosiendo y tambaleándose como mareada.

-Thida, ¿qué te pasa? -exclamó.

-Me ahogo, me siento mal -respondió ella, presa de un violento ataque de tos-. Voy... a tumbarme.

-¿Qué sucede? -inquirió el general Nakorn poniéndose en pie como movido por un resorte y llegándose hasta el asiento de Thida.

-No... sé -respondió ésta-. Voy a desmayarme. Nakorn la sujetó para que no cayese, mientras vociferaba:

-¡Llamen al médico de la residencia! Vamos a acostarla.

Mientras Nakorn y Noy Sang ayudaban a Thida a ponerse en pie y la sacaban casi en vilo del comedor, el coronel Chavalit hablaba por teléfono con el médico militar.

-¡Venga inmediatamente al dormitorio del general! ¡Es una urgencia!

Apenas había colgado, el general Nakorn volvía a irrumpir en la sala.

-¡Pidan una ambulancia! ¡Hay que llevarla inmediatamente al hospital!

Dos horas y veinte minutos más tarde moría Thida por efecto del veneno que había en la copa de champán.

Marsop trataba de consolar a Noy Sang, que lloraba a lágrima viva, totalmente deshecha, y el general Nakorn se apresuraba a poner en marcha la investigación.

A Noy Sang no le quedaban más lágrimas y estaba extenuada cuando una hora después llegó el general Nakorn con el rostro sombrío.

-Ya lo hemos descubierto -dijo-. He interrogado personalmente a todo el personal de cocina y por fin pude arrancar la verdad a dos de ellos. Ha sido el camarero; es del partido comunista. Siento mucho que tenga que darse cuenta de esta manera, pero los comunistas asesinan a cualquier inocente para lograr sus fines.

-Pero ¿por qué a Thida? -inquirió Noy Sang parpadeando aturdida-. ¿Ella qué tenía que ver con los comunistas?

-No lo sé. Lo único que me consta es que no queda ninguna esperanza de negociación con ellos.

-Ya veremos -replicó Noy Sang-. Quiero interrogar al asesino.

-Me temo que sea demasiado tarde, señora presidenta -contestó el general alzando las manos en gesto de desolación-. Ordené que le ejecutaran inmediatamente. Está mejor muerto.

El general Nakorn mandó que los llevaran del hospital a palacio en una limusina del ejército.

Marsop cerró la divisoria de cristal que los aislaba del chófer para hablar a solas con Noy Sang.

-¿En qué piensas, Noy? -inquirió.

-En que es terrible; es horroroso. Increíble.

Marsop permanecía en silencio sujetando la mano de Noy Sang. Finalmente se la soltó y giró el rostro hacia ella.

-Noy...

-¿Qué ?

-Noy, ha sido un error.

-¿Qué ha sido un error? -replicó ella con gesto de sorpresa.

-La muerte de Thida.

-No... no te entiendo.

-Te lo explicaré. Durante el brindis, ¿nos viste a Thida y a mí unirnos a él?

-Pues no sé. Creo que no, porque como quien hacía el brindis era el general Nakorn, le estaba mirando a él.

-Seguramente -comentó Marsop-, pero si nos hubieras mirado a Thida y a mí, comprenderías que fue un error.

-¿Qué quieres decir?

-¿Recuerdas la manera antigua como brindaban nuestros padres?

-No... no... sé -balbució Noy Sang.

-Unían los brazos, mejor dicho los cruzaban al brindar y no bebían de su propia copa, sino que cada uno lo hacía de la del otro.

-¿Quieres decir...?

-Lo que digo es que Thida y yo estábamos riendo y brindando al estilo antiguo: ella con su copa ante mí y yo con la mía delante de ella. Bebimos con las copas cruzadas. Su champán no tenía nada y no me ha hecho daño, pero ella, al beber el mío, ingirió el veneno y ha muerto.

-¿Quieres decir...? -inquirió Noy Sang, que empezaba a verlo claro.

-Si, el veneno era para mí. Yo era la víctima prevista y no Thida. Ella bebió mi champán por casualidad y por eso ha muerto. Era yo quien habría debido morir y no ella. Querían

eliminarme.

-¡Dios mío!

-Así es.

-Pero, Marsop, ¿quién iba a querer matarte?

-No puedo afirmarlo con certeza, pero podría ser alguien que no quiera que viva para negociar con los comunistas. ¿Tú que piensas?

-Me da escalofríos pensarlo.

-Piénsalo -añadió Marsop en voz baja, y volvió a reclinarse en su asiento.

La noticia de la muerte de Thida llegó a Washington pocas horas después.

La recibió Anuthra, embajador de Lampang en Estados Unidos, quien se apresuró a acudir al Departamento de Estado para entrevistarse con el secretario de Estado Morrison.

-Sabía que le interesaría saber lo antes posible este grave suceso -dijo Anuthra-, dado que Thida era la primera en la Línea sucesoria a la presidencia de Lampang. Lo consideré un asunto oficial, pensando en que el presidente Underwood querría enviar un representante al entierro.

-Desde luego -replicó el secretario de Estado Morrison-. Le expreso de nuevo mi más sentido pésame; informaré inmediatamente al presidente.

El presidente estaba con su esposa en el solario de la tercera planta de la Casa Blanca, tomando una copa antes de cenar y viendo el telediario, cuando le pasaron la llamada de Ezra Morrison.

Underwood cogió el aparato e hizo señal a Alice de que bajase el volumen del televisor.

-Malas noticias de Lampang -comenzó diciendo Morrison.

-¿Qué malas noticias? ¿Se trata de Noy Sang?

-No exactamente. De su hermana Thida, que ha sido envenenada en un banquete y murió casi instantáneamente. Noy Sang la acompañaba.

Underwood lanzó un suspiro de alivio al saber que nada le había pasado a Noy Sang, pero no acababa de creer lo que le decían.

-¿Su hermana? Explicate, Ezra.

Morrison le contó lo que le había dicho el embajador.

-No parece accidental -dijo Underwood una vez escuchado el relato-. ¿Se saben más detalles?

-Del embajador, no.

-¿Cómo se encuentra Noy Sang?

-No tengo idea, Matt. Supongo que bastante mal.

-Voy a enterarme personalmente. Tú o Blake telefonead a Lampang, por favor, y que se ponga Nov Sang. Allí es la una de la madrugada. Si está dormida, que la despierten. Quiero hablar con ella inmediatamente.

-Yo haré la llamada -respondió Morrison-. Estése ahí; le vuelvo a llamar dentro de dos o tres minutos.

Underwood colgó y se quedó mirando el teléfono. -¿Qué sucede? -terció Alice.

-Noy Sang, la presidenta de Lampang...

-Ah, sí, esa con quien tanto negocias.

-Acaba de perder a su hermana -prosiguió él sin hacer caso de la puya-. Por lo visto, un envenenamiento intencionado.

-Qué salvajes son por allí...

-Ignoro las circunstancias; lo único que sé es que su hermana Thida era la primera persona en la sucesión a la presidencia. Es un caso que nos afecta seriamente.

-¿Otro viajecito del vicepresidente?

-Tal vez, aunque no sé si Trafford es la persona indicada.

Sonó el teléfono y Underwood alargó rápidamente la mano para cogerlo.

Se oyó el zumbido acelerado que suele preceder a las llamadas internacionales y a continuación contestó una voz de hombre.

-¿El presidente Underwood? Al habla Marsop.

-Diga. Acabo de saber la terrible noticia. ¿Cómo está Noy Sang?

-Está aquí; usted mismo hablará con ella. Por favor, no se retire.

A pesar de la distancia, Underwood oyó su voz suave y clara.

-¿Es usted, Matt?

-Noy, acabo de enterarme. ¿Cómo es posible?

-Si, es increíble, pero sucedió ante mis ojos.

-Cuénteme cómo sucedió.

-Estábamos en un banquete en el comedor del general Nakorn, en el Ministerio de Defensa; propuso un brindis y...

Prosiguió el relato de la muerte de Thida con voz entrecortada.

-Me dicen que el envenenamiento no fue accidental -añadió lacónico Underwood.

-Pues, si y no. El veneno fue intencionado, pero fue un accidente que lo bebiera Thida, porque estaba destinado a Marsop. -Acto seguido le explicó detalladamente cómo habían brindado Marsop y Thida.

-¿Y quién ha podido cometer semejante crimen?

-Alguien que no quería que Marsop entablara negociaciones de paz con los comunistas.

-Conocemos la actitud del general Nakorn.

-El se lo imputa a otra persona, un camarero a su servicio: un comunista emboscado que estaba en contra de las negociaciones.

-¿Y qué ha declarado el camarero?

-Sólo le interrogó el general; estaba muy contento de haber descubierto al asesino y lo mandó ejecutar inmediatamente.

-¿Y le parece eso normal, Noy?

-No sé -respondió ella con voz quebrada-. Lo único que sé es que Thida ha muerto. -Hizo una pausa-. Yo no pretendía que usted se viera implicado en este asunto familiar, Matt.

-Es más que un simple asunto de familia -replicó Underwood-. Thida era la sucesora a la presidencia, lo cual ya es un asunto importante para nosotros. Generalmente, en estos casos -añadió vacilante- enviamos a un representante oficial, el vicepresidente, o a Blake o Morrison... Pero creo que esto es más importante.

-Para Estados Unidos es un caso sin importancia. -Para mí es un asunto muy importante -replicó él acercándose más al teléfono-, un asunto personal. Voy a tomar el avión para Lampang para asistir personalmente al entierro -añadió, impulsivo.

-Oh, no hace falta que se moleste...

-Es mi deseo, Noy. Quiero hacerlo. Deseo apoyarla; lo necesita. Le servirá de consuelo.

-Es muy amable, pero no quiero que emprenda tan largo viaje por una persona a la que no conocía.

-Lo hago por alguien que sí conozco.

-Si se empeña...

-Si, me empeño. Quiero estar con las personas que la acompañan.

-Se lo agradezco; será un gran consuelo.

-Cuente con ello.

Nada más colgar Underwood, Alice trató de hablarle, pero él volvía a coger el auricular.

-Que se ponga Paul Blake -ordenó a la telefonista-. Búsquelo donde esté.

Alice intentó hablar otra vez, pero Underwood alzó la mano imponiéndole silencio.

Segundos después, Blake estaba al aparato.

-Al habla Blake.

-¿Sabes lo que ha pasado en Lampang?

-Si.

-Muy bien. Salgo para allá a las nueve de la mañana para asistir al funeral de Thida. Tenme listo el Fuerza Aérea número uno.

-Matt, ¿cree que ese viaje es conveniente? Estoy seguro de que el vicepresidente

Librodot

Trafford puede encargarse oficialmente. Mañana tiene usted una agenda muy apretada y habría que anularlo todo. Y los periodistas, piense en los periodistas...

-Que me acompañen en el avión de prensa. Pero que sea una operación sencillita.

-No podré, Matt. En primer lugar tendré que organizar un avión cargado de ingenieros de la Agencia de Comunicaciones de la Casa Blanca para que instalen dos sistemas telefónicos especiales. Y luego hay que contar con el avión militar de reserva para caso de avería del Número uno y el transporte del asesor de seguridad nacional, del ayudante militar, del médico y agentes del servicio secreto. Estará usted muy visible -hizo una pausa-. ¿No va a reconsiderarlo?

-No, Paul. Haz lo que tengas que hacer, pero quiero ir. Tengo que estar en Lampang para el entierro. Muévete.

Ahora Alice se había puesto en pie y estaba frente a él.

-No me digas otra vez que me calle -dijo con voz chillona-. Lo he oído todo, y te digo que estás loco volando a través de medio mundo para asistir al entierro de alguien a quien no conoces.

-Lo he prometido.

-Pues rompe esa promesa idiota; es una locura ir detrás de esa lista indígena que intenta seducirte. Te pondrás en evidencia.

-No si vienes tú, Alice. Estás invitada -replicó Underwood con mirada feroz.

-Eso es absurdo. ¿Cómo voy a hacer ese viaje a ese basurero tropical por un asunto intrascendente para ti, para nosotros, para el país?... Si quieres hacer el ridículo, ¡hazlo tú solo!

En la sala de prensa de la Casa Blanca, Hy Hasken escuchaba el anuncio de Barlett, secretario de prensa de la Presidencia. Sin acabar de oír el final, Hasken se dio cuenta de lo que se trataba. Se puso en pie, se abrió paso entre los demás corresponsales sentados detrás de él y se dirigió rápidamente al teléfono más próximo.

Con su tarjeta telefónica, marcó el número privado de Sam Whitlaw en el edificio de la National Television Network, en Nueva York.

La respuesta de Whitlaw no se hizo esperar.

-Si, diga.

-Soy Hy Hasken, jefe. Estoy en la sala de prensa y acaban de anunciar que el presidente vuela a Lampang mañana a las nueve. Al entierro.

-He leído el télex. Han envenenado a la hermana de Noy Sang. ¿Dices que Underwood emprende el vuelo para asistir al entierro? ¿Por qué?

-Aún no lo sé. Tal vez para estrechar lazos con Lampang. Puede que para proseguir su relación con Noy Sang tras las dos reuniones celebradas aquí. De verdad que no lo sé.

-No tiene sentido.

-Alguno tendrá -replicó Hasken-, porque Underwood le da mucha importancia. Envía un avión de prensa por delante.

-Y quieres ir en él, ¿no?

-Creo que debo ir.

-Pero no es ninguna noticia importante -gruñó Whitlaw-. ¿A qué perder el tiempo?

-Dijiste que fuese la sombra de Underwood, que me olvidase de la Casa Blanca y dedicara toda la atención al presidente.

-Bueno, sí.

-Este viaje es extraño y creo que debo ir. Quiero enterarme de más detalles.

Whitlaw guardó silencio un instante.

-Lo que es extraño es que los periodistas lo dejen todo para hacer un vuelo tan largo al entierro de la hermana de Noy Sang.

-A lo mejor no va por la hermana de Noy -replicó Hasken-. Tal vez va por Noy.

Librodot

-¿A qué te refieres?

-No estoy seguro. Te lo diré cuando lo averigüe. Manda a alguien que me sustituya en la Casa Blanca. ¿Qué te parece, Sam?

-Me parece un desatino. Pero es un desatino que me interesa -añadió tras una pausa-. A ver qué sacas.

Seis

El Fuerza Aérea número uno llegó al aeropuerto Muang de Lampang desde Washington en medio de la abrumadora calina cargada de humedad de primera hora de la tarde. Aterrizó suavemente en la larga pista, frenó y fue aminorando velocidad. Un jeep con tres empleados del aeropuerto se situó ante el morro del aparato y lo condujo hasta un amplio espacio reservado.

En tierra, junto a él, aguardaban los nueve corresponsales de la Casa Blanca, con sus respectivos ayudantes, llegados una hora antes en otro avión fletado por la asociación de prensa. Formaban un grupo al que mantenía apartado del avión la policía de seguridad de Lampang, y al que se habían unido otros periodistas locales y extranjeros. Hy Hasken, con su operador de cámara y el técnico de sonido, se había asegurado un puesto en primera fila.

Hasken consultó con el cámara Gil Andrews.

-¿Has hecho una buena toma del aterrizaje?

-Tienes de sobra para tres programas.

-Perfecto. Ya abren la portezuela; a continuación aparecerá el presidente. Tómale en plano medio saliendo y bajando la escalerilla. Veo una delegación al pie de la escalerilla. Si Noy Sang se adelanta a recibirle, y lo más seguro es que lo haga, quiero un primer plano saludando a Underwood. Es importante. ¿Entendido, Gil?

-De acuerdo, Hy.

En aquel momento se abrió la portezuela del Fuer za Aérea número uno y los mozos arrimaron la escalerilla de aluminio.

Hasken no quitaba ojo del dintel. Salieron varios agentes del servicio secreto, que echaron un vistazo a los alrededores y quedaron a la espera. Momentos después apareció el presidente Underwood. Tenía aspecto descansado y pulcro -indudablemente había dormido durante el viaje- y vestía un traje de algodón gris oscuro recién planchado.

Descendió por la escalerilla seguido de otros agentes del servicio secreto.

-Ya he hecho la toma -dijo el cámara. -Tómale en tierra cuando Noy Sang, el ministro Marsop y la comitiva le den la bienvenida.

Hasken escrutó el grupo oficial que aguardaba en tierra tratando de distinguir a Noy Sang.

No la veía.

Un hombre de aspecto joven se apartó del grupo y se acercó a Underwood, alargando la mano.

A Hasken le pareció reconocerle, pero no estaba seguro.

-¿Dónde está Noy Sang? -inquirió el de la cámara.

-Ni idea -respondió Hasken-. Aquí, seguro que no. Estará en el palacio preparándose para el entierro.

A continuación, Hasken oyó una voz chillona conocida: era la del secretario de prensa Barlett.

-El presidente va al hotel Oriental. Ustedes le seguirán en dos autobuses. No pueden quejarse; todos se alojan en el mismo hotel en habitaciones casi tan cómodas como las del presidente. Una vez allí los conducirán a sus habitaciones y tendrán una hora para refrescarse y cambiarse. Después, otra vez a los autobuses y vamos al entierro. Procuren mantener cierto respeto; al fin y al cabo es un entierro.

Hasken, preocupado, se dirigió hacia el autobús. La ausencia de Noy Sang echaba por tierra su historia. Ya se estaba viendo la bronca de Whitlaw. Camino del autobús, rezó porque sucediera algo.

En el vestíbulo del espléndido y antiguo hotel Oriental, atestado con el resto de los periodistas, en medio de los muebles de palmito, Hasken observó cómo conducían al presidente y su escolta hasta una batería de ascensores más allá de la escalera.

Encabezaba la comitiva un representante de Lampang, el cual, una vez que el grupo estuvo dentro de los ascensores, dio media vuelta. En ese momento fue cuando Hasken le reconoció. Aquel hombre, el mismo que había recibido al presidente al bajar del avión, era Marsop, el ministro de Asuntos Exteriores de Noy Sang.

Los periodistas americanos no le reconocieron y no hicieron mucho caso de él, pero Hasken salió inmediatamente a su encuentro.

-Señor Marsop -le interpeló.

Marsop miró de soslayo, sorprendido, y se detuvo.

-No sé si se acuerda de mí, señor -prosiguió Hasken acercándosele-. Soy Hy Hasken, de la televisión americana; cubrí la noticia de su viaje a Washington la semana pasada con la presidenta Noy Sang.

-Oh, sí -replicó Marsop con un brillo de reconocimiento en los ojos creo que me acuerdo.

-No quiero molestarle, pero me gustaría hacerle dos preguntas. La primera es bastante sencilla.

-Usted dirá.

-¿Puede decirme a grandes rasgos cómo es la suite del presidente?

-Grande. Más de cien metros cuadrados. Se llama la suite del Líder y consta de sala de estar, comedor, salón de juego, dos dormitorios y tres cuartos de baño. Todas las ventanas tienen cristal antibalas y está en la última planta. Un pasillo une el ascensor con la escalera del servicio de escolta y al final hay un detector de metales. En las dos plantas inferiores se alojan la comitiva presidencial y la prensa.

-Gracias, señor ministro. Me gustaría hacerle otra pregunta.

-Diga, por favor.

-El presidente Underwood ha volado a Lampang de improviso para asistir al entierro de Thida. Ha sido algo inesperado; no sabía yo que él la conociera tanto.

-El no la conocía personalmente -respondió Marsop.

-Ah, ¿el presidente Underwood no la había visto nunca?

-Nunca, que yo sepa.

Hasken no disimulaba su sorpresa.

-Entonces, ¿por qué ha efectuado ese largo vuelo para asistir a su entierro?

-Porque quiere mostrar su apoyo a la presidenta Noy Sang y consolarla.

-¿No interviene para nada la política?

-En absoluto. Es cosa personal. Su presidente es un hombre compasivo.

Hasken se quedó mirando a Marsop, que desapareció entre el atestado vestíbulo camino de su coche oficial; mordisqueándose el labio inferior, reflexionó sobre lo que acababa de decirle.

El presidente Underwood había venido a ver a Noy Sang, y punto.

No conocía a la finada.

Pero a los vivos sí debía de conocerlos bien Hasken esbozó una sonrisa.

Whitlaw no quedaría decepcionado. Habría historia; una muy buena, y al alcance de su mano.

Hasken decidió seguir de cerca los pasos de aquello, dentro de lo humanamente posible.

Para Hy Hasken fue un entierro más de tantos. Quizá algo más brillante dado el número de representantes oficiales, de naciones asiáticas en su mayoría, en este caso.

Desde su privilegiada atalaya, en un montículo del cementerio a cinco kilómetros de

Librodot

Visaka, Hasken disponía de una buena panorámica de la tumba.

Junto al féretro se encontraban Noy Sang, su hijo Den, Marsop y unos ancianos, probablemente los padres de Thida y Noy. Entre los acompañantes extranjeros destacaba el presidente Matt Underwood por su proximidad a la familia de la finada.

Desde aquel punto alejado en el que la policía había confinado a los periodistas, Hasken no oía nada, tan sólo veía el movimiento de labios de un sacerdote cristiano.

Polvo eres y en polvo te convertirás, indudablemente, pensó.

Ya arrimaban el ataúd a la fosa. Hasken vio que Noy se arrodillaba y dejaba un ramo de flores encima antes de que comenzasen a descenderlo y desapareciera de su vista.

Independientemente del respeto debido, a Hasken apenas le interesaba la ceremonia. No conocía a Thida y para él era un simple nombre. Pero tampoco la conocía Underwood, salvo que era la hermana de Noy. Procuró prestar atención.

De pronto, cuando ya el ataúd desaparecía, Noy perdió la continencia; se encorvó de hombros y estuvo a punto de caer, de no ser por Marsop que la sostuvo mientras finalizaba la ceremonia.

Hasken estaba seguro de que ahora lloraba, y en aquel momento vio al presidente Underwood ceder en su solemne rigidez y dar un paso atrás en la fila. Si, se escurría entre el pequeño Den y Marsop y se situaba junto a Noy.

Y, con no menos sorpresa, observó que el presidente inclinaba la cabeza y le daba un beso en la mejilla. Luego tomaba su mano inerte, musitaba algo a su oído y le hacía reclinar la cabeza en su hombro.

Pero su sorpresa fue en aumento al ver que Underwood volvía a inclinar la cabeza y besaba a Noy en la mejilla, no una sino varias veces.

¡Vaya toma!, pensó entusiasmado. Un auténtico bombón para el noticiario de las seis. Se dio la vuelta buscando a Gil Andrews, pero no estaba. Había olvidado que habían prohibido la entrada de cámaras al cementerio.

Sin cámaras, nada de imágenes. Maldijo su mala suerte; porque aquello no funcionaría en un informativo oral. Aquello era visual. Y se había quedado sin captar.

Ya había terminado el entierro y los grupos comenzaban a alejarse de la tumba.

Underwood caminaba en cabeza, agarrando a Noy por la cintura.

-¿Adónde irán? -dijo en voz alta sin darse cuenta.

A sus espaldas oyó una voz firme que respondía en su propia lengua.

-Al velatorio. Es costumbre en Lampang. Regresan al palacio y Noy Sang presidirá como anfitriona un buffet para los invitados.

-¿Y la prensa? -inquirió Hasken sin apenas volverse.

-Es sólo para invitados especiales, personas muy concretas -respondió la voz-. Ya sabes que nosotros no somos personas.

Hasken volvió a lanzar una maldición para sus adentros. Noy y Underwood estarían solos y él sin poder acercárseles... Y con Sam Whitlaw no valdrían excusas.

Pero allí estaba pasando algo; intentó imaginarse de qué hablarían los dos mandatarios. No tenía la menor idea, pero estaba seguro de que lo averiguaría más tarde o más temprano.

El velatorio se celebró por la tarde en el Salón del Pavo Real, una pequeña sala de recepción del palacio de Chamadin.

Matt Underwood había regresado al hotel Oriental a ducharse y a cambiarse el traje por otro oscuro. Al entrar en el abarrotado salón, vio al fondo a Noy Sang, quien también se había cambiado y lucía un sari púrpura hasta los tobillos. Advirtió que se había sobrepuesto y estaba presentando a los invitados extranjeros, en su mayoría asiáticos de vecinos países afines.

Underwood se dirigió directamente a ella, esperó su turno y le apretó la mano cuando ella le dijo:

-Gracias, Matt. Voy a presentarle a algunos vecinos nuestros.

Una vez hecha la presentación, Underwood los saludó cortésmente y se apartó, buscando con la mirada un rostro conocido. Aparte de la serie de discretos agentes de escolta dispersos por el comedor, sólo vio a otros dos americanos. Uno era Barlett, su secretario de prensa, y el otro el encorvado e impasible Percy Siebert, que en aquel momento fijaba en él sus ojos azul claro. Siebert era el jefe local de la CIA, designado por Ramage en la embajada americana de Visaka, y ya le estaba esperando en la suite del hotel antes de que aterrizara el avión. Antes del entierro habían charlado un poco, lo suficiente para que Underwood le considerase un amigo.

Siebert, a un lado, había advertido la llegada del presidente y se abría paso en dirección a él.

El jefe local de la CIA cogió a Underwood del brazo y susurró:

-Señor presidente, quiero que conozca a alguien; un buen amigo mío y de Estados Unidos -añadió señalando a un hombre mayor, fornido, en impecable uniforme cubierto de condecoraciones-. Señor presidente, le presento al general Samak Nakorn, jefe del ejército de Lampang. General, le presento al presidente de Estados Unidos, Matt Underwood.

Underwood estrechó su mano con fuerza, y tras unas bromas iniciales, al ver de nuevo a Noy Sang no muy lejos se dirigió hacia ella otra vez.

Cuando llegó a su lado comprobó complacido que en aquel momento estaba sola y que su rostro se iluminaba. Sin parar en mientes por la presencia de los demás, la cogió de ambos brazos, se inclinó y la besó en la frente.

-¿Cómo se encuentra, Noy?

-Ya ha pasado. No ha sido nada -respondió ella-. Ha sido usted muy amable, extraordinariamente amable en hacer este viaje para darme el pésame.

-Sentía que tenía que hacerlo, Noy.

-Me ha ayudado mucho y nunca lo olvidaré. Estará hambriento -añadió señalando una mesa larga llena de comida-. Pruebe lo de ese cuenco blanco: se llama Gai Torn Ka y es pollo estofado en leche de coca. Una delicia. Luego tendremos tiempo para charlar -concluyó en voz más baja, impulsándole hacia el buffet.

Underwood se alejó obedientemente de ella, se acercó a la mesa, cogió un plato, tenedor y servilleta y se puso a servirse pollo con arroz frito, curry, pescado y una tortillita de hierbas.

Estaba a punto de alejarse del buffet cuando vio que, por el otro lado, llegaba el general Nakorn llenando su plato. Antes de que Underwood hubiera tenido tiempo de decir nada, se interpuso entre ellos Siebert, el de la CIA.

-Señor presidente -musitó impaciente.

-Diga.

-Tal vez podría dedicar un momento a charlar con el general Nakorn, que estaría muy complacido si pudiera decirle algo.

-¿Sabe usted de qué puede tratarse?

-Yo diría que le sería conveniente escucharle -replicó Siebert asintiendo con la cabeza-. Es muy buen amigo de Estados Unidos y lo que tiene que decir puede interesarnos.

-Bueno, pues entonces, claro que sí.

Underwood permaneció donde estaba y Siebert se acercó al general y lo trajo ante él.

-¿Quería usted hablarme? -inquirió Underwood.

-Esperaba poder hacerlo -respondió Nakorn-. Uno de los motivos por los que he acudido a esta recepción ha sido por usted. Se trata del problema comunista en Lampang -añadió el militar-. Ya imagino que estará usted al corriente por el Departamento de Estado y sus entrevistas con la presidenta Noy Sang.

-Sí, creo tener idea de la situación -respondió Underwood con frialdad.

-Quizá no sepa lo grave que es -prosiguió Nakorn muy serio-. Frente a nuestras costas tenemos enemigos que literalmente nos asedian. Me refiero a Vietnam y Camboya, que están infiltrando guerrillas en nuestras dos islas cercanas, guerrillas con armas de último modelo. Si siguen así sin que nadie intervenga no tardarán en ser demasiado fuertes para que mi ejército

Librodot

pueda dominarlos. En último extremo, llegarían a Lampang y derrocarían a la presidenta Noy; aplastarían la democracia y Lampang se convertiría en un país comunista, satélite de la Unión Soviética en el Pacífico sur. Es una situación que hay que evitar por la fuerza mientras estemos a tiempo y contemos con la superioridad militar.

Underwood le había escuchado atentamente y sintió un amago de responsabilidad en que si lo que decía era cierto podían correr peligro el régimen y la vida de Noy Sang.

-Tengo entendido que los comunistas están dispuestos a avenirse a un compromiso -replicó al general.

-Imposible -contestó el militar negando enérgicamente con la cabeza-. Eso es lo que creen algunos liberales a quienes se ha engañado; en realidad es el propio criterio de la presidenta de que puede llegarse a tal entendimiento, pero ella no conoce a fondo la fuerza y las intenciones de los comunistas. Se ha dejado deslumbrar por palabrerías, pero si consiente la entrada de los comunistas en nuestro régimen, se verá absorbida.

-¿Está usted seguro?

-Absolutamente. Pregunte al señor Siebert lo que opina.

Underwood miró a Siebert, que había seguido la conversación sin decir una palabra.

-¿Qué opina, Percy?

Antes de que pudiese responder, Nakorn interrumpió.

-Los dejo solos. Gracias por escucharme.

Underwood le siguió con la vista mientras se perdía entre los invitados y luego volvió a encararse con el hombre de la CIA.

-¿Y bien? -dijo.

-Yo diría que tiene razón en términos generales -dijo Siebert moviendo la cabeza-. No me baso únicamente en las fuentes de información del general, sino en las nuestras, las que nos pasan informadores a sueldo. Independientemente de los resultados aparentes de las reuniones entre Marsop y Lunakul, en definitiva serán los comunistas los que se adueñen del poder, señor presidente. Y lo digo sin apasionamiento. Mi tarea es informar objetivamente a Langley y a usted. En mi opinión, lo mejor para Estados Unidos es que madame Sang no permita que los comunistas se conviertan en un partido legal en Lampang. Madame Sang no se da cuenta de que con ello la Unión Soviética obtendría una posición que nunca ha tenido en esta zona mundial.

-Veo que lo afirma usted tajantemente, Percy -replicó Underwood, impresionado.

-Así es. No nos queda otra opción que apoyar al general Nakorn. No se puede pensar en una avenencia con los comunistas; el ejército debe confinarlos en la jungla, debilitarlos y aplastarlos.

-¿Por qué me lo dice usted precisamente ahora?

-Porque opino que debería comunicárselo a madame Noy Sang tal como se lo digo yo.

-¿Me sugiere que hable con ella de asuntos de política sin consultar con el Departamento de Estado? ¿Por qué no enfoca esto por conducto reglamentario?

-Porque si madame Sang puede escuchar a alguien, ese alguien es usted. Sólo usted tiene un gran ascendiente sobre ella; usted, que acaba de prestarle millones de dólares para que mantenga Lampang libre y aliado nuestro.

-Ya veremos lo que puede hacerse -dijo Underwood con un suspiro; despidió a Siebert y acabó su plato, que inopinadamente le pareció insípido.

Después de dejar el plato recorrió el salón con la vista y captó a Noy Sang estrechando la mano y despidiéndose de unos dignatarios extranjeros; al ver que se quedaba sola, se abrió paso entre unos grupos y se acercó a ella.

-Estaba deseando verle -le dijo acogiéndole con una sonrisa.

-Pues aquí me tiene. ¿Puede dedicarme unos minutos? Tengo que hablarle a solas, bueno... lo más a solas posible en este salón.

Noy Sang frunció el entrecejo, tratando de comprender la preocupación de Underwood.

-Marsop -dijo por encima del hombro-. El presidente Underwood y yo tenemos que

hablar en privado. ¿Quieres hacer el favor de velar porque no nos interrumpan?

-Naturalmente -respondió el ministro.

-Muy bien -dijo Noy Sang, conduciendo a Underwood hacia un rincón, en el que quedaban casi ocultos por un enorme y frondoso ficus-. Hablemos. Matt, nunca le había visto tan serio. Dígame qué le preocupa.

-Acabo de hablar con el general Nakorn.

-Ya sabe lo que pienso de él.

-No doy tanta importancia a lo que me ha manifestado el general, pero sí a lo que me ha dicho Siebert, nuestro jefe local de la CIA.

-¿Y qué le ha dicho, Matt?

-Por lo visto ha programado usted unas conversaciones entre Marsop y el cabecilla rebelde Opas Lunakul, totalmente en contra del parecer del general. Y lo mismo piensa Percy Siebert -añadió tras una breve pausa.

-¿Quiere decirme lo que le han contado? -replicó Noy Sang algo tensa, abandonando su actitud contenida.

-Se lo repetiré palabra por palabra, porque parece tener lógica -añadió tras una breve pausa de vacilación.

-Dígame qué es lo que tiene lógica -le instó ella en voz baja.

Underwood repitió lo mejor que pudo lo que le había dicho el general Nakorn y, posteriormente, confirmado Percy Siebert. Noy Sang le escuchaba impasible. Al llegar al final del relato, Underwood hizo una pausa y añadió:

-Noy, sabe que estoy de su parte. Di conformidad sin dudarlo al crédito que pedía para Lampang, y por un importe mucho mayor de lo previsto para que Lampang fuese independiente y la democracia se consolidase; y al mismo tiempo para el propio interés de mi país.

-Y ahora no está tan seguro -apostilló Noy Sang, hierática-. ¿Es que me está diciendo que su oferta se hacía con condiciones?

-¿Condiciones? -replicó Underwood algo sorprendido.

-¿Que su crédito comporta la demanda de que rompamos con los comunistas, los eliminemos y demostremos que somos un país anticomunista digno de absoluta confianza por parte de un aliado como Estados Unidos?

-No es eso, Noy. Ese crédito es suyo para que haga lo que mejor juzgue para su pueblo. Pero debe reconsiderar una cosa: quizá está siendo demasiado indulgente con los rebeldes comunistas que proyectan destruirla.

Noy Sang permanecía muy quieta, mirando a Underwood de hito en hito. Luego tomó la palabra en tono de contenido apasionamiento.

-Matt, nuestros comunistas no están entrenados en Moscú. Son simples campesinos, gente normal, labradores que quieren comer tres veces al día y tener un techo bajo el que cobijarse con su familia. Mi marido lo vio claramente durante su campaña presidencial, y comprendió que esos comunistas que antes que nada exigen la reforma agraria podían ser reinsertados en todo el campesinado, enseñándolos a conseguir lo que quieren más despacio y sin derramamiento de sangre. Yo siempre he compartido el criterio de Prem y hoy día sigo defendiendo las ideas que él defendía. No quiero matanzas, sino negociaciones. Cuando los comunistas conozcan mis planes y vean que son exactamente igual que los suyos sin necesidad de matar a nadie, estoy segura de que depondrán las armas y colaborarán.

Underwood se retractó mentalmente. Lo que ella decía tenía tanto sentido como lo de Nakorn y Siebert; quizá más.

-Pero ¿no mataron los comunistas a su esposo y a su hermana Thida? -inquirió.

-No tengo la menor prueba de ello -respondió ella sin vacilar-. Naturalmente, lo sospechamos y se hizo una minuciosa investigación, pero no hemos encontrado relación alguna con los comunistas. Lunakul lo niega tajantemente, y quizá mienta; pero a lo mejor dice la verdad. Matt, hay que dar una oportunidad a la verdad antes que a las balas.

-Bien, puede que tenga razón -replicó Underwood-. Quizá valga la pena conceder esa posibilidad.

-Matt -añadió Noy Sang tocándole en el brazo-, tengo que dejarle para despedir a los invitados, pero antes quisiera pedirle un favor. Cuando estuve en Washington me invitó usted a quedarme un día más para enseñarme la capital y así conocernos mejor. Y así lo hice.

-Y se lo agradecí.

-Ahora quisiera que, amablemente, me devolviera ese favor -añadió ella-. Quédese un día más en Lampang y así le mostraré a mi pueblo y cómo vive. Además, quiero que me conozca mejor, para que se convenza de que soy sincera. Piénselo; pasaremos un día juntos. No me conteste ahora. Vuelva al hotel y consúltelo con la almohada; mañana por la mañana me da la respuesta en el desayuno. Espero que se quede.

-¿Por razones políticas? -inquirió Underwood.

-Por razones personales -contestó ella-. Quiero pasar un buen día con usted a solas en mi terreno. Por favor, piénseselo sin compromiso.

Matt Underwood regresó a su suite en el hotel Oriental y, negándose a ver a Siebert y a la prensa, cenó a solas y luego trató de dormir, pero no hizo más que dar vueltas en la cama, repasando mentalmente la invitación de Noy Sang y ansiando aceptarla sin acabar de decidirse.

Finalmente, el desfase horario le venció y se quedó profundamente dormido.

Le despertó un criado, se duchó, se afeitó, se vistió y antes de las ocho salió en coche para el palacio de Chamadin.

En el comedor Noy, su hijo Den, Marsop y el secretario de prensa Bartlett estaban tomando zumo de naranja.

-Buenos días, señor presidente -dijo Noy Sang con cierto formalismo-, ¿ha dormido bien?

-Ocho o nueve horas y sin soñar -contestó Underwood-. ¿A qué hora tenemos que salir para Washington? -añadió dirigiéndose a Bartlett.

-Está previsto el despegue del avión presidencial a las once, y a las doce el avión de la prensa -respondió Bartlett.

-He pensado en su ofrecimiento, Noy -dijo Underwood concentrando toda su atención en la presidenta de Lampang-. ¿Sigue en pie?

-Naturalmente, Matt.

-En ese caso, de acuerdo.

-He suspendido todo lo demás -dijo ella-. Me encanta. Primero, visitaremos Visaka y los suburbios para dirigirnos a mi palacio de verano, Villa Thap, que tiene una playa preciosa en la que podremos refrescarnos con un baño.

-Eso no lo había previsto.

-Yo sí -replicó ella sonriente-. Tenemos bañadores de todas las tallas y podrá elegir. Mandaré que nos preparen una cesta con un almuerzo ligero. ¿Qué le parece?

-Perfecto -contestó Underwood.

-¿Hay alguna instrucción para mí? -inquirió Bartlett, estupefacto.

-Sí -contestó Underwood-. Di a la prensa que se mantiene el horario y haz que su avión salga a mediodía, pero yo no saldré una hora antes. Lo simularemos, pero voy a quedarme el resto del día; y seguramente saldremos a las doce de la noche.

-Eso trastorna muchos planes, señor presidente. ¿Es obligatoria esa estancia?

-Oficialmente, me tomo esta jornada extra para tratar de la situación comunista en Lampang con la ayuda de madame Noy. Se lo dices así a los periodistas cuando lleguéis a Washington, y que yo no estaré hasta el día siguiente.

-¿Hay un motivo extraoficial? -inquirió Bartlett sin salir de su perplejidad.

-Hay uno, pero no para divulgarlo -respondió Underwood sonriendo a Noy Sang y luego

a su secretario de prensa-. Sólo para tu propia información.

-Muy bien -dijo Bartlett.

-Quiero ese día para descansar y para conocer a nuestro aliado del Sudeste asiático un poquito más.

-Gracias, Matt -terció Noy Sang con voz melosa.

-En cuanto terminemos de desayunar -añadió Underwood a Bartlett-, puedes marcharte y disponerlo todo. Informa al servicio secreto que me quedo un día más y que ellos hagan lo propio; no quiero historias con esas sanguijuelas, pero tú reúne a los corresponsales en el avión de la prensa y te vas con ellos. Diles que yo ya he salido, así no harán ninguna cábala.

-¿Y qué le digo a la primera dama?

-La versión oficial -respondió Underwood con una leve mueca.

Al salir del palacio de Chamadin, el secretario de prensa Jack Bartlett se paró a hablar con el primer agente del servicio secreto que encontró en el pasillo.

-Smitty -dijo-, hay cambio de programa. El presidente no se marcha a las doce sino hacia media-noche. Además, preparaos para desplazamientos esta tarde. Que yo sepa, el presidente va a dar una vuelta por la ciudad y el extrarradio a partir de las once y media, y creo que se dirigirá después, en compañía de madame Noy Sang, a Villa Thap, su palacio de verano. ¿Dónde está tu jefe?

-Por lo visto ha ido a la puerta de palacio a hablar con el capitán jefe de seguridad de Lampang.

-Voy a ver si le veo para informarle del cambio de programa del presidente -dijo Bartlett.

Salió del palacio y se dirigió a la puerta principal, en donde encontró a Lucas hablando con el oficial de seguridad.

-Frank, ven un minuto, por favor.

Abrieron la verja y Bartlett se alejó unos pasos con el jefe del servicio secreto. Había dos columnas y el secretario de prensa llevó a Lucas hacia la más próxima para que no los oyera el oficial de Lampang.

-Frank, el presidente hace regresar a la prensa después de su salida, pero no sale a la hora prevista, así que ellos no tienen que saber que ha decidido pasar aquí todo el día y ver la ciudad con la presidenta Noy Sang. Luego irá al campo con ella, a una casa de verano llamada Villa Thap. Ella le ha invitado a un baño antes de comer para que se refresque antes de salir para Washington.

-Gracias por informarme -respondió Lucas-. Voy a acercarme a esa Villa Thap a inspeccionarla antes de que llegue el presidente. ¿A qué hora llegará, hacia las dos?

-Aproximadamente -contestó Bartlett-. Dejo al presidente totalmente en tus manos.

-No te preocupes.

-Mantén alejada a la prensa local. La nuestra estará camino de casa, pero la de aquí puede darte la lata. Quiero que el presidente pase la jornada en la intimidad.

-Tendrá toda la que quiera -aseguró Lucas.

A continuación, Bartlett tomó un coche oficial de Lampang para dirigirse al hotel Oriental y Lucas volvió a cruzar la verja para entrar en el palacio y comunicar las novedades a sus agentes.

Apenas ambos habían desaparecido, cuando Hy Hasken salió de detrás de la columna.

Encendió un cigarrillo y reflexionó un instante. Objetivo: Villa Thap. Pero ¿dónde demonios estaría?

Optó por acercarse a la verja y preguntárselo al oficial de seguridad.

Así que el presidente Underwood se tomaba un día extra en Lampang para pasarlo con Noy Sang. Lanzó un gruñido. Bueno, por su parte, la cosa no iba a quedar ahí.

Villa Thap estaba a trece kilómetros de Visaka. Hasken embarcó en un coche alquilado al cámara y al técnico de sonido en el hotel Oriental y siguió el camino que le habían indicado.

Una vez localizada la villa y aparcado el coche, inspeccionó los alrededores con su equipo. Como la mayoría de las residencias de verano, Villa Thap era una espaciosa y elegante mansión construida sobre una ladera, probablemente por ser un sitio umbrío y fresco.

Hasken subió hasta lo alto del montículo y observó a vista de pájaro la residencia de verano de Noy Sang. Veía casi todo el edificio, incluida la escalinata de la entrada. Había un camino que conducía hasta una cresta y una escalera que desaparecía en descenso hasta una playa privada.

-Si quiere captar al presidente y a su pareja -comentó Andrews-, desde aquí no verá nada, sobre todo si bajan a bañarse a la playa.

-Es verdad -dijo Hasken-. No se ve nada. Seguro que el servicio secreto nos pondría aquí con la prensa local. Desde aquí no se ve nada. Quizá desde allí -añadió volviéndose y dirigiendo la vista a un bloque moderno de apartamentos de cinco y seis pisos al otro lado de la carretera.

-Desde ese edificio de atrás de seis pisos -dijo-. Desde el último piso tiene que verse perfectamente la playa. Vamos a verlo.

Cruzaron los tres la carretera, se acercaron al edificio de apartamentos y pulsaron el timbre para hablar con el dueño.

El hombre apareció antes de que transcurriera un minuto. Era un viejo malhumorado y pequeño, de cutis oliváceo y bigote gris caído.

-¿Qué desean? -dijo.

-Quisiéramos alquilar un apartamento -respondió Hasken.

-Están todos ocupados -masculló el hombre.

-Es sólo por unas horas -replicó Hasken-. El del último piso que da a la playa.

-Está alquilado a un banquero de Visaka. Viene todos los días a las seis.

-A las cinco nos habremos ido -insistió Hasken-. No revolveremos, sólo queremos hacer unas fotografías desde arriba.

-No sé... -respondió el casero-. El apartamento lo tiene él...

-Es usted quien lo alquila -replicó Hasken, abriéndose la chaqueta y sacando la cartera-, y nos lo podría ceder unas tres o cuatro horas -añadió sacando unos billetes-. Le pago en dólares americanos.

-¿En dólares americanos? -repitió el hombre mirando codicioso los billetes.

-Le doy cien -añadió Hasken, comenzando a contarlos-. Por unas horas.

-No sé -replicó el hombre, aunque ya estaba decidido-. No revolverán, ¿eh?

-Ni una mota de polvo -respondió Hasken dándole el dinero.

Minutos después estaban en el apartamento del sexto piso.

Gil Andrews se dirigió a la ventana y aguzó la vista.

-Perfecto -dijo.

-¿Se ve la playa? -inquirió Hasken.

-Toda ella. Una vista excelente; con el tele puedo sacar hasta los granos de arena.

-Prepara el equipo -añadió Hasken con una sonrisa.

Matt Underwood y Noy Sang iban sentados cómodamente en el asiento trasero del Mercedes conducido por Chalie, el chófer picado de viruelas, y rodeado por una escolta de motociclistas.

-¿Estamos cerca de la calle principal? -inquirió Underwood.

-¿Quiere decir del centro, como en Estados Unidos? -replicó Noy Sang-. En Visaka no hay centro. En realidad ni siquiera hay calles; sólo carreteras y edificios numerados.

Underwood miró una vez más por la ventanilla.

-Lo que más me sorprende es esa mezcla de templos e iglesias. ¿A qué se debe?

Noy se echó a reír.

-Ya veo que nuestra historia no se enseña tan bien como la de ustedes. Se lo explicaré. Hace doscientos años nuestros antepasados vivían en Tailandia, pero el rey de aquel país

decretó el budismo como religión oficial. Sin embargo, existía una importante secta de thais, que habían sido convertidos al cristianismo por los misioneros, que decidió abandonar Tailandia para establecer en Lampang una patria con mayor libertad religiosa. Por eso hay iglesias. Con la prosperidad de Lampang fueron llegando otras gentes de Tailandia, pero eran budistas y construyeron templos. En general, la influencia thai es aquí muy grande y a muchos cristianos les impresionó la democracia de Estados Unidos y ese régimen constituyó otra influencia. Aquí todos hablan inglés y el sistema de gobierno está calcado del que fundó Jefferson. Matt, mire a la izquierda.

-¿Qué es?

-El museo nacional. Se fundó en 1784 y es el mayor del Sudeste asiático. Podemos entrar si quiere, pero seguro que ha visto muchos museos por ahí.

-Sí, gracias, dejémoslo. Pero es un edificio imponente.

-Hay algo imponente también no lejos de aquí. Algo que en Washington no tiene parangón.

Poco después la comitiva llegaba al hotel Dusit Thani y Noy Sang condujo a Underwood, rodeados por la escolta, a una especie de foso circular.

-Nuestro terrario -dijo Noy Sang.

Underwood miró por encima del profundo muro y vio en el centro una maraña de serpientes de todas las especies, desde la cobra real hasta la víbora rusa.

-Todas las mañanas -prosiguió Noy Sang- los científicos bajan al pozo y extraen veneno de los reptiles, del que se elaboran antídotos para las mordeduras en áreas rurales alejadas. Se le está pegando la camisa al cuerpo -añadió observándole-, y no tardará en tener mojada la chaqueta.

-Es que hace un calor pegajoso.

-Si, y ya ha hecho suficiente turismo. Volvamos al coche, así dentro de unos veinte minutos estaremos en la playa de Villa Thap. ¿Le atrae la idea?

-Estoy deseando llegar allí.

-Y podrá ponerse el bañador.

-Y usted el bikini.

-En Lampang no estamos preparados para el bikini -replicó ella sonriendo-. ¿Qué le parece un sarong? No tapa mucho más que un bikini.

-¿Va a ponerse un sarong?

-En cuanto lleguemos.

-Pues lo estoy deseando -insistió él, figurándosela con aquella prenda.

-Pues no perdamos un minuto -añadió ella cogiéndole por el antebrazo.

Desde una ventana lateral del apartamento del sexto piso con vista por delante a la calle y por detrás a Villa Thap, Hy Hasken vigilaba el lugar.

La calle estaba invadida por los periodistas locales, contenidos por los guardias de Lampang, y tras ellos los curiosos del vecindario.

El presidente Underwood y Noy Sang habían llegado media hora antes y, rodeados por la escolta, habían bajado a la villa por una empinada escalera.

Hasken con sus propios ojos y Andrews con el teleobjetivo de la cámara eran los únicos testigos de lo que fuera a suceder a continuación. Habían prescindido del técnico de sonido, dada la imposibilidad de captar la voz de la distante playa, y Hasken le había enviado al hotel a que hiciera los equipajes y reservara plazas para el primer vuelo comercial a Estados Unidos, a través de la ruta que fuera, con destino a Washington.

-Tú que lo ves mejor que yo -dijo Hasken a Andrews-, ¿han salido ya de la villa?

-Aún no.

-¿No se te habrán escapado?

-¿Con este teleobjetivo? Lo veo todo en primer plano. Además, en la playa no hay más

que dos agentes del servicio secreto presidencial.

-Bien, lo que quiero es que no quites ojo de la escalinata de la villa -añadió Hasken.

Siguieron los dos mirando en silencio durante un minuto, hasta que de pronto habló el cámara.

-Acaban de salir de la villa. Ella lleva un sarong rojo y él un bañador blanco ajustado.

-¡Estupendo! Ya los veo, pero sin definición por falta de teleobjetivo.

-Están bajando a la playa. Ya están en la arena. ¡Dios, el sarong...!

-¿Qué pasa?

-Un bikini la habría tapado más.

-¿Funciona la cámara?

-Funciona perfectamente. Se me va a salir el tele.

-Eh, tranquilo -exclamó Hasken.

-No me distraigas -añadió Andrews conteniendo la respiración-. Se meten en el agua.

-No los pierdas -replicó Hasken presa de excitación.

-Están jugueteando -añadió Andrews al cabo de un momento.

-¿Jugueteando?

-Si, nadan, dan saltos como marsopas, chapotean -hizo una pausa-. Creo que ya salen.

-No les quites la cámara de encima.

-No te preocupes. ¡Guau!

-Pareces un lobo -dijo Hasken.

-Me gustaría serlo para llevarme un bocado. Me refiero a Noy luciendo ese sarong. Se le pega al cuerpo de una manera... que se le ve todo, como si estuviera desnuda. ¡Cielos!, tiene prácticamente una teta fuera... Ya lo creo, le veo el pezón, grande y moreno...

-¿Lo ves?

-¡Cielos!, lo que daría por estar en su lugar.

-Pero no lo estás. El presidente de Estados Unidos es él.

-Ya, y ella mucho más. ¿Quieres creer que...? La está secando con una toalla. Vaya culo que tiene..., no he visto uno más redondo y terso en mi vida.

-Modérate, tío, es la presidenta de Lampang.

-La presidenta de Lampang -prosiguió el operador moviendo incrédulo la cabeza- tiene el culo más grande y redondo del Sudeste asiático.

Hasken, impaciente, se aproximó y apartó a su compañero.

-Déjame echar un vistazo con tu objetivo.

La escena que vio Hasken mostraba a Noy de perfil de cara a Underwood. Tenía razón Andrews: se le veía un pecho casi entero y tenía el sarong mojado pegado a una nalga. El reportero contuvo la respiración. Era preciosa.

En aquel momento se estaba sentando en una toalla amarillo chillón y Underwood se tumbaba junto a ella; le estaba dando a comer de una cesta y el presidente le decía algo.

-Daría cualquier cosa por saber lo que le está diciendo -masculló Hasken-. Ahora están hablando -añadió apartándose de la cámara-: Conferencia en la cumbre. Ocúpate tú, creo que necesitas corregir el enfoque.

-Ese sarong es demasiado -dijo Andrews como para sus adentros mientras ajustaba el objetivo-. ¿Llevará algo debajo?

-Más le vale, porque si no Underwood se le va a echar encima en cualquier momento.

-Si ya casi está encima... -añadió el cámara-. Se inclina sobre ella... y ahora le pasa el brazo por la cintura. Seguro que le toca la teta.

-No creo -replicó Hasken-, con los del servicio secreto en la playa...

-Pues yo creo que sí Y ahora va y la...

-¿Qué ?

-¡La besa!

-¿Con pasión o en plan casto?

-En el pómulo. Ahora ella se ha puesto en pie de un salto -añadió Andrews volviendo a

corregir el enfoque- y se dirige a la escalera que lleva a la villa; nuestro presidente la sigue a pocos pasos.

-¿Se marchan?

-Ya no se los ve.

Hasken se apartó de la ventana, agitado.

-Pues nosotros nos vamos también. Al Oriental sin perder un minuto. El técnico de sonido debe de habernos conseguido ya las reservas. Quiero volver a Washington antes de que haya regresado Underwood. Es un notición y quiero darlo lo antes posible.

Andrews comenzó a recoger sus bártulos; cámara y objetivos, y finalmente el trípode.

Cuando ya lo tenía todo, se reunió con Hasken en la puerta.

-Oye, ¿tú crees que se la tira?

-No seas loco. Los presidentes no hacen eso.

-¿Ah, no? ¿Y Harding, Cleveland o Kennedy?

-Sí, ya, pero, aparte de ésos, ninguno. Los presidentes no se lo hacen con las presidentas.

-¿Estás seguro, Hy?

-Totalmente. No se te ocurra ni pensarlo; bastantes problemas vamos a darle a Underwood sin necesidad de eso. Bien, ahora a casita y a transmitir la noticia.

Cuando el presidente Underwood regresó a Washington y a la Casa Blanca, buscó a su mujer antes de acostarse.

Alice estaba en el dormitorio de la Primera Familia, sentada en un sofá, con las piernas cruzadas, mirando fijamente el televisor apagado.

-Bueno, ya estoy aquí -dijo Underwood-. Ha sido un viaje larguísimo -añadió cruzando la habitación para darle un beso, pero ella apartó la cara.

-No, gracias; ya estoy harta de eso.

-Pero ¿qué dices?

-¿Es que no has visto la televisión o los periódicos?

-Pues no, ¿por qué? Vengo directamente del avión. Alice, ¿qué es lo que pasa?

-Lo que pasa es tu día extra en Lampang echando una cana al aire.

-Sabes que necesitaba ese día para hablar con la presidenta Noy.

-¿Del peligro rojo? -replicó ella mirándole de hito en hito-. ¿De los comunistas, o de su sarong?

-¿Pero qué mosca te ha picado?

-La misma mosca que a los noticiarios de televisión y a los periódicos, lo que nos lleva a otra pregunta: ¿qué mosca te ha picado a ti? -replicó ella cogiendo el mando a distancia del televisor-. Hace unas horas Hy Hasken ha transmitido un informe detallado de tu día extra en Lampang.

-Es imposible -replicó Underwood, perplejo porque él regresó en el avión de la prensa un día antes que yo.

-Eso es lo que tú crees. ¿Quieres echar una ojeada a lo que vio en Lampang? Hasken se quedó allí y fue testigo de tus andanzas; y ahora yo lo tengo en vídeo para demostrarte lo estúpido y rijoso que eres. Siéntate y contémplalo.

Underwood, estupefacto, se sentó en el borde de una silla con los ojos fijos en el televisor, mientras Alice pulsaba el botón del mando a distancia.

En la pantalla apareció el rostro de Hy Hasken; estaba micrófono en mano delante de la Casa Blanca.

-Aquí Hy Hasken, de vuelta al ajetreo de Washington. Hace dos horas que he regresado de la isla de Lampang, donde estuve con el presidente Underwood durante su imprevisto día extra. Aunque el presidente pensaba regresar antes a la Casa Blanca, e incluso envió a la prensa por delante, yo me enteré de que iba a quedarse en Lampang un día más para una reunión secreta con la presidenta Noy Sang. Después de esa reunión, a la que no pude asistir,

Librodot

el presidente fue en coche con madame Sang a su villa veraniega en las afueras de Visaka, la capital de la isla. Nuestro operador logró encontrar un puesto de observación para cubrir la noticia. En exclusiva para ustedes, unas imágenes del presidente Underwood y la presidenta Noy Sang en la playa de la villa de verano, disfrutando de unos minutos de descanso.

A continuación aparecieron las tomas de Underwood y Noy Sang retozando en el agua, seguidas de otras en las que se los veía salir del mar.

-¿Qué es lo que lleva puesto? Es como si fuera desnuda -oyó Underwood decir a Alice.

-Es un sarong, Alice. Lo llevan todas las mujeres en el Sudeste asiático.

Alice no dijo una palabra.

En la pantalla apareció a continuación la imagen del presidente secando a Noy Sang. Nuevas escenas de los dos sentados en la playa. Una toma de Underwood rodeándola con el brazo.

-¿Qué haces con la mano en su teta? -inquirió la primera dama.

-No me había dado cuenta.

Toma de Underwood besándola en la mejilla.

-¿Habláis de comunismo? -inquirió Alice mordaz.

Underwood tragó saliva. «Ese hijoputa de Hy Hasken.»

-Estoy consolándola por la pérdida de su hermana -replicó Underwood tragando más saliva.

Alice pulsó el botón del mando, apagó el televisor y se puso lentamente en pie.

-Estaba muy desconsolada, ¿no? No digas nemeces, Matt, que es peor. Estaba encandilándote de mala manera. No volveré a consentir que te veas envuelto en una cosa así. Es malo, muy malo para nosotros dos. Después de que Hasken distribuyó su reportaje exclusivo a todas las cadenas de televisión y a los periódicos, lo han transmitido en lugar destacado tres de las cadenas más importantes y ha salido en primera página en todos los periódicos que han llegado a mis manos. Blake me ha dicho que las revistas sacan a esa tal Noy en portada. Matt, por Dios bendito, eres el presidente de Estados Unidos. Puede estarse cayendo el mundo y tú como si nada, inaccesible porque estás muy ocupado haciendo el tonto con la capitoste casual de dos islitas de poca monta en sabe Dios dónde. Si vuelves a pasar un solo segundo a solas con esa mujer, te dejo. Te dejo, señor presidente. No lo olvides. Te dejo. Así que ten la bragueta bien abrochada y compórtate, si no... verás lo que se te viene encima.

Siete

La llamada por el teléfono privado de la Casa Blanca procedía del Departamento de Estado.

El secretario de Estado Ezra Morrison pedía hablar con el presidente Matthew Underwood.

-Matt -dijo con voz apremiante-, ha sucedido algo y tengo que verle inmediatamente.

-Ezra, hoy tengo mucho que hacer -replicó Underwood irritado, por aquella irrupción-, pero, bueno, podría hacer un hueco si tan urgente es.

-Es urgente -insistió Morrison.

-Dame alguna pista.

-Hay dos partes -respondió Morrison-. Primero, tiene que hablar ante las Naciones Unidas después del secretario general Izakov.

-¿Y eso qué tiene de urgente? -comentó Underwood-. Ese discurso está previsto hace meses.

-Sí pero es que se trata de exponer el papel que desempeñan Estados Unidos y la Unión Soviética en los países del Tercer Mundo, y para hacer viable el pacto en la cumbre debe quedar garantizada por ambas partes la no intervención en otros países. No fomentamos la democracia mediante la fuerza o el uso de las armas, y los comunistas hacen igual.

-Por supuesto; ya lo hemos hablado diez o doce veces.

-Pero no hemos tenido en cuenta acontecimientos ulteriores.

-¿Qué acontecimientos? -inquirió Underwood.

-Acabo de saber que la Unión Soviética se está entrometiendo activamente en un país, y es un terna que tal vez quieras incluir en tu discurso.

-Desde luego que sí -dijo Underwood frunciendo el entrecejo-. ¿Cuál es ese país en el que se entromete la Unión Soviética?

-Lampang -contestó Morrison.

-Déjate de bromas -replicó Underwood con un sobresalto.

-Acaban de comunicármelo de Visaka.

-¿Qué ha sucedido?

-Prefiero no decírselo por teléfono. Será mejor que lo hablemos en privado lo antes posible.

-Ven inmediatamente.

-Dentro de media hora -añadió Morrison.

-Haré un hueco en mi programa -dijo Underwood, mirando perplejo el teléfono-. Vamos a ver, «Problemas en Lampang», ¿no es eso?

-Así es. Luego se lo explico.

-Si, en Lampang -repitió Morrison, situando su silla frente al escritorio del presidente.

-Vamos al grano -dijo Underwood apartando impaciente los papeles del escritorio.

Morrison había abierto una carpeta y hojeaba unos comunicados.

-Los comunistas abandonaron su reducto en Thon, la segunda isla de Lampang, y han invadido la propia Lampang anoche. No me consta el número de invasores; puede tratarse de una compañía, de varias o incluso de un batallón, pero lo que sé es que han tomado tres pueblos antes de que el general Nakorn pudiera reaccionar y enviar sus tropas al combate.

-¿Aún continúa? -inquirió Underwood.

-Sí, pero creo que ahora se hace una limpia del terreno. A pesar de que los comunistas estaban mejor equipados que nunca y causaron considerables bajas al ejército, éste pudo contenerlos y llegó a rechazarlos.

-Me sorprende -dijo Underwood-, me sorprende mucho. Madame Noy me aseguró que estaban previstas conversaciones de paz entre Marsop y Lunakul.

-Era un engaño -replicó Morrison-. Los comunistas no tenían intención de llegar a un acuerdo; lo que pretendían era sorprender a Nakorn y dar un vuelco a la situación por la fuerza.

-Increíble -comentó Underwood-. ¿Quién te ha dado esa información?

-El general Nakorn. Probé a hablar con la sede de la CIA, pero Siebert y su ayudante estaban fuera de la ciudad, así que los datos son de Nakorn. Dice que está decidido a seguir adelante y acabar con los comunistas de una vez para siempre. Yo le he dicho que no lo haga hasta que reciba instrucciones de usted.

-Muy acertado.

-Quizá le sirva para incorporarlo a su discurso ante las Naciones Unidas; cuando tengamos más información, claro. Creo que esto hay que echárselo en cara a los rusos sin paliativos.

Underwood estaba sumido en sus pensamientos.

-Me lo pensaré. Manténme informado y decidiré lo que hay que hacer.

Pero ya durante la conversación con Ezra Morrison, el presidente había decidido lo que iba a hacer. Y empezó a hacerlo mandando venir a Paul Blake.

-Tenemos problemas en Lampang -le dijo.

-Eso he oído.

-Quiero hablar inmediatamente con madame Noy Sang. Localízala y me la pasas.

Transcurrieron diez minutos hasta que oyó su voz.

-Noy, ¿cómo está?

-Muy bien, Matt, estoy perfectamente. ¿Se ha enterado de la situación?

-Me ha informado el secretario de Estado Morrison, que habló con el general Nakorn. Esto es lo que sé. -Y pasó a hacerle un resumen de sus datos-. ¿Es así, Noy?

-Sí y no -respondió ella-. No estoy segura; la situación aún no está clara. Nuestros datos se basan estrictamente en el informe del general Nakorn. Los agresores fueron los comunistas; se les hizo frente y se les rechazó. Por otra parte, Marsop habló por teléfono con ellos, con Lunakul, y éste lo niega categóricamente. Dice que fue al revés y, según él, Nakorn y sus tropas desembarcaron para atacar a un puesto comunista y los comunistas contraatacaron y los obligaron a reembarcarse. No sé quién dice la verdad.

-¿Es posible que Nakorn diga la verdad?

-Oh, claro. Tras las escaramuzas finales, después de la retirada de los comunistas, se ha encontrado gran cantidad de armamento, casi en su totalidad de procedencia rusa.

-¿Armas de la Unión Soviética?

-Dudo que vengan de allí directamente; seguramente llegan a través de Vietnam y Camboya.

-A finales de la semana que viene voy a hablar ante las Naciones Unidas, junto con el secretario general, de nuestra política común de no intromisión, ¿lo sabe?

-Sí, estoy al corriente.

-Morrison quiere que mencione esa posible ruptura del compromiso. ¿Qué le parece?

-Puede hacerlo perfectamente.

-Pero mi instinto me aconseja lo contrario. -Hizo una pausa, indeciso-. Noy, creo que sería mejor presentar un informe directo de usted.

-¿Un informe mío? -replicó ella, vacilante-. ¿Quiere que proteste ante las Naciones Unidas?

-Yo podría arreglarlo con el secretario general de la ONU. Informaría usted sobre el combate; aunque no esté claro de quién ha procedido la agresión, una cosa está clara: los comunistas de Lampang tienen armas soviéticas. Y a continuación yo podría abundar en el tema. Su discurso haría más eficaz el mío, y yo arremetería contra los rusos por romper el acuerdo verbal de no seguir apoyando a ninguna fuerza comunista local.

-No sé, Matt.

-Yo sí -insistió Underwood-. Ya me encargaré de que le reserven hotel en Nueva York y le den hora para la intervención ante la Asamblea General. Será muy provechoso para los dos.

-Quizá podría... -dijo ella dubitativa.

-Esto hay que desvelarlo ante la opinión pública, y cuanto antes mejor. Así obligaremos a los comunistas a ser más comedidos y facilitaremos el camino para las conversaciones de paz con ellos en Lampang.

-De acuerdo; lo haré. ¿Nos veremos allí?

-¿Usted qué cree? -replicó Underwood con risa sofocada-. Protocolariamente, en las Naciones Unidas; luego cenaremos juntos oficiosamente cuando concluya la Asamblea General.

-Allí nos veremos -asintió ella.

Una vez anunciada la intervención de Noy Sang ante las Naciones Unidas, Berzins, el embajador soviético en Estados Unidos, llamó inmediatamente a Morrison al Departamento de Estado.

-¿Debo entender que su presidente apoya la intervención de Noy Sang ante las Naciones Unidas?

-Eso parece.

-Su presidente está buscando complicaciones -replicó Berzins, indignado-. Con los

problemas que hemos superado para que el secretario general Izakov y el presidente Underwood hablen ante la Asamblea General, como un paso hacia un pacto que garantice la no agresión de ambas partes, y ahora su presidente decide entorpecerlo invitando a madame Noy Sang a hacer acusaciones contra nosotros... Eso sólo puede traernos malas consecuencias.

-Mire, señor embajador, la dificultad estriba en que tanto el presidente Underwood como madame Sang creen, según una investigación en curso, que la Unión Soviética emprendió una acción agresiva por medio de los comunistas de Lampang contra el gobierno legalmente constituido.

-Nada más absurdo -replicó Berzins sin ceder en su indignación-. Nosotros no animamos a los comunistas de ninguna zona a que realicen actos agresivos contra ningún gobierno, y mucho menos a los de Lampang. No hay ninguna prueba de que la escaramuza de Lampang haya sido iniciada por los comunistas, y podría muy bien haberla iniciado el general Nakorn y otras fuerzas del gobierno de Lampang.

-No digo que no -replicó Morrison encogiéndose escépticamente de hombros-. Pero, por otra parte, el gobierno de Lampang tiene pruebas de que en el enfrentamiento se utilizaron los últimos modelos de armas soviéticas.

-El armamento puede proceder de cualquier parte -atajó Berzins-. Pueden habérselo comprado a Siria, o en un centenar de mercados en los que se obtienen armas soviéticas o armas americanas.

-Al presidente le agradaría que lo demostrasen.

-No necesita probarse; basta con la lógica y la buena fe -replicó el embajador Berzins poniéndose en pie-. Quiero que transmita un mensaje a su presidente: nuestro gobierno desea que abandone esa iniciativa para que madame Noy Sang hable ante la Asamblea General. Es la única vía para continuar los avances logrados por nuestros dos países en aras de un plan de paz.

-Informaré al presidente de su petición -dijo Morrison poniéndose en pie-. No puedo prometerle nada, ya que no soy más que el secretario de Estado y es él quien tiene que decidir, pero haré cuanto esté en mi mano.

-Se lo agradezco -replicó fríamente el embajador Berzins abandonando el despacho.

Una vez a solas, Morrison llamó por teléfono al asesor presidencial Paul Blake para proponerle una posible reunión con el presidente Underwood una hora más tarde.

Blake le contestó al poco rato, diciéndole que era posible y que le esperaban en el despacho oval una hora más tarde.

Cincuenta minutos después, Morrison entraba en el despacho de Blake y le informaba brevemente sobre la visita y la petición del embajador soviético. Al poco rato, Morrison y Blake estaban sentados ante el presidente en el despacho oval.

-¿De qué se trata? -inquirió Underwood.

-Me preocupa la visita que acaba de hacerme el embajador soviético.

Y a continuación le expuso las quejas soviéticas y su demanda. El presidente le escuchó, imperturbable, sin decir palabra.

-En resumen, que quiere que anule la comparecencia de madame Sang ante la Asamblea General.

-Considera que, como aliado de Lampang, puede hacerlo. Hay dos puntos a considerar, señor presidente.

-Veamos.

-En primer lugar -dijo Morrison-, Berzins considera que los motivos para la comparecencia de madame Sang son, cuando menos, endebles. Es cuestionable la evidencia de que los comunistas de Lampang desencadenaran la agresión, y posiblemente infundada. También es cuestionable la prueba de que empleasen armamento soviético, ya que podrían haberlo adquirido en muchos otros lugares, aparte de la Unión Soviética. El embajador considera que la comparecencia de madame Sang sería un jarro de agua fría a las

Librodot

negociaciones de paz entre nosotros y la Unión Soviética. Ese es el primer punto.

-¿Y el segundo?

-El segundo -terció Blake para echar una mano a Morrison- afecta a nuestros propios intereses. Hemos afirmado anteriormente nuestra postura y es de lógica que la afirmemos de nuevo.

-Madame Sang -añadió Morrison- quiere condenar a los comunistas de Lampang para conminarlos a acudir a la mesa de negociaciones.

-Y eso -apostilló Blake- no nos interesa.

-Yo creo que es una idea estupenda -replicó Underwood.

-Perdone, pero es una idea fatal -respondió Morrison-. Sobre todo desde el punto de vista de Estados Unidos. Madame Sang tiene imbuidos unos conceptos idealistas poco prácticos, seguramente adquiridos de su marido. Son conceptos que no dan resultado en el ámbito de la realidad.

-No sirven, Matt -añadió Blake, otra vez en apoyo de su colega-, porque los comunistas desbordarán a madame Sang en esa reunión o serie de reuniones. En eso son duros y eficaces y ella no lo es. Matt, en Lampang tenemos una fuerte inversión y estamos iniciando la construcción de una importante base aérea. No podemos arriesgarnos con los comunistas de aquel país; son capaces de infiltrarse bajo el disfraz de partido democrático para debilitar nuestra posición. La intervención de madame Sang en las Naciones Unidas los favorecería en dos aspectos: obstaculizando nuestras conversaciones de paz con los rusos y entorpeciendo nuestra propia fuerza en Lampang. -Blake guardó silencio un instante-. Matt, considere lo que le hemos dicho Ezra y yo. Debe telefonear a Lampang y hablar con madame Noy para decirle que ha habido un cambio de política y convencerla con la mayor firmeza posible de que no comparezca ante la ONU. ¿Lo hará?

Underwood se quedó mirando fijamente a Blake y luego fijó la vista en Morrison.

-Mi respuesta es no -dijo finalmente-. No voy a decir a madame Sang que no se desea su presencia en la ONU. Considero que debe hablar ante la Asamblea General y tiene mi apoyo incondicional. No se hable más del asunto. Buenos días, caballeros.

Al día siguiente, a última hora de la tarde, Matt Underwood estaba sentado en el despacho oval con Blake, revisando el discurso de las Naciones Unidas, cuando sonó el intercomunicador con la secretaria.

-Diga, Emily.

-Llama su hija desde Wellesley. ¿Le paso la llamada o le digo a Dianne que vuelva a telefonear? Era una gran alegría para Underwood. Hacía casi dos semanas que no hablaba con Dianne y tenía ganas de oírla. Además, era raro que llamase por la tarde; generalmente los llamaba a Alice o a él en la vivienda familiar.

-Si, sí, pásemela.

Blake se levantó.

-Le dejo para que hable a solas -dijo-. Estoy ahí afuera, si quiere volver a revisar el discurso.

-Gracias, Paul.

Una vez que hubo salido Blake, Underwood cogió el teléfono directamente y no por el altavoz.

-Dianne, qué alegría.

-Hola, papá. ¿Cómo estás?

-Dianne, ¿desde dónde llamas?

-Desde mi cuarto en la universidad.

Nada más oír su voz, era como si Underwood la estuviera viendo, con su pelo rubio largo hasta los hombros y su agradable rostro con nariz respingona, del mismo corte que la de Alice. No cabía duda de que salía a Alice, puesto que Underwood no pensaba que él fuese

Librodot

guapo, aunque quizá Dianne había heredado de él cierto entusiasmo y franqueza.

-¿Cómo estás, Dianne, cariño? ¿Todo va bien?

-Perfecto, papá. Estudio mucho y sigo saliendo algo con Steve.

-Estupendo.

-Quería decirte que me han aprobado el tema de la tesis: «Grandes jefes de Estado femeninos del siglo xx.» ¿ Qué te parece?

-Me gusta mucho. ¿Te refieres a Margaret Thatcher, Indira Gandhi, Golda Meir, etcétera?

-Sí, y en qué medida su mandato ha afectado a sus países y al mundo en contraposición a la jefatura de los varones.

-Me siento un poco rebajado -comentó en broma Underwood.

-A vosotros ya os han concedido mucha atención, y yo creo que las mujeres también se la merecen.

-Totalmente de acuerdo, Dianne.

-Mira, te llamo porque quiero que me hagas un favor.

-Dispara.

-Por supuesto que sé que tú y el ruso vais a hablar ante las Naciones Unidas a finales de esta semana, pero esta mañana he visto en el New York Times que madame Noy Sang, presidenta de Lam-pang, comparecerá también ante la Asamblea General.

-Exacto.

-¿Es una persona simpática? -inquirió Dianne.

-Mucho; te gustaría.

-Ah, estupendo. Es que deseo ir a Nueva York para hacerle una entrevista. ¿Puedes echarme una mano?

-Es posible -respondió Underwood dudándolo un instante-. No sé qué planes tiene, salvo lo del discurso ante la ONU. ¿Qué te propones?

-Me apuntaría un buen tanto entrevistándola -dijo Dianne entusiasmada-, aparte de que la admiro, hablarle personalmente sería un remate perfecto a mi tesina sobre líderes femeninos modernos.

A Underwood le pareció una gran idea.

-Bueno, claro -se apresuró a añadir Dianne-, si es que tiene tiempo para hablar conmigo.

Underwood pensó en Noy, sabiendo que no habría ningún inconveniente.

-Claro que hablará contigo -dijo-, pero hay otra pega. Como te he dicho, no sé qué es lo que va a hacer después del discurso, cuando... -Hizo una pausa-. Pero ¿qué digo, Dianne? Claro que sé lo que hará después. La invité a cenar... ella y varios miembros de su séquito cenan conmigo en Four Seasons... Allí puedes verla. Te sentaré a su lado.

-¿De verdad? Será estupendo.

-Cuenta con ello -añadió Underwood, complacido-. Oye, Dianne, ¿qué te parece si oyes a tu viejo hablar ante las Naciones Unidas? Y de paso escuchas el discurso de madame Sang.

-¡Me encantaría!

-Te reservaré asiento en la galería, y cuando termine la sesión de la ONU nos reunimos en el Salón de Delegados y nos vamos al Plaza Naciones Unidas y charlamos un rato antes de cenar.

-No, después de las intervenciones estarás ocupado -dijo Dianne- Tengo amigos que visitar en Nueva York. Nos veremos en el Four Seasons, ¿te parece?

-Muy bien. A las ocho.

-Papá, ¿cómo me visto?

-Yo no sé de esas cosas, Dianne... Estarás guapísima con lo que te pongas.

-Bueno, no te preocupes, iré muy elegante y con un bloc. ¿De verdad que no te importa?

-Claro que no, y estoy seguro de que a madame Sang le encantará. Hasta el viernes.

Underwood llamó a Blake y siguió trabajando una hora más en el discurso; cuando quedó a su entera satisfacción dio por terminada la jornada de trabajo y se fue a cenar con

Alice. Dejó el despacho oval y cruzó la terraza en forma de L con columnas hasta la entrada de la planta baja para tomar el ascensor.

Alice estaba tomándose su martini con vodka en el comedor.

-Yo también tomaré uno -dijo Underwood al mayordomo, sentándose frente a su mujer.

-Acaba de llamarme Dianne -dijo ella- para que le dijera qué tiene que ponerse para la cena contigo y esa Noy después del discurso en la ONU. Ya te dije, cuando hiciste el tonto en Lampang, que no quiero que vuelvas a ver a esa mujer.

-A solas, dijiste.

-Bueno, sí -replicó Alice encogiéndose de hombros.

-Sabes que no vamos a estar a solas. Madame Sang vendrá con los de su séquito y yo iré con mi hija. Ven tú si te parece.

-No cuentes conmigo. Me gustaría ver a Dianne, pero lo haré en cualquier otra ocasión. Y en lo que respecta a esa Noy con su historias políticas, sería aburridísimo. Así que gracias, esperaré a que tú me lo cuentes.

-Si te empeñas, Alice... Tú verás.

-No, me horroriza. Gracias, de todos modos -dijo apurando la bebida y levantándose-. Voy a vestirme para la cena. Y a ver si eres tan divertido con tu mujer como seguramente lo eres con esa dama del sarong.

Salió del comedor y Underwood, apenado, la siguió con la vista.

Dianne Underwood estaba ya en el Four Seasons cuando llegó su padre con Paul Blake (Morrison tenía el compromiso de la recepción que daba su homólogo soviético), Noy Sang, Marsop, agentes del servicio secreto y los guardaespaldas de la dama asiática.

El presidente dio un beso a su hija y la llevó hacia el grupo para hacer las presentaciones.

-Ha estado muy bien tu discurso -dijo Dianne a su padre.

-Eres algo partidista -replicó él-, no ha sido ni la mitad de bueno que el de madame Sang... Noy, ha causado usted sensación por su franqueza y sinceridad, y ha reiterado notablemente lo que he dicho yo.

-Me halaga usted, Matt -respondió Noy-, pero admito que tenía entidad. Verme allí en la tribuna de la Asamblea General, entre los dos murales de Léger, bajo esa cúpula inmensa, dirigiéndome a dos mil personas que me escuchaban en seis idiomas... Confieso que ha sido emocionante.

Cuando el maitre los conducía por la escalinata hacia el nivel inferior del restaurante, camino de la fuente central, Dianne oyó que Noy Sang decía a su padre:

-Matt, su hija es un encanto.

-Gracias, Noy, si es tan hermosa como usted me consideraré más que satisfecho.

Al llegar a la mesa principal, Blake se dispuso a acomodarlos. Ayudó a sentarse a Noy, indicó a Dianne la silla contigua y a Underwood la otra, tras lo cual tomaron asiento Marsop y él.

En cuanto estuvieron sentados, el somelier tomó nota de los vinos y Blake conferenció con el maitre a propósito de la cena.

Underwood oyó la voz de Dianne.

-Es amabilísimo por su parte el permitirme estar aquí para interrogarla -decía la muchacha a Noy Sang.

-Y yo me siento muy halagada de ser tema de su tesis -replicó Noy Sang.

-Mi padre ya la ha felicitado por su discurso -añadió Dianne inclinándose hacia ella-, pero quiero repetirle mi enhorabuena. Estuve observando al auditorio y créame que estaba impresionado.

-Excepto los rusos, me temo -replicó Noy Sang riendo.

-Es notable su sentido de la política -prosiguió Dianne.

-El conocimiento que pueda tener -replicó Noy con seriedad- se lo debo a mi pobre marido, y desde entonces, naturalmente, a Marsop.

Underwood terció en la conversación.

-No te dejes engañar por su modestia, Dianne. Claro que debe mucho a su marido y a Marsop, pero nunca he conocido una mujer con semejante instinto político... sí, instinto, y lógica y sentido común. Es una maravilla. Puedes tomar nota de mis palabras, Dianne.

Dianne había puesto el bloc sobre la mesa y, bolígrafo en mano, comenzó a tomar nota.

-No quiero hechos -dijo alzando la cabeza-, porque tengo páginas y páginas sobre usted de otras fuentes de información. Lo que interesa es lo que sólo usted puede decirme -añadió mirándola a los ojos-. Es decir, sus sentimientos respecto a las cosas.

-¿Mis sentimientos? -replicó Noy Sang, algo sorprendida.

-Por ejemplo, hablemos de Wellesley -prosiguió Dianne-. No hace muchos años usted estudió allí, donde yo estudio actualmente. De todas las universidades, ¿por qué eligió ésa?

-Puesto que me crié en una democracia -respondió Noy Sang sonriente-, quise estudiar en la primera democracia del mundo. Se lo dije a mis padres y no pusieron inconvenientes. Mi madre recibió docenas de catálogos de distintas universidades, pero Wellesley nos pareció la más interesante.

Underwood volvió a intervenir.

-No es así, Dianne, no es así. Noy te esquiva deliberadamente y se hace la superficial. Por pura modestia, te lo repito. Yo sé, porque me lo dijo a mí, que eligió Wellesley después de hacer un análisis casi científico de los programas de estudio y comprobar que allí eran superiores a los de las demás universidades.

-Matt, por favor... -terció Noy Sang.

-No lo niegue; es así -replicó Underwood-. Fue por sensibilidad e inteligencia, Noy. He conocido a muchas mujeres inteligentes, pero ninguna con su capacidad mental.

-¿Se encontró a gusto en la universidad, madame Sang? -inquirió Dianne.

-Si, ¿por qué lo dice?

-Bueno... yo estoy muy a gusto allí -respondió Dianne-, pero soy americana y es mi tierra. Pero usted venía de muy lejos, era una extranjera del Sudeste asiático. ¿Cómo se sentía?

-Al principio -respondió Noy Sang pensativa-me sentía fuera de lugar, aislada, atemorizada, pero pronto hice amistades y comprendí que éramos personas con muchas cosas en común. Y empecé a sentirme cómoda, americana, muy parecido a como usted se siente actualmente.

-Dianne, van a servir la cena: deja tus preguntas para después.

-Déjela, Matt -dijo Noy Sang-. Dianne, continúe preguntándome mientras cenamos. Soy de esas personas que pueden hacer dos cosas a la vez.

-De momento, una pregunta más -dijo Dianne.

-Hágala.

-También tiene que ver con las sensaciones, madame Sang. Mucho, mucho después de aquello, hace poco.

-Lo que quiera, si puedo contestarlo...

-Usted es la única que puede contestar -replicó Dianne-. Es sobre la época que siguió a la muerte de su esposo, cuando usted se convirtió en presidenta de Lampang.

-Dianne, ¿es necesaria esa pregunta? -terció Underwood.

-Si, Matt, no importa -replicó Noy Sang a Underwood-. Deje a su hija. ¿Qué quiere preguntarme? -añadió medio volviéndose hacia la muchacha.

Dianne no acababa de decidirse, pero al final formuló la pregunta.

-Después de perder a su marido y quedarse sola, ¿ha sentido deseo por otro hombre?

-Otro hombre... -repitió Noy Sang mirando seriamente a la muchacha-. ¿Se refiere a necesidad sexual o de compañía?

Dianne quedó desconcertada por la franqueza.

-Pues... quiero decir compañía. Quizá las dos cosas. Digamos, compañía.

-Durante este año y cuatro meses desde el asesinato de mi esposo -respondió Noy Sang asintiendo con la cabeza- no he conocido a ningún hombre cuya compañía me atrajese, salvo uno. Y que me perdone si le molesta, pero me refiero a su padre.

Dianne parpadeó, miró a su padre y de nuevo a Noy Sang.

-¿De verdad se lo pasó bien en compañía de mi padre?

-Dianne, no tomes en serio las palabras de madame Sang -terció rápidamente Underwood-, en realidad es todo lo contrario, y te lo digo perfectamente convencido: de todas las mujeres que he conocido desde que estoy en la Casa Blanca, madame Sang es con gran diferencia con la que mejor he congeniado.

En las ocasiones en que nos hemos visto he buscado tiempo extra para estar en su compañía.

Dianne miró a Noy Sang para ver si se ruborizaba y luego se volvió de nuevo hacia su padre.

-¿Por qué? -inquirió.

-¿Por qué quería pasar más tiempo con ella?

-Si., dímelo; quiero saber qué impresión causa en una persona como tú.

-Pues hay motivos evidentes -respondió Underwood-. Para empezar, es inteligente; además, es interesante y, luego, posee ciertos méritos difíciles de definir.

-¿Cómo cuáles? -insistió Dianne.

-Es agradable, es atractiva. Y tiene algo inexplicable: un algo magnético.

Noy Sang sonrió y se dirigió a Dianne.

-Así es exactamente como veo yo a su padre. Bien, creo que será mejor que cenemos. Pruebe la ensalada; es deliciosa. Eso dulce es un mango, un fruto que se cría en Lampang.

-Lo sé -dijo Underwood- y por eso encargué al restaurante que los pidiese a Lampang, para que se sintiera como en casa. Bien, a cenar.

Todos tenían apetito y se pusieron a cenar sin apenas hablar, salvo Dianne, que siguió planteando preguntas que Noy Sang constestaba lo más sinceramente posible.

Underwood escuchaba atentamente la conversación entre su hija y la presidenta de Lampang. Una vez concluida la cena, cual si temiese desaprovechar la oportunidad, Dianne prosiguió su interrogatorio.

-Dianne, la estás agobiando -comentó Underwood con cierto tono recriminatorio.

-¿Si? -dijo Dianne a Noy Sang-. ¿Pregunto demasiado?

-En absoluto -respondió ella.

Dianne reservó una pregunta para lo último.

-Quizá lo considere una intromisión por mi parte, madame Sang, pero ¿no tendría usted tiempo mañana de venir a Wellesley para que le muestre los cambios que ha habido?

-Ah, sí, me encantaría -respondió Noy Sang sin dudarlo-, pero depende del horario. Podría estar en Boston por la mañana y hacer con usted una visita de una o dos horas a la universidad, porque tengo que estar en Washington a primera hora de la tarde para preparar mi regreso a Lampang. Me encantará esa breve excursión y estoy deseando hacerla.

Concluida la cena, Underwood se puso en pie y retiró la silla de Noy Sang.

-Debe descansar esta noche para mañana desplazarse a la universidad y emprender viaje a Lampang.

-Lo haré -contestó ella recogiendo el bolso.

-Dianne -añadió Underwood-, dejaremos a madame Sang en el Pierre y luego te llevaré a Wellesley.

-No es necesario -replicó Dianne-. Tú tienes que regresar a Washington.

-No, te llevaré -insistió él.

-¿Puedo acompañarlos? -inquirió Blake dando un paso adelante.

-Si quieres, sí -respondió Underwood.

Y cogiendo posesivamente a Noy Sang del brazo encabezó el grupo camino de la salida

del restaurante.

Después de dejar a Noy Sang y a Marsop en el hotel Pierre -sin preocuparle la presencia de su hija, Underwood había dado un beso de despedida a Noy Sang y aceptado su agradecimiento-, el presidente, su hija y Blake fueron al aeropuerto Kennedy y allí subieron al Fuerza Aérea número uno que los llevó de Nueva York al aeropuerto Logan de Boston.

En Logan los esperaba otra limusina presidencial y dos coches con agentes del servicio secreto.

La comitiva se dirigió a la universidad de Wellesley.

Underwood casi no tuvo tiempo de hablar con su hija, ya que prácticamente no dejó de conversar con Blake, que se dedicó a despachar con él los asuntos que habían quedado atrasados.

Cuando entraban en el campus de 160 hectáreas de Massachusetts, Underwood trató de figurarse cómo habría sido en los tiempos en que Noy, con sus dieciocho años, su inteligente rostro, su esbelto cuerpo y su adhesión a la democracia había estudiado allí. Se dijo que no habría cambiado: actualmente el campus era un manto de verdor y los estudiantes que daban ya los últimos paseos del día mostraban una serena actitud.

Cuando se aproximaban a la residencia de Dianne, Underwood dijo al chófer:

-Pare aquí; voy a seguir a pie con mi hija para hacer un poco de ejercicio.

Al ver que Blake se disponía a apearse, Underwood alzó la mano.

-Espéranos, Paul, quiero hablar con Dianne. Jim, Ed -añadió volviéndose hacia dos de los agentes del servicio secreto-, dejad una distancia que os parezca prudencial: mi hija y yo tenemos que hablar.

El presidente cogió a su hija de la mano y echaron a andar.

-Lamento que no hayamos tenido tiempo de hablar, Dianne. Blake siempre está despachando asuntos.

-Es igual, papá. Lo he pasado estupendamente. Todavía me dan vueltas en la cabeza las cosas que me ha dicho Noy Sang.

-Estupendo; me alegro de que hayas conseguido lo que querías.

-Y más -añadió la muchacha en tono enigmático.

Habían llegado a la entrada del pabellón de Dianne, pero Underwood se demoró unos instantes con su hija.

-Dianne -dijo-, siento cierta curiosidad. ¿Qué te ha parecido ella?

-¿Madame Sang?

-Noy, sí.

Dianne miró a su padre de hito en hito.

-Da igual lo que me parezca a mí. Tú sabes lo que me parece, pero lo que importa es lo que te parece a ti.

-Muy sencillo -respondió Underwood-. A mí también me gusta. Me gustó desde el principio y ahora aún más.

-Ésa es la mayor evasiva que he oído este año -replicó Dianne moviendo la cabeza-. No es que te guste: es que la quieres.

-Qué absurdo -replicó Underwood, desconcertado-. Si apenas la conozco...

-Papá, voy a decirte algo que a lo mejor no te gusta. Y más siendo un hombre casado. No creo que la quieras profundamente; ni siquiera creo que le tengas afecto. -Hizo una pausa-. Te lo voy a decir claramente: me da la impresión de que estás enamorado de ella.

Nunca había visto aquel gesto de estupefacción en su padre. No acertaba a contestarle, y cuando por fin encontró palabras, fue para decir:

-Eso es una tontería, Dianne. ¿Enamorado? Por Dios, yo no he querido más que a tu madre y a ti. Esa mujer es prácticamente una desconocida para mí, Dianne. ¿Cómo voy a estar enamorado de ella?

-Lo estás -replicó ella, imperturbable.

-¿Qué te ha hecho pensarlo?

-Te conozco bien -respondió Dianne-, y por muy amable que seas con mamá y otras personas, sé que en el fondo te interesan poco, mientras que con Noy Sang es como si revivieses; pareces más joven y más dinámico, y durante la cena estuviste pendiente de ella y de todo lo que decía.

-Pero eso es normal cuando estoy con el jefe de Estado de otro país.

-Tú no la ves a ella como jefe de Estado; para ti es una mujer joven. Es de una belleza impresionante, delicada, amable, inteligente, muy inteligente, y casi todo lo que dice es interesante. No te reprocho que te hayas enamorado de ella.

-¡Bobadas! -exclamó Underwood-. ¿Pero qué mosca te ha picado? No hablemos más de eso.

-Si no quieres, no hablemos de ello -dijo Dianne-, pero he observado cómo te comportabas con ella, papá, y estabas pendiente de cada palabra que decía. Y cada vez que le dirigías la palabra era como si la acariciases... -Hizo una pausa-. Si no quieres que siga hablando, me callo. Pero te diré una cosa: cuando tengas tiempo, piénsatelo. Me refiero a los verdaderos sentimientos que ella despierta en ti. A lo mejor me consideras una chiquilla sin experiencia y contraria a mamá, una perturbadora, pero no te dejes influir por esa impresión y piensa en lo que te he dicho. Piénsalo bien.

-¿Con qué objeto?

-Para que compruebes que aún eres joven y estás vivo; que eres capaz de conmoverte. Creo que es estimulante y saludable.

-Ya te digo que es un absurdo -alegó Underwood tratando de mostrarse firme-, y no quiero que vuelvas a hablar del tema. ¿Yo enamorado de Noy Sang? Es una tontería. Olvídalo como pienso hacer yo.

Pero en el avión presidencial en vuelo entre Boston y Washington simuló estar dormido para que Blake no le molestase, y así pensar en ello.

Con los ojos cerrados, se lo estuvo pensando.

Por mucho que respetase a su hija, por su inteligencia y perspicacia, en aquello se pasaba de la raya. Le había dicho que era una locura y que lo olvidase, porque él, desde luego, era lo que pensaba hacer.

No obstante, por más que lo intentaba, no podía. Veía mentalmente a Noy, la oía; y su pulso se aceleraba.

¿Tendría razón su hija? ¿Estaría enamorado de la presidenta de Lampang? Era imposible.

Pero no dejó de pensar en ello durante el vuelo a Washington sin hallar una respuesta.

Por la mañana, después de preguntar a Matt sobre la sesión de la ONU y la cena en el Four Seasons y oír su versión, Alice Underwood optó por conocer la de su hija.

Telefoneó a la universidad de Wellesley y tuvo la suerte de encontrarla en su habitación antes de que hubiera salido a recibir a Noy Sang.

-Hola, Dianne. Tenía ganas de charlar contigo un rato. ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

-Perfectamente, mamá.

-Hablé con papá del discurso en la ONU y me dijo que había estado bien, pero ya sabes que él siempre se quita méritos, así que pensé preguntarte a ti. ¿Qué te pareció?

-Enérgico; mejor que nunca. Una bofetada a los rusos.

-Estupendo; me alegra que estuviese a la altura de las circunstancias.

-Por supuesto, mamá.

-¿Qué tal fue la cena en el Four Seasons? -inquirió a continuación Alice como de pasada.

-No pudo estar mejor. Y para mí, mejor aún, gracias a papá que me puso al lado de madame Noy Sang.

-Me alegro. ¿Conseguiste lo que querías para la tesis?

-Todo y más; y, ya te digo, gracias a papá.

Librodot

-¿Qué quieres decir con gracias a papá?

-Es que fue muy amable y me ayudó muchísimo, porque hizo que madame Sang me hablase con toda franqueza. Papá se mostró encantador y ella reaccionó en consonancia y me trató como a una hija.

-Ah, ya -comentó Alice-. ¿Así que te sorprendió cómo trataba papá a madame Sang?

-Estuvo encantador.

-¿Encantador?

-No sé cómo explicártelo, mamá... Es que demostró una gran maestría en su manera de tratarla.

-¿Ah, sí?

Alice notó que Dianne se había percatado de su tono y se contenía un tanto.

-Es que... la trató con gran amabilidad, haciendo que se sintiera a gusto conmigo, y me dio cancha. Figúrate que hoy viene madame Sang a visitar la universidad... Estoy loca de alegría.

-Pues yo también me alegro -apostilló Alice. Sin embargo, después de colgar no estaba contenta precisamente.

Lo que no le había contado Dianne, ella lo había leído entre líneas.

Matt había estado halagando a la asiática. Ese idiota, hijo de...

Le reconcomían las sospechas y no podía tolerarlo. Iba a salir de dudas, se dijo, y cuanto antes mejor. Le gustaba ser la primera dama y quería seguir siéndolo.

Ocho

Alice Underwood no durmió bien aquella noche. Aunque durmió un poco, cuando se despertó seguía dándole vueltas a la cabeza.

Se sentó en la cama y rememoró lo que le había dicho Matt de la cena con Noy Sang y lo que le había contado Dianne.

Aquello no le gustaba nada.

Todo apuntaba a que Matt había estado en extremo obsequioso con la del sarong. Además, era como si reviviera en su presencia. Y aquello presagiaba algo peor. Aquel último año, se dijo, él se había mostrado frío con ella. Bueno, tal vez fuese exagerar, digamos que había perdido interés por ella. Mientras que era evidente que le interesaba una mujer más joven del Sudeste asiático llamada Noy.

Ya despierta del todo, Alice se percató de que se había preocupado muy poco de aquella mujer; tenía que saber más sobre aquella madame Noy Sang para ver qué tipo de amenaza suponía.

Inmediatamente pensó en Paul Blake.

El era la persona idónea para informarla, porque sabría más que nadie sobre Noy Sang. La había conocido en la Casa Blanca, y había estado con Matt y Dianne el día anterior en el Four Seasons.

Reflexionó sobre la mejor manera de abordarlo con Blake.

En realidad no había dificultad alguna. Hacía tiempo que sabía lo que Blake sentía por ella y podía hacerle bailar al son que quisiera, porque lo tenía colado casi como un colegial.

Le diría que acudiera al contiguo vestidor de la primera dama. Se pondría lo más atractiva posible. Si., se vestiría para él. Bueno, mejor se desvestiría para él; eso, se pondría la lencería de noche.

Saltó de la cama, se duchó, se dio una loción de colonia ligera y sacó de la cómoda de la lencería un camisón vaporoso y escotado color melocotón y una bata a juego y se los puso. Se dirigió a la coqueta y se maquilló minuciosamente. Satisfecha, se miró en el espejo de tamaño

Librodot

natural y ensayó las mejores posturas sedentes para que Blake disfrutara de la mayor vista posible de pantorrilla y muslo, dentro de los límites de la decencia.

Convencida de que sus pantorrillas y sus muslos, rosados y bien contorneados, eran un espectáculo irresistible para cualquier hombre que no fuese su marido, se dispuso a recibirle.

Telefoneó al despacho de Blake, habló con la secretaria y a los pocos segundos lo tenía al aparato.

-Buenos días, Paul. Soy Alice.

-Qué agradable sorpresa. Buenos días, Alice.

-¿Tienes un ratito libre?

-No lo tenía, pero si es para ti, lo invento.

-Si, es para mí. Trata de encontrarlo.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo -respondió ella-. Es algo personal y preferiría que el presidente no se enterara de tu visita.

-Ya entiendo.

-Te espero en el vestidor de la primera dama. Estaremos solos.

Alice se imaginó a Blake temblando.

Pasó a la salita, pidió un té, esperó a que se lo sirvieran y se sentó en un sofá con una pose adecuada. El camisón y el salto de cama se desplazaron lateralmente y su sin par pantorrilla y una porción del muslo quedaron en evidencia. Acto seguido, acordándose del vídeo de Noy en compañía de Matt que había tomado Hasken, pensó en el pecho visible de la asiática y se dijo que era un recurso eficaz, incitante.

Se desabrochó el cinturón de satén y se abrió un poco más el escote. Para comprobar el efecto, se inclinó hacia adelante.

El resultado fue que sus dos maravillosos senos colgaron sin traba alguna. Turgentes, pero sin trabas. Si Blake dirigía hacía allí la vista, vería los pezones.

Bueno, ¿y qué? Necesitaba enterarse de algo y no iba a reparar en los medios para conseguirlo.

Satisfecha de los preparativos, dio un sorbo de té y esperó.

A los pocos minutos llamaba Paul a la puerta y entraba. La miró conteniendo la respiración, y ella se dio cuenta de que lo tenía en bandeja. Siguió sentada, instándole a que se acercase a saludarla.

Conforme se aproximaba, ella se inclinó y le alargó la mano; sintió cómo se desplazaban los pechos y estaba segura de que él tenía que ver los pezones. No se equivocaba: a Blake casi se le salen los ojos de las órbitas al estrecharle la mano.

-Qué formalismo -dijo Alice, ofreciéndole la mejilla.

Blake, palpitante, se inclinó y la besó con los labios secos. Luego, se los humedeció y le dio otro beso húmedo, al que ella contestó con una sonrisa.

-Eso está mejor, Paul -dijo-. Acércate una silla.

Mientras él tomaba asiento, Alice vio que, tal como se situaba, le vería la pierna y el muslo en todo momento.

-Estás guapísima -dijo nada más sentarse-. Arrebatadora.

-Gracias, Paul, querido, muchas gracias. A una mujer la anima mucho que le digan eso.

-Seguro que lo oyes a menudo.

-Nunca lo bastante -replicó ella con un mohín-. Gracias a Dios que tú eres muy galante. Mira -añadió cambiando de tema-, quiero hablarte de varias cosas. Pero ten en cuenta que son personales y que se trata de una conversación confidencial.

-Quedará entre nosotros -dijo Blake-. Te doy mi palabra.

-Ya sé que puedo confiar en ti, Paul. Cuando surge algo raro, sobre todo cuando está relacionado con Matt, no tengo a quién confiarme... salvo a ti, claro.

Blake bajó la vista y la dirigió al escote de Alice.

-Dime lo que pienses, Alice. Desahógate.

Librodot

-Si -dijo ella asintiendo con la cabeza-, es sobre esa cena de anoche en Nueva York, en la que estuviste con Matt, Dianne y esa... ¿cómo se llama? Noy Sang. ¿Verdad que estuviste?

-Toda la cena, y luego fui en el avión con ellos a Boston.

-Es que me interesa esa velada porque conozco dos versiones. Matt, por supuesto, no me dice nada. Vamos, como si no hubiera nada que contar. Por el contrario, Dianne se explaya más, pero no acabo de hacerme una idea exacta. Por eso quería que tú me lo contaras.

-¿Contarte el qué, Alice?

-Quisiera saber si el presidente se comportó.

-¿Si se comportó? -inquirió Blake, perplejo.

-Quiero saber en concreto cómo se comportó con madame Noy Sang. Si se extasió con ella, si estuvo solícito. Dianne me ha dicho que estuvo atento, pero a mí me da la impresión de que fue más allá del protocolo. ¿A ti qué te parece?

-Bueno, sí, supongo que puede afirmarse que estuvo atento.

-Paul, hay dos maneras de ser atento con una mujer. En plan cortés o de un modo especial. Blake reflexionó antes de contestar.

-Estuvo más que cortés. De hecho, la elogió muchísimo delante de Dianne.

Alice escuchaba, pensando que no le estaba diciendo gran cosa; tenía que sacarle más. Podía aturdirle y excitarle llevándole a la cama, pero eso era imposible, por más que lo pensara.

-Te lo voy a plantear de otra manera -dijo-. ¿Crees que el interés de mi marido por madame Sang es estrictamente político? ¿O es algo más?

Blake había estado mirando la rodilla y el muslo de la primera dama y no sabía a ciencia cierta lo que ella le estaba preguntando, así que tuvo que contestar con una evasiva a la desesperada.

-Sinceramente -acertó a responder-, no creo que a Matt le importe un bledo Lampang.

-Entonces, ¿quieres decir que lo que le interesa es madame Noy?

-Pues no sabría decirte, Alice, pero sí, su interés por Lampang tiene que ver con Noy. No con la política, sino con Noy.

-¿Estás seguro?

-A juzgar por la evidencia -replicó Blake-, desde un principio, cuando ella vino aquí, nada más verla él anuló todos los compromisos y los actos oficiales aquel día para estar con ella... Tenía que haberle concedido un préstamo limitado a cambio de una base aérea mayor, y ella sólo cedió una más pequeña y él lo aceptó. Tenía que volver a su país aquella misma noche, y él lo anula todo y pasa un día extra con ella. Y cuando murió su hermana (una persona que Matt ni siquiera conocía) lo dejó todo plantado para ir a Lampang al entierro. Y supongo que le habrás visto en la televisión bañándose con ella...

-Lo vi -contestó Alice-. Todo, sarong incluido.

-¿No es eso señal de que su interés por ella es personal y muy particular? -dijo Blake con la mirada fija en el muslo de ella-. Tú no te mereces eso, Alice -añadió indignado.

-Bueno, eso nos lleva a la propia Noy. Creo que debería saber más sobre ella y qué es lo que a él le hace interesarse por esa mujer.

-Me apuesto algo a que no hay nada que yo sepa y que tú ignores.

-Es hermosa, ¿verdad?

-En un estilo exótico, sí, pero no tan hermosa como tú, Alice.

-Gracias, Paul. -Hizo una pausa-. Esa Noy, es viuda, ¿verdad?

-Exacto, es viuda.

-Si esta tontería de mi marido continúa, a mí también se me puede considerar viuda. Una mujer sola, cuando menos. Paul, ¿cómo murió el marido de Noy?

-Un desconocido disparó contra él en su despacho. Se supone que es cosa de los comunistas.

-¿Cómo pudieron haber sido ellos? -replicó Alice, pensativa-. Recuerdo que Matt comentó que el marido era filocomunista.

Librodot

-No exactamente -alegó Blake-. Prem Sang intentaba llegar a un arreglo para integrarlos en el gobierno. Había mucha gente a la expectativa.

-Paul, a mi eso no acaba de convencerme. Me gustaría saber cómo murió realmente el marido. Con todo detalle.

-Alice, no creo que nadie disponga de una información completa, aunque puedo tratar de averiguar lo que se sepa.

-¿Cómo?

-Ezra Morrison tiene que estar al corriente. ¿Quieres que hable con él?

-Eres un cielo. Hazlo, pero en plan confidencial, claro.

-Lo haré en seguida.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo -respondió Blake, apartando muy a su pesar los ojos de ella y poniéndose en pie-. Me pondré en contacto contigo en cuanto sepa algo.

Una vez concertada la cita, Paul Blake pensó que lo mejor era verse con Ezra Morrison en el Departamento de Estado.

En el amplio despacho de Morrison, Blake se paseaba intranquilo sin saber dónde acomodarse mientras el secretario de Estado firmaba unos papeles. Cuando terminó la firma, tomó asiento en el sillón de cuero delante del escritorio.

-¿Qué deseas, Paul? -inquirió Morrison-. ¿Es algo para el presidente?

-No, para la primera dama.

-Ah...

-Es un asunto personal, confidencial. Un favor.

-Yo le haría cualquier favor, si ella me hace uno a mí. Me encantaría follarla -apostilló mordazmente Morrison.

-¿Y a quién no? -añadió Blake.

-¿Tú también? A mí no es que me vuelva loco, pero me da la impresión de que debe de ser estupenda en la cama.

-Bueno, olvídalo; y yo también -dijo Blake-. Alice sólo piensa en su marido.

-No me digas...

-Quiere conservarlo para ser primera dama, no segunda dama, y está un poco nerviosa por el tiempo que él pasa con madame Noy Sang.

-Esa madame tampoco está mal -dijo Morrison-. Si yo pudiera ir allá, no me importaría darle un revolcón.

-Me temo que eso es lo que le preocupa a Alice respecto a Matt.

-¿Tú crees que intentará algo?

-Ya ha hecho bastante -respondió Blake.

-Así que a la primera dama le preocupa madame Noy Sang. ¿Y eso tiene algo que ver contigo?

-Alice quiere saber más sobre ella -replicó Blake-. Me imagino que igual que un entrenador desea saber datos sobre los contrincantes.

-¿Y qué hay que saber que la gente no sepa ya?

-Cómo murió Prem, su marido. Cómo murió en realidad.

-Eso a mí no me concierne, Paul. Murió a manos de un asesino.

-Ése es el hecho fehaciente, pero lo que no sabemos es por qué. Alice quiere saber quién pudo inducir el crimen. -Hizo una pausa-. A lo mejor desea saber si Noy Sang está implicada; aunque es dudoso, quién sabe...

-La versión oficial es que fueron los comunistas.

-También dudoso -replicó Blake-. ¿Quién sería en realidad?

-De verdad que no lo sé -dijo Morrison encogiéndose de hombros-. Si alguien lo sabe, será alguien de Langley. Pregunta a Ramage. Se supone que el director de la CIA lo sabe todo.

-¿Ramage lo diría?

Librodot

-No, ni pensarlo.

-¿Hay algún modo de averiguarlo?

Morrison se rebulló inquieto en su poltrona.

-Puede que sí. Tal vez -añadió mirando a Blake-. Dime la verdad, Paul. ¿Te importa mucho esto?

-¿Nos importa mucho la primera dama a nosotros?

-Ya entiendo.

-Alice quiere saberlo -añadió Blake-. Está empeñada y yo le he dicho que creía poder averiguarlo. ¿Se puede?

-Es posible -respondió Morrison, pensativo.

-¿Harás gestiones, Ezra?

-Lo intentaré.

-¿ Lo prometes?

Morrison apoyó los brazos en el escritorio y miró al impaciente Blake a los ojos.

-Dame un par de días -dijo poniéndose en pie.

El día siguiente por la noche, puntualmente a las diez, Ezra Morrison entró en el lujoso apartamento de Mary Jane O'Neil, en la avenida Wisconsin de Georgetown.

A primera vista costaba relacionarla con Ramage, el director de la CIA, pues dada su condición de director delegado de operaciones cabía esperar una joven enérgica, eficiente y de aire algo masculino. Sin embargo, aunque Mary Jane fuese eficiente en su trabajo, no era ni enérgica ni masculina. Con su estatura de uno cincuenta y cinco, era una mujer muy femenina, juguetona y divertida, aunque muy apasionada en la cama.

Morrison la encontró en el coquetón dormitorio, según lo previsto, sentada en una butaca junto a la cama, viendo la televisión. Aquella noche, como todas las semanas, había dos vasos de whisky con soda en una mesita.

-Hola, cariño -dijo Morrison a guisa de saludo, inclinándose para besarla con fruición en la boca, caricia que le produjo una rápida erección, cosa que rara vez le sucedía con su esposa, y que le animó notablemente al alargar la mano para coger su copa.

Bebieron los dos mientras charlaban de cosas intrascendentes, y cuando Mary Jane hubo apurado su vaso, se puso en pie y se despojó de la bata de seda. Mientras se desvestía, Morrison miraba hipnotizado aquellos pechos pequeños y duros y la hirsuta parcela de vello pubiano.

Ella fue directamente a la cama y Morrison acabó de desnudarse y la siguió, echándose a su lado en la colcha. Los prolegómenos fueron breves y Morrison no quiso prolongarlos, puesto que estaba a punto.

Mary Jane se mostraba tan activa y enérgica como siempre y Morrison se felicitaba de su propia continencia.

Cuando acabaron, él se tumbó boca arriba jadeante y Mary Jane, satisfecha, se hizo un ovillo contra él.

-Eres estupendo, Ezra, una maravilla. El mejor que conozco. Vas a hacer que no me guste ningún otro. ¿Feliz?

-Ummm.

-¿Por qué no dejas a tu mujer y te vienes a vivir conmigo para hacerlo todos los días?

-Mary Jane...

-Sabes que lo digo en broma -dijo ella tumbándose de espaldas-. Ojalá pudiese hacer yo algo tan especial por ti.

Morrison no había pensado hasta aquel momento en su conversación del día anterior con Blake, aunque le rondaba por la cabeza que tenía que plantear algo. Ahora, satisfecho, plenamente alerta, se acordó de Blake y de lo que tenía que averiguar para la primera dama.

-¿Algo especial por mí? -repitió-. Ya lo has hecho, mi amor. Oye, un momento, hay otra

Librodot

cosa que puedes hacer.

-Tú dirás.

-Esto..., Mary Jane, se da la circunstancia de que necesito saber más datos sobre madame Noy Sang.

-¿Esa mujer de Lampang? -inquirió Mary Jane momentáneamente sorprendida.

-Exacto.

-Pues no me imagino a nadie que sepa más sobre ella que tú.

-Se trata de algo muy concreto -replicó Morrison-. Tengo que averiguar cómo asesinaron a Prem Sang. Quién lo mató y por qué.

-Aunque lo supiera, sabes que esas cosas no puedo hablarlas -contestó Mary Jane sentándose en la cama y frunciendo el entrecejo.

-No te estoy pidiendo un alto secreto de estado.

-Lo más que puedo hacer es darte una hipótesis razonada con arreglo a lo que he oído -añadió ella-. A Estados Unidos le preocupaba la relación del presidente Prem con los comunistas. Yo creo que el criterio que predominaba, al menos en Langley, era que si alguien eliminaba a Prem su mujer se convertiría en presidenta. Pero ella es una aficionada, desvalida, inútil, sin experiencia. Cuando se presente a la reelección, lo más probable es que la derrote el general Nakorn, un tipo bien bragado. En lo que a la CIA respecta, nuestro hombre es Nakorn.

-Si, él nos hubiera facilitado las cosas.

-Él haría lo que le dijésemos -añadió Mary Jane-. Liquidaría sin vacilaciones a los rebeldes comunistas y nos concedería la mayor base aérea del Pacífico sur. Así que, yo diría que la estrategia, el ideal estratégico, era deshacerse de Prem, dejar que le sustituyese Noy y luego derrotarla legalmente en una elecciones libres.

-Muy bien. Pero alguien tenía que correr el riesgo de eliminar a Prem -dijo Morrison sentándose.

-Ezra, aunque lo supiese no podría decírtelo. Así que olvidémoslo -replicó ella mirándole a los ojos-. Se te ve animado, Ezra. ¿Se te empina otra vez?

-Está empinada.

-Ah, ya lo creo -dijo ella hurgándole entre las piernas-. Está en el momento justo. Pienso mejor cuando estoy relajada.

-Piensas, ¿en qué?

-En lo que me has preguntado.

-Sí, vuelve a pensarlo.

-Después de que lo hagamos otra vez -replicó ella.

-Túmbate, Mary Jane. Basta de charla.

Sin pensárselo dos veces, se tumbó boca arriba y Morrison le besó los pechos y se situó entre sus piernas.

Fue una cópula más larga, mejor que la primera; y ruidosa. Los dos se corrieron aparatosamente con segundos de diferencia.

-¿Qué tal ha estado? -inquirió Morrison dejándose caer en la cama.

-De primera -respondió ella jadeante-. Soy tuya. Pídeme lo que quieras. ¿Quieres saber quién mató a Prem?

-Sería útil.

-Te lo diré, violador. Me tienes a tu merced. Te diré lo que quieras.

-¿Quién mató al presidente Prem?

-El jefe lo sabe -respondió ella recuperando el ritmo de la respiración-. Sí, Ramage lo sabe. Él fue quien lo organizó todo. No lo hizo él ni la CIA, pero estoy segura de que se lo comunicó a Percy Siebert, nuestro representante en Lampang.

-¿Y Siebert...?

-No lo sé seguro. Imagino que Siebert transmitió nuestros deseos al general Nakorn, diciéndole seguramente que era idea del presidente Underwood. ¿Qué, conquistador, te sirve de algo?

-Ya lo creo, cariño.

-¿Dónde lo has sabido? De mí no: te lo dijo un pajarito. No se te ocurra complicarme.

-Ni te conozco.

-Muy bien... ¿Tienes fuerzas para otro más?

-Tal vez -replicó él, no muy seguro, pero agradecido-. Dame veinte minutos.

-Te doy otra copa y veinte minutos. Pero ten en cuenta que controlo el tiempo con el reloj.

A la mañana siguiente, aún algo exhausto de sus cabriolas con Mary Jane O'Neil, Ezra Morrison se dispuso a telefonear a Blake.

Dudó un instante antes de coger el teléfono y decirse que Mary Jane no podía equivocarse. Tuvo que repetirse que era la directora delegada de operaciones de la CIA al mando de Ramage, y que no podía equivocarse.

Blake contestó a su llamada inmediatamente.

-Paul, ¿estás solo? -inquirió Morrison.

-Relativamente.

-No me refiero a los de tu despacho, sino al presidente. ¿Está cerca?

-No, ha ido a la Colina (1). con el secretario de Hacienda; tardará en volver. ¿Qué pasa? ¿Sabes algo de eso?

-Si. Seguramente todo.

-¿De qué fuente?

-Una de las más altas de la CIA.

-¿Me lo puedes contar? Quiero saberlo lo antes posible -dijo Blake, impaciente.

-Por teléfono, no -contestó Morrison-. ¿Por qué no vienes a hablar tranquilamente con el secretario de Estado?

-Voy para allá.

-Te espero, y estaré solo -añadió Morrison. Tres cuartos de hora después, Blake estaba en su despacho.

(1) Al Capitolio, que está en una colina. (N. del t.)

El secretario de Estado llamó por el intercomunicador a la oficina de recepción.

-Suzie, no me pase ninguna llamada. Ya la avisaré cuando esté libre -dijo; a continuación se acercó al sofá y se sentó al lado de Blake-. He conseguido saber lo que queríamos.

-¿Y es una fuente fiable?

-No puede ser más de primera mano -respondió Morrison sonriendo.

-Te escucho, Ezra.

Despacio, sopesando sus palabras, el secretario de Estado fue exponiendo lo que le había contado Mary Jane O'Neil, omitiendo su nombre, naturalmente.

-Y eso es todo, Paul -añadió a guisa de conclusión.

-Pero no sabes quién fue concretamente el responsable...

-¿El que envió a los asesinos? Eso no tiene importancia. Basta con saber que les ordenaron eliminar a Prem con pleno conocimiento de Ramage y con la aprobación del presidente. Ya sabes que la CIA notifica al presidente en la reunión matinal cualquier acción en curso.

-¿Y si Underwood no lo hubiera sabido?

-Yo me inclino por creer que lo sabía -respondió Morrison con un gruñido-. En cualquier caso, el responsable principal es él.

-Increíble...

-¿Qué vas a hacer con esta información?

-Voy a transmitírsela a la primera dama -respondió Blake levantándose-. Lo que no sé es si va a gustarle -añadió dirigiéndose a la puerta, pensando en ello-. Puede que sí. Gracias, Ezra; te debo un favor.

Tras recibir la llamada de Blake, Alice Underwood se dispuso a recibirle de nuevo en el vestidor de la primera dama.

Ensayó poses ante el espejo de tamaño natural con una escueta braguita negra tipo bikini y un sujetador de media cazoleta. A continuación se puso un vestido negro que sabía remontaría sus rodillas al sentarse, calzó unas chinelas de tacón alto y aguardó la llegada de Blake.

Nada más entrar, le indicó la silla situada frente a su sitio y, después de saludarle, tomó asiento y no bajó la vista para nada; pero sabía que tenía el bajo del vestido por encima de las rodillas y que al dejar de cruzar las piernas y separarlas él estaría viendo aquella miniatura de bragas.

Si, Blake estaba seguro de que eran las bragas, porque en la entrepierna, detrás, había un triángulo oscuro.

Alice le dio cuartel un ratito para que disfrutase.

-¿Tienes algo para mí, Paul? -dijo ella con voz cadenciosa.

Estuvo tentado de decirle que tenía algo mejor que las palabras. Porque lo cierto era que estaba empalmado, y se preguntaba si estaría lo bastante enfadada con su marido para dar a su asesor personal una oportunidad. Pero descartó a regañadientes sus fantasías eróticas y trató de concentrarse en lo que iba a decirle.

-Tengo idea de quién ha sido el responsable de la muerte del presidente Prem -dijo.

-¿Quién?

-Tu marido, Alice. En cierta manera, él es el responsable.

-Eso es imposible -replicó ella conturbada.

-Pues escucha y verás.

-¿Matt? -exclamó ella-. Él no es de ésos. Mejor será que te expliques.

-Pues ahí va -dijo Blake-. Prem no quería una base aérea americana en Lampang, y sí llegar a un acuerdo con los insurgentes comunistas; quería integrarlos en el gobierno. Como sabes, eso iba en contra de la política de Estados Unidos.

-Lo sé.

-En el seno de la CIA surgió el criterio de deshacerse de Prem. Su mujer, Noy, le sustituiría, y como ella no estaba a la altura del cargo, se dejaría manipular por el general Nakorn, que es amigo de Estados Unidos.

-Y, por lo tanto, alguien decidió eliminar a Prem.

Blake asintió con la cabeza y fue enumerando los partícipes en la operación; primero Ramage y luego Siebert, pero añadió que el visto bueno había tenido que darlo el presidente de Estados Unidos.

-Todos los informes de la CIA pasan por Matt en la reunión matinal. No hay nada que no le sometan a aprobación.

-No le veo aprobando un asesinato -dijo Alice, persistiendo en su incredulidad-. Quiero decir que le conozco y sé que es demasiado blando para una cosa así. A lo mejor no vio ese informe de la CIA.

-Lo más seguro es que de una forma u otra lo viera -replicó Blake encogiéndose de hombros-. No me imagino que nadie pueda pasar por encima de él.

-¿Estás seguro de tu fuente informativa?

-Me han dicho que es de primerísima mano.

-¿Así que el responsable es Matt? -dijo Alice con un repentino brillo en los ojos-, y Noy es viuda por culpa suya.

-Sí.

-¡Es estupendo! -exclamó, repantigándose en el asiento y lanzando una carcajada,

Librodot

dejando ver claramente la estrecha tira del bikini entre sus muslos, para indescriptible impresión de Blake que, con la respiración entrecortada, abrió unos ojos como platos.

-¿Qué... -balbució- qué es lo estupendo? ¿Qué vas a hacer?

-Voy a decírselo a Noy Sang.

-¿ Quéee?

-¿Por qué no? -replicó ella-. Todavía está en nuestro país, concretamente en Wellesley. Dile a Morrison que la localice y que le diga que quiero verla esta tarde a la hora del té en el Departamento de Estado... para hablar de ciertos detalles de la base aérea, o lo que sea. Acudirá a esa reunión con Morrison, pero en realidad no le verá, sólo será el pretexto para que yo me la encuentre. Sí, yo, Paul, cara a cara. Voy a sincerarme con ella y cuando se lo haya contado todo se habrá acabado ese flirteo de mi marido con la viuda de Prem. ¿Te encargas tú de todo?

Habían localizado a Noy Sang en Wellesley y ella había accedido de buena gana a regresar a Washington y retrasar su salida hacia Lampang para tener una reunión con el secretario de Estado Morrison.

Se había entrevistado con Morrison, tomando un té en su despacho del ministerio, y habían hablado de la posibilidad de ampliar la base aérea americana en la isla. Ella se había resistido y, para su gran sorpresa, Morrison había desistido con suma facilidad. De hecho, Morrison se había puesto en pie de pronto y había dicho:

-Madame Sang, tengo una reunión con el ministro egipcio de Asuntos Exteriores y debo marcharme, pero hay una persona que desea hablar con usted y le ruego que se quede aquí diez minutos más.

-Como usted diga -respondió Noy Sang.

La había sorprendido la repentina marcha de Morrison, dejándola a solas, y se preguntaba quién querría hablar con ella. Siguió tomando el té y aguardó. Momentos después se abrió la puerta dando paso a una mujer muy llamativa que se acercó a ella.

A Noy Sang le recordaba a alguien.

-Madame Noy Sang -dijo la desconocida-, permita que me presente. Soy Alice Underwood, la esposa del presidente Underwood. ¿Podemos hablar?

-Naturalmente -respondió Noy Sang, perpleja. Alice tomó asiento enfrente de Noy Sang.

-Permítame que le sirva otro té; yo también tomaré uno -dijo la primera dama comenzando a servirlo-. He querido aprovechar esta ocasión para verla porque hay un asunto del que quiero hablar y que la afecta a usted personalmente.

Noy Sang la miraba sin decir palabra, tratando de imaginarse a qué se referiría y de qué asunto personal querría hablar Alice Underwood. Ahora se daba cuenta que todo había sido un montaje y que Morrison no quería hablar con ella; no había sido más que un pretexto para hacerla ir a la Casa Blanca a encontrarse con la primera dama.

Sentada, observando los movimientos de Alice Underwood mientras acababa de servir el té, Noy Sang pudo admirarla y se sintió incómoda por haber pensado que el presidente sintiera una especial inclinación por ella teniendo una esposa tan atractiva. Pensó que la cara de Alice era un camafeo griego por la perfección y simetría de rasgos, y que era una mujer de gran compostura y aplomo.

Frente a ella, Noy se sentía físicamente acomplejada; cual si fuese pequeña, disminuida, sin comparación con la beldad marfileña y estilizada de la primera dama.

Contemplándola, Noy trató de imaginarse a qué se debía aquella entrevista, pero no sabía a qué atribuirlo.

Alice Underwood se disponía a tomar la palabra. -Quería verla a solas -dijo-, porque he sabido por casualidad datos sobre el asesinato de su esposo.

-¿Sabe usted sobre Prem algo que yo ignoro?

-Es algo que me he sentido en la obligación de decirle, de mujer a mujer.

-Pero ¿qué...? -La perplejidad de Noy Sang iba en aumento.

-Voy a decirle la verdad sobre la muerte de su esposo y por qué lo asesinaron.

Librodot

-¿Habla usted del asesinato de Prem? ¿Sabe usted algo? -La sorpresa la había hecho parpadear.

-La verdad -dijo Alice dejando la taza en la mesa-. Sé la verdad y cómo sucedió.

-Si yo no he podido averiguarlo, ¿cómo, usted, á más de doce mil kilómetros...?

-En seguida lo entenderá -replicó Alice-. Tiene derecho a saber por qué se ha quedado viuda. No quisiera incomodarla, pero estoy segura de que no le gustan los misterios.

-No, deseo saber la verdad si usted la conoce -respondió Noy Sang.

-Muy bien, pues prepárese para escucharla -añadió Alice-. Usted ha visto varias veces a mi marido y estoy segura de que le habrá causado buena impresión.

-Me parece un hombre muy bueno.

-Lo es -replicó Alice, endurecida-, pero no se haga ilusiones. Con usted se ha mostrado agradable, incluso amable, porque se siente culpable y tiene remordimientos. Para conocer a mi marido, debe usted saber que él ama a su país por encima de todo y que haría por él lo que fuese. Incluso si eso significa sacrificar a quien se interponga en su camino.

Noy Sang se sentía francamente abatida y se ruborizó.

-Insinúa usted...

-Madame Sang, lo que intento decirle es que su marido se interponía en el camino del mío. El presidente Prem se oponía a esa base que nosotros necesitábamos, y lo que es peor, el presidente Prem propugnaba una reconciliación con los rebeldes comunistas de su país, lo cual preocupaba aún más al presidente Underwood. Cuando la CIA decidió deshacerse de su marido, viendo que la única solución era liquidarlo, Matt no hizo nada por impedirlo. Como sabe, la CIA no puede hacer nada sin consentimiento previo del presidente de Estados Unidos. Independientemente de cómo se llevara a cabo, directamente o por inhibición, el presidente Underwood aprobó el plan de la CIA... y su marido fue eliminado. Fue eliminado para franquearle el camino a usted, a quien se consideraba una inexperta, pues parte del plan era que a usted le sucediese alguien más complaciente con la política de Estados Unidos.

-No lo puedo creer -replicó Noy Sang totalmente afligida.

-Créalo, madame Noy Sang.

-¿Y usted cómo lo ha sabido?

-Nuestro secretario de Estado lo supo por la CIA y se encargó de que lo comunicasen.

-Pero después de una acción tan abominable, ¿cómo es que me han invitado a venir aquí?, ¿por qué su marido ha sido tan amable conmigo?

-Ya se lo he dicho: por remordimiento. Tal vez le parezca cruel la actitud de Matt, pero es que, ante todo, es débil. Matt Underwood en el fondo es un blando; hace algo reprobable y luego se arrepiente. Hace algo que ya no tiene remedio, pero él se siente arrepentido. Lo que ha hecho con usted ha sido tratar de compensar su mala acción.

Noy Sang permaneció en silencio un buen rato.

-¿Por qué me ha dicho usted todo esto? -inquirió finalmente.

Alice no respondió de inmediato, y se limitó a observar a su rival.

-No es que yo sienta remordimientos -dijo finalmente-. Yo no he hecho nada reprobable. Naturalmente que lamento lo que ha pasado, pero yo no puedo devolverle a su marido. Hay otra razón...

-¿Cuál?

-Usted es una mujer joven muy seductora, muy atractiva y muy cálida y simpática para los hombres, qué duda cabe. Posee usted muchas cosas que a mí me faltan; al menos a los ojos de mi marido -dijo Alice haciendo una breve pausa y mirándola a la cara-. Por lo visto, mi marido se ha colado por usted como un colegial. Al principio era por su complejo de culpabilidad, pero luego, al conocerla, usted le gustó. Naturalmente, esto me afecta. Matt es mi marido y quiero conservarlo. Deseo seguir siendo su esposa y la primera dama de Estados Unidos, y no quiero tonterías infantiles ni de adolescente. Si, momentáneamente, a mi marido le ha causado usted impacto, madame Sang, no quiero que usted se haga ilusiones y se deje impresionar. Por eso quiero que sepa cómo es él en realidad; puede ser un hombre cruel y

egoísta, hasta el punto de no dudar en sacrificar una vida humana. Quería que lo supiera, que supiera cómo es de verdad Matt. Estaba segura de que en cuanto conociese usted la verdad sobre el asesinato de su marido repudiaría el galanteo de Matt. Si lo que acabo de decirle sirve para eso, por penoso que haya sido para las dos, me doy por contenta. Espero que esto ponga fin a cualquier relación entre usted y mi marido, salvo las estrictamente oficiales.

-Ha sido usted muy sincera y explícita -dijo Noy Sang mirándola a los ojos.

-Era el único modo de acabar con este asunto.

-Está acabado -dijo Noy Sang marcando las palabras y poniéndose en pie-. ¿Tiene la bondad de indicarme la salida?

Cuando el presidente Underwood dejó al secretario de Hacienda y abandonó el Capitolio para dirigirse al Ala Este de la Casa Blanca, le sorprendió ver a Hy Hasken que le esperaba fuera de la sala de prensa.

-Estoy muy ocupado para entrevistas -le espetó sin más.

-Quizá no esté tan ocupado para decirme qué hacía madame Noy Sang en el Departamento de Estado -replicó Hasken sin inmutarse.

-¿Es que está en Washington? -inquirió Underwood parándose en seco-. Tenía que estar en Wellesley con mi hija y luego tomar en Boston el avión para Lampang...

-Pues está aquí -replicó Hasken-, o ha estado hace muy poco. ¿Va a verla?

-Como no tenía ni idea de que fuese a venir, ¿cómo voy a tener que verla? Gracias por la información, Hasken. Ahora tengo que hacer.

Pero al llegar al despacho oval no se puso a trabajar; nada más sentarse en el escritorio, llamó por el intercomunicador a Paul Blake y le ordenó comparecer sin demora.

En cuanto entró Blake en el despacho, el presidente, sin molestarse en decirle que se sentase, le interpeló.

-¿Qué es eso que me han dicho de madame Noy Sang?

-¿Qué es lo que le han dicho, Matt?

-Que está en Washington. ¿Es cierto?

-Cierto -respondió Blake-. El secretario Morrison quería verla y me dijo que la localizase en Wellesley; lo hice y ella retrasó el viaje de vuelta a su país para venir aquí. Yo la llevé al Departamento de Estado.

-¿Una visita de un jefe de Estado y no se me notifica? -replicó Underwood, picado.

-Estaba usted en el Capitolio almorzando con los senadores. No he querido interrumpirle.

-¿Se entrevistó con Morrison?

-Si; yo la recibí y la llevé allí.

-¿Y qué quería Morrison?

-Tengo entendido que se trataba de unas aclaraciones sobre la base aérea de Lampang.

-Eso hace tiempo que estaba zanjado -replicó Underwood frunciendo el entrecejo.

-Además -añadió Blake un tanto nervioso-, creo que la primera dama quería verla y tomar el té con ella.

-¿Alice ha visto a Noy Sang?

-Eso creo.

-Pero ¿qué es todo esto? -inquirió Underwood arrugando la frente.

-Y yo qué sé, Matt. No tengo la menor idea.

-De acuerdo. Gracias, Paul, puedes irte. Ya averiguaré yo lo que ha pasado.

Nada más salir Blake del despacho, una vez a solas en el despacho oval, Underwood dijo por el intercomunicador a su secretaria que le pusiera con la presidenta Noy Sang en Blair House.

Un minuto después hablaba por teléfono con ella.

-Me he enterado con gran sorpresa de que estaba aquí -dijo Underwood-. Según mi

Librodot

asesor, se ha entrevistado con mi esposa.

-Así es.

Underwood advirtió inmediatamente la inopinada reticencia en su voz.

-Me gustaría verla un momento para que me diga qué es lo que ha hablado con Alice. ¿Puede recibirme ahora?

-No, no puedo. Estoy tomando un bocado y luego Marsop y yo tenemos que salir para Lampang. Estoy muy ocupada.

-Tan ocupada como para no poder verme? -replicó Underwood con tono dolido-. No me diga que no tiene un minuto...

-No puedo -respondió tajante Noy Sang.

-No parece usted, Noy -dijo Underwood desconcertado-. Parece enfadada.

-Y lo estoy.

-¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

-Ha pasado mucho.

-¿No va a decírmelo?

Se hizo un silencio al otro extremo de hilo, y luego Noy Sang volvió a hablar.

-Sí, creo que debería venir y le explicaré con exactitud lo que ha sucedido. Mejor que lo sepa por mí que por terceros.

Después de ordenar a los del servicio secreto que se quedaran afuera, rodearan Blair House, o hicieran lo habitual en visitas inesperadas como aquélla, el presidente Underwood llamó a la puerta.

Fue Marsop quien le abrió y le hizo pasar. Ni por su expresión ni por sus palabras dejó el ministro entrever nada. Se limitó a decir:

-Pase, señor presidente. Madame Sang saldrá en seguida.

Underwood pasó a la amplia sala de estar en la que no había nadie, buscó un sitio para sentarse y optó por hacerlo en el borde de un sillón de cuero.

La antesala fue breve; en seguida apareció Noy Sang, seria y con el entrecejo fruncido. Underwood se puso en pie de un salto para saludarla como siempre con un beso en la mejilla, pero ella no parecía dispuesta a ello, y ni siquiera le ofreció la mano; pasó de largo y se acomodó en otro sillón a cierta distancia de él.

-Ya veo que ha sucedido algo -dijo Underwood volviendo a su asiento-. Noy, créame que no sé de qué se trata ni qué es lo que yo tengo que ver.

-Se lo diré. Se trata del asesinato de mi marido. Por fin he sabido quién es el responsable de la muerte de Prem.

Era algo tan inesperado, que Underwood sólo acertó a decir:

-¿Quién?

-¿Es que va a decirme que no lo sabe? -replicó Noy Sang con una frialdad totalmente contraria a su natural afabilidad.

-Pues no. No sé a qué se refiere -respondió él, tratando de explicarse aquella reserva de Noy Sang, pero ella mantenía una expresión inescrutable-. ¿Quién es el responsable de su muerte? -inquirió impaciente.

-¡Usted! -exclamó ella-. Usted, señor presidente, es el culpable del asesinato de mi marido.

Underwood estaba seguro que había oído mal.

-Pero... ¿qué dice?

-Usted, señor presidente, es el culpable de la horrible muerte de mi marido -repitió ella imperturbable.

-Se lo he oído decir dos veces -replicó Underwood, pasmado-. Qué cosa tan descabellada.

-La pura realidad.

-Es totalmente absurdo. Noy, ¿sabe lo que está diciendo?

-Sé perfectamente lo que digo, Matt -replicó ella muy tiesa-. Sé de muy buena fuente que usted se deshizo de mi marido por medio de la CIA... porque era demasiado conciliador con los comunistas. Usted dio la orden para que sus enemigos le eliminaran.

-Noy... -replicó Underwood poniéndose en pie-. No sé quién le ha metido esa falsedad en la cabeza. ¿De dónde ha sacado esa patraña?

-Me lo dijo su esposa -respondió Noy Sang, imperturbable-. Hablé esta tarde con ella y me lo dijo cara a cara. ¿Cree que su mujer es una mentirosa?

-No es una mentirosa, pero en esa acusación miente. Lo que le ha dicho es una insensatez.

-¿Ah, sí? Pues ella lo ha sabido directamente de buena tinta por el secretario de Estado. La apenó y sintió compasión por mí. Además, quiso ponerme en guardia sobre cualquier futura negociación con usted; me aconsejó que no confiase en usted porque anteponía su cargo y su país a la vida de cualquier ser humano.

-Noy, no sé por qué le ha dicho eso. Lo de la muerte de Prem no es cierto; es una patraña absurda. Ha sido una loca en decirle eso y usted ha sido una ingenua en creérselo. ¿Por qué motivo le habrá dicho semejante mentira? -añadió a la desesperada.

-En eso fue muy sincera -replicó Noy Sang-. Me dijo que le parecía que estábamos haciendo muy buenas migas y que usted mostraba excesivo interés por mí, y quería que yo supiese lo cruel y egoísta que es usted.

-Bien lo sabe usted -replicó Underwood.

-No, no lo sé -contestó ella moviendo la cabeza-. En realidad no le conozco a fondo. No veo motivo para que la primera dama me diga esas cosas si no es porque hay algo de verdad. La creo, Matt. Además, ahora se lo digo sinceramente, creo que usted miente por el modo en que le está afectando. Y si no miente, entonces es que comete dejadez en su cargo como presidente de Estados Unidos para que la CIA le informe de todas sus maniobras. Por negligencia ha consentido que se cometiera un asesinato sin estar informado, lo ha consentido por falta de atención, lo que es igualmente horrible. En cualquier caso, es culpable. Mi marido está bajo tierra por su culpa.

-Noy, no me diga eso... -replicó Underwood acercándose a ella.

-¡Cómo no voy a decírselo!

-Deme la oportunidad de averiguar algo. Hablaré con Alice. Hablaré con Alan Ramage, y le demostraré a usted que lo que le han dicho es una sarta de mentiras. Mi esposa es una mujer celosa y no me aprecia mucho. Ya verá como al final podré demostrarle, no simplemente decírselo, que le han dicho una cosa que no es. Yo no tengo nada que ver con la muerte de Prem y, que yo sepa, ninguno de mis subordinados es culpable.

Noy Sang se puso en pie, le miró y pasó por delante de él hacia la puerta.

-Matt, no se esfuerce en demostrarme nada -dijo con la mano en el pomo-. Creo que es usted el culpable de esa horrible tragedia en mi vida, y... y no quiero volver a verle.

A continuación abrió la puerta y desapareció.

Nueve

Después de salir de Blair House, y mientras volvía en coche a la Casa Blanca, Matt Underwood creía que iba estallarle la cabeza.

Al llegar al despacho oval, su primer impulso fue localizar a Alice y conminarla a que le dijese quién le había dado la falsa información y por qué se lo había contado a Noy Sang. Pero después optó por hablar con Blake y Morrison y saber más datos de aquel lío.

Sentado allí en el escritorio reflexionó sobre su impotencia. No había podido convencer a Noy de su inocencia en la muerte de su marido y la idea de que ella no volviera a dirigirle la palabra le dejaba desvalido.

Librodot

¿Por qué Noy despertaba en él ese sentimiento? Pensó en Dianne y en su tajante convicción de que estaba enamorado de aquella mujer. No podía ser, se repetía una y otra vez. Él era un hombre casado razonable, el presidente de Estados Unidos, con miles de problemas en que ocuparse.

Pero quedarse sin Noy era más grave que todo lo demás.

Sólo restaba hacer una cosa: llegar al fondo de aquel infundio de su participación en el asesinato de Prem. Había que averiguar la verdad y así podría demostrar definitivamente a Noy que él no había intervenido en absoluto.

Que Alice le atribuyese a él la culpabilidad para volver a Noy en contra suya no era más que una parte del problema. Allí lo que había que saber era cómo había obtenido Alice la falsa información acusatoria.

Tenía que empezar por Alice e ir devanando la historia hasta llegar al origen del infundio.

Miró el reloj del escritorio y vio que era casi medianoche; Alice ya estaría dormida. De todos modos, lo comprobaría y empezaría por ahí.

Amontonó los papeles que tenía delante, se levantó y salió al pasillo, seguido por un agente del servicio secreto. Cruzó la terraza de columnas camino de la Casa Blanca y tomó el ascensor, despidiendo con un gesto al agente escolta.

Alice estaría en el dormitorio de la Reina, seguro.

Entró sin hacer ruido y vio que estaba acostada en la cama con dosel. Se acercó a ver si estaba despierta, se sentó en el borde del lecho y se inclinó sobre ella. Alice se rebulló con los ojos cerrados y luego los entreabrió y dijo con voz amodorrada:

-Hola, Casanova.

Era la clase de tontería que solía decir cuando había tomado su somnífero y estaba a punto de sucumbir al sueño, pero él estaba decidido a reprimir su enfado para intentar hablar con ella antes de que fuese inviable.

-Alice, soy yo. ¿Me oyes?

-Un poco.

-Me he enterado de que hoy has visto a madame Noy Sang.

-¿A quién?

-A madame Noy -repitió Underwood.

Alice se despertó ligeramente, pero parecía flotar.

-Sí -dijo finalmente-, la vi. Estuvo aquí y tomamos el té.

-¿Por qué la has visto? -insistió Underwood.

-Es amiga tuya... quería conocerla. -Hizo una pausa, un esfuerzo por despertarse-. Sí... sí que es guapa. No te lo reprocho...

-No hay nada que reprocharme -replicó él, tratando de contener su impaciencia.

-¿Ah, no?

-Nada -insistió Underwood, tajante-, pero yo sí tengo algo que reprocharte.

-¿El qué?

-Alice, ¿me escuchas?

-No grites.

-Alice, ¿por qué le has contado a madame Sang una historia tan absurda? Sabes que nada tengo que ver en la muerte de su marido. Sabes que es mentira.

Se hizo un profundo silencio y Alice se movió bajo la manta.

-A mí me lo han dicho -adujo finalmente.

-¿Que yo maté a Prem Sang?

-Yo no he dicho que lo matases. Tú eres... demasiado... demasiado cobarde para disparar contra alguien. Dije que eras responsable del asesi... o lo que sea.

-¿Quién te ha contado ese camelo? -inquirió él tratando de contrarrestar los efectos del somnífero.

-Lo he oído -musitó ella.

-¿A quién?

-No se puede decir. Secreto de estado. Vete, por favor, déjame dormir.

Underwood la agarró por el hombro y la zarandeó ligeramente.

-Tengo que averiguar la verdad. ¿Quién ha dado pábulo a tal infundio? Dímelo o no te dejo dormir hasta que me lo digas.

Hubo otra larga pausa.

-Blake -murmuró ella.

-¿Blake te lo dijo? Si él no es más que un simple asesor presidencial... él no sabe nada que yo no sepa. ¿Dónde obtuvo esa información?

-Del secretario de... -Lanzó un bostezo-. Morrison. Ezra se lo dijo.

-¿Y de dónde lo sacó Morrison?

-No sé. Déjame en paz, por favor.

-Alice... -insistió él zarandeándola de nuevo.

-¿ Qué ?

-Es mentira; tienes que enterarte. Yo no sé nada en absoluto sobre la muerte de Prem Sang. ¿Por qué le has dicho eso a Noy? Una cosa tan horrenda... Y, peor aún, que yo era el culpable.

-Quizá... tengas la culpa -replicó ella medio inconsciente.

-Yo no tengo la culpa de nada -exclamó Underwood en voz alta-. Yo no he tenido nada que ver con eso y tú das crédito a lo primero que te cuentan y lo difundes... ¿Por qué, Alice, Dios bendito, por qué?

Alice hizo un esfuerzo por aferrarse al último jirón de consciencia, pero su voz sonaba confusa.

-Es... es que... quería que la del sarong dejase de... acosarte. Está buscando líos. Ella es viuda y quiere que yo me quede viuda, sin ti. Pero no pienso dejarla, y menos cuando es viuda por culpa tuya. Es viuda por tu culpa, no por la mía. Pregunta a Morrison. Y ahora vete y déjame... déjame en paz.

A primera hora de la mañana, en el despacho oval, Underwood, duchado, afeitado y bien vestido, se hallaba dispuesto a dar la batalla cuando entró Ezra Morrison, llamado en tono conminatorio.

Underwood esperó a que tomase asiento y en seguida fue al grano.

-Ezra, me has metido en un buen lío. Debería despedirte.

-Dios mío, jefe -replicó Morrison con cara de inocencia-, eso es muy fuerte para empezar la jornada. Y más cuando no sé de qué me habla.

-Me has metido en un lío con madame Noy Sang -replicó Underwood mirándole muy serio-. Me has metido en un lío con la primera dama. Me has acusado de asesinato. Y no sé si no habrás hecho algo más.

-Ah, es eso -dijo Morrison repantigándose en el sillón con gesto de alivio-. Ya ni me acordaba -añadió enderezándose-. Es muy sencillo, y no hay ningún inconveniente en que le diga la verdad. Que yo sepa, aunque no me explico por qué, Alice quería saber los detalles exactos de cómo había enviudado Noy Sang y recurrió a Blake; Blake vino a decirme que la primera dama tenía mucho interés en saberlo y que él necesitaba conocer la verdad sobre la muerte de Prem para decírselo a Alice. Blake estaba tan deseoso de enterarse del asunto, que yo me puse en contacto con la persona más discreta que conozco en la CIA, hablé con alguien y me enteré de lo que pude.

-¿Con alguien? -inquirió Underwood.

-Pura suerte, Matt. Hay cosas que son pura suerte. De todos modos, no tiene importancia de quién se trate. Alguien que se supone sabe quién organizó el crimen. Me enteré que lo había urdido la CIA. No digo que lo hiciera personalmente ninguno de ellos, sino que era algo previsto en sus planes, algo que iba a favorecer a Estados Unidos. ¡Qué demonios!, usted recibe diariamente los informes NID y FTPO de la CIA, y no me cupo la menor duda de que estaba al corriente.

Librodot

-Mira -replicó Underwood conteniendo su indignación-, no estaba al corriente. ¿Liquidar a Prem? No, eso no figuraba en ninguno de los informes que han pasado por mis manos.

-Quizá el papel de la CIA fuese secundario y no revistiera suficiente importancia para exponérselo.

-Tonterías, Ezra. Un asesinato, hasta su simple insinuación, ¿trivial para ponerlo en conocimiento del presidente de Estados Unidos? A mí no me comunicaron ese plan; la CIA no me dijo una palabra. ¿Es que insinúas que deliberadamente prescindieron de mí y actuaron por su cuenta? Aquí hay algo sucio, Ezra, y voy a averiguar toda la verdad, y ahora mismo. Quiero ver aquí a Ramage antes de una hora; voy a saber la verdad del mismísimo director de la CIA.

-Buena suerte -dijo Morrison levantándose-. Ya sabe que Ramage hace y deshace en su casa.

-Puede -replicó Underwood poniéndose en pie-, pero el casero soy yo. No lo olvides.

Al marcharse Morrison, Underwood permaneció sentado, sin aceptar llamadas, pensando en cómo tratar a Alan Ramage.

En seguida se dio cuenta de que la única alternativa era enfocarlo directa y francamente con el jefe de la CIA; pero no era un asunto para hablar por teléfono, sino en una conversación cara a cara.

Finalmente pidió comunicación con Langley, y cuando tuvo al director al aparato, dijo:

-Soy Matt Underwood.

-Si, eso ha anunciado su secretaria. ¿Cómo está, señor presidente? ¿A qué debo este placer?

-Alan, quiero verle en la Casa Blanca.

-Parece urgente.

-Es urgente, Alan. Venga para acá inmediatamente.

-Deme veinte minutos -replicó Ramage.

Atendiendo llamadas, los veinte minutos pasaron rápidamente para Underwood. Finalmente le anunciaron la llegada de Ramage.

Muy serio, Underwood le indicó un asiento delante del escritorio.

-Siéntese, Alan.

Desconcertado por la reservada actitud del presidente, Ramage tomó asiento con una prudente flexión y aguardó.

-Se trata de Lampang -dijo Underwood.

-Lampang -repitió Ramage-. Creí que todo estaba en orden.

-No exactamente -replicó Underwood, apoyándose en los codos, con los ojos fijos en el director de la CIA-. Hay un asuntillo pendiente del que quiero hablar.

-Naturalmente, diga, diga.

-Está relacionado con el asesinato de Prem Sang.

-¿Qué es lo que quiere saber? -dijo Ramage reclinándose en el asiento.

-¿Quién lo hizo? -inquirió Underwood con aspereza.

-¿Que quién lo hizo? -repitió Ramage-. Los comunistas, por supuesto. El general Nakorn llevó a cabo una investigación y ése fue el resultado.

-El general Nakorn miente.

-¿Ah, sí? -exclamó Ramage con gesto de sorpresa.

-Yo sé quién lo hizo. Nosotros.

-¿Nosotros? ¿Quiere decir Estados Unidos? ¿Cómo puede decir eso?

-La CIA -añadió Underwood-. Me imagino que sigue formando parte de Estados Unidos.

-¿La CIA? Está usted en un error, señor presidente. Nosotros no nos dedicamos a asesinar, y usted lo sabe.

-Se traen ustedes un turbio asunto en Lampang -añadió Underwood-, y no saldrá de aquí

Librodot

sin decirme antes todo lo que hay.

-Mejor será que me explique qué es lo que persigue.

-Tengo parte de ello, Alan; así que deje de fingir. No nos andemos por las ramas. Me he enterado de que intervinimos en la eliminación del presidente Prem Sang y quiero saber si es cierto, medio cierto o mentira. Sin evasivas. Está hablando con el presidente. Le escucho.

Alan Ramage no ocultaba su nerviosismo. Eludía los ojos del presidente y su mirada saltaba de una bandera a otra a espaldas de Underwood.

-La CIA tuvo cierta implicación, por supuesto -dijo eligiendo cuidadosamente sus palabras-. Lo que le hayan contado será cierto en parte, pero le aseguro que no es cierto del todo. Le expondré los hechos tal como a mí me constan -añadió sacando un paquete de tabaco del bolsillo y alzándolo-. ¿Permite?

-Permitido.

Ramage sacó un cigarrilo y lo encendió.

-Bien -prosiguió-. Bien -volvió a decir-. Sabíamos que en Lampang teníamos enemigos. Sabíamos que el presidente Prem no iba a concedernos la base aérea que queríamos y, lo que es más importan-te, que no iba a liquidar a los rebeldes comunistas. Sabíamos que si de algún modo Prem podía ser desalojado de su cargo...

-¿Qué significa eso? -le interrumpió Underwood-. ¿Qué quiere decir «desalojar de su cargo»?

-Matarlo no, si es eso lo que piensa. No, más bien obligarle a dimitir. Conseguido esto, le sucedería su mujer, Noy, y ella sería más débil y más fácil de manejar. Luego habría elecciones y si se presentaba candidata, su rival sería el general Nakorn, fiel amigo de nuestro país. Él ganaría fácilmente y de él conseguiríamos lo que queríamos. Así que consulté con nuestro jefe de destacamento en Visaka, Percy Siebert, a quien creo que usted conoce...

-Si, le conozco.

-...y le dije... no me quedaba otra alternativa después de múltiples conversaciones con Morrison... le dije que no estábamos contentos con el presidente de Lampang y que preferiríamos que la presidenta fuese su esposa.

-¿No hubo órdenes para que asesinaran a Prem?

-Ni mucho menos. Yo le dije a Siebert que había que encontrar una manera aceptable para deshacerse de Prem Sang, y le ordené que se informase y hallase algo sobre Prem que obligase a éste a tirar la toalla.

-¿Por qué no se me informó de esto en las reuniones diarias?

-Era una operación secreta -replicó Ramage rebulléndose nervioso- en fase preliminar y no me gusta implicarle en este tipo de operaciones hasta que no estoy seguro de que la CIA va a llevarlas a cabo. Pensé que era mejor decírselo cuando tuviésemos una perspectiva concreta que considerásemos podía dar resultado, con la seguridad de que el general Nakorn fuese a estar pronto en el sillón presidencial.

-¿Y qué sucedió después? -inquirió Underwood.

-Sé que Siebert se dirigió al general Nakorn y le pidió que le ayudase a encontrar un medio para desalojar a Prem de la presidencia.

-Y Nakorn optó por la vía rápida... el asesinato.

-Cuidado, señor presidente -dijo Ramage alzando una mano-. Eso no lo sabemos con seguridad.

-Sabemos que hubo asesinato. Es un hecho. ¿Quién si no Nakorn pudo realizarlo u ordenarlo?

-Más de una docena de sus subordinados -replicó Ramage, no tan convencido-. Pudo insinuarles que hicieran una investigación sobre Prem y alguno de ellos quizá optara por liquidarlo por cuenta propia. Por lo que sé, Nakorn debió hacer llegar la idea a los comunistas y fueron ellos quienes lo hicieron.

-Ellos no le habrían hecho nada. Usted mismo ha dicho que estaba de su parte.

-No del todo. Estaba dispuesto a entablar conversaciones, pero no necesariamente a

ceder a sus exigencias. Puede que quisieran limpiar el patio para tener un objetivo más fácil, es decir, Noy Sang.

-Lo dudo. Me extraña mucho. No creo que fuesen los comunistas.

-Entonces, yo no sé quién fue -dijo Ramage-. No sé a quién achacar la responsabilidad, y no creo que Siebert lo sepa. El asesinato nos lleva a un callejón sin salida.

-No tanto -replicó Underwood, que no dejaba de darle vueltas en la cabeza-. Fue una decisión de la CIA, y yo soy responsable de todas sus decisiones -añadió mostrando ceño-. Es algo que se hizo en mi nombre, sin que se me informara. Si hubiese sabido lo que tramaba, le habría disuadido, porque me habría imaginado que a su pandilla se le iría de la mano y la cosa acabaría en un asesinato. Esto se hizo a espaldas mías.

-Discúlpeme -dijo Ramage poniéndose en pie y paseando de un lado a otro del despacho-, no sé cómo planteárselo... -Se detuvo y fijó los ojos en Underwood-. Señor presidente, seré franco con usted. No sé si le gustará...

-Siga, siga -dijo Underwood.

-Yo creo que es debido a cómo usted ha venido desempeñando el cargo. Ha delegado en otros asuntos de estado y de defensa, en los de seguridad nacional y sus subordinados. Y yo me daba cuenta. Por ese motivo no le envié el informe de ese esbozo previo, porque creía de todas formas que usted delegaría su ejecución en alguien menos competente que la CIA.

Ramage volvió al sillón y lo agarró por el respaldo.

-De todos modos, señor presidente, es tarde para cambiar las cosas. Es una vieja historia y ya nada se puede hacer.

-En eso se equivoca, Alan -replicó el presidente poniéndose en pie-. Se puede hacer algo y voy a hacerlo. Y no voy a delegarlo. Buenos días, Alan. No se hable más del tema.

A solas en el escritorio del despacho oval, masticando la hamburguesa que su camarero le había traído para almorzar, Matt. Underwood pensaba en lo que podía hacerse para solucionar el entuerto en que se veía respecto a Noy Sang.

Sólo había una solución y pensaba llevarla adelante.

Cuando, una hora más tarde, su asesor personal regresó al despacho, Underwood le llamó por el intercomunicador y le mandó que fuera a verle.

Paul Blake entró con cara inquisitiva, y el presidente le hizo sentarse en el mismo sillón que había ocupado Ramage por la mañana.

Cuando hubo tornado asiento, Underwood cogió de la mesa tres hojas de papel y paso en silencio el dedo de arriba abajo por ellas. Finalmente levanto la vista.

-La lista provisional de gestiones importante... para el mes que viene... -comenzó a decir.

-Espero que la apruebe, Matt.

-Si, sí, está bien -respondió buscando algo, que encontró en la segunda hoja-, salvo un cambio.

-¿Cuál?

-La invitación a China. Aquí dice que estoy invitado a una fiesta aniversario en Pekín en la que me recibirán los dirigentes de la República Popular de China -dijo levantando la vista-. ¿Sigue vigente?

-Pues... sí y no -respondió Blake-. La invitación sigue en pie, claro. Pero cuando se lo planteé lo descartó diciéndome que era un viaje muy largo para ver danzas folclóricas y hablar con los dirigentes chinos de nada en concreto. Sugirió que enviásemos al vicepresidente en su lugar, así que aún no he concretado nada porque pensé que sería mejor darle tiempo a reflexionar.

-Hiciste bien, Paul -dijo Underwood asintiendo con la cabeza-. Necesitaba tiempo para pensarlo, y lo he hecho.

-Bien, señor, ¿y qué cree ahora?

Librodot

-He cambiado de idea.

-¿Va a ir a China? -inquirió Blake irguiéndose.

-Decididamente. El vicepresidente no tiene suficiente entidad para una reunión de esa envergadura. Y en cuanto a la fiesta, no quiero ofender a nuestros amigos chinos. Hay que conservar nuestras buenas relaciones.

-Muy bien, me alegro de que lo vea, Matt.

-Programa dos días en Pekín.

-De acuerdo.

-Otra cosa, Paul. Algo igual de importante para mí personalmente. -Veía por la expresión de Blake que se figuraba lo que iba a decirle, pero no pensaba callarse-. Quiero salir a primera hora para Pekín y hacer una escala de dos días en Lampang para arreglar el malentendido con madame Noy Sang.

Era lo que Blake se esperaba, pero no hizo ningún gesto de reacción.

-Quiero que comuniques a madame Noy Sang que iré a Visaka con el propósito concreto de verme con ella a solas. ¿Te ocuparás de organizarlo?

-Inmediatamente.

-Pero, antes de entrevistarme con Noy Sang, hazme un hueco para otra entrevista, también privada, con Percy Siebert, el jefe del destacamento de la CIA en nuestra embajada en Visaka. Quiero que se presente en mi suite del hotel Oriental lo antes posible en cuanto aterricemos. Y dile que después tiene que acompañarme a otra entrevista.

-Me encargaré de que el director Ramage disponga inmediatamente todo lo necesario.

-Gracias, Paul, manos a la obra.

Cuando se hubo marchado Blake, Matt Underwood se levantó, estiró las piernas y se sintió mejor. Era un camino pedregoso, sí; Siebert no sería fácil, y Noy, incluso más difícil. Pero había que hacerlo.

Reparación del daño, podía decirse.

El daño de la primera dama.

O de la CIA.

Una semana después, el Fuerza Aérea número uno del presidente Underwood volaba hacia la República Popular de China, con escala en la isla de Lampang.

Tras el aterrizaje en Visaka, Underwood, acompañado de Marsop, se dirigió a la suite presidencial en el hotel Oriental. Marsop había acudido a recibirle en representación de Noy Sang y a servirle de acompañante para guardar el protocolo; el ministro no le había dicho nada a propósito de Noy, salvo que le recibiría, como había solicitado, en su despacho del palacio de Chamadin.

Puesto que Marsop no le anticipaba nada más, Underwood se despidió de él en el hotel Oriental y, rodeado por los agentes del servicio secreto, se dispuso a celebrar una reunión menos prometedora y más difícil con el jefe de la CIA en Lampang, Percy Siebert.

La entrevista con Siebert fue tan difícil como había previsto Underwood. Gracias a hacer valer la importancia de su cargo pudo vencer la reticencia del agente de la CIA para que colaborase. Al final, Underwood logró imponerse y tras una hora y media de insistencia -mas bien de órdenes- consiguió que Siebert le acompañase a la reunión con Noy Sang en el palacio Chamadin.

Aguardaban ambos en su despacho oficial cuando ella entró.

Saludó a Siebert con una inclinación de cabeza con frías palabras a Underwood.

-Me sorprende verlo: aquí tan pronto -dijo-. Siéntense, por favor.

Una vez que los dos estuvieron sentados, Noy fue a acomodarse en su poltrona detrás del escritorio.

-¿A qué ha venido? -inquirió directamente a Underwood.

-Usted me acusó de ser el culpable de la muerte de su marido -replicó él-. Y yo le dije

Librodot

que investigaría el asunto hasta el final.

-Creo que no hay nada más que hablar -replicó Noy Sang.

-Hay mucho que hablar -respondió Underwood-, y más teniendo en cuenta que a usted no le constan todos los detalles. ¿Quiere, por favor, escucharme?

-Naturalmente -respondió ella en tono de hastío-. ¿Qué tiene que añadir?

-Le dije que descubriría la verdad sobre el asesinato de su esposo, que erróneamente se me había imputado. Intenté decirle que no me gusta verme las manos manchadas de sangre, y quiero dejarlo todo bien claro. Percy Siebert forma parte del personal de nuestra embajada y, como sin duda usted sabe, es el jefe del destacamento de la CIA en Lampang.

-Estoy al corriente, señor presidente -dijo Noy Sang asintiendo con la cabeza.

-Bien, el señor Siebert se vio implicado de manera secundaria en la muerte de su esposo; al saber que yo venía a verle me lo explicó todo y ahora yo le he obligado, contra su voluntad, a que diga ante usted lo que realmente sucedió.

-Y bien, señor Siebert -dijo Noy Sang dirigiendo su atención al hombre de la CIA.

-Comprenda, madame Sang, que yo no soy el principal protagonista de este lamentable asunto -comenzó diciendo Siebert-. Intervine en ello porque me hallaba en Lampang, pero las órdenes las dio el director de la CIA Alan Ramage, quien me comunicó que el presidente Prem Sang estaba obstaculizando la política de Estados Unidos en el Sudeste asiático y me encargó que hallara un medio de hacerle aliado de Estados Unidos...

-Era aliado -espeto Noy Sang.

-No lo bastante, madame. Los objetivos de Estados Unidos y de Lampang eran distintos -replicó Siebert.

-¿Y un asesinato fue el medio para conseguir ese objetivo? -inquirió Noy Sang.

-Nunca figuró esa palabra en las instrucciones que recibí. A mí se me dijo que hallase un modo no violento; algo así como un escándalo. Pero conviene que sepa que el presidente Underwood no estaba para nada al corriente de esta gestión ni tenía nada que ver con esas órdenes que se me cursaron, porque a él no le informaron. Ni siquiera en el informe FTPO confidencial exclusivo para el presidente, porque se preveía que él se opondría. El director Ramage impuso que se guardara secreto y yo cumplí sus órdenes.

Noy se volvió hacia Underwood y por primera vez desde que se habían visto en Blair House su expresión se ablandó y se volvió amistosa.

-Matt... me complace mucho saber esto -dijo. Underwood no respondió, y Noy Sang hizo un gesto a Siebert.

-Siga usted, Percy.

-Entonces pensé a quién podría dirigirme y opté por el general Nakorn. Nos vimos, le informé de los deseos de mi gobierno, y no le dije nada de hacer ningún daño al presidente Prem, y menos de asesinarle, sino de hallar un medio para desalojarle de la presidencia lo antes posible. Puede que incluso le dijese que tratase de averiguar si el presidente Prem estaba mezclado en algún escándalo. El general Nakorn me prometió estudiar qué podía hacerse, y me dijo que designaría a un oficial de los servicios de inteligencia del ejército para indagar a fondo en los asuntos del presidente. En cualquier caso, él se encargaba de vencer la resistencia de Prem a la política americana. -Siebert hizo una pausa para recuperar el aliento-. Varias semanas después supe que habían entrado dos hombres en su despacho disparando contra él. No fue nuestro propósito ni deseo, y el presidente Underwood ignoraba totalmente lo que nos traíamos entre manos; no es que actuara con negligencia, es que no sabía nada.

-Matt, siento mucho haberle imputado la culpa. Perdóneme -dijo Noy Sang fijando la vista en Underwood.

-Es lo único que quería que me dijese -respondió Underwood-, que le tranquilice saber que yo no tomé parte en eso.

-Ahora estoy convencida -añadió ella.

-El asesinato no lo inspiró la CIA. Es lo único que sé -concluyó Siebert.

-¿Cree usted que se cometió siguiendo órdenes del general Nakorn? -inquirió Noy Sang

fijando la mirada en Siebert.

-Posiblemente -respondió éste encogiéndose de hombros-, pero no tengo la menor prueba.

-No obstante -añadió Noy Sang-, creo que habrá que someter al general a una investigación. Quizá sea el único que pueda explicar cómo se llevó a cabo el asesinato. Señor Siebert, ¿nos ayudará?

-No puedo ayudarlos, madame Sang -respondió Siebert moviendo despacio la cabeza, desconsolado-, por más que quisiera. Debo fidelidad a la CIA y he jurado el cargo. No puedo repetir esta historia en público... ni pueden obligarme, porque como miembro de la Embajada de Estados Unidos tengo inmunidad diplomática. No puedo revelar los asuntos de la CIA. Espero que lo entienda, madame Sang.

-Quizá pueda hacerse una excepción en este caso, Percy -terció Underwood.

-Señor presidente, sabe usted que es imposible -respondió Siebert.

-Déjelo, Matt -interrumpió Noy Sang-. Comprendo su posición. Si no hay juicio y comparecencia de testigos, tendré que recurrir a la mejor solución posible.

-¿Cuál, Noy? -inquirió Underwood.

-Mañana anunciaré que me presento a la reelección, enfrentándome al general Nakorn, que anunció su candidatura hace una semana. Estados Unidos pensaba que al sustituir a Prem en el cargo sería demasiado débil para derrotar a Nakorn en las elecciones, y tengo que demostrar que no es cierto. No he planteado objeciones a la base aérea y ésta se considera un factor de defensa de nuestra democracia. El pueblo quiere que entable conversaciones con los comunistas, que al fin y al cabo también son de Lampang, y los integre en nuestro régimen. Como consecuencia de esto, los últimos sondeos demuestran que soy mucho más popular que el general Nakorn. Obtendré más votos que él y le derrotaré. Ésa es mi aspiración actual: desplazar al ambicioso general de la vida pública. ¿Lo aprueba usted, Matt?

-Lo apruebo, Noy. Con todo mi corazón.

Noy Sang se puso en pie y dio la vuelta al escritorio para tomar la mano de Underwood entre las suyas.

-Matt, perdóneme; tenía que haberle creído. Que tenga mucho éxito en China. Gracias a Dios que antes pasó por aquí. No deje de volver lo más pronto posible.

Cuando Underwood regresó a sus habitaciones en el hotel Oriental, Paul Blake le esperaba con el equipaje listo para volar hacia China.

Mientras se ponía una camisa limpia y un traje de gabardina, viendo cómo el mayordomo recogía las últimas cosas, Blake permanecía a sus espaldas para preguntarle.

-Por lo alegre que está, intuyo que ha tenido una entrevista satisfactoria con madame Noy Sang -dijo.

-Mucho -respondió Underwood sonriendo-. Me llevé a Siebert y pude aclarar el asunto. Noy me pidió excusas por haberme creído culpable.

-¿Se lo imputa al general Nakorn?

-Sospecha de él, pero no puede demostrar que fuese el culpable de la muerte de Prem. Aunque lo que sí quiere es desplazarle, y ha decidido no retirarse cuando concluya este mandato. Mañana va a anunciar por televisión que se presenta a la reelección. Espera derrotar a Nakorn y, si sale elegida, lo apartará del poder.

Blake miró en silencio al mayordomo mientras cerraba éste las maletas.

-Matt... -dijo finalmente.

-¿Qué, Paul?

-Sabe que Nakorn es nuestro hombre en Lampang, la persona en quien podemos confiar.

-No le tengo confianza -respondió Underwood cerrando su maleta y alzando la cabeza-. Yo confío en Noy Sang.

-Ezra Morrison ya está en Pekín, y no le va a gustar.

Librodot

-Su jefe soy yo -replicó Underwood- y es a mi a quien tiene que gustarme -hizo una pausa-. Y me gusta.

Diez

El hotel de la Gran Muralla se alzaba majestuoso en las afueras de Pekín. Al llegar a la entrada, al presidente Underwood le causó impresión la apretada multitud de chinos, acordonada por un fuerte dispositivo de seguridad a lo largo de las calles, cuyas bicicletas se alineaban en uniformes filas en cromados soportes, y nada más cruzar el umbral con su séquito, aún le impresionó más la capacidad y el brillo del gran vestíbulo.

El director del hotel y los miembros del politburó chino quisieron conducirle hacia el ascensor de cristal, pero él, al ver la amplia escalera, ricamente alfombrada, optó por subir a pie al tercer piso, en el que estaban las suites adjuntas para él y Ezra Morrison. Quería andar porque estaba harto de las largas sentadas en los vuelos y deseaba hacer ejercicio para recuperar energías.

Se sentía más ágil y vigoroso cuando llegó al tercer piso. La mitad de su escolta de agentes del servicio secreto había llegado antes con Morrison en el avión de la prensa, y ya estaban en sus puestos.

Le condujeron a su suite y su mayordomo entró directamente al dormitorio para deshacer el equipaje.

Underwood se plegó al protocolo de que le mostraran Las habitaciones. Una vez cumplido el formalismo, el director dijo:

-Señor, el secretario de Estado Morrison espera su llegada en la suite contigua.

-Bien -contestó Underwood-. Estoy deseando verle.

El director y los funcionarios chinos se retiraron discretamente y, cuando también su mayordomo le dejó a solas, Underwood llamó a la puerta que comunicaba las dos suites. Se abrió ésta y apareció Morrison. Se dieron la mano.

-¿Ha sido bueno el vuelo? -inquirió Morrison, pasando a la suite presidencial.

-Perfecto. ¿Qué has estado haciendo?

-Esta mañana, primero fui a la plaza de Tiananmen, que sigue siendo impresionante. Luego tuve una reunión previa con el primer ministro Li Peng para revisar el programa de mañana. Habrá varios discursos, pero el de usted es el principal. Peng le presentará en el Gran Auditorio del Pueblo y hablará ante mil novecientos delegados. Después, Peng cerrará el acto. Eso, mañana. Esta tarde está dedicada a la prensa para que tome fotos durante una visita a la ciudad. Le enseñarán los monumentos que ha visto docenas de veces. Así complacemos a la prensa china y americana.

-Bueno, parece sencillo. Vamos a tomar una copa.

Se quedaron los dos de pie ante el pequeño bar.

-¿Qué tal la escala en Lampang? -inquirió Morrison-. ¿Vio a Noy Sang?

-Si., y me acompañó Percy Siebert. Lo solucionamos todo. Vuelvo a ser amigo de Noy.

-Me lo suponía -dijo Morrison-. Acabo de verla.

-¿Que has visto a Noy? -dijo Underwood, desconcertado.

-Por televisión. En la televisión china. La he entendido porque hablaba en inglés, aunque estaba sub-titulado en chino.

-¿Qué tal ha estado?

-Muy bien -respondió Morrison-. Ha anunciado que se presenta a la reelección, y me imaginé que usted habría tenido algo que ver, pues hasta la fecha sólo estaba anunciada la candidatura del general Nakorn y ella había negado que pensara presentarse.

Entonces, llega usted, la ve y, de pronto, dice que se presenta.

-Quizá yo haya tenido algo que ver -dijo Underwood asintiendo con la cabeza-, pero ella es quien lo ha decidido. Cuando Siebert concluyó el relato de los hechos, estaba casi convencida de que el culpable de la muerte de su marido era Nakorn.

-Sorprendente, pero posible.

-Pero no puede demostrarlo, Ezra, y quiere aplastarle en las elecciones para destituirle como jefe del ejército y apartarle del poder.

-Es comprensible -comentó Morrison cogiendo un puro para prepararlo-. Pero también sabrá, Matt, que el general Nakorn es nuestro hombre -añadió encendiendo el puro.

-Claro que lo sé. Me lo recordó Blake en Lampang.

-No nos interesa que le derrote -dijo Morrison-. En él podemos confiar porque es partidario de las barras y estrellas .

-También Noy Sang -dijo Underwood muy serio-. Estoy seguro.

-Yo no -replicó, tajante, Morrison-. Sus impresiones están influidas por su... personalidad. Pero ella es blanda con los comunistas, y nosotros necesitamos a alguien que sea duro con ellos.

-Tú ves comunistas detrás de los tiestos -replicó sarcástico Underwood-. Hace tiempo que murió Joe McCarthy. Déjale que descanse en paz.

-Matt, es mi cometido. Soy su secretario de Estado, y no me fío de ellos, ni aquí, ni allá ni en ningún sitio.

-Ezra, yo soy tu presidente, y confío en ellos ahora más que nunca, porque vivimos en un mundo del que podemos borrarnos mutuamente.

-Yo estaría más tranquilo, mucho más tranquilo, con Nakorn de presidente -insistió Morrison.

-Noy le lleva ventaja en los sondeos. Estoy convencido de que Noy ganará la reelección. Tenemos que confiar en ella, y te aseguro que no hay que temer.

-Espero que no se equivoque -respondió Morrison con un suspiro- No caben errores. En el Sudeste asiático tenemos que ser fuertes; lo que me recuerda otra cosa: he leído el discurso que le han escrito los asesores, e imagino que usted también.

-Sabes que si, y con atención. -Hizo una pausa, indeciso-. Lo he rebajado un poquito.

-¿Por qué? Estaba bien...

-Los chinos van hacia el capitalismo y la democracia, y sobre ese supuesto no quiero que los sigamos tratando como enemigos.

-Espero que no cometa un error, Matt -dijo Morrison, inquieto, apartándose del bar-. No sabemos en qué acabará China a largo plazo. A corto plazo, en este momento, es un Estado comunista. Y, según usted lleva el caso, Lampang podría acabar siéndolo.

-Eres muy pesimista, Ezra.

-No lo sé -replicó Morrison, aspirando el puro-. En este momento lo que más me preocupa es Lampang. Arriesgándome a ofenderle, jefe, le diré que me fastidia perder una baza segura por el hecho de que esté deslumbrado por una mujer de buenas tetas luciendo el sarong.

-No me ofendes -replicó Underwood sonriendo-, lo que pasa es que hablas como mi mujer. Tienes toda la razón: Noy en sarong es sensacional. Sí, seguro que tiene buenas tetas sin el sarong. Pero con-fío antes en unas tetas que en alguien que lleva sable.

-No estoy muy seguro de que el amor lo conquiste todo.

-Yo no estoy muy seguro de que esto tenga algo que ver con el amor -replicó Underwood acercándose a él-, pero, desde luego, históricamente, el amor lo conquista todo. Vamos a probar, Ezra. Hagámoslo a mi manera; ya sé lo que nos jugamos, pero vamos a hacerlo a mi manera.

Noy Sang no había previsto que el anuncio por televisión de que iba a presentarse a la reelección causase tal entusiasmo. El general Nakorn había anunciado la semana anterior, sin pena ni gloria, su candidatura después del congreso del Partido Nacional Independiente, dado que se suponía que Noy Sang no iba a presentarse y que, en consecuencia, el militar ocuparía

la presidencia casi de forma automática.

Lo cierto es que aquel anuncio imprevisto de la candidatura de Noy Sang había superado cualquier expectativa. En cuanto se supo la noticia no cesaron de recibirse llamadas telefónicas, manifestaciones de apoyo de la prensa y demostraciones de júbilo por todo el país.

Había estado tan agobiada por el revuelo suscitado por la noticia, que a la mañana siguiente tenía mala conciencia de descuidar a los suyos, y, de ellos, al que más, su hijo Den de seis años.

Noy Sang desayunaba habitualmente con el pequeño antes de enviarle al colegio público de St. Mary, pues desde un principio se había empeñado en educarle, en la medida de lo posible, como cualquier otro niño, y se había negado a matricularle en un colegio privado. De ese modo, Den se relacionaba con niños normales de su edad en lugar de hacerlo exclusivamente con los vástagos de las familias ricas. Además, Noy Sang había optado por enviarlo todos los días en su Mercedes con el chófer Chalie, consciente de que si lo llevaba ella misma sería necesariamente una operación complicada por la escolta de media docena de agentes como mínimo, y aquella solución le pareció idónea para que Den no pensase que era alguien especial. Era mejor que lo condujese cada mañana Chalie en el Mercedes.

Pero aquella mañana, debido a cierto sentimiento de culpabilidad, había ido con Den y Chalie al colegio. Sentía mala conciencia por no haberse ocupado lo bastante del niño y no quería dejar pasar ninguna ocasión de estar con él para demostrarle su interés por él y sus estudios.

Llegó con Den hasta la entrada principal del patio del colegio, en el que le aguardaban tres compañeros -Toro, el amigo íntimo, y otros dos-. El niño dio un beso apresuradamente a su madre, saltó del coche y corrió por la acera hacia sus amigos.

Se volvió rápido a decir adiós con la mano y en pocos segundos estuvo con ellos en el patio de grava del colegio.

Noy Sang, satisfecha, lo miró en silencio desde su asiento en el Mercedes, hasta que Chalie arrancó para volver a llevarla a palacio. Al apearse, dijo al chófer:

-Chalie, recoge a Den tú solo a las dos como de costumbre, yo estaré ocupada toda la tarde.

-Como de costumbre, madame -respondió Chalie.

Nada más entrar en el palacio, Noy Sang pensó en la única persona extranjera con quien quería hablar de la excelente acogida del anuncio por televisión de su participación en las elecciones. Esa persona era, naturalmente, Matt Underwood. Echó una ojeada al reloj de pulsera y calculó que a aquella hora Underwood estaría en Pekín en un acto oficial y, por consiguiente, no era oportuno llamarle.

Se prometió hacerlo unos días más tarde, cuando hubiese concluido el viaje oficial a China y estuviera de nuevo en su despacho oval de Washington.

De reojo vio que Chalie llevaba el Mercedes hacia el garaje subterráneo en donde lo dejaba hasta la hora de ir a buscar a Den.

Chalie descendió la rampa del garaje y aparcó el coche en la zona reservada a los vehículos de la presidencia. Abrió la puerta, se apeó y comenzó a alejarse del Mercedes, momento en el que oyó una especie de movimiento a sus espaldas.

Giró sobre sus talones para ver lo que era, pero sólo alcanzó a distinguir un grueso bate de béisbol que alguien enarbolaba, descargándolo con fuerza sobre su cabeza antes de que tuviera tiempo de esquivarlo o de protegerse.

Recibió un impacto en la coronilla que le hizo perder el sentido.

El Mercedes aguardaba ante el colegio St. Mary a las dos en punto, cuando Den sus amigos aparecieron corriendo por el patio hacia la salida.

-Ahí está tu coche -dijo Toru.

-Como siempre -contestó Den-. Chalie es puntual todos los días; tiene miedo a mi madre.

-¿Y por qué le va a tener miedo? -replicó Toru-. ¿Porque es la presidenta?

-Me imagino -respondió Den-. Oye, qué aburrimiento la clase de geografía.

-Peor ha sido la de historia -añadió Toru.

-Hasta mañana -exclamó Den-. No te olvides de ver la película que dan esta noche en la tele. Casablanca; he leído que ha sido la más popular de la tele americana. Mañana hablaremos.

Den salió corriendo del patio, dejando atrás a sus amigos, agarró la manivela de la portezuela del Mercedes, la abrió del todo y subió de un salto al asiento al lado del chófer sin dejar de mirar a sus amigos, a los que saludó con la mano mientras el coche arrancaba.

Transcurrió medio minuto durante el cual Den fijó la vista en el parabrisas, mirando al frente absorto en sus pensamientos.

-Qué aburrimiento de lecciones hoy, salvo la de aritmética -dijo finalmente.

-Ummm -contestó el chófer.

Estaban llegando al final de la manzana cuando el coche giró bruscamente a la derecha.

-Eh, ¿qué haces? -exclamó el pequeño-. Se gira a la izquierda -añadió volviéndose en su asiento para ver qué respondía Chalie.

Pero no iba a contestarle nada, porque el chófer no era Chalie.

Chalie tenía la cara picada de viruelas y aquél tenía una cara lisa, regordeta y morena, con la nariz larga y puntiaguda.

-Tú no eres Chalie -exclamó el pequeño-. Eres otro. ¿Qué haces aquí?

-Chalie se ha puesto malo -respondió el chófer-y me mandó a recogerte.

-Pero éste no es el camino.

-No, no lo es -dijo una voz desde el asiento trasero.

Den se dio la vuelta y vio a un hombre con bigote, agachado, que debía haber estado tumbado en el suelo mientras le esperaban a la salida del colegio. Den vio que empuñaba un revólver plateado, como en las películas. El desconocido le puso el cañón en la cabeza.

-Y ahora, quietecito, joven, si no quieres que te agujeree... Haz sitio; acércate al chófer. ¡Muévete: -exclamó dándole un empujón.

Den comenzó a temblar, cosa que nunca sucedía en las películas.

El del bigote era bajo y fornido; trepó por el respaldo del asiento y se sentó delante a su lado, dejándole aprisionado entre su corpachón y el del chófer

-Ahora cierra los ojos, voy a vendártelos -dijo el del bigote.

-Quiero ver a mi madre -replicó Den con voz llorosa.

-Ya la verás -respondió el hombre probando el nudo de la venda-. Eso si te portas bien, porque de contrario, no verás nunca mas a nadie. Así que quieto. En seguida llegamos.

Marsop estaba en el despacho presidencial de Noy, de pie ante el escritorio, buscando entre los papeles un documento.

Se sobresaltó al oír sonar uno de los tres teléfonos. Era el timbre del blanco, el teléfono que Noy sólo permitía utilizar para llamadas urgentes o a los ministros. Era evidente que telefoneaban a Noy, y Marsop la llamó a voces, pero no estaba; no le oía.

Como los timbrazos no cesaban, Marsop decidió contestar la llamada y descolgó el aparato.

-Despacho presidencial. Diga.

-¿Quién habla? -decía una voz sorda al otro extremo.

-El ministro Marsop.

-Quiero hablar con la presidenta Noy Sang. -Lo siento pero no está.

-¿Podría darle un recado? -se oyó decir después de una pausa.

-Por supuesto.

-Ahora mismo.

-Si, sí; ¿quién llama?

-Soy oficial del ejército.

Marsop creyó reconocer aquella voz. Era una fuerte voz de bajo que le había impresionado en las reuniones del gabinete y en otras con los militares. Era una voz como la del coronel Peere Chavalit, segundo en el mando y prestigio, ayudante de Nakorn. Pero no estaba seguro.

-¿Es usted el coronel Chavalit? -inquirió.

-Eso da igual. Quiero hablar con la presidenta, y si no está, hablo con usted para que le dé el recado.

-De acuerdo -respondió Marsop asintiendo con la cabeza y viendo que el tono de la voz se había tornado amenazador-. Se lo comunicaré personalmente. Dígame.

-Se refiere a su hijo Den.

Aquello ya sonaba siniestro y Marsop agarró tenso el receptor.

-¿Sucede algo? ¿Se encuentra bien?

-Perfectamente.

-¿Llama usted desde el colegio? -inquirió Marsop, desconcertado.

-El niño salió de St. Mary hace media hora, como comprobará si mira el reloj.

Marsop miró el reloj que había en el escritorio. Eran las 2.32. A Den tenía que haberlo recogido -lo recogía siempre- Chalie, el chófer de Noy Sang, a las dos en punto.

-¿Y donde está? -replicó Marsop tragando saliva

-Con nosotros; con amigos.

-¿Dónde es eso?

-Ya lo hablaremos.

-¿Y cómo sé que está ahí?

-¿Quiere oírle?

-Sí,-contestó Marsop.

Se oyó al otro extremo el murmullo de una consulta, luego unos pasos y por fin a Den.

-Marsop -decía Den con voz chillona-, soy yo; estoy...

-Ya le ha oído -volvió a decir la voz profunda.

-¿Está bien? -inquirió Marsop.

-Perfectamente; espero que pase en seguida el recado a la presidenta.

-Lo haré -respondió Marsop-. ¿De qué se trata?

-Quiero verla a ella inmediatamente.

-Venga a palacio...

-No diga tonterías. Quiero verla en mi propio terreno; aquí.

-Si es posible...

-Tiene que serlo, si quiere ver vivo a su hijo.

A Marsop le dio un vuelco el corazón y procuró mantener la voz firme. Tómatelo en serio, se dijo, pero no te dejes vencer por el pánico.

-¿Cuál... cuál es el recado, señor?

-Escúcheme bien. ¿Tiene ahí un lápiz? Tome nota.

-Tengo lápiz.

-Muy bien. Escuche: la presidenta debe acudir a la esquina, la esquina sudoeste de Khan Koen con la calle Bot, y sola. ¿Lo ha anotado? Repítamelo.

-Esquina sudoeste de Khan Koen con calle Bot. Sola -repitió Marsop.

-Exacto. Que lo haga antes de una hora y vera a su hijo sano y salvo.

-Qui... quizá... -tartamudéo Marsop- le sea difícil a la presidenta dejar el palacio a solas, porque un agente de seguridad la sigue a todas partes. No sé si podrá.

-Ya se las arreglará -dijo la voz al otro extremo con tono de enfado-. Si no viene sola, el niño morirá.

-¡Espere! ¿Ustedes tienen su coche...?

-El coche está en el garaje de palacio.

-¡Déjeme que la lleve yo!

-No. Que venga sola en taxi y sin que nadie la siga. Que se baje tres manzanas después de la esquina. ¿Me ha oído?

-Se lo repito: sola o el pequeño morirá.

El comunicante colgó de golpe y el sonido repercutió en el oído de Marsop. Permaneció con el auricular en la mano un instante y luego colgó.

No salía de su asombro. Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Noy Sang para cambiar impresiones.

Siguió buscando entre los papeles del escritorio hasta encontrar el programa de la jornada presidencial. Noy Sang se hallaba en una reunión en el salón Rama con seis asesores del Ministerio de Agricultura.

Se dirigió allá, abrió la puerta del salón y vio que estaba sentada ante una mesa redonda, escuchando el informe que leía uno de los asesores.

Marsop cruzó el salón, llegó hasta ella, la saludó con un gesto y se inclinó para hablarle al oído.

-Tengo que hablarte inmediatamente -musitó-. Es algo urgente.

Ella le miró atemorizada.

-Afuera -añadió Marsop.

Noy Sang se excusó, se levantó y siguió a Marsop.

-¿Qué sucede? -inquirió, ya en el pasillo, agarrando a Marsop del brazo.

-Procura tomártelo con calma...

-¿Qué pasa? Dímelo.

-Den... -comenzó a decir Marsop.

-¿Está herido? -inquirió ella angustiada, llevándose la mano a la boca.

-No -se apresuró a decir Marsop-, que yo sepa está bien. Le han raptado, Noy. Están dispuestos a entregarle con una condición.

-¿Qué piden?

-A ti -respondió Marsop-. Creo que lo que quieren es intercambiarlo por tu persona.

-¿Por mí? -repitió Noy Sang, estupefacta-. ¿Qué quieren de mí?

-Hablar contigo -dijo Marsop, titubeante.

-¿Quiénes son?

-No lo sé, Noy. El que llamó por teléfono, que en realidad te llamaba a ti, pero yo contesté, tiene una voz profunda, pero no conseguí reconocerle.

-Marsop, dime qué te han dicho exactamente.

Marsop trató de repetirle la conversación y luego le entregó la nota.

-Khan Koen y la calle Bot -repitió Noy Sang leyendo-, bajar tres manzanas después de la plaza Uhon y retroceder a pie hasta la esquina. ¿Estás seguro que era la voz de Den? -añadió levantando la cabeza.

-Si, no dijo mucho; pero era Den.

-Podría ser una trampa.

-Lo dudo, Noy -dijo Marsop, titubeante-. Den no ha vuelto del colegio.

-¡Vamos al garaje! -exclamó con voz entrecortada, tirando de Marsop.

Se adelantó a él y comenzó a bajar la escalera del garaje. Marsop la oyó gritar: «¡Chalie!»

Junto al Mercedes, vieron al chófer caído en el suelo. Noy corrió hacia él y se arrodilló para tomarle el pulso.

-Está vivo -dijo por encima del hombro-. Dios mío, cómo sangra por la cabeza. Llama al despacho para que venga un médico y le esperas aquí.

En su despacho, Noy Sang aguardó impaciente el regreso de Marsop, tratando de imaginarse qué había pasado y qué podía hacer. Marsop volvió minutos después.

-Chalie está bien -dijo-. Es una fractura sin importancia; mañana estará en pie.

Noy le escuchó moviendo la cabeza.

-No creo que sea una trampa -dijo-. Tienen a Den y tengo que hacer lo que piden.

-Déjame ir contigo -suplicó Marsop.

-¿No me has dicho que quieren que vaya sola si quiero ver vivo a Den?

-Si, es cierto.

-Pues debo ir sola, Marsop. No puedo correr riesgos con esos locos.

-Puede ser peligroso.

-No me queda otro remedio. 0 yo o Den. Y mi hijo lo es todo para mí. ¿Y cómo voy a ir sola con seis guardias de seguridad a mis talones? -añadió mirando a Marsop.

-No lo sé -contestó él, abatido.

-Yo sí -replicó ella-. Vamos a la cocina. Juliellen, la cocinera -añadió mientras cruzaban el comedor- tiene más o menos mi talla, y todos los días -continuó mientras consultaba su reloj de pulsera-va a esta hora al mercado. Seré yo quien lo haga en su lugar.

Al entrar en la cocina, Juliellen, que leía el periódico, se puso respetuosamente en pie.

-Juliellen...

-Diga, señora presidenta.

-¿Vas al mercado con esa blusa, la falda y el delantal?

-Si, madame.

-¿Tienes otras prendas que yo pueda ponerme?

-¿Usted, madame? Si, claro que tengo, pero...

-No digas más, Juliellen; necesito tu ropa... ahora mismo; y no digas nada a nadie. Quiero ponerme la ropa con la que vas al mercado.

-También me pongo un chal en la cabeza.

-Mejor aún. Ve a por la ropa. Te espero en la despensa.

Un cuarto de hora después, Noy salía de la despensa vestida con una blusa gris y una falda azul de algodón. Cogió el chal de Juliellen y se cubrió la cabeza procurando taparse la cara con los pliegues.

-¿Qué aspecto tengo?

-Muy poco presidencial -comentó Marsop.

-Así podré cruzar la verja. ¿Dónde encontraré un taxi?

-En la manzana siguiente a palacio; delante de la iglesia siempre hay.

-Tengo que darme prisa.

Marsop siguió sus pasos, intranquilo.

-Noy -dijo-, no puedo dejarte ir sola.

-No queda más remedio. Den está en peligro

-Y tú corres peligro.

-No importa. Quédate en mi despacho. Ya te llamaré. ¿Puedes dejarme algo de dinero?

-¿Y si no llamas? -inquirió Marsop metiéndose la mano en el bolsillo de la chaqueta.

-Si dentro de una hora no te he llamado, ponte en contacto con la policía. Ellos conocen la zona -respondió echando a andar hacia la salida-. Marsop, tú espera aquí y reza por los dos.

Cuando el taxi llegó a la plaza Uhon, Noy Sang pagó y se apeó.

Echó una ojeada, sin saber qué hacer, y paró a un joven que llevaba unos paquetes para preguntarle dónde estaba el cruce de Khan Koen y la calle Bot.

El joven le indicó la dirección oeste, señalándole que era a cuatro manzanas de allí.

Noy Sang consultó su reloj y vio que aún no había transcurrido el plazo. Echó a andar lo más rápido posible, pensando que no iba a llegar nunca, cuando de pronto se encontró en el punto señalado; cruzó la calle Khan Koen hacia la esquina sudoeste y se detuvo, apoyándose en unos árboles; pensaba con temor si los raptores soltarían a Den.

Cayendo en la cuenta de que vestía la ropa de Juliellen y que a lo mejor no la reconocían, se quitó el chal de la cabeza para que le vieran bien la cara.

Aguardó unos minutos, cada vez más nerviosa, hasta que oyó unos pasos a sus espaldas. Se volvió inmediatamente y vio que Den se acercaba tambaleándose hacia ella, mientras se quitaba la venda de los ojos.

-¡Mamá! -exclamó el pequeño.

Noy Sang corrió a su encuentro, ahogando un grito de alivio, cayó de rodillas y lo abrazó con todas sus fuerzas.

-¡Den! -exclamó-. ¿Estás bien? ¿No te han hecho daño?

-No, mamá, estoy bien. Pero tú tienes que tener cuidado...

Pero en aquel momento, al levantar la vista, tenía a dos hombres a su lado. Dos jóvenes fornidos con gafas de sol y uniforme de instrucción. Vio que llevaban al cinto una pistola enfundada.

Uno de ellos dio una palmadita en el hombro a Den.

-Niño, déjala, que ella se queda. Tú márchate. -protestó el pequeño.

-¡Márchate ya...! -exclamó el otro soldado arrancándole bruscamente de los brazos de su madre.

-¿Adónde...?

-Haz lo que te dicen -terció Noy Sang, que se había incorporado-. Camina en esa dirección y encontrarás un taxi. Que te lleve a palacio -añadió metiéndose la mano en el bolsillo para darle dinero-. Pagas con esto; cuando llegues, vas a mi despacho, donde encontrarás a Marsop, y le dices que procuraré verle pronto.

-¡Basta de charla! -dijo el segundo soldado echando mano al revólver y dando con la otra mano un empujón a Den-. ¡Vamos, márchate ya!

Den se dio la vuelta y echó a correr.

Noy Sang se le quedó mirando con los ojos llenos de lágrimas de alivio.

Los dos soldados la cogieron por los brazos y la Llevaron hacia los árboles.

-Vamos, madame -dijo uno de ellos.

-¿Adónde vamos?

-A hablar con alguien que la espera -contestó e militar-. ¡Siga, siga, más de prisa!

Den Sang encontró un taxi que lo llevó inmediatamente a palacio, donde se apresuró a llegar al despacho de su madre en el que le aguardaba Marsop sentado en la esquina del escritorio con la mirada fija en el teléfono.

Nada más entrar el niño, Marsop se levantó y lo abrazó.

-¿Qué ha pasado? -inquirió-. ¿Y tu madre?

-La han cogido; se la llevaron dos hombres. Me mandaron juntarme con ella en una esquina, me siguieron y la cogieron; a mí me soltaron. Ella me dijo que tomara un taxi y viniese aquí.

-Pero ¿adónde se la han llevado? -inquirió Mar-sop, suplicante.

-No lo sé. A mí me obligaron a echar a correr para coger el taxi, y ellos se la llevaron hacia los árboles...

-¿Qué árboles?

-Los que hay en el borde del parque. Los vi cuando me quitaron la venda de los ojos.

-¿Ibas con los ojos vendados?

-Sí, luego me quité la venda y la vi a ella allí; y fue cuando la cogieron.

-¿Iban armados?

-Sí, los dos, y con uniforme.

Marsop, que había estado hablando de pie con el niño, se inclinó y le cogió por los hombros.

-Muy bien, Den, ahora cuéntamelo todo desde el principio, cuando ibas a salir del colegio...

-Estaba con mis amigos y eché a correr al coche y subí.

-No era tu coche, porque está en el garaje.

-Sí que era el coche, Marsop -replicó el niño con un gesto de las manos.

-Lo cambiaron por otro Mercedes igual -dijo Marsop-. ¿Y después, qué?

-Al principio no me fijé si era Chalie, porque me despedía de mis amigos. El chófer arrancó y entonces fue cuando vi que no era Chalie.

-No, no era Chalie. ¿Y luego?

-Nos alejamos del colegio, y entonces un hombre grandote, que debía de estar agachado detrás, se pasó al asiento delantero, me empujó al centro y me vendó los ojos con un pañuelo.

-¿Te dijo algo? ¿Te hablaron?

-No. Seguimos un rato en el coche y luego paramos.

-¿Cuánto tiempo estuvisteis en el coche?

-No lo sé -contestó el niño.

-Haz un cálculo.

-Mucho tiempo; quizá un cuarto de hora, o más.

Marsop trataba de imaginarse el recorrido, calculando la distancia a partir de Khan Koen y Bot, pero era inútil.

-¿Y después, qué? -inquirió.

-Era como si bajásemos la rampa de nuestro garaje. Me sacaron del coche y cruzamos una puerta para ir hasta una escalera, que me ayudaron a subir.

-¿De un solo tramo o de dos?

-Dos tramos; conté los escalones. Luego me metieron en un cuarto, y una vez allí me quitaron la venda.

-Dime lo que viste -dijo Marsop-. Procura acordarte.

-Había cuatro hombres con uniforme.

-¿Conocías a alguno?

-No.

-¿Se llamaban por sus nombres?

-No, estaban quietos, menos uno de ellos, que me preguntó el número del teléfono privado de mamá, diciéndome que me matarían si no se lo decía. Se lo dije y se fue al otro cuarto a llamar.

-Sí, yo contesté a la llamada -dijo Marsop-. Era para que tu madre fuese sola a verte.

-Luego me pusieron otra vez la venda y me bajaron a un sitio que me pareció un garaje. Fuimos en coche, dimos muchas vueltas y luego paramos, me sacaron del coche y me pusieron detrás de unos árboles, y cuando me quitaron la venda vi a mamá.

-Y se la llevaron -añadió Marsop con un suspiro- y a ti te obligaron a echar a correr.

-Sí. ¿Qué querían de mamá?

-Supongo que pronto lo sabremos -respondió Marsop mirando el teléfono.

Siguieron charlando de cosas sin importancia a propósito del colegio, de las clases y del fútbol, a pesar de que Den estaba preocupado por su madre.

Cuando sonó el teléfono blanco del escritorio de Noy, los dos dieron un respingo. Marsop se dirigió rápidamente a la poltrona, se sentó en el borde y cogió el auricular.

-Despacho presidencial -dijo.

-Soy yo, Noy -se oyó decir al otro extremo con voz tensa.

-¡Gracias a Dios! -exclamó Marsop-. ¿Estás bien?

-Estoy bien; lo que me importa es Den. ¿Ha regresado?

-Aquí lo tengo conmigo. Está perfectamente.

-Dile que le quiero.

-Den, tu madre te envía besos; dice que está bien -dijo Marsop al niño por encima del teléfono-. Noy, ¿te escucha alguien?

-Sí y no. En la habitación, pero no por supletorio.

-¿Conoces a alguno?

Se hizo un silencio.

-¿Es el coronel Chavalit uno de ellos? -insistió Marsop.

-No.

-¿Estás secuestrada?

-Me han dicho que... -contestó Noy Sang, indecisa- estoy bajo custodia.

Marsop oyó una voz masculina imprecisa cerca de Noy Sang, e inmediatamente ella dijo a alguien: -Si, sí me doy prisa. Marsop...

-Te escucho.

-Me soltarán con una condición -dijo Nov Sang-. Tienes que hacer lo que ellos digan. Con mi autorización, claro.

-Sigue -respondió Marsop.

-Tienes que anunciar por la televisión y la prensa que no voy a presentarme a la reelección por motivos de salud -dijo Noy Sang-. Informarás al general Nakorn que, como presidenta, he decretado que se efectúen las elecciones dentro de una semana. ¿Lo has entendido?

-Eso me temo -respondió Marsop, abatido-. Que no participarás en las elecciones frente a Nakorn por motivos de salud, y tengo que llamarle para decirle que se van a celebrar elecciones especiales dentro de una semana. ¿Cuándo tengo que hacerlo, Noy?

-Ahora mismo -respondió ella-. Llama al general Nakorn para decirle lo de las elecciones y dispónlo todo para aparecer en el telediario de la tarde de mañana con un comunicado en el que dirás que estoy en manos de los médicos.

-¿Cuándo te van a soltar?

-El día siguiente de las elecciones -contestó Nov Sang.

Marsop no sabía si preguntar algo más.

-¿Quieres que haga algo más? -inquirió.

-Sería conveniente que hicieras que alguien de fuera visitara palacio para confirmar al mundo que... -hizo una pausa- estoy enferma.

-¿Alguien? -repitió Marsop-. ¿Quién?

En aquel momento cortaron la comunicación. Marsop colgó despacio. Estaba solo y tenía miedo. Le habían mandado hacer unas llamadas, pero había una que tenía prioridad.

Porque había entendido a Noy. Sabía quién era ese alguien. Ese alguien que debía venir de visita. Rápidamente volvió a coger el teléfono.

En Pekín, el presidente Underwood estaba sentado en primera fila, entre los miembros del comité central del politburó chino, ante la asamblea de delegados. Había acabado su discurso, un buen discurso, pensó, cuando vio a Ezra Morrison que se acercaba con prisa hacia él. Una vez a su lado, Morrison se inclinó y le dijo:

-Señor presidente, le llaman por conferencia.

-¿De Washington?

-No, de Lampang.

-¿Quién es? ¿Noy?

-No, el ministro Marsop. Dice que es muy urgente.

-¿Dónde puedo coger la llamada? -dijo Underwood poniéndose inmediatamente en pie, preocupado.

Excusándose ante los presentes, siguió a Morrison fuera de la asamblea por una puerta lateral en la que los aguardaba un funcionario y los tres se dirigieron aprisa hacia un cuarto en el que sólo había una mesa, una silla y un teléfono descolgado. Underwood lo cogió.

-¿Marsop?

-Si, señor presidente. Lamento interrumpirle, pero tenía que hablarle. Se trata de Noy. Está... El teléfono enmudeció.

-Han desconectado -dijo Underwood sin ocultar su irritación.

El funcionario chino cogió el teléfono, apretó un botón y se puso a hablar en su idioma con alguien, seguramente la telefonista. Luego, colgó.

-Señor presidente, si es tan amable de aguardar, la telefonista tratará de ponerle de nuevo con Lampang.

-Dios mío -exclamó Underwood dirigiéndose a Morrison-, ¿qué sucederá? Bueno, no hay más remedio que esperar.

-Será cuestión de un minuto -dijo Morrison.

Pero transcurrieron cinco minutos más de los que él había previsto hasta que de nuevo sonó el teléfono.

-¿Marsop? -inquirió Underwood descolgando con avidez.

-Si, soy yo.

-Me estaba diciendo algo de Noy -dijo Underwood, haciendo seña a Morrison y al funcionario para que le dejasen a solas; una vez cerrada la puerta se pegó el teléfono a la cara-. Marsop, ¿sucede algo?

-Sí, sucede algo.

-No hablamos por una línea segura. ¿Importa?

-No puedo entrar en detalles, pero he hablado con Noy, que no podía expresarse libremente, aunque me ha dicho una cosa. Quería que me pusiese en contacto con usted. Yo no quería interrumpirle, pero...

-Ha hecho muy bien -dijo Underwood-. Noy no puede hablar conmigo y sí con usted. No lo en-tiendo.

-Lo entenderá cuando pueda explicárselo.

-¿Quiere que vaya a Lampang?

-Si es posible, sí; antes de su regreso a Washington. Le esperaré aquí en palacio. Cuando llegue, se lo explicaré todo personalmente. Es lo mejor.

Underwood sentía una opresión en el pecho. Aquella llamada no le gustaba, y le atenazaba la angustia.

-¿Es una cuestión en la que yo pueda hacer algo?

-No lo sé, señor presidente. En cualquier caso, Noy así parecía creerlo. Debe de pensar que usted puede ayudarla.

-Entonces iré inmediatamente.

-¿A qué hora llegará usted?

-Esta misma noche -respondió Underwood-. Iba a salir de China por la tarde, y es lo que haré; pero iré directamente a Lampang en lugar de volar a Washington.

-Se lo agradeceremos infinito -dijo Marsop.

-Veo que es verdaderamente urgente.

-Si, lo es.

-Le veré por la mañana -dijo Underwood aspirando aire y volviéndolo a expulsar.

Permaneció un instante inmóvil, tratando de imaginar lo que sucedía en Lampang. El sospechaba algo, pero no podía tener la certeza. De lo que sí estaba seguro era de lo que iba a hacer.

Se puso en pie, salió del cuarto y se dirigió por el pasillo hacia la puerta del gran auditorio ante la cual paseaba Morrison, impaciente.

-¿Qué sucede, Matt? -inquirió Morrison acercándosele inmediatamente.

-No le sé exactamente, pero debe de ser algo grave

-¿Es urgente?

-Eso me ha dicho Marsop sin ningún género de duda: que fuese allí lo antes posible.

-¿Acaso va a volar a Lampang en lugar de regresar a Washington?

Underwood cogió por el brazo al secretario de Estado y se lo llevó pasillo adelante.

-Tengo que hacerlo, no queda otro remedio -le dijo-. De todos modos, quería hacerlo.

-Es un cambio de programa radical, Matt -replicó Morrison, consternado-. Todo lo previsto se va al agua. Le aguardan en Washington.

-También me esperan en Lampang. Para mí es prioritario.

-Bien, usted sabe lo que sucede y yo no. Así que, lo que usted diga.

Librodot

-Eso es lo que digo, Ezra. Primero Lampang. Tú ocúpate de este cambio de ruta y, con Blake, haced que despegue el avión de prensa como si no sucediese nada; yo embarcaré después en el Niimero Uno con el servicio secreto.

-Ya verá la cantidad de preguntas... -comentó Morrison, lacónico-.¿Insiste, Matt?

-Insisto -respondió Underwood.

Hy Hasken había tomado un taxi para regresar al hotel de la Gran Muralla de Pekín, y en la intimidad de su habitación de una cama llamó por teléfono a Sam Whitlaw, de The National Television Network, en Nueva York.

Todavía con el cansancio del desfase horario del largo vuelo a China, Hasken no estaba muy seguro de la diferencia de hora entre Pekín v Nueva York.

Cuando el director de noche le hizo saber que Sam Whitlaw no estaba en el trabajo sino en casa, Hasken consultó su agenda para buscar el número del domicilio de Sam, en Manhattan.

Volvió de nuevo a pedir conferencia y al cabo de unos segundos tenía la comunicación con Whitlaw al aparato. No parecía dormido, pero Hasken recordó que su jefe rara vez estaba soñoliento, porque estaba acostumbrado a que le despertasen a cualquier hora y siempre se mostraba atento a cualquier posible notición.

-Diga.

-¿Eres tú, Sam? Soy Hasken desde Pekín. Aquí son las siete de la tarde de mañana. ¿Me oyes bien?

-¿Dónde has dicho? -inquirió Whitlaw, al parecer menos despierto y algo aturdido, por lo que Has-ken intuyó que sí le había despertado.

-En China, Pekín. China -respondió Hasken alzando la voz.

-Ah, sí, con el presidente. ¿Qué tal ha estado el discurso?

-Excelente. Ya sabes que eso se le da bien.

-Así que los ha impresionado -comentó Whitlaw-. Eso no es ninguna novedad. ¿Para qué me llamas a estas horas?

-Por el presidente -respondió Hasken-. Vuelve a las andadas.

-¿Qué andadas?

-Es que ha cambiado el itinerario sin previo aviso. Tenía que salir esta noche de Pekín para Washington y envía el avión de la prensa por delante, simulando que él ya ha emprendido vuelo hacia la base de la fuerza aérea en Andrews. Y lo que hace es un desvío para pasar por Lampang antes de seguir viaje a Washington.

-¿A Lampang? ¿Y no está incluido en el itinerario?

-No. Igual que la última vez. ¿Recuerdas cuando fue a Lampang para asistir al entierro de la hermana de Noy Sang? ¿Recuerdas que se tomó un día extra para hacer turismo con la presidenta y fue con ella a la playa? ¿No te acuerdas de aquellas fantásticas imágenes?

-Ya lo creo. Magníficas -contestó Whitlaw.

-Pues las conseguí gracias a que me quedé y no quise marchar en el avión de la prensa. Y es lo que voy a hacer ahora. Voy a seguir los pasos del presidente. Tendré que regresar en un avión comercial, pero creo que aprobarás este gasto. Quizá sea algo caro, pero puede merecer la pena.

Whitlaw permaneció un instante callado.

-¿Y por qué va Underwood a Lampang si no estaba programado?

-No lo sé, Sam, pero me huelo algo.

-¿Y cómo te has enterado?

-Vi a Ezra Morrison entrar en la sala y cuchichearle algo. Luego salieron los dos. Yo me escabullí de la tribuna de la prensa y los seguí. En realidad, lo que yo pretendía era conseguir una entrevista en exclusiva para que me hablase de los resultados del viaje a China, pero vi que los dos entraban en un cuarto, por lo visto para contestar a una llamada telefónica. Yo,

Librodot

entonces, me escondí en una cabina telefónica que dejé medio abierta...

-¿Una cabina telefónica en China?

-El cambio democrático. Cuando Underwood y Morrison salieron del cuarto, caminaron juntos por el pasillo hablando y les oí comentar que el presidente se desviaría a Lampang y el avión de prensa saldría antes rumbo a Washington. Oí al presidente decirle a Morrison que acompañase a los periodistas junto con Blake. Después, Morrison anunció que el presidente estaba muy ocupado para dar una conferencia de prensa y que él mismo comparecería ante ellos en el avión, prometiéndoles contestar a todas las preguntas sobre el viaje presidencial a China. Los demás se han conformado con eso, pero yo no. Yo sabia lo de Lampang y me figuré que sería mejor noticia.

-Así que dejas que se vayan los de la prensa y tú te quedas.

-Quiero ir a Lampang.

-Sin saber lo que se cuece.

-Pues, no -respondió Hasken-, pero tiene que ser algo relacionado con Noy Sang. Todo lo que hace el presidente en esta parte del mundo gira en torno a ello. Recuerda que desde el principio me dijiste que me convirtiese en la sombra del presidente.

-¿Eso dije? Buena, supongo que sí.

-Y ahora que se dirige a Lampang sin previo aviso, creo que debo estar allí para recibirle.

-¿Es que va a verte?

-Depende del motivo por el que vaya allá. Si no me ve, yo puedo andarle cerca.

-Si crees que es posible...

-Ya me conoces, Sam.

-Entonces, ¿para qué me llamas?

-Porque me he quedado sin el avión de la prensa, lo que significa que todo esto lo hago por mi cuenta, es decir con cargo a TNTN.

-Un simple vuelo comercial no es para tanto.

-Pero no hay vuelo comercial para Visaka hasta última hora de la tarde y si llego allí después del presidente me costará verle.

-¿Qué estás insinuando?

-Fletar un avión de China a Lampang. Si salgo pronto, estaré allí para recibir a Underwood.

-Oye, eso puede costar mucho dinero.

-Si, pero si conseguimos algo será una ganga. Aunque si no saco nada en limpio, sin duda será una pérdida. ¿Qué me dices?

-No sé qué decirte. ¿Tú crees que en Lampang pasa algo?

-Me huelo que sí -respondió Hasken.

Se hizo un silencio al otro extremo de la línea.

-Lo estoy pensando -dijo Whitlaw finalmente.

-Lo que tú digas, jefe.

Siguió una pausa aún más larga y por fin Whitlaw volvió a hablar.

-De acuerdo. Una palabra.

-Dila.

-Adelante -dijo Whitlaw.

Underwood llegó al aeropuerto de Visaka en el avión presidencial a última hora de la tarde.

Había procurado echar un sueñecito durante el vuelo, pero no pudo, atormentado por la idea de Lampang. Marsop, una persona tranquila y reservada, le había pedido que acudiera sin demora. Y eso significaba algo urgente; y el hecho de que hubiera sido Marsop quien hubiera hecho la llamada en vez de Noy, significaba que ella no podía telefonear y que, de no estar

enferma, sucedía algo grave.

Totalmente despierto, Underwood trató de figurarse lo que sucedía, pero sin ninguna pista era difícil de adivinar. No tenía más remedio que tener paciencia y esperar a que Marsop se lo explicara.

¿Podría explicárselo la propia Noy? Si ella no le había telefoneado, era poco probable. Y si no estaba disponible, ¿dónde estaría?

Cuando el avión presidencial aterrizó y se detuvo, Underwood pensó que Marsop habría acudido a recibirle, pero a Marsop no se le veía por ninguna parte. Lo que había esperando eran una limusina y dos Ford; la limusina para él y los otros coches para los agentes del servicio secreto de su escolta. Underwood advirtió, además, la presencia de dos coches con elementos del ejército, la guardia de seguridad de Noy, como refuerzo de la escolta.

Como -a petición suya- no había motoristas ni avanzadilla con sirenas, el trayecto del aeropuerto a Visaka fue más lento y la comitiva tardó en llegar al hotel Oriental tres cuartos de hora.

Cuatro agentes del servicio secreto subieron rápidamente a la suite para comprobarlo todo, y los otros dos entraron con Underwood. Nada más cruzar la puerta vio a ambos lados del vestíbulo a los clientes del hotel, que, contenidos por los guardias de seguridad de Noy, esperaban con gran curiosidad la inesperada llegada de alguna personalidad. De un grupo quiso destacarse un hombre para acercársele, pero lo detuvo un guardia de seguridad, secundado inmediatamente por los agentes del servicio secreto.

Cuando Underwood se dio cuenta de quién era, no pudo ocultar un gesto de desagrado; no obstante, ordenó a los agentes que le dejaran acercarse: era Hy Hasken.

-¿Pero qué demonios hace aquí? -inquirió el presidente con evidente enojo-. Tendría usted que estar en el avión de la prensa camino de Washington.

-Morrison me dijo que me concedería usted una entrevista para hablar del viaje a China -respondió Hasken sin dejarse intimidar por el tono de Underwood-. Como Morrison celebra la conferencia de prensa en el avión, se me ocurrió quedarme para tratar de conseguir esa entrevista en exclusiva.

-Ni pensarlo -replicó Underwood, francamente enfadado-. Estoy muy ocupado.

-Señor presidente, Lampang no estaba en su programa...

-Porque no pensaba venir aquí, pero ha surgido algo urgente.

-¿Trabajo o placer?

-Nada de placer -replicó Underwood, airado-. Es un asunto de estado.

-Me gustaría saber...

El presidente había seguido avanzando por el vestíbulo seguido por Hasken, pero de pronto se detuvo y se volvió hacia el periodista.

-Hasken, ¿es que no va a dejarme en paz? La última vez que hizo una cosa parecida se entrometió en mi intimidad, casi me estropeó un día de vacaciones y captó unos primeros planos de la presidenta Noy Sang en sarong de lo más inconvenientes; nos hizo quedar a ambos como dos personas frívolas y provocó un grave equívoco. Y ahora quiere usted meterse de nuevo en mi vida privada y no voy a con-sentirlo.

-Señor presidente, mi obligación es cubrir las noticias relativas a su persona; me limito simplemente a hacer mi trabajo, igual que usted. Espero que sea más comprensivo.

-No quiero verle a mi lado -espetó Underwood, colérico-. Tengo otros asuntos de que ocuparme antes que una absurda entrevista. No se entrometa y manténgase alejado mientras esté aquí. Gracias, adiós y... en hora mala.

En sus habitaciones del hotel Oriental, Underwood comenzó a deshacer el equipaje, pero de pronto se detuvo. No sabía cuánto tiempo iba a estar allí... si una hora, varias, un día o más. Lo que más prisa corría era averiguar por qué le habían llamado y qué pasaba.

Telefoneó al palacio de Chamadin, pidió por el despacho presidencial y le pusieron con

Marsop.

-Cómo me alegro de que haya venido -dijo Marsop-. Necesitamos su ayuda.

-¿Qué sucede? -inquirió Underwood.

-¿Puede usted venir ahora mismo -dijo Marsop- o prefiere que vaya yo ahí?

-Ahora mismo voy para allá -respondió Underwood.

Media hora después estaba en el palacio de Chamadin, donde le escoltaron hasta el despacho de Noy Sang. Al entrar, le extrañó ver que Marsop no estaba a solas: tenía allí al pequeño Den.

-Me alegro de verte, Den -dijo Underwood estrechando la mano del niño.

-Encantado de verle, señor presidente.

-Me alegro de que haya venido, señor presidente -dijo Marsop acercándose a darle la mano.

-He venido en cuanto he podido -respondió Underwood.

-Se lo agradecemos mucho -añadió Marsop-. Siéntese, por favor.

Underwood tomó asiento, echó una ojeada al despacho y vio que estaba a solas con Marsop y Den. La poltrona giratoria detrás del escritorio estaba vacía.

-¿Dónde está Noy? -inquirió.

-La han secuestrado -contestó Marsop a duras penas.

Underwood se quedó estupefacto. Era lo último que hubiera podido imaginarse.

-¿Secuestrada? -repitió, incrédulo-. ¿Noy secuestrada? ¿Por qué? ¿Y por quién?

Marsop suspendió la mano en el aire como indicando que no lo sabía seguro.

-No sabemos quién, si bien puede establecerse una hipótesis racional, aunque no segura. En cuanto al móvil, es más fácil, porque los secuestradores dejaron que hablase conmigo por teléfono y ella me dijo que comunicase al país que no se presentaría a la reelección.

-¡Eso es inadmisible! -estalló Underwood-. ¡Ya imaginaba que a la oposición no le haría gracia, pero no suponía que fuese a llegar tan lejos!

-Van muy en serio -apostilló Marsop.

-¿Cómo ha sido? Cuéntemelo todo.

-Todo empezó con Den, ayer por la tarde -dijo Marsop señalando al pequeño en el sofá.

Underwood se dio la vuelta en la silla.

-¿Qué pasó, Den? ¿Quieres contármelo?

-Me hago un lío -respondió el niño-, será porque me da miedo. Es mejor que se lo cuente Marsop.

-De acuerdo, cuéntemelo usted -dijo Underwood centrando su atención en el ministro.

-Muy bien -dijo Marsop asintiendo con la cabeza-. Noy lleva a su hijo al colegio siempre que puede. Ayer por la mañana decidió hacerlo y le acompañó en el Mercedes con Chalie.

-¿Quién es Chalie?

-El chófer. Es el chófer de la familia desde antes de que naciera Den, cuando aún vivía Prem.

-¿Es de confianza?

-Totalmente. Él no tiene nada que ver en esto, como verá. Bien, dejaron a Den en el colegio y regresaron a palacio y Noy encomendó a Chalie recoger a Den a las dos, como hacía siempre. Una vez que Chalie dejó a Noy en palacio, bajó el coche al garaje subterráneo; allí debía de haber alguien escondido que le golpeó en la cabeza, dejándole sin sentido. Le encontramos después; tiene fractura craneal, pero está vivo.

-Y le sustituyó otro chófer en el Mercedes.

-Bueno, otro chófer, sí, pero en un Mercedes que era una réplica del que hay en el garaje. Ese coche aguardó la salida de Den, que apareció con tres amiguitos, cruzó el patio del colegio, y montó de un salto en el coche, como de costumbre. Sólo cuando llevaban un rato rodando se dio cuenta de que conducía otro chófer y de que pasaba algo raro.

-¿Así que te cogieron a ti primero? -inquirió Underwood mirando al niño-. ¿Tienes idea

de adónde te llevaron?

-No -respondió Den con una mueca-, lo único que el chófer giró al revés.

-¿Cómo al revés?

-Para volver a palacio se gira a la izquierda, y el chofer aquel giró a la derecha.

-Y luego, ¿qué viste?

-Den no vio nada, señor presidente -terció Marsop-. Parece ser que había un hombre escondido detrás, que saltó al asiento delantero y le vendó los ojos.

-Así que no vio adónde le llevaban... -dijo Underwood.

-Sólo que tardaron unos veinte minutos en llegar; pero no lo sabemos con precisión.

-Así que unos veinte minutos... -dijo Underwood mirando al pequeño.

-No lo sé -contestó Den-. A mí me pareció más largo.

-Es lógico si llevabas los ojos tapados -dijo Underwood.

Marsop siguió contándole la historia y le dijo que después le habían quitado la venda en el interior de lo que Den calculaba era un segundo piso. El cuarto parecía una sala de estar, parcamente amueblada, y en él había cuatro hombres de uniforme.

Underwood le escuchaba, tratando de captar alguna pista, pero no había ninguna. Los secuestradores no eran aficionados.

-Luego llamaron a mamá -dijo Den-, y a mí me dijeron que volvería a verla si ella hacía lo que le dijeran.

-¿Oíste lo que le decían?

-Ella no estaba y hablaron con Marsop. Yo oí algo, algo de que viniese a un sitio para cambiarla por mí.

Underwood se mordió el labio inferior.

-¿Y Marsop no pensó que a lo mejor mentían y que no te habían cogido?

-Supongo, porque uno que tenía una voz muy ronca dijo que Marsop quería oírme hablar a mí y me llevaron al teléfono. Me dijeron que podia decir: «Marsop, soy yo» y que si decía algo más me mata-ban. Como tenía miedo, hice lo que me decían.

-Y así Marsop supo que, efectivamente, te tenían en su poder.

-Claro.

Underwood se volvió de nuevo hacia Marsop.

-Cuénteme cómo se efectuó el canje.

Marsop le explicó la artimaña de que se había valido Noy Sang para salir del palacio de Chamadin, cómo había llegado a la esquina indicada y con el señuelo del pequeño, que había echado a correr hacia ella, dos individuos se habían apoderado de ella.

-Y luego la obligaron a llamarme.

-¿Lo que le dijo era muy claro?

-De gran precisión. No cabe duda de que la habían aleccionado previamente.

-¿Le pareció asustada?

-Ya la conoce usted -replicó Marsop con una leve sonrisa-. No se asusta así como así. No, me pareció muy tranquila.

-Repítame otra vez las condiciones para ponerla en libertad.

-Que no se presente a la reelección enfrentándose a Nakorn. Yo tengo que anunciarlo por la televisión nacional mañana por la tarde, alegando que está muy enferma para presentar su candidatura; y tengo que añadir que ella misma ha pedido que las elecciones se celebren en el plazo de una semana.

-¿Y después?

-Cuando Nakorn sea elegido, la pondrán en libertad.

Underwood se puso en pie y comenzó a pasear nervioso de arriba abajo.

-¿Y usted lo cree, Marsop?

-¿Por qué no?

-Es una ingenuidad -replicó Underwood echando una breve ojeada al pequeño Den-. Puede que no la suelten -añadió en voz más baja dirigiéndose a Marsop.

-¿Que no la dejen? -repitió Marsop, que ni siquiera había considerado tal posibilidad.

-Eso es -contestó Underwood con gesto de asentimiento-. Los secuestradores pueden verse en un compromiso si habla y explica cómo la coaccionaron. -¿Y va a creer alguien lo del secuestro?

-Lo bastante para crearle problemas a Nakorn y originar una oposición.

-¿Y qué iban a hacer con ella? -inquirió Marsop, desolado.

-Imagíneselo -respondió Underwood mirando a Den, que había empezado a gimotear.

-¿Usted cree que lo harían aun cuando cumpliésemos sus exigencias?

-Se juegan mucho, Marsop. Dígame una cosa: cuando habló con Noy, ¿cómo supo que ella quería que yo viniese?

-No dijo su nombre, por supuesto.

-Claro, claro; no podía.

-Me insinuó que hiciera venir a palacio a alguien de fuera para que confirmase que estaba enferma.

-¿Está seguro que se refería a mí?

-¿A quién, si no, iba a referirse... y más cuando usted estaba relativamente cerca, en China?

-¿Y qué pensaría ella que podría hacer yo? -inquirió Underwood deteniéndose, desconcertado.

-No tengo la menor idea -respondió Marsop alzando ambas manos-. Quizá que ante la importancia de su presencia aquí, los secuestradores se lo pensaran mejor.

-Nadie sabe que he venido -replicó Underwood, no muy convencido.

-Mañana saldrá en todos los periódicos. No el motivo por el que está aquí, sino que ha llegado. Además, los espías del ejército, que son innumerables, conocerán su llegada a Lampang y estarán husmeando en el hotel. Lo sabrá todo el mundo.

-¿Cree usted que mi presencia en Visaka puede influir en los secuestradores?

-Personalmente, no lo creo -admitió Marsop-, pero no cabe duda de que usted tiene una relación con Noy. Ella admira su inteligencia y puede que haya pensado que usted empezará a buscar personas que tengan idea de quién puede tenerla presa y el modo de rescatarla.

-Buscar gente... -dijo Underwood pensativo. De pronto se sentó y dio una palmada-. Puede que haya alguien.

-¿Si?

-Percy Siebert.

-¿El jefe del destacamento de la CIA en su embajada?

-Si, Siebert conoce a Noy. El me acompañó a hablar con ella de la muerte de su marido.

-Sí, desde luego.

-Además, él tiene muchos contactos en Visaka. Puede ser la persona más indicada y quizá nos facilite una pista para empezar.

-¿Verá usted a Siebert?

-Cuanto antes -respondió Underwood llegándose a la poltrona giratoria de Noy Sang y acercándose un teléfono negro para marcar el número de la embajada americana en Visaka.

A la contestación de la telefonista, Undwerwood dijo:

-Con Percy Siebert, por favor.

-¿De parte de quién?

-Del presidente de Estados Unidos.

-¿Del... presidente? -repitió la telefonista, desconcertada.

-Ya me ha oído -dijo Underwood, tajante-. Póngame inmediatamente con Siebert.

-No está en la ciudad, señor, y no sé dónde para ni dónde localizarle. Tiene que volver a la embajada esta mañana. Si usted quiere le dejo un recado.

-Bien, dígale que ha llamado el presidente de Estados Unidos y que quiere verle en el

hotel Oriental mañana a primerísima hora. Dígale que es urgentísimo -añadió Underwood con énfasis-, que tengo que verle lo antes posible.

A primera hora del día siguiente, Matt Underwood tomaba un desayuno ligero mientras aguardaba la llegada de Percy Siebert.

Se oyó llamar a la puerta, pero los que entraron fueron Frank Lucas, jefe del servicio secreto, y dos agentes.

-Ha llegado su visita -dijo Lucas.

-Hágale pasar -contestó Underwood.

-Perfectamente, pero quisiera que hubiese dos agentes en la habitación contigua -replicó Lucas.

-Voy a celebrar una conversación privada con el jefe de la CIA en Visaka -respondió Underwood impasible- y prefiero que no haya nadie a la escucha. Como máximo, que se queden en el pasillo.

-Pero yo preferiría... -comenzó a alegar Lucas.

-Prefiero que no haya nadie -le cortó Under-wood-. Es un asunto de la CIA y no quiero que nadie oiga nada. Lo único que quiero saber es si han registrado esta habitación, y también la otra.

-Todo limpio, señor presidente. No hay micrófonos; puede hablar con toda tranquilidad.

-Estupendo -dijo Underwood-. Sitúese con sus agentes en el pasillo y luego haga pasar a Siebert.

Mientras Lucas salía con los agentes, Underwood trazó mentalmente su plan de conversación con el de la CIA.

Un minuto después Siebert estaba en el salón. Underwood apartó la bandeja del desayuno, se puso en pie y le dio la mano.

-Me alegro de volver a verle, señor presidente -dijo Siebert-. Ha sido una sorpresa, y, además, el recado decía que era urgente.

-Lo es -replicó Underwood-. Siéntese. Siebert tomó asiento, pensativo y a la expectativa, mientras Underwood ocupaba una silla frente a él.

-Se trata otra vez de la presidenta Noy Sang -dijo Underwood-. La última vez que nos vimos era un asunto personal, un acto de defensa propia, pero esta vez es más grave.

-¿De qué se trata?

-¿No sabe que Noy Sang ha desaparecido?

-¿Desaparecido? Perdone, pero no le entiendo. Underwood escrutó detenidamente la actitud que adoptaba Siebert para ver si dejaba traslucir alguna contradicción en sus palabras; pero no fue así, Siebert estaba realmente desconcertado.

-La han secuestrado -añadió cortante.

-No lo puedo creer... -replicó Siebert con los ojos desorbitados.

-Pues créaselo porque es verdad -dijo Siebert sin quitarle ojo-. Estaba seguro de que usted sabría algo.

-Es la primera noticia -respondió Siebert, estupefacto.

-Creía que la CIA estaba en todo.

-Ojalá fuese así, pero ya ve que no. Una simple fantasía. Procuramos estar al tanto de muchísimas cosas, y sabemos muchas, pero siempre dependemos de nuestros informantes. Y ninguno de ellos ha tenido la más mínima noticia de un rapto. ¿Cómo ha sido?

Underwood le esbozó en términos enérgicos lo que sabía, comenzando por la llamada de Marsop a Pekín.

-Ella quería que viniese, y lo hice inmediatamente -explicó, y a continuación resumió lo que le habían contado Marsop y Den Sang, relatando las circunstancias del secuestro, el rapto del pequeño, su intercambio por la madre y la llamda telefónica de Noy Sang a Marsop ordenándole anular su candidatura en las elecciones a la presidencia para que la pusieran en libertad.

Siebert le escuchó atentamente y al final sólo supo decir:

-Increíble.

-Ya lo creo que es increíble raptar a la presidenta de un país a plena luz del día -asintió Underwood-. Y ahora que lo sabe, espero que pueda darnos alguna pista.

-Estoy tan a oscuras como usted -respondió Siebert con gesto de desaliento.

-Reflexione. ¿No tiene el más leve indicio de alguien, de algo?

-Se lo aseguro, señor presidente. Ni una pista. Underwood consideró la respuesta del hombre de la CIA.

-Entonces tendrá una pista en otro sentido: quién puede haberlo hecho y con qué móvil.

-Bueno, eso es más evidente -respondió Siebert sin pensarlo dos veces.

-Eso me parece a mí, pero quisiera oírselo decir a usted.

-De acuerdo. Noy Sang, en contra de lo dicho, anuncia públicamente que se presentará a la elección en pugna con el general Nakorn e inmediatamente...

-Según su información, ¿ganaría ella las elecciones? Usted estaba presente cuando ella manifestó su confianza en el triunfo.

-Los sondeos la dan ganadora, igual que mis mejores contactos. Tiene popularidad. Nakorn, desde luego, le va a la zaga, pero no llega a su nivel.

-Muy bien -dijo Underwood, satisfecho-. Volvamos a lo que decía. Noy anuncia su participación e inmediatamente... inmediatamente ¿qué?

-La raptan. Y el rescate es que retire su candidatura.

-¿Y quién se beneficia?

-El general Samak Nakorn, que tiene el campo libre y se convierte en presidente. La mayoría se mostrará descontenta, pero a nuestro gobierno, con excepción de usted, me refiero a Ramage y a Morrison, les complacerá enormemente, porque dispondrán de un aliado que aplaste a los comunistas y sea un incondicional de Estados Unidos.

-¿No querrá insinuar que el director de la CIA o el secretario de Estado han tramado el secuestro? -replicó Underwood, perplejo.

-Santo cielo, no. Ramage y Morrison son capaces de muchas cosas, pero no de algo así, y más teniendo en cuenta la actitud de usted.

-Entonces, ¿lo que quiere decir es que el que sale ganando con esto, el que ha instigado el secuestro y la exigencia de que Noy Sang retire su candidatura, es el jefe del ejército de Lampang?

-El general Nakorn. Es el que sale beneficiado. -¿Es una acusación contra el general?

-Yo no acuso a nadie, señor presidente. Simplemente insinúo quién va a beneficiarse. Quizá no lo haya hecho Nakorn, tal vez haya sido uno de sus exaltados ayudantes por hacerle un favor. Es una posibilidad. Pero lo más verosímil es que haya sido el propio Nakorn. Ese hombre es un malnacido sin escrúpulos, capaz de cualquier acto de violencia.

-En resumen: si queremos llegar al fondo del asunto y salvar a Noy Sang, todos los caminos conducen a Nakorn.

-Es la única alternativa. Todos los demás caminos no tienen salida. Nakorn o nada.

Underwood sopesó las posibilidades y el asunto no le gustó nada.

-¿Cree usted que cabría alguna esperanza con una entrevista con Nakorn?

-Como presidente de Estados Unidos, si le da el visto bueno para aplastar a los comunistas y las armas para hacerlo, se avendría a efectuar una investigación sobre el secuestro, aunque no es seguro. El lo que quiere es ser presidente.

-Y yo quiero que lo siga siendo la presidenta que ha sido secuestrada.

-Lo veo problemático.

-Creo que lo único que puedo hacer es entrevistarme con el general Nakorn.

-Que tenga suerte, pero no se fíe -dijo secamente Siebert.

El presidente Underwood estaba en el despacho de Noy Sang en el palacio de Chamadin, sentado, hierático, en la poltrona giratoria de cuero de la presidenta esperando a su visitante.

Antes había optado por telefonear a Marsop para hablar con él.

-Quiero ver al general Nakorn -le había dicho-. En el despacho presidencial de palacio dentro de una hora. ¿Cree que puede concertar esa entrevista?

-Lo intentaré, señor presidente

-Yo creo que Nakorn acudirá. Dígale que le espero.

-Ejem, señor presidente...

-Diga.

-Si llamase Noy para preguntar cómo van las cosas, ¿qué le digo?

-Procure decirle que he venido de China y que estoy haciendo todo lo que puedo. Aunque, mejor... para que lo tengan en cuenta los secuestradores, diga que vamos a cumplir sus exigencias. Dígale que se dirigirá mañana por la tarde al país para anunciar que se retira de las elecciones... con una condición: que en menos de media hora después del anuncio la pongan en libertad sana y salva en la misma esquina en que la raptaron.

-Pero a ellos no les cuesta dar una simple promesa... -replicó Marsop tras una pausa.

-Vale la pena probar.

-Señor presidente, ¿de verdad quiere que me dirija al país por televisión?

-Prepárelo todo. Aún no he averiguado nada respecto al secuestro; que quede entre nosotros. Pero sigo investigando.

-Si., por favor.

-El siguiente paso es el general Nakorn. Consiga que venga.

-Lo haré -había respondido Marsop.

Ahora, el presidente Underwood esperaba a su visitante sentado en el sitio de Noy Sang.

Había transcurrido más de una hora desde que había solicitado la entrevista y comenzaba a preocuparse.

En aquel momento sonó el zumbador del teléfono interno y descolgó inmediatamente.

-Diga.

-Ha llegado su visita -dijo la secretaria de Noy Sang.

-Que pase -respondió Underwood con un suspiro de alivio.

Se puso en pie en el momento en que se abría la puerta lateral del despacho de recepción para dar paso al jefe del ejército, general Samak Nakorn, en uniforme de gala.

El presidente había olvidado que aunque Nakorn era mucho más bajo que él, era mucho más robusto. Era como una cuba en impecable uniforme, con el pecho lleno de condecoraciones y en la mano la gorra con entorchado de oro.

El militar cruzó a paso rápido el despacho, estrechó la mano que le alargaba Underwood y, a un gesto de éste, se sentó junto al escritorio.

-¿No le sorprende encontrarme aquí? -inquirió Underwood.

-No -contestó Nakorn, tranquilo, con una sonrisa-. En Lampang tenemos un excelente servicio de inteligencia, pero aunque no fuese tan bueno, el Fuerza Aérea número uno difícilmente pasa inadvertido.

-¿Y no siente curiosidad por saber el motivo que me ha traído? -insistió Underwood.

-Curiosidad suma -respondió Nakorn-. No tengo la menor idea -añadió echando una ojeada al despacho-. Más bien esperaba encontrarle acompañado de la presidenta Noy Sang.

-Si su servicio de inteligencia es tan bueno, sabrá que ha desaparecido.

Nakorn se había mostrado impasible, pero ahora pareció desconcertado.

-¿Desaparecido? ¿Qué quiere decir?

-Secuestrada -respondió Underwood sin levantar la voz-. La han raptado.

-No puedo creerlo. ¿Quién iba a atreverse...?

-Por eso quería verle. Para ver si puede decirme quién puede haberse atrevido.

-¿Yo? -replicó Nakorn-. Yo no sé nada de ningún rapto. ¿Por qué iba a saberlo?

-Porque usted es quien más se beneficia -replicó Underwood, impertérrito.

-¿En qué sentido?

-Usted ha anunciado que se presenta a las elecciones presidenciales y ella anunció a continuación que se presentaba como oponente; si ella no puede presentarse, el elegido será

usted.

-¿Insinúa que hice que la secuestrasen? -replicó Nakorn, mostrando por primera vez cierta vivacidad.

-Lo que digo es que a usted le beneficia.

-Aun respetando como respeto su cargo, señor presidente -replicó Nakorn, muy serio-, me parece que merezco excusas por esa grave e insultante imputación.

-Le pediré excusas cuando esté convencido de que no tiene nada que ver. De momento, tengo mis dudas. Los secuestradores han comunicado que mantendrán en sus manos a la presidenta hasta que públicamente se retire de las elecciones.

-Es la primera noticia que tengo. Estoy deseando que se inicie la campaña y no quiero que se retire.

-Pues encuéntrela -replicó ásperamente Underwood, sin poder dominar su creciente irritación.

-¿Tiene usted alguna pista sobre su paradero? -inquirió Nakorn, impasible.

Underwood reflexionó sobre si debía explicarle las circunstancias del secuestro, pero optó por no hacerlo. Si Nakorn estaba implicado, sería una imprudencia decirle lo que ya sabían.

-No hay ninguna pista -respondió-. No me cabe duda de que con sus amplios recursos militares usted podrá encontrar algún indicio.

-En los secuestros los medios de investigación son muy restringidos -dijo Nakorn poniéndose en pie-. Para empezar hay que considerar los enemigos de la víctima. En este caso, con nuestras computadoras puedo obtener una lista de las personas que la han amenazado por escrito y de palabra; puedo también interrogar a los miembros de los partidos de la oposición que más pueden beneficiarse al no presentarse ella. Eso es todo lo que puedo hacer hasta encontrar una pista viable. Desde luego, lo haré.

-Puede usted hacer algo más -dijo Underwood.

-¿Qué?

-Interrogar minuciosamente a sus ayudantes y asociados, las personas a quienes complacería más que nada verle elegido.

-Eso no puedo hacerlo. Todos ellos me son leales... igual que a la presidenta Noy Sang.

-General Nakorn, le hablo en mi condición de comandante en jefe de Estados Unidos y aliado de Lampang. Si no me consta que hace usted todo lo que está en su mano para rescatar a madame Noy, me temo que nuestras futuras relaciones se verán gravemente dañadas. ¿Me ha entendido?

-Le entiendo. Yo sólo puedo hacer lo que sea posible, y no estoy seguro de poder rescatar a la presidenta antes del anuncio de su renuncia.

-Haga usted lo que pueda -replicó Underwood con frialdad-. Y no le quepa la menor duda de que yo haré lo propio. -Hizo una pausa-. Ya sabe dónde encontrarme si de pronto descubre que es posible lo imposible. Buenos días.

De vuelta al hotel Oriental, Matt Underwood se sentía como en un callejón sin salida. Había hablado con Siebert sin ningún resultado; la entrevista con el general Nakorn había sido estéril. No sabía a quién más dirigirse, y estaba casi decidido a volver al palacio de Chamadin, tras un breve descanso, para repasar minuciosamente con Marsop los acontecimientos. Podrían confeccionar una lista de los enemigos de Noy y de la oposición, como había sugerido el general Nakorn. Discutirían los posibles implicados y probablemente verían a alguno de ellos.

En el hotel, siempre escoltado por los agentes del servicio secreto, Underwood tomó el ascensor hasta la suite de la última planta.

Avanzando por el pasillo, vio al jefe del servicio, Lucas, apostado en la escalera que conducía a la puerta y a alguien, vuelto de espaldas, que hablaba con él.

Al aproximarse vio quién era: Hy Hasken, el corresponsal de la televisión.

Lucas se adelantó a abrir la puerta de la suite presidencial, y en el momento en que Underwood cruzaba el umbral Hasken intentó pasar, pero el jefe del servicio secreto se lo impidió.

-Creo que debemos hablar -dijo Hasken por encima del interpuesto Lucas.

-Yo no -respondió Underwood-. Estoy muy ocupado para hablar de China.

-No se trata de China -replicó Hasken.

-¿No? ¿Pues de qué?

-De Lampang -respondió el periodista con voz monocorde.

-¿Cómo de Lampang?

-De algo que he averiguado -respondió Hasken mirando a Lucas y a los otros agentes del servicio secreto-. ¿Quiere que hablemos de ello aquí en el pasillo... o mejor en privado?

Underwood miró un instante al reportero de televisión sin disimular su repulsa, y luego se dirigió a Lucas.

-Frank, déjele pasar un minuto para que me diga de qué se trata.

Lucas franqueó la entrada a Hasken, haciéndole cruzar por el detector de metales. El periodista siguió al presidente y cerró la puerta a sus espaldas.

-¿De qué se trata? -inquirió Underwood de pie en medio de la sala de estar, frente a Hasken.

-Es un poco largo -respondió el periodista-. ¿Puedo sentarme?

-Siéntese -dijo Underwood con sequedad.

Hasken se acomodó en una esquina del sofá y Underwood en el borde del sillón contiguo.

-Le diré por qué quería hablarle -dijo Hasken.

-Soy todo oídos -replicó Underwood.

-Usted no ha venido a Lampang en viaje de estado, y tengo la impresión de que es algo personal.

-¿Y para decirme eso me roba el tiempo? -replicó Underwood casi fuera de sus casillas.

-No, hay algo más -respondió Hasken.

-¿Ah, sí? A ver.

Hasken contuvo la respiración.

-Lo que tengo que decirle se refiere a madame Noy Sang.

-¿Qué es?

-A la presidenta no se la puede ver o ha desaparecido. Yo me inclino por esto último: ha desaparecido.

-Qué absurdo -dijo Underwood-. ¿De dónde ha sacado esa tontería?

-No es una tontería, señor presidente -replicó Hasken sin quitar ojo de Underwood-. Creo que es un hecho, y aun no pudiendo demostrarlo estoy seguro de que es verdad. Noy Sang ha desaparecido y estoy convencido de que usted ha venido aquí a averiguar qué pasa.

-Repito -dijo Underwood sosteniendo la mirada de Hasken-, ¿de dónde ha sacado eso?

-Dando vueltas por los alrededores del palacio de Chamadin, escuchando, preguntando y oyendo las respuestas. Verificando los movimientos rutinarios de madame Noy Sang dos días seguidos y comprobando que una persona tan visible, de pronto deja de verse. Creo que lo mejor es que me lo confirme y me permita intervenir.

-No tiene usted nada en que intervenir -replicó Underwood rebulléndose inquieto en el sillón-. Está esgrimiendo una hipótesis absurda y se ha pasado.

-¿No va a ayudarme?

-Aunque pudiera, no lo haría. -Hizo una pausa-. A usted, no.

-Comete un error, señor presidente.

-En absoluto, pero si así fuese, no sería el primero. Hasken, usted quiere pescar algo que no existe.

-Deme otra oportunidad, señor presidente.

-Adiós, señor Hasken -apostilló Underwood, inflexible.

Encogiéndose exageradamente de hombros, Hasken se puso en pie, mirando a Underwood desde arriba.

-Le diré una cosa, señor presidente. Voy a averiguar por qué ha venido aquí. Voy a enterarme de por qué está en Lampang, cuando tenía que estar camino de Washington. Y cuando lo averigüe, no tendré que agradecérselo. Voy a seguir por mi cuenta el rastro de madame Noy Sang, y le recordaré una cosa, señor presidente: soy el mejor reportero de investigación. Entre más de tres mil periodistas que hay en Washington, soy el mejor; no hay ninguno que se me pueda comparar. Y voy a averiguar la verdad sobre Noy Sang con usted o sin usted.

La seguridad de Hasken impresionó a Underwood. Vio cómo el periodista se dirigía a la puerta, mientras resonaba en su mente lo que le había dicho: Soy el mejor reportero de investigación.

Él mismo había querido jugar a periodista de investigación sin éxito, porque no tenía la clase de imaginación o de mente retorcida necesaria, y ahora se hallaba en un atolladero, desesperado.

Se daba cuenta que Hasken era su última oportunidad. Había que dejar a un lado sus discrepancias y aliarse con alguien que disponía de capacidad para darle alguna esperanza.

Hasken tenía ya la mano en el pomo de la puerta y estaba a punto de abrirla, cuando Underwood le llamó.

-¡Señor Hasken!

-Diga, señor presidente -respondió el periodista soltando el pomo y volviéndose.

-Acérquese y hablemos.

Sin hacérselo repetir, Hasken regresó hasta el sofá y volvió a sentarse con cierta cautela.

-Es evidente, que por nuestra relación, a mí usted nunca me ha gustado -comenzó a decir Underwood-. Siempre me ha parecido un fisgón, pero es precisamente esa cualidad la que en estas circunstancias me atrae. Estoy dispuesto a olvidar lo pasado y llegar a un entendimiento para trabajar, en el supuesto de que pueda fiarme de usted.

-Si lo que necesita es fiarse de mí para colaborar, si ésa es la única reticencia, le aseguro que puede confiar totalmente -dijo Hasken asintiendo solemnemente con la cabeza.

-Confío en su palabra -respondió Underwood-. Lo que me ha llamado la atención y me ha hecho cambiar de idea y llamarle ha sido esa observación de que es usted el mejor reportero de investigación. No le cabe la menor duda, ¿verdad?

-En absoluto. Tengo habilidad y paciencia y si hay que descubrir algo, lo más verosímil es que llegue al fondo de la cuestión. Si no siempre, el noventa por ciento de las veces. Así que puede confiar en mí.

-Voy a fiarme de usted para algo importantísimo.

-No se preocupe.

-Yo no soy un reportero de investigación y usted sí -prosiguió Underwood-. Le expondré el problema de cabo a rabo, con detalle, si me promete una vez más que no va a utilizar para su trabajo lo que yo le diga. Seguro que sentirá la tentación, pero es preciso que me prometa que no va a hacerlo público hasta que se resuelva. ¿Me lo promete en estricta confidencia?

-Se lo prometo -contestó Hasken, sincero.

-Será mejor que se lo plantee como un caso hipotético y me diga cuál es el mejor método que sugiere para enfocarlo.

-Diga usted, señor presidente.

Underwood no sabía cómo empezar, pero por fin se decidió.

-Una mujer de aquí tiene un hijo. Deja al niño en el colegio, pero no va a recogerlo, sino que envía al chófer con el coche. Antes de salir a por el niño, al chófer le dan un golpe y lo sustituyen por otro en un coche parecido. Raptan al niño, lo mantienen oculto en la ciudad, y a

la madre le exigen que vaya sola a la esquina de una calle a por él. Lo hace y la secuestran a ella; y para ponerla en libertad exigen condiciones. Y a mí me repugnan esas condiciones.

-No es usted sincero conmigo, señor presidente -dijo Hasken.

-¿Cómo dice?

-No quiero un caso hipotético, sino el caso auténtico. Quiero saber los hechos. Resulta evidente que la madre es madame Noy Sang y el niño su hijo Den.

-Es que me costaba mencionar sus nombres -replicó Underwood con un suspiro-. Incluso a usted.

-Tiene que hablarme con absoluta sinceridad -dijo Hasken-. Si no, no puedo ayudarle.

-De acuerdo -respondió Underwood cediendo-. Se trata de Noy y Den. Como parece usted saber, Noy ha desaparecido; la han secuestrado. La condición para ponerla en libertad es que retire su candidatura a las elecciones presidenciales.

Hasken lanzó una interjección.

-¿Tiene usted alguna pista, señor presidente?

-Pistas no; sospechas, pero ninguna pista segura.

-Las sospechas se transforman en indicios.

-¿Cómo podemos encontrarla?

-Bien, ahora que sé que se trata de Noy Sang y que ha intervenido su hijo...

-Y el ministro Marsop, dado que él fue quien respondió a la llamada del niño.

-De acuerdo -replicó Hasken, más tranquilo-, algo averiguaremos. Quizá pueda ayudarle, pero tengo que conocer toda la historia, los más mínimos detalles, los hechos en apariencia más nimios. Tendré que interrogar al niño, luego a Marsop; pero primero a usted. Empiece a contar..., señor.

Doce

El presidente Underwood hizo una llamada telefónica desde su suite en el hotel Oriental al ministro Marsop en el palacio de Chamadin.

-¿Marsop? Soy el presidente Underwood; le llamo desde el hotel. Estoy con alguien que puede ayudarnos.

-¿A encontrar a madame Noy?

-Si., a encontrar a Noy.

-¿Es un detective?

-No, no exactamente. Se llama Hy Hasken y es corresponsal de televisión en Washington.

-¿No dará publicidad al asunto? -inquirió Marsop.

-El señor Hasken ha prometido guardar el secreto. Él es lo que nosotros llamamos un periodista de investigación.

-Sí, conozco esa expresión.

-Aunque no es realmente un detective, su trabajo es el mismo, quizá mejor -añadió Underwood-. Desea interrogarlos a usted y a Den sobre los hechos. Está el niño ahí?

-Si., he creído más conveniente no mandarle al colegio hasta que se resuelva esto. Está en su cuarto viendo la televisión.

-Tenemos que hablar con él y con usted. El señor Hasken quiere reconstruirlo todo personalmente, y seguramente planteará preguntas que a mí no se me han ocurrido.

-Estoy a su disposición.

-Bien. Ahora mismo vamos para allá.

Media hora después se hallaban los cuatro reunidos en el despacho presidencial del palacio de Chamadin.

Den y Marsop estaban sentados muy erguidos y atentos en el sofá, frente a Hasken, que había sacado un bloc y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta. Underwood había tomado

asiento detrás del reportero, para no entorpecer el protagonismo de Hasken.

Hasken se dirigió al niño.

-Den, voy a hacerte muchas preguntas, pero aunque te parezcan tontas o sin importancia, quiero que me las contestes lo mejor que sepas. ¿De acuerdo?

-Lo intentaré -respondió Den.

-Empecemos por el principio, para acabar en el momento en que te soltaron los secuestradores, ¿eh? -Sí.

Underwood volvió a escuchar el relato de labios del pequeño, sin comprender cómo iba a detectar más datos Hasken.

De pronto, Hasken preguntó al niño algo que a él no se le había ocurrido porque no veía el motivo.

-¿Y tus tres amigos del colegio? -decía-. Háblame de ellos.

-¿ Sobre qué?

-Dime cómo se llaman, por ejemplo.

-Toru es mi mejor amigo, y luego están Sorik y Sassi.

-Cuéntame su historial.

-¿Qué quiere decir «historial»? -inquirió el pequeño, desconcertado.

Hasken modificó inmediatamente la pregunta.

-Den, ¿ sabes a qué se dedican sus padres?

-El padre de Toru tiene una fábrica -dijo el niño después de pensárselo.

-¿De qué?

-Uf, no sé. Ah, sí. De platos de cerámica. El padre de Sorik hace... publica una revista en Visaka, y el padre de Sassi es abogado.

-¿Tus amigos hablan a veces de lo que les interesa a sus padres?

-¿Lo que les interesa?

-Las aficiones que tienen, que sepan tus amigos.

-El padre de Toru colecciona coches extranjeros, el padre de Sorik escribe cuentos y deja que Sorik le ayude. El padre de Sassi ahorra mucho dinero.

-Ésa si que es una buena afición -dijo Hasken riendo-. Volvamos para atrás un poco. Ibas en el Mercedes con los ojos tapados.

Den explicó los hechos a partir de aquel momento, contándolo todo como antes.

-¿Estás seguro de que eran dos tramos de escalera para subir al piso en que te retenían?

-Dos tramos.

-¿Cuánta gente había en el piso?

-Cuatro hombres.

-¿Puedes decirme cómo eran, qué aspecto tenían? ¿Eran altos, bajos, gordos, delgados, tenían bigote, cicatrices, algo?

Den titubeaba describiendo a los hombres. Para él no eran más que cuatro soldados parecidos.

-¿Y la habitación en que estabas -insistió Hasken-, estaba vacía?

-No, había asientos.

-¿Te acuerdas cómo eran?

Den no lo recordaba apenas. Si., sillas de madera, una mesa y un sofá.

-¿Tenía ventanas?

-Dos.

-¿Veías la calle?

-No, no me dejaban acercarme a la ventana, pero veía enfrente. Había otro apartamento al otro lado de la calle.

-Al otro lado de la calle; ¿no al lado de la casa?

-No, estaba lejos; tenía que ser enfrente. Luego había ido al teléfono a llamar a su madre; no lo había entendido bien todo, salvo que ella no estaba junto al teléfono de urgencias y que era Marsop el que había contestado.

-¿Hablaste con Marsop?

-Si, me empujaron al teléfono y me dijeron: «Dile que estás aquí, sólo para que sepan que eres tú.» Lo dije, y cuando iba a hablar más, el hombre me quitó el auricular y me empujó a la silla.

Underwood se concentraba en las preguntas y respuestas, pero por más que se esforzaba no llegaba a ninguna conclusión ni creía que el supuesto informe indagatorio de Hasken fuese a dar resultado alguno.

Hasken acabó con Den y se concentró en Marsop.

-¿Le ordenaron que dijera a Noy que fuese a la esquina sudoeste de las calles Khan Koen y Bot?

-Sí, que fuese tres manzanas más allá y retrocediera hasta la esquina a esperar a Den.

-Marsop, ¿puede dejarme un plano de Visaka?

-Seguro que Noy tiene varios en el escritorio -dijo él rebuscando en los cajones mientras hablaba hasta que encontró uno, que desplegó, lo recorrió rápidamente con la vista y lo entregó a Hasken señalándole un punto-. Aquí tiene, señor Hasken, la esquina sudoeste de las calles Khan Koen y Bot.

-Por lo visto bordea un parque -dijo Hasken mirando el plano-, porque aquí veo una zona arbolada.

Marsop volvió a sentarse y Hasken prosiguió el interrogatorio. Una vez concluido, dijo:

-Gracias, señor ministro. Gracias, Den. Estoy seguro que me han dicho todo lo que recuerdan. Me será útil. Creo que tenemos todos los datos -añadió dándose la vuelta en la silla y dirigiéndose a Under-wood-. No es que sea mucho, pero por algo se empieza.

-¿Hay algo que nos sirva? -inquirió Underwood, impaciente.

-Puede. Ahora mismo vamos a averiguarlo.

-¿ Cómo?

Hasken permaneció pensativo medio minuto antes de contestar.

-Empezando por el principio y reconstruyendo la historia paso a paso hasta donde podamos. Me gustaría comenzar por el colegio, en el momento en que terminan las clases y Den sale con sus tres amigos. Vayamos en dos coches. Usted, señor presidente, y yo podemos ir en el Volvo que he alquilado y Den con un chófer... ¿Está Chalie en condiciones?... ¿Sí?... Pues Chalie puede conducir el Mercedes hasta el colegio y nosotros le seguiremos. Vamos -añadió poniéndose en pie de un salto.

Cuatro coches salieron hacia el colegio St. Mary. El Mercedes 450 sedán de Noy, conducido por Chalie -con la cabeza vendada- y con Den a su lado, iba el primero. Frank Lucas, el jefe del servicio secreto, y un agente armado, en el asiento del segundo coche; Hy Hasken y el presidente Underwood en el Volvo, y otro coche del servicio secreto con agentes cerraba la pequeña caravana.

Al llegar a la verja del colegio, se apearon todos y dejaron los coches ante la puerta.

-Esperen aquí -dijo Hasken-, voy a hablar con el director. Den, llévame al despacho.

Underwood, rodeado por los agentes del servicio secreto, se preguntaba si aquello daría algún resultado, pero cruzó los dedos y no dijo nada, mientras Hasken y Den atravesaban apresuradamente el patio.

Una vez dentro del colegio, Den precedió a Hasken, que le siguió por un pasillo de baldosas, para, a continuación, dar la vuelta a una esquina y entrar en recepción.

-El despacho de la directora -dijo Den.

Una mujer de aspecto triste y cabello gris, sin duda la secretaria de la directora, alzó la vista.

-Den Sang -dijo-, no te esperábamos hoy. Nos ha llamado el ministro Marsop contándonos lo que había sucedido.

-Pasé miedo -dijo Den.

-¿De verdad te raptaron?

-Me secuestraron un tiempo y luego me soltaron.

-Den, ¿quién es este caballero? -inquirió la secretaria observando a Hasken.

-Un periodista americano que está averiguando quién me raptó. Quiere ver a la señorita Asripon.

-Voy a avisarla -dijo la secretaria levantándose y entrando en el despacho, para salir acto seguido-. Pueden pasar.

Antes de entrar en el despacho de la directora, Hasken puso la mano en el hombro de Den.

-Den, tú espera aquí. Quiero ver a solas a la señorita Asripon -dijo, y entró solo en el despacho.

La señorita Asripon, mujer de mediana edad, delgada y pequeña, le aguardaba de pie, inquieta.

Hasken se presentó y le estrechó la mano.

-¿Viene usted por lo del horrible intento de secuestro de Den?

-Sí, acompaño al presidente de Estados Unidos, Matthew Underwood, que aguarda afuera con su servicio secreto, y trato de echarle una mano. Y he decidido comenzar aquí la investigación.

-Me temo que no le serviré de mucho -dijo la señorita Asripon, impávida-, porque yo no estaba presente; yo sólo sé lo que me ha contado el ministro Marsop.

-No es a usted a quien quiero interrogar -replicó Hasken haciéndole ver que lo comprendía-. Lo que deseo es que me dé permiso para hablar con tres amigos de Den que fueron testigos del secuestro.

-En este momento están en la clase de historia -contestó la directora.

-¿No podría usted sacarlos de la clase un momento? -inquirió Hasken.

-¿ Cómo se llaman?

-Toru, Sorik y Sassi.

-Son buenos alumnos -dijo la directora cediendo en su rígida actitud-. Están en el tercer piso; será mejor que vaya a buscarlos yo misma. Usted espere en el patio con Den. No tardaré mucho.

Rodeado por los agentes del servicio secreto, el presidente Underwood vio a Hasken y a Den salir a la puerta del edificio y luego a una mujer que llegaba presurosa con tres niños, observó que Den los recibía alborozado.

-Frank -dijo el presidente apartándose de la escolta y dirigiéndose a Lucas-, creo que debo unirme a Hasken y a los niños. Quédense aquí vigilando. Usted tiene cierta idea del caso, así que esté alerta, pero no quiero que intimiden a los niños.

Underwood cruzó el patio de grava y fue al encuentro de Hasken, Den y los tres niños. Hasken presentó cortésmente a Underwood a Toru, Sorik y Sassi.

-¿Vas a mostrarle al señor Hasken cómo subiste ayer al coche? -inquirió Underwood.

-Sí -respondió Den, haciendo una seña a sus compañeros para que le siguieran y echando a correr.

Hasken y Underwood los siguieron lo más rápidamente que pudieron.

Los niños se detuvieron en la puerta.

-Ahí estaba el Mercedes; igual que ahora -dijo Den señalando el coche en que le habían traído el día anterior al colegio, que era el mismo en que habían venido.

-Pero ése no es el Mercedes en que montaste -dijo Hasken.

-Yo pensé que sí lo era -replicó Den-, por eso subí sin pensármelo.

-¿Y qué decís vosotros? -añadió Hasken dirigiéndose a Toru, Sorik y Sassi-. ¿Pensasteis que era el mismo Mercedes que siempre recoge a Den?

-Sí -contestaron Sorik y Sassi.

-No, no lo era -terció inesperadamente Toru-. Cuando arrancó -añadió-, noté que era distinto y llamé a Den, pero ya estaba lejos.

-Tú entiendes de coches -dijo Hasken, mirando serio a Toru-, y sabes distinguirlos.

-Mi padre los colecciona -replicó el niño.

-Muy bien, Toru -prosiguió Hasken-, ¿qué es lo que era distinto?

-Las ruedas -contestó Toru sin vacilar-. Ese Mercedes tenía ruedas de radios especiales, de encargo. Muy bonitas.

-Muy observador, Toru -dijo Hasken, impresionado-. ¿El otro Mercedes no tiene ruedas de radios?

-No. Esos radios los hacen por encargo y sólo hay un comercio en Visaka.

-¿Cuál?

-El de Muchizuki. Está cerca de aquí. Hacen cosas especiales para distintos coches, y ruedas de radios.

-¿Muchizuki has dicho?

-Eso es. Yo he ido muchas veces con mi padre.

-¿Tu padre tiene ruedas de radios?

-No; son muy caras.

-El coche de la madre de Den tampoco.

-No, mírelo.

-¿Y el Mercedes en que recogieron a Den las tenia?

-Si., preciosas.

-¿Así que seguramente las ha hecho el señor Muchizuki?

-Es el único que las hace en Visaka.

Hasken giró sobre sus talones, de cara a Underwood.

-Quizá saquemos algo en limpio, señor presidente -dijo.

-Eso espero.

-Creo que debemos hacer una visita a ese señor Muchizuki -añadió Hasken cogiendo al presidente por el brazo.

Toru subió con Den al Mercedes que conducía Chalie.

Hasken -después de despedir a Sorik y a Sassilos siguió con el presidente Underwood en el Volvo, precedido y seguido por los dos coches de Lucas y los agentes del servicio secreto.

Habrían recorrido poco más de un kilómetro cuando Underwood vio el brazo de Toru asomar por la ventanilla, señalando un punto, una manzana más allá.

Al acercarse al lugar, Underwood advirtió que lo que señalaba el niño era un taller de automóviles. Había un escaparate ocupado por un BMW amarillo, y en la parte trasera estaba el taller. Un callejón conducía a la zona trasera de aparcamiento. Hasken se adelantó al coche del servicio secreto, hizo señas a los demás de que le siguieran y se metió en el callejón.

Una vez aparcados, se apearon y siguieron a Toru y a Den al interior de la tienda. Un hombrecillo con un mono manchado pintaba la carrocería de un Honda. Toru se le acercó en seguida y le dijo:

-Soy Toru; he estado aquí muchas veces con mi padre.

-Ah, sí, sí -dijo Muchizuki, mirando a los demás por encima del niño e inquieto al ver tanta gente en su tienda-. ¿Qué desean?

Toru se acercó más al hombre y comenzó a cuchichearle algo acercando a su amigo Den para decirle quién era y volviéndose luego para presentar a Hasken y a Underwood.

Muchizuki se quedó paralizado al saber que tenía en su tienda al presidente de Estados Unidos y a un personaje de la televisión americana.

Tras unas explicaciones suplementarias de Toru, el viejo mecánico dejó la lata, se limpió las manos y se acercó con los niños al grupo; no les dio la mano, pero hizo una inclinación de cabeza.

-Quieren saber si hago radios para las ruedas de los Mercedes -dijo.

-Nos han dicho que es usted el único que hace ruedas por encargo -replicó Hasken.

-Así es -respondió Muchizuki-. Pensé en importar los radios de Estados Unidos y de Alemania, pero es imposible y tengo que hacerlos yo a mano.

-¿Está seguro de que es el único que los hace en Lampang? -inquirió Hasken.

-El único, porque es difícil y resulta carísimo.

-¿Y ha hecho muchas ruedas de ésas? -insistió Hasken.

-Para tres coches en diez años, por encargo de clientes -contestó el hombre-, y una que tengo de muestra en mi oficina.

-¿Sólo tres coches? -terció Underwood.

-Sólo, al ser tan pocos lo recuerdo perfectamente.

-¿Qué clase de hombres eran quienes hicieron los encargos? -inquirió Hasken.

-Hombres a los que les gusta dotar a sus coches de detalles de lujo.

-Señor Muchizuki -dijo Hasken dando un paso hacia él-, ¿ tiene usted el nombre y la dirección de esos clientes?

-Naturalmente.

-¿Los tres coches eran modelo sedán?

-Sí. ¿Quiere saber quiénes eran esos señores?

-Sus nombres y direcciones.

-Los tengo. Excúseme un instante mientras los busco en el registro de la oficina.

-Con mucho gusto -dijo Hasken.

Muchizuki se dirigió a un recinto acristalado en un rincón que hacía las veces de despacho y le vieron sacar unos registros de una estantería y ponerlos encima de la mesa.

Underwood se dirigió a Hasken, sin dejar de mirar de reojo.

-¿Qué cree usted, Hy?

-Si tiene los nombres, puede ser la pista que necesitamos.

-Ha sido una buena idea interrogar a los amigos del niño.

-Los años que llevo de periodista de investigación -dijo Hasken con una sonrisa- me han enseñado que los niños suelen ser mejores observadores que los mayores, y muchas veces han sido mi mejor fuente de información.

Siguieron observando a Muchizuki en su rincón acristalado y le vieron anotar algo.

Al cabo de diez minutos salía el hombre llevando en la mano un papel, que entregó a Hasken.

-Los nombres son -dijo a Underwood- el señor Suraphong, que trabaja en el Centro Turístico de Lampang, en la calle Khong; el señor Prayoon, dueño de una tienda de importación de joyería thai, situada en la galería Loi, y el señor Ratanadilak, que no sé a qué se dedica, pero su dirección es Apartamentos Mai Sai; están en la calle Tassman. Ésos son los clientes que me compraron ruedas de radios para sus Mercedes sedán. Espero que les sirva.

Mientras volvían al aparcamiento de la parte de atrás, Underwood pidió a Hasken el plano de Visaka que le había dado Marsop en el despacho de Noy Sang. Hasken se lo sacó del bolsillo y lo entregó a Marsop. Éste lo abrió y, con un bolígrafo, marcó el punto en que se hallaban y luego las zonas de las direcciones de Suraphong, Prayoon y Ratanadilak.

-Marsop -dijo Underwood cogiendo el mapa-, deje a Toru en el colegio y luego regrese con Den al palacio por si Noy Sang vuelve a llamar. Hy Hasken y yo seguiremos estas pistas.

-Muy bien -dijo Marsop, y llevó a los niños hacia el coche.

-Bueno -dijo Underwood volviéndose hacia Hasken-, vamos a comprobar esos nombres. Empecemos por Suraphong, el del turismo.

-Vamos allá -dijo Hasken abriendo la portezuela del Volvo-. Que los dioses nos acompañen.

Pero los dioses no los acompañaron en las dos primeras comprobaciones.

Una hora tardaron en ver a Suraphong y a Prayoon. El señor Suraphong, el clásico burócrata, salió de las oficinas del Departamento de Turismo para enseñarles, ufano, las ruedas de radios de su Mercedes color crema; tenía documentación que demostraba que el coche siempre había estado pintado de color crema y no negro, y, tras un intenso interrogato-

Librodot

rio, quedó bien claro que él no sabía nada de política, y menos de Noy Sang.

El señor Prayoon dejó la joyería en manos de su esposa y llevó a Hasken y Underwood al aparcamiento en donde tenía su Mercedes granate con ruedas de radios. Sabía aún menos de política que el anterior, y aunque había oído nombrar a Noy Sang, no tenía idea de que fuese a presentarse a la reelección, ni le importaba gran cosa.

-Un fracaso -comentó Underwood a Hasken una vez afuera-. Sólo nos queda el del nombre tan raro.

-Ratanadilak -masculló Hasken leyéndolo en la nota que les había dado Muchizuki-. No sé por qué a mí me suena.

-¿Ah, sí?

-Si. Mire, me gustaría telefonear al palacio de Chamadin para que lo verificase Marsop. Hagámoslo desde la joyería.

Ya estaba Hasken hablando por teléfono con Marsop. Se hizo una pausa, mientras al otro extremo Marsop comprobaba el dato; luego volvió al teléfono y Hasken esbozó una sonrisa al oír lo que le decía.

-Creo que lo tenemos, señor presidente -dijo Hasken, animado, cogiendo a Underwood por el brazo y llevándole afuera.

-¿Ratanadilak?

-Sí. Ya decía yo que creía haber visto ese nombre en una lista de prensa. Es mayor del ejército de Lampang; ayudante del coronel Chavalit, y Chavalit es a su vez ayudante del general Nakorn -explicó el periodista, cada vez más excitado-. Creo que tenemos al raptor. Seguro que en los Apartamentos Mai Sai de la calle Tassman es donde tienen a Noy Sang. Y me apuesto algo a que hay un Mercedes sedán negro con ruedas de radios. Vamos allá.

Underwood permaneció parado con gesto de preocupación.

-Espere -dijo-. No sé si nos conviene acercarnos allí con todos estos agentes; podrían asustarlos, y si hay tiroteo, Noy puede morir.

-Bien, ¿qué piensa hacer?

-Voy a hablar con Lucas, el jefe del servicio secreto.

Underwood llamó aparte a Frank Lucas.

-Frank, quiero que me haga un favor.

-Usted dirá.

-Ya sabe que estamos teniendo dificultades en relación con Noy Sang...

-La mujer que le visitó en Washington...

-La misma. Es la presidenta de Lampang.

-Lo sé.

-La han raptado.

-También me lo figuraba -replicó Lucas-. Tengo los oídos bien abiertos.

-Hasken y yo creemos saber dónde está -prosiguió Underwood- y queremos liberarla con la menor violencia posible. Puede que los secuestradores nos la entreguen cuando sepan quién soy yo y que hemos venido a por ella.

-Pero puede que no, señor presidente.

-En cualquier caso, no puedo llevarle a usted pegado a los talones. Si ven al grupo de agentes podrían asustarse y causarle algún daño o algo peor. Tenemos que hacerlo Hasken y yo solos.

-No puedo permitirle que corra ese riesgo.

-Tiene que hacerlo. Imagínese que soy Harry Truman. Es una orden. Truman solía pasear solo, y yo también tengo que ir solo en esta ocasión, Frank. Se trata de un asunto personal, no de una gestión presidencial. No esté muy lejos, pero que no le vean. Creo que debería apostarse unas cuatro o cinco manzanas más atrás de nosotros, como precaución.

-Perdone, señor presidente -replicó Lucas, reacio-, pero el secretario de Hacienda me despedirá de una patada si se entera de esto.

-No se preocupe -replicó Underwood con gesto tranquilizador-. Yo le despido a él antes

Librodot

de que él pueda hacerlo con usted. Todavía soy el presidente.

Lucas se lo pensó un instante.

-Bien, si usted lo dice...

-Dicho está.

-Bien, necesitará usted un medio de comunicación electrónico, igual que el de los agentes de la escolta, para llamarnos en caso de que las cosas se pongan feas. Espere.

El jefe del servicio secreto se acercó a uno de los agentes y cuando regresó junto a Underwood llevaba un diminuto transmisor de radio en la mano.

-Esto es una radio en miniatura con batería. Se la puede sujetar al cinturón; si necesita ayuda, apriete este botón. Así emitirá una señal de frecuencia que yo captaré porque produce una vibración. En cuanto la oiga, acudiremos corriendo.

-Gracias, Frank -dijo el presidente sujetándose el transmisor al cinturón.

Lucas se había agachado y se levantó la pernera del pantalón para desabrocharse algo: una funda con un revólver.

-Es un Smith and Wesson, calibre 66 -dijo-. Todos llevamos dos armas; una metralleta Uzi israelí bajo la chaqueta y un revólver, generalmente este Smith and Wesson o un Sig Sauer P-226 sujeto a otra parte, casi siempre en una pierna -añadió entregándoselo a Underwood-. Si hace alguna tontería, se verá obligado a hacer otra. Guárdeselo en el bolsillo. Dios mío, jamás habría soñado que un día estaría dando armas al presidente de Estados Unidos. ¿Está seguro de que echará al secretario de Hacienda antes de que él me despida?

-Pierda cuidado -replicó Underwood cogiendo el Smith and Wesson-. Nadie va a despedirle. Dígame cómo se maneja esto.

Lucas le hizo una demostración teórica y el presidente Underwood se guardó el arma en el bolsillo.

-Bueno, creo que ya estoy.

-Un consejo -dijo Lucas-. En situaciones como ésta, no lo utilice para intimidar. -Hizo una pausa-.

Si hay auténtico peligro, use el transmisor. Y si es necesario... responda al disparo.

Estaban a una manzana de la calle Tassman cuando Hasken escrutó por el parabrisas del Volvo y dijo con voz pausada al presidente Underwood:

-Ya lo veo.

Underwood se inclinó hacia adelante, siguiendo su mirada, y asintió con la cabeza.

-Yo también.

En la esquina había un edificio encalado de cinco pisos con un rótulo en negro y rojo: Apartamentos Mai Sai.

-Voy a aparcar aquí y seguiremos a pie para echar un vistazo -dijo Hasken.

Detuvo el coche junto al bordillo y se apearon, echando a andar uno al lado del otro hacia el edificio.

-¿ Y ahora qué hacemos? -inquirió Underwood.

-Quiero echar un vistazo en el portal a los buzones del correo -respondió Hasken- para cerciorarme de que el apartamento de Ratanadilak es el de la esquina del segundo piso.

-¿Y si está a otro nombre?

-¿Por qué? Estoy seguro de que es ahí donde vive. Estaban ya cerca del edificio Mai Sai.

-Me temo una cosa -dijo Underwood-. Que nos vean llegar y escapen a otro escondrijo llevándose a Noy. ¿Cree que nos descubrirán?

-Seguro. Estarán montando guardia por si ven a algún extraño y habrá alguien vigilando la calle desde la ventana. Además, saben quiénes somos. Señor presidente, su cara es muy conocida, incluso en Lampang.

-Cuento con ello -replicó Underwood- y que precisamente al ver quién soy no se atrevan a hacernos nada. Espero que la impresión les haga soltar a Noy.

-Ni lo piense -replicó Hasken, tajante-. Ni siquiera logrará hablar con ellos. Es absurdo, por decirlo de alguna manera. Son gente desesperada que actúa bajo órdenes de otros y les

importa un bledo quién sea usted. Lo que quieren es retener a Noy hasta que sea anunciada su retirada por televisión. En cuanto nos vean, seguro que dispararán... aunque, probablemente, para evitar líos y llamar la atención, lo más seguro es que huyan. Tendrán un plan de huida -añadió mirando a Underwood-. Quizá nosotros debiéramos recurrir al nuestro y llamar ahora mismo al servicio secreto.

-Entonces si que se entablaría un tiroteo y Noy podría resultar herida o tal vez muerta. No quiero correr riesgos -respondió Underwood negándose terminantemente.

Llegaban al final de la manzana y aminoraron el paso.

Hasken miró por encima del hombro hacia el cruce y Underwood le imitó. Vieron a un astroso vendedor ambulante de fruta; a una mujer sentada al volante de un Ford estacionado y a un jovenzuelo apoyado en una farola, fumando un cigarrillo y leyendo un periódico.

-Uno de ésos está de vigilante -musitó Hasken-. Hay que actuar rápido. Vaya usted al portal y mire los buzones para saber el número del apartamento. Yo voy por la parte de atrás a ver si hay otra escalera con salida de incendios. Espéreme en la puerta. Movimientos normales pero rápidos.

Juntos, como si no hicieran nada pero a buen paso, cruzaron hacia el edificio. Underwood subió la escalinata hasta los buzones, mientras Hasken seguía hasta la esquina para rodear el edificio.

Underwood ya estaba ante los buzones. Repasó los nombres hasta dar con el que buscaba: Ratanadilak-204.

Se lo quedó mirando para ganar tiempo, pensando qué hacer y al mismo tiempo preguntándose qué tal le habría ido a Hasken en la parte de atrás. Absorto en sus pensamientos, oyó pasos en la escalinata, se dio la vuelta y vio que era Hasken que subía apresuradamente.

-Hay una escalera de incendios por detrás y estoy seguro que una salida del apartamento da a ella -dijo el periodista, casi sin aliento-. He visto un tipo que asomaba la cabeza por si había alguien me-rodeando, lo cual quiere decir que aún siguen en el apartamento y que se disponen a huir.

Antes de que Underwood pudiera responder vio que del portal salía una mujer mayor con un hato de ropa.

-Dejemos la puerta abierta -dijo a Hasken-. No podemos llamar; vamos a aprovechar para entrar ahora que sale esa mujer.

La mujer había abierto la puerta, Underwood se la sostuvo para que pasara y acto seguido entraron ambos sin pérdida de tiempo. Mientras enfilaban a toda velocidad la escalera, Hasken dijo:

-Echemos abajo la puerta y tal vez sorprendamos a algunos. Ahora es el momento de llamar al servicio secreto para que nos ayude. Ahora, antes de que sea tarde.

Underwood echó mano al transmisor que llevaba en el cinturón y apretó el botón para emitir la señal de peligro a Frank Lucas, mientras con la otra mano agarraba el Smith and Wesson en el bolsillo.

Subieron al primer piso saltando los escalones de dos en dos y continuaron sin detenerse hasta el segundo, en donde el letrero del pasillo indicaba la situación del apartamento 204.

Hasken siguió corriendo con el presidente a sus talones.

Ante la puerta del 204, Hasken musitó:

-¿Vamos a lanzarnos contra ella los dos a la vez para hacer saltar la cerradura? ¿Tiene un revólver?

Underwood se lo enseñó.

-¡Bien! ¡Listo para usarlo! -exclamó Hasken.

Dieron un paso atrás al unísono, adelantando el hombro.

-¡Ahí vamos! -gritó Hasken.

Al abalanzarse los dos contra la puerta, se oyó una especie de detonación metálica al saltar la cerradura y los dos se encontraron en la sala de estar del apartamento, a tiempo de ver

a dos soldados cruzar a la carrera otra puerta hacia la salida de incendios, seguidos por un tercero. El cuarto, un tipo fornido -Underwood imaginó que sería el mayor Ratanadilak-, tenía una pistola en la mano y apuntaba a la cabeza de Noy Sang.

El estruendo al caer la puerta y la irrupción en el apartamento de Underwood y Hasken le dejó paralizado, desconcertándole y haciéndole apartar la pistola de Noy para apuntar a Underwood, en el momento en que éste echaba la rodilla en tierra.

El disparo del mayor rozó al presidente y en esa misma fracción de segundo recordó Underwood el consejo del jefe del servicio secreto: «Y si es necesario... responda al disparo.»

Underwood apuntó y se dispuso a disparar. Vio que Noy Sang estaba libre, pegada a la pared, y que el mayor se disponía a disparar otra vez.

Rogando al cielo para no fallar el tiro y herir a Noy, Underwood sujetó con fuerza el arma, cerró el dedo sobre el gatillo del Smith and Wesson y apretó.

La detonación sonó como una palmada y al mismo tiempo vio cómo Ratanadilak soltaba la pistola, se agarraba el pecho y lentamente caía de rodillas. Hasken, arrastrándose, se abalanzó a recoger el arma del militar, mientras Underwood avanzaba de un salto y le encañonaba en la frente.

-¡Hijoputa! -gritó-. ¡Dime quién ordenó raptarla o te vuelo la cabeza!

Con voz sofocada y sin dejar de agarrarse la herida del pecho, el mayor Ratanadilak sólo pudo articular una palabra:

-N... N... Nakorn.

Se oyeron nuevos disparos y luego los otros dos soldados entraron en la habitación con las manos alzadas, seguidos del jefe del servicio secreto Frank Lucas y sus agentes, apuntándolos con sus armas.

Underwood vio que ya no había peligro y entonces se acercó a la temblorosa Noy, la abrazó con fuerza y la cubrió de besos.

Trece

El presidente Underwood y Hy Hasken volvieron con Noy Sang al palacio de Chamadin en el coche alquilado por el reportero.

En la puerta, Noy cogió la mano de Underwood.

-Matt, venga esta noche a cenar con nosotros. Puede traer sus cosas del hotel, dormir en la habitación de invitados y madrugar a la hora que quiera para tomar el avión presidencial y volar luego a Washington.

-Acepto -contestó Underwood.

-Venga hacia las ocho -añadió Noy Sang antes de despedirse.

Underwood y Hasken regresaron en silencio al hotel Oriental. Al llegar, el presidente estrechó la mano del periodista.

-Ha sido una actuación brillante, Hy, y quiero darle las gracias.

-Ha sido un placer -respondió Hasken-. Nos veremos en Washington.

-Me verá mucho antes. Reúnase conmigo en el aeropuerto Muang mañana a las diez, a la hora de despegue. Viajará conmigo y puntualizaremos unas cuantas cosas.

-Gracias, señor presidente.

Mientras Hasken se alejaba para devolver el coche alquilado, Underwood se dirigió a la suite, donde el mayordomo le ayudó a recoger sus cosas.

Cuando acabaron, los esperaba una limusina enviada por Marsop.

Eran las ocho menos cuarto cuando el mayordomo subía el equipaje del presidente a la habitación de invitados, para, a continuación, buscar alojamiento en las dependencias de servicio.

Underwood estaba en el despacho de Noy Sang cuando ella hizo acto de presencia, ataviada de manera rutilante para la cena. Se acercó a él, le abrazó y le besó.

-El médico me ha dado un certificado en el que afirma que estoy sana -dijo-. Matt, ¿no le importa esperar un rato? Tengo un par de cosas que hacer antes de cenar.

El presidente Underwood se acomodó en el sofá, pensando en qué podría ser, mientras Noy Sang se sentaba en su poltrona y llamaba por el intercomunicador a la secretaria.

-Diga a Marsop que pase.

Entró Marsop, sonriente.

-Ya me he ocupado de la televisión; he anulado mi comparecencia para anunciar que no te presentabas a la reelección. Así que sigues siendo candidata presidencial.

-Ya lo creo -replicó Noy-. ¿Has traído a nuestro amigo?

-El general está en la antesala, bien vigilado.

-Bien. Asegúrate de que no lleva armas y hazlo pasar sin la guardia.

Al salir Marsop, Noy Sang permaneció sentada y lanzó un guiño a Underwood.

-Ahora, la sentencia del general.

Momentos después se abría la puerta y entraba el general Nakorn, solo. Iba de uniforme, con todas las condecoraciones. Lanzó una mirada a Underwood y avanzó impasible hasta situarse delante del escritorio; saludó a Noy Sang y esbozó un gesto como solicitando sentarse, pero ella no le invitó a ello y tuvo que quedarse de pie, firme.

-General, voy a juzgarle -dijo Noy Sang-, y soy juez y jurado. Será muy breve, así que puede seguir en pie.

-Yo no he sido el responsable -adujo Nakorn.

-¿Es su palabra?

-Mi palabra basta.

-Pues yo tengo la palabra de otros en contra de usted y, además, testigos que demuestran su culpabilidad -replicó Noy-. Tengo al mayor, que está en el hospital y que se curará para testimoniar de nuevo contra usted si es preciso. Y tengo una declaración del coronel Chavalit, aparte de los otros tres que me vigilaban en el apartamento. No tiene usted escapatoria y voy a sentenciarle yo misma.

-¿Cuál es la sentencia? -inquirió el militar apretando los labios.

-Podría mandarle ejecutar, pero no lo haré. No vale la pena. Podría condenarle a prisión perpetua; pero tampoco. No quiero tenerle en Lampang. Le enviaré exiliado a Tailandia. Esta noche estará entre rejas y por la mañana le conducirán en avión a Bangkok para que se quede en Tailandia cuanto quiera, pero no vuelva jamás aquí. He dado órdenes a todos los puestos fronterizos para que en caso de que apareciera, disparen contra usted. -Hizo una pausa-. ¿Lo entiende, Nakorn?

-Sí.

-Ahora, márchese -añadió Noy Sang poniéndose en pie-. Tengo invitados a cenar.

Nakorn dio media vuelta y al cruzar la puerta un guardia le agarró para ponerle las esposas.

Noy Sang cogió del brazo a Underwood.

-Matt, asunto concluido -dijo-. Ahora vamos a celebrarlo cenando con Den y Marsop.

Una hora después de la cena enviaron a Den a la cama y Marsop se despidió. Noy dijo a Underwood que más valía que durmiese algo, dado que tenía que levantarse temprano para emprender un largo vuelo.

-Le acompaño a su habitación. Por aquí -dijo.

Sin rechistar, Underwood la siguió escaleras arriba hasta el primer piso.

-Ésta es mi habitación -dijo Noy Sang, dando un golpecito a una puerta de roble cuando pasaban ante ella-. Y ésta es la de invitados -añadió señalando otra puerta cercana y girando la manivela-, la suya, Matt. Buenas noches.

Underwood la contempló mientras se alejaba, entró en la habitación y vio que habían retirado la colcha de seda de la cama y habían puesto una mullida almohada. Sus dos maletas

estaban cerradas y sólo la bolsa de los trajes tenía la cremallera abierta. Se la habían dejado preparada para que guardara la ropa que llevaba. Su traje de viaje con camisa limpia, ropa interior y corbata estaba ya dispuesto, con zapatos blandos y calcetines de seda.

Fue apagando las luces y dejó sólo una lamparita en la mesilla. Luego comenzó a desvestirse despacio. Vio su bata azul marino y estaba a punto de echarla sobre la cama, cuando oyó crujir la puerta.

Giró sobre sus talones y, para su gran sorpresa -no, no era una sorpresa, porque era una fantasía con la que había soñado hacía tiempo-, vio que la puerta que comunicaba su dormitorio con el de Noy se abría despacio y acto seguido aparecía ella en el umbral.

Llevaba un salto de cama rosa, y a pesar de la luz tenue de la lamparita, Matt advirtió el balanceo de sus senos esplendorosos y atisbó el triángulo oscuro bajo la vaporosa bata.

Noy se acercaba a él, mirándole a los ojos, al pene, de nuevo a la cara. Se dejó caer en sus brazos abiertos y él la apretó con fuerza, arrimando a su cuerpo el pene endurecido.

Ella trató de soltarse para quitarse la bata, pero fue él quien se la hizo resbalar hasta el suelo. Allí estaba, desnuda ante él.

-Noy, ¿haces esto por agradecimiento? -acertó a balbucir con voz entrecortada por la emoción.

-Matt -dijo ella, cogiéndole la cabeza-, lo hago porque estoy profundamente enamorada de ti.

-¡Cielos, cariño, cómo te quiero! -respondió él con el corazón saltándole en el pecho, mientras la apretaba contra su cuerpo y el contacto de su piel inflamaba sus sentidos. Le dio un beso apasionado y ella quedó como un pelele en sus brazos.

Notaba sus pechos, más grandes y suaves de lo que había imaginado, y sin embargo, turgentes. Los tenía en sus manos; se agachó hasta los pezones; los acarició con la boca, primero uno, luego otro. Aquella sedosidad acrecentó su erección.

Luego de rodillas, besándole en el vientre, las caderas, los muslos; más abajo, entre las piernas, hurgándole con la lengua.

Oyó el gemido de placer y notó su convulsión, al borde del desmayo, y se levantó rápido para sujetarla, recorriendo su cuerpo con la boca.

-Matt... Matt... Matt... no esperes...

Sin más, la levantó a pulso -era ligera como una pluma- y la llevó hasta la cama para tumbarla.

Ella se hizo a un lado, boca arriba, con las piernas abiertas, implorante.

De rodillas, Matt se puso a besarle las tetas, los duros pezones, la boca, el ombligo, los húmedos labios de la entrepierna. Estaba casi fuera de sí, con el pene duro y erecto.

Luego, cuando estaba a punto de penetrarla, Noy le agarró y le atrajo hacia sí con fuerza, y él se vio hundiéndose en ella, interminablemente, como entre nubes. Gritaba, y él la aferraba llegando hasta el fin.

La excitación de la cópula era casi insufrible, pero se mantenía. Le hizo el amor una vez, otra vez una hora después, y una tercera con parsimonia.

Luego se quedaron dormidos en un abrazo, saciados, exhaustos y felices como nadie.

Por la mañana temprano Noy entró con la bandeja del desayuno, que tomaron en la cama. Underwood, bajo las sábanas, con la bandeja en el regazo, y ella sentada a un lado, junto a él.

Después, Noy se quitó la bata, se duchó y volvió a entrar a secarse delante de él.

Contemplándola, recuperó el habla y le dijo lo que le había pasado por la cabeza durante aquella última hora y algunos minutos.

-Noy...

-Dime, Matt.

-Noy, quiero divorciarme para casarme contigo.

Ella le miró despacio por encima del hombro y fijó la vista en el espejo de la coqueta que él tenía detrás.

Librodot

-Te lo agradezco, Matt, pero es imposible.

-No es imposible. Merecemos estar juntos.

-No, Matt, eso lo estropearía todo. Tú eres el presidente de Estados Unidos y Alice es la primera dama. No puedes dejarla. El escándalo te perseguiría... nos perseguiría... constantemente.

-No importa.

-Tienes que volver con tu mujer, y, lo mismo que yo, presentarte a la reelección. No puedes abandonar a las personas que creen en ti. Tienes que presentarte a la reelección para defender tus creencias. Y yo estoy decidida a defender las mías.

-¿Eso es lo único que sabes decir?

-No, hay algo más -replicó ella volviéndose hacia él-. Matt, si no te presentas a la reelección, no podría volver a verte. Sería presidenta y tú un ciudadano corriente, pero si presentas tu candidatura y te reeligen, y yo también obtengo la presidencia, ambos seremos presidentes y podremos vernos de vez en cuando sin ningún problema. Piénsalo, cariño. Es la única manera de poder seguir juntos.

-Y enamorados -añadió él, diligente.

-Siempre enamorados -musitó ella.

El presidente Underwood estaba fuera del edificio del aeropuerto Muang, mirando cómo efectuaban las últimas comprobaciones en la pista al Fuerzas Aéreas número uno.

Se volvió hacia Hasken, que estaba a su lado. -Hy -dijo-, se merece un notición exclusivo de buena tinta por todo lo que ha hecho por mí. Y voy a dárselo ahora mismo.

-¿Cuál? -respondió Hasken, entusiasmado.

-Voy a presentar mi candidatura a un segundo mandato. Voy a por la reelección. La noticia es suya.

-Así que Noy no le consiente que deje a su esposa -replicó Hasken mirando de hito en hito al presidente.

Underwood parpadeó y, tras una larga pausa, negó con la cabeza.

-No, no me deja.

-Ésa es la gran noticia, Matt.

-Ya lo sé, pero eso debe quedar estrictamente entre nosotros. Esa historia sólo la sabe usted. La noticia para el público no tiene nada que ver con mi esposa ni con Noy. La historia, para la gente, es que me presento a la reelección.

-Y conserva la primera dama. Y tal vez, quién sabe, verá a Noy de vez en cuando en un futuro.

-Para hablar de asuntos de estado -respondió Underwood esbozando una sonrisa-, tales como conseguir en Lampang una base aérea más grande para Estados Unidos. Podemos entrevistarnos y llegar a un acuerdo después de que sea reelegida.

-Es usted un tío estupendo, Matt -replicó Hasken con una sonrisa.

-Sólo porque tengo una mujer estupenda -respondió sonriendo el presidente Underwood.

F I N